



**EL LIBRO DE LA VIDA TRÁGICA:
DEL CAUTIVERIO**

Manuel
Ciges
Aparicio



Lectulandia

Manuel Ciges Aparicio tras ingresar en el ejército en el año 1893, en breve tiempo llegó a ser sargento y hasta sustituyó en el mando a un teniente en la Cuba colonial, pero acabó en la cárcel del Castillo de la Cabaña (La Habana) por haber atacado la actuación de las autoridades militares, y concretamente la del general Weyler, en una crónica que intentó enviar a *L'Intransigeant* de París y que fue interceptada, valiéndole la acusación de traición y corriendo el serio albur de ser fusilado. La acusación se redujo al no haberse hecho efectiva la publicación y se limitó al hecho de relacionarse con independentistas.

Publicó, entre 1903 y 1910, cuatro libros autobiográficos. Inició la serie con *El libro de la vida trágica: del cautiverio* (1903), donde relata su estancia en la prisión colonial y fue un auténtico éxito, de forma que se reimprimió cuatro veces más. La serie esta compuesta además por *El libro de la vida doliente: del hospital* (1906); *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra* (1906) y *El libro de la decadencia: del periodismo y la política* (1907). Es considerada por José-Carlos Mainer una de las obras maestras de su tiempo.

En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1903, a partir de la cual se ha realizado esta.

Lectulandia

Manuel Ciges Aparicio

El libro de la vida trágica: del cautiverio

ePub r1.0
emiferro 22.08.17

Título original: *El libro de la vida trágica: del cautiverio*

Manuel Ciges Aparicio, 1903

N. sobre edición original: La Editorial Moderna, Madrid, 1903

Imagen de cubierta: Cuartel de la Cabaña, Habana, 1915

Diseño de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

M. Ciges Aparicio

—

Del Cautiverio

MADRID

LA EDITORIAL MODERNA

San Bernardo, 18, primero derecha

1903

A

D. Alfredo Calderón

MAESTRO:

A usted que tanto
admiro por su virtud
y saber, dedico este li-
bro de maldades é in-
famias.

Pensaba escribir este libro dentro de algunos años, cuando las escenas trágicas que en él describo perdiesen la dureza angulosa de sus contornos, mostrándoseme esfumadas y revestidas con la poesía melancólica de los recuerdos lejanos; pero en los momentos de mayor calma y de inconsciencia mayor me siento asaltado de súbitos estremecimientos, como si pasasen obscureciendo mi espíritu fúnebres sombras malditas de olvidados seres, que me turban la paz relativa de estos días serenos.

Ni la sucesión uniforme y callada del tiempo, ni el oleaje incansable y turbulento de los sucesos diarios, podrán borrar totalmente de mi alma las huellas que la imprimió el hado adverso; pero ¿quién sabe si lograré aliviarla de importunas pesadillas echando sobre este libro la no liviana carga de los recuerdos más negros?

[a]

DEL CAUTIVERIO

—Esta es su habitación—me dijo el comandante militar de Artemisa con acento irónico.

Dí un paso y entré en el provisional calabozo, que era un horrible cuartucho situado en el corral de una casa de comidas, ó de una fonda, como enfáticamente llaman en Cuba á tales figones.

Antes de reducirme á prisión habían ordenado, indudablemente, que se me habilitase alojamiento fuera de la cárcel; porque á la puerta del cuarto había un montón de objetos inservibles: viejos baúles, mesas desvencijadas, mutilada cacharrería. El piso terroso de la habitación aún conservaba las huellas del reciente pasar y repasar de fuertes escobas, y del techo pendían los grises encajes fabricados por las pacientes arañas en los meses, ó tal vez años, que la mansión estuvo inhabitada.

Contemplando estaba todavía el angosto recinto que me habían dado de forzoso alojamiento, cuando escuché fuera el rítmico taconeo de tropa en marcha y luego la voz sonora del que la mandaba: ¡alto! y enseguida un ¡al! vibrante que puso termino al acompasado marchar.

Movido de curiosidad acerquéme á la puerta. Formados á poca distancia había ocho soldados y un cabo. El comandante militar se retiró á un lado con el jete de la fuerza y por lo significativo y vivaz de los gestos comprendí que comunicaba órdenes á su subordinado el cual inclinaba á intervalos la cabeza con ese complaciente asentimiento, común á todo subalterno cuando habla con un superior.

El cabo saludó al comandante, dio dos pasos hacia atrás y numeró la guardia. Seguido del primer soldado llegó á la puerta, y en voz muy queda, para que yo no le oyese, trasmitió al centinela las órdenes recibidas. Por las miradas recelosas, llenas de curiosidad é inquietud, que soldado y cabo alternativamente me dirigían, sospeché que de algo grave se trataba.

Establecida la guardia, los soldados se dirigieron ordenadamente á otro cuarto que á poca distancia del mío había; y el comandante también se alejó después de recomendar en alta voz que se me vigilase con cuidado.

En la habitación no habían dejado nada que me ayudase á descansar. Ni cama, ni mesa, ni silla. Aunque rendido de fatiga, tuve que pasear largo rato por el limitado recinto sin ocurrírseme pensar en la situación tan desventurada en que había caído.

En presencia de irreparables desdichas mi alma melancólica siempre se ha sumergido en vagas somnolencias. Marchaba por el cuarto, abstraído, automático, sin coordinar ideas. La mirada errante se deslizaba fría sobre las viejas paredes sucias, descendía hasta los agujeros que á ras del piso habían abierto las ratas, ó se posaba indiferente en el ruinoso techo fabricarlo con palos carcomidos y resacas hojas de palmera á través de las cuales se descubría el puro cielo azul. Si alguna vez contenía el monótono pasear solo me asaltaban pensamientos triviales interrumpidos por

involuntarios temblores, secretos barruntos de futuras desgracias.

El cabo entró seguido de un soldado:

—Si algo necesita usted éste podrá servirle.

Eran las tres de la tarde y no había comido desde la noche precedente; pero mi cuerpo solo experimentaba la necesidad del descanso.

Cada soldado tenía su hamaca. Como era necesario que hubiese un centinela constante, diéronme la que sobraba. Era una hamaca rota, manchada con el rojo barro de los campos cubanos: quizás entre aquellas manchas habría alguna de sangre generosa. Até las cuerdas á unos grandes clavos embutidos en las paredes, y echóme rendido en aquel móvil lecho de los trópicos.

La hamaca predispone al ensueño con su cadencioso balanceo que sumerge los sentidos en plácido sopor. Suaves sensaciones como caricias de invisibles dedos resbalan por la epidermis y se pierden en las intimidades del ser; las ideas parecen larvas, tienen confusión de reminiscencias, y las imágenes flotan sin precisos contornos como aéreas brumas crepusculares que se mecen informes. Todo es vago, sutil y risueñamente caprichoso, en ese estado de feliz inconsciencia.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquella abstracción beata. Al recobrar el uso de todas las facultades noté que el calabozo se había aclarado. El sol amigo me enviaba á través del ruinoso techo sus rubios haces que se quebraban en las transparentes telarañas coronándolas de nimbos luminosos.

Aunque^[1] apasionado de la libertad sentía recóndita complacencia en aquella quietud de cautiverio. Allí podría leer, y los libros prestarían discreto esparcimiento á mi espíritu meditativo, que ama los inefables fantasmas que moran entre las hojas impresas. La vida nómada de campaña producíame, en cambio, hastío insoportable. Ni la fortuna de los otros me inspiraba envidia, ni los estímulos de lucir cruces y empleos podían mover mi ambición. Odio la guerra y he sido un militar detestable. Nunca he podido soportar al gerarca ignaro que me comunicaba órdenes arbitrarias, y la ordenanza escrita con la punta de una bayoneta teñida en sangre humana, me ha parecido siempre un código feroz que reduce el alma á eterna servidumbre.

He sido mal soldado, porque he sentido honda y larga lástima al pensar en las florecientes vidas inútilmente sacrificadas por defender unos derechos que aún no he concebido. ¡Y en el poco tiempo que estaba en la Antilla á cuánta trágica escena no había asistido! Si el Leteo conservase la virtud benigna que los antiguos le atribuían todo su caudal sería insuficiente para lavar de mi memoria el doloroso recuerdo que del Mariel guardo piadosamente. ¿Cómo no aborrecer la causa de tantos males?

*
* *

Fué en Mariel donde visité la mansión de los reconcentrados. Al lado de una playa sucia, de aguas lívidas é inmóviles que exhalaban miasmas homicidas, estaban los sórdidos barracones de tostadas palmeras. Reinaba silencio de cementerio, ni una voz, ni un gemido^[2]. El mar dormía hipnotizado bajo los inmensos haces ígneos que el sol de mediodía le enviaba. De la tersa superficie opalina brotaban vivísimas refracciones, áureo chisporroteo de hirviente metal que hería los ojos y aumentaba el cansancio del espíritu. Detúvome para escuchar cuando llegue á este paraje de pesadilla y maldición. ¡Ni un rumor del mar, ni un suspiro de los hombres! Sólo barrunté en la cara el tácito pasar de un vaho caliginoso y repugnante. Era la muerte, callada é invisible soberana de la vasta necrópolis, que me azotaba desdeñosa el rostro.

Estaba perplejo. Si la curiosidad me incitaba piadosa á conocer aquel moderno lugar de expiación donde tantos seres fenecían diariamente, la prudencia me ordenaba alejarme presuroso. Indeciso y agobiado di la vuelta á los barracones, prestando atento oído; pero en todos prevalecía lúgubre silencio tumbal. Detúvome otra vez jadeante. Lo angustioso del paraje y el calor uniforme no entibiado por ningún hálito de la mar vecina, apenas me permitían respirar.

Decidime. La compasión pudo más que el temor, y descorrí el andrajo que tapaba una puerta miserable.

¿Quién sino el Dante que visitó la región sombría donde sufren las sombras espectrales podría describir este nuevo círculo del Infierno poblado de dolor y de patética repugnancia? Allí dentro, en aquel ambiente letal, ví revuelto montón de harapos y descarnados huesos: hombre, mujeres y niños; blancos y negros; vivos y muertos. Sobre desvencijado catre, sin colchón, ni ropa, ni cabezal, jadeaba apenas un vestigio de mujer mal cubierto de guiñapos de la mugrienta camisa que algunas horas después le servirían de sudario; porque la muerte taciturna habíala ya marcado con estigma infalible en todo su ser: en el temblor convulso de los miembros, en la contracción de la boca purulenta que no podía espantar una mosca impertinente que en ella se había posado, en la ancha franja cárdena que rodeaba las hondas cuencas donde se revolvían cansados los vidriosos ojos agonizantes. Abrazado á ella había un niño que obstinándose en tomar leche chupaba sangre en los flácidos pechos de su madre. Sentada en un cajón á la vera del lecho estaba la hija de la moribunda. Ni el

hambre crónica ni la fiebre devastadora pudieron borrar de su carita macilenta los puros rasgos de criolla hermosura, realizada por sus enormes ojos negros de profundo y tristísimo mirar; Tenía el cuerpo encogido, enlazados bajo las agudas rodillas los finos dedos, amarillentos y exangües, para que al contacto de unos miembros con otros se prestasen mutuo calor contra los frecuentes temblores glaciales de la calentura. Tendido en el suelo dormitaba sudoroso y anhelante un anciano. A dos pasos de él acababa de expirar un negro. A través de las rotas vestiduras, veíanse los huesos rígidos del africano en su inmovilidad de muerte. Ninguna mano amante había cerrado los ojos que ya no verían las iniquidades de los hombre, y en aquellas fijas pupilas no se leía nada: ni odio ni amor. Eran terribles, porque eran terriblemente indiferentes. Aún había otras personas en aquel tétrico tugurio. Dos mujeres desgredadas, revolviéndose trabajosamente dentro de sus viejas camisas, y algunos chiquillos hambrientos y tristonos que me imploraban limosna extendiendo sus manos temblorosas, febriles.

¡Qué sé yo de cuántas cosas me hablaron con verbo débil y quejumbroso! Vecinos de la eternidad, todos esperaban confiados en la muerte que les haría leve tan inacabable suplicio. Allí no había medicinas, pan, ni higiene. Nadie se acercaba á consolarles en su orfandad irreparable. No era la resignación cristiana ni la sabiduría estoica, sino el lento acabamiento de las fuerzas vitales quien les había enseñado á no temer la muerte. La nada, el sumo descanso, era una necesidad para aquellos seres borrados ya de entre los vivos... ¡Todos estaban condenados á perecer en breve plazo, segadas sus existencias por la fiebre amarilla!...

También sentía yo fiebre. Denso sudor helado me inundaba la frente, y en la garganta barruntaba contracciones de mortal angustia. Me acerqué á la puerta para respirar. ¡Con qué avidez contemplé el cielo azul y el mar inmenso, que seguía en imperturbable calma de plácido dormir! ¿Habría más allá de aquel remoto horizonte circular, donde cielo y mar se confundían, una patria más piadosa para tanta víctima como allí dentro gemía olvidada de los hombres?

La hija de la moribunda se acercó penosamente á la puerta, y tras larga dubitación me pidió algunas monedas para comer. Ella me ofrecía un amor imposible de aceptar.

Luego supe que la concupiscencia soldadesca iba frecuentemente á profanar aquella carne que trascendía á sepulcro.

Solo tuve valor de recorrer tres departamentos, y en todos ví igual repugnante abandono. Al retirarme tenía la convicción de que dejaba doscientos condenados á muerte, que se renovarían mientras durase la guerra.

Estos recuerdos punzantes me hacían mucho daño, y para que no me obsesionasen más, salté de la hamaca que exhaló un gemido y acabó de romperse.

*
* *

Las tinieblas empezaban á hacer su temerosa invasión en el cuarto. A lo lejos se oía el animado departir de los soldados comentando los sucesos de la guerra. Por delante de la puerta paseaba meditabundo el centinela mientras llegaba la hora del relevo.

El patio se iluminó de luz rojiza, y el dueño de la fonda, seguido del cabo, entró en la habitación depositando en el suelo un viejo quinqué de hojalata.

Díjome el hombre que era catalán, republicano y librepensador consecuente. Ignoro cómo supo que yo había escrito en periódicos radicales antes de ir á Cuba, pero esta circunstancia fué suficiente para captarme su simpatía. Lo cierto es que cuando llegó el momento de pagarle las comidas que me sirvió, observé que lejos de ser liberal conmigo, me cobraba más de lo que el justo precio requería.

A pesar de la estricta prohibición de que nadie entrase en mi alojamiento, el jefe de la guardia me permitió la visita de dos viejos compañeros.

Era el primero un sargento inteligente y lleno de corazón que se me arrojó á los brazos con efusión fraternal. Pasado el primer transporte, miróme entre apenado y severo. Presintiendo la causa del encierro, dijo:

—Algún artículo ¿verdad?

—Aún lo ignoro.

Enseguida empezó á abominar de los periódicos y de mis imprudencias temerarias que habían de tener mal fin. Me recordó una por una mis antiguas rebeldías; los insultos que en plena formación dirigí á un capitán; los sueltos que había escrito en la prensa de Barcelona contra un teniente coronel apaleador de soldados. No ignoraba que antes y después de ir á Cuba, también había escrito contra la campaña; que en forma bastante áspera, me negué á cumplir órdenes que juzgaba inhumanas... Y aquella conducta antimilitar, aquel sistema de rebelión constante, por fuerza tenía que rematar en un calabozo.

Al poco rato de retirarse el sargento entró jurando y blasfemando un viejo soldado valenciano. Atezada la estampa, torcido el sombrero de anchas y colgantes alas, fiero el mirar, temblorosa la revuelta barba berberisca, aquel bravo igual hubiese pasado por héroe que por bandido.

—No grites, le dije.

Bajó la voz, pero siguió jurando.

Y me hizo promesas irreflexivas. Había hablado con los soldados de la compañía, los veteranos soldados de mi tierra por quienes tanto me había interesado, y todos estaban prestos á asaltar la pobre fonda á media noche, arrancarme del cautiverio y huir al monte próximo. Era empresa fácil y sólo necesitaban mi consentimiento.

Esta muestra de fidelidad en la desgracia, me conmovió profundamente. Tentado estuve de aceptar sus arriesgadas promesas, pero me contuvo la súbita idea de un posible fracaso con sus consecuencias terribles; el fusilamiento de unos cuantos hombres, la desesperación de los padres, la maldición de las novias, la imposibilidad, en fin, de retornar á su patria en el caso de que la aventura fuese dichosa, de los que en ella tenían sus amores.

Dile un abrazo de agradecimiento esforzándome por contener la emoción, y nos separamos asegurándole que pronto nos volveríamos á encontrar.

La mala fortuna no lo ha permitido. Algunos meses después murió abandonado en el hospital aquel hombre generoso, á quien siempre consagraré uno de mis recuerdos más tiernos.

*

* *

Gracias al sargento que me envió una hamaca pude descansar largo espacio. Cuando desperté aún era de noche. Sentado en el umbral dormía profundamente el centinela, con el arma apoyada en la pared.

La melancólica viajera tan amada de los tristes, inundaba el ancho patio con el tibio torrente de su luz serena. En la paz augusta de la noche escuchábase los estremecimientos de los campos y las selvas: temblor de hojas, crujir de ramas, concierto estridente de invisibles hélitros, hueco batir de raudas alas. De tiempo en tiempo, un rodante «¡alerta!» agudo, grave ó profundo, bajaba por la trocha perturbando la solemnidad religiosa que envolvía la tierra, y se prolongaba á lo lejos hasta expirar lentamente en la oquedad inmensa del espacio como un remoto eco apenas presentido.

¿Quién no sueña despierto en estos momentos de magestad suprema? Absorta la mirada errabunda en el manso fulgor de la luna, mi espíritu parecía flotar sobre aquella cascada luminosa, y todo mi ser sutilmente penetrado por el alma plácida de la vasta naturaleza que circundaba mi encierro. En esta identificación de la naturaleza y el ser, sentía las infinitas palpitations de la vida nocturnal que me evocaban coloreadas reminiscencias de los tiempos idos: amores de lejana infancia, afanes de

generosas luchas, cándidas ilusiones no violadas por los desengaños. El pasado liberal y entusiasta se me revelaba en la prisión llenándome de congoja.

¿Cuánto tiempo duraría la esclavitud? ¡Y yo que pocas horas antes la había estimado amable! Un deseo ardiente de libertad sin límites me hinchó el pecho. Hubiese querido huir en carrera loca por los campos extensos; asaltar las frondas umbrías donde murmuran los silvanos felices; temblar en un rayo de luna como los geniecillos gozosos de las viejas leyendas septentrionales, ó deslizarme en forma de puro espíritu sobre el polvo argentado de los espacios eternos.

Paseé la mirada suplicante y desoladora alrededor del patio. La tapia que me cercaba solo tendría dos metros de altura. Dormían todos y á mi alcance estaban las mesas y cajones arrojados del cuarto, que podrían facilitarme la evasión.

¿Y si el centinela despertaba?

Volvíme á mirarle. El machete brillaba acerado y tentador encima del fusil... ¡Una puñalada!... ¡Una puñalada!... Esta idea tomó posesión de mi cerebro y simultáneamente las sienes comenzaron á pulsarme con alterado ritmo; la mano tuvo que contener los violentos latidos del corazón inflamado por misterioso fuego, y los ojos, atraídos por el duro centelleo del arma fatal, querían saltar de las órbitas que los retenían. Y una voz secreta me gritaba dentro: «¡Una puñalada!... ¡Una puñalada... y en seguida la libertad...»

Me incliné hacia el durmiente y el cálido aliento de su boca entreabierta me dió en el rostro. ¡Cuán lejos estaba de sospechar que la muerte le rondaba!

Hizo un leve movimiento; pero no despertó. La cabeza resbalaba suavemente por la pared doblándose hasta mostrarme el cuello desnudo y frágil donde las manos nerviosas podrían hacer fácil presa sin temor á la horrible efusión de sangre... Me incliné aún más... Su cabeza seguía descendiendo como si quisiera esquivar las miradas ardientes que le dirigía... La luna le iluminó de lleno... ¡Qué palido estaba! ¡Y cómo se leía el cansancio del mísero vivir en aquella frente bajada, por prematura vetustez! ¡Esclavo, descendiente de esclavos, para qué necesitabas de la existencia cuando tan breve era el tránsito del dormir al morir!

Súbita oleada de misericordia me inundó el alma ante aquel ser débil ungido de mansedumbre, que quizás viajaba en dorado ensueño hacia el hogar humilde donde le esperarían los brazos trémulos de dos amantes ancianos.

Dirigíle una postrera mirada de piedad y entré consolado en la hamaca renunciando á obtener la liberación dichosa al precio de un crimen.

A las siete me despertó el relevo de la guardia.

Mis amigos habían partido al amanecer con rumbo ignorado.

*
* *

Lleno de fastidio, de recelos é incertidumbres, pasé el segundo día, y amaneció el tercero sin que nadie se acercase á darme cuenta de mi prisión.

Hacia la una de la tarde, á las cuarenta y ocho horas de encierro, se presentó una pareja de la guardia civil dándome prisa, porque el tren iba á marchar enseguida.

—¿Adónde vamos?

—A la Habana, me contestó el que hacía de jefe.

Recogí la maleta, pero el guardia llamó á un chiquillo para que la llevase.

—¿Piensa usted atarme? le pregunté contrariado.

—Por ahora no.

La estación estaba cerca.

Iba yo meditabundo entre los dos guardias, y la gente qué discurría á nuestro lado, ó no reparaba en mí, ó me miraba indiferente. Tan acostumbrada estaba á ver presos, que ya no sentía comezones de curiosidad.

Silenciosos como habíamos venido, nos instalamos en un coche de segunda. Al poco rato partió sonoro el tren precedido de una máquina exploradora.

Las bruscas sacudidas de aquellos viejos vagones sacáronme por un momento de tristes reflexiones. Entonces procuré inquirir algo que con mi aprehensión se relacionase; pero los guardias sólo pudieron decirme que habían recibido orden de presentarme en la Capitanía general.

—¿Suele hacerse así con todos los presos?

—No, respondieron. Lo frecuente es llevarlos al Gobierno militar.

Esto me llenó de dudas, y el afán de saber pronto cuál era mi destino definitivo, hacía-me más lento y pesado el viaje á través de los campos desolados por la guerra, que parecían más tristes aquella tarde caliginosa de cielo plomizo que anunciaba tempestad.

De cuando en cuando deteníase el tren ante una estación, y en el grave silencio que sucedía sólo se escuchaba el lastimero implorar de algún mendigo. La gente subía y bajaba sin hacer ruido, recatada y muda, como quien está de duelo.

Luego proseguía su interrumpida marcha el pesado convoy, y recomenzaba la trágica escena de los campos cubanos desgarrados por el genio implacable que inspira las luchas fratricidas. En cuanto se alcanzaba, de aquella naturaleza exhuberante, descubrían los ojos atónitos las huellas del incendio y del exterminio.

Donde antes se herguía la magnificencia de un ingenio, ahora se amontonaban escombros calcinados. Veíanse altas chimeneas truncadas, paredes en ruina, destrozado y revuelto maderamen con los negros vestigios de la combustión. De trecho en trecho guardaban la línea largas filas de soldados, inmóviles, apoyados en los fusiles, mal vestidos, cubiertos con enormes sombreros de jipijapa ó guano, remangadas las grandes alas por delante, caídas por detrás, prestándoles continente de andrajosos hidalgos. Y pasaba el tren, y á las ruinas pasadas sucedían otras ruinas bajo el cielo sombrío: plantaciones consumidas por las llamas voraces; palmeras pomposas mutiladas por la artillería; platanares abatidos por los machetes y hallados por las columnas beligerantes. Dispersos aquí y allá, círculos tostados, montones de cenizas indicando el lugar donde fué un bohío, refugio de humildes gentes. Y en todo el camino observábase el largo rastro que había impreso la saña de la fuerza inexorable.

Este doliente cuadro recordóme otro más doliente que presencié semanas antes, al caer de una tarde hermosa. Habían quemado los exploradores un bohío y por la angosta puerta salía lloroso tropel de niños. Detrás seguía la madre transportando menesteres. Soltólos en tierra, y volvió por nueva carga. Las llamas, entretanto, aumentaban, se enroscaban, se prolongaban ascendiendo velozmente por el techo reseco de palmeras. El lamentar de los chiquillos y el maldecir de los ginetes que rodeaban la hoguera, advirtieron á la mujer del peligro que corría. La infeliz salió con nueva carga, y contemplando el incendio, creyó que aún tendría tiempo de hacer otro viaje. Los niños aterrorizados, redoblaron sus gritos. Las palmeras exhalaban tristes gemidos no pudiendo resistir la violencia del incendio que coronaba el bohío con su larga cimera de llamas. «—¡Pronto, pronto!» gritaban los soldados revolviendo los caballos en torno del fuego... ¡Era tarde!... El techo se hundió con fragor... El humo y el hacinamiento de las maderas ahogó un instante las llamas y pudo verse á la mujer caída y desesperada intentando herguirse. Consiguiólo al fin, pero al mismo tiempo se alzó más potente y voraz el incendio rodeándola por todas partes, atajándola el paso. La mujer se revolvió, saltó horrorizada huyendo de las llamas que avanzaban rojas, blancas, azuladas, irritadas, hasta prender en las pobres ropas...—«¡Por aquí... por allá!» rugían los soldados!...—«¡Mamá... mamá!» clamaban los hijos aumentando el pavor de la prisionera, que inútilmente buscaba salvación con desesperado mirar. Las llamas le lamieron la colgante cabellera en desorden, y la víctima exhaló un grito desgarrado, estridente, lleno de dolor, de terror y de angustia. Llevóse las manos á la cabeza, y las manos también recibieron la mordedura feroz de aquellas coléricas serpientes inflamadas que se multiplicaban, se acrecentaban, formando con la mujer una sola columna ígnea, oscilante, giratoria, de la que salían prolongados chillidos patéticos que daban espanto... Cayó pesadamente la roja columna, y dejaron de oirse los gritos... Los niños no lloraban; los hombres tampoco maldecían... El trágico horror de la catástrofe heló las lenguas, y los ojos miraban estáticos la amplia hoguera donde se consumía una madre. ¡Y el cielo también

miraba; pero sereno, insensible!...

La tropa había pasado y los exploradores tuvieron que continuar su camino. ¡Y allí quedaron, huérfanos de madre y ayuda, los infelices niños plañendo su desdicha! ... ¿Qué habrá sido de ellos?

—«Atarés»...

—«Jesús del Monte»...

Estas palabras, títulos de dos castillos, que los guardias pronunciaron á mi lado, sacáronme del ensimismamiento en que estaba sumido. Poco después se detuvo el tren.

Habíamos llegado á la Habana.

*

* *

—¿Pero piensan ustedes atarme?

—¿Qué quiere usted? es nuestra obligación.

—Tomemos un coche; así me llevarán seguro.

Los guardias aceptaron gustosos mi proposición, porque la lluvia había comenzado y las primeras gotas descendían con tanta fuerza, que se marcaban en el polvo negruzco de la estación como grandes y redondas monedas.

Buscamos refugio en un café próximo hasta que pasase un carruaje.

—¿Está muy lejos la Capitanía General?

—Al otro extremo de la Habana—me contestó la pareja.

La lluvia seguía arreciando, y los guardias se impacientaban.

Al fin pasó una «guagua» en la que pudimos tomar asiento.

El conductor blasfemaba en el pescante recibiendo de cara el azote del turbión, y toda su cólera caía sobre los pobres animalejos que arrastraban el plebeyo vehículo á lo largo de unas calles estrechas, encharcadas. A través de los cristales y de la espesa cortina formada por la lluvia, veía desaparecer las casas, regulares, no muy altas, ocupadas en su planta baja por innumerables comercios.

Llegamos á la linda plaza donde estaba el Gobierno general, y luego de preguntar en el suntuoso edificio, comenzamos á subir escaleras y recorrer pasillos que repercutían nuestro acompasado taconeo.

—Arriba; en el Estado Mayor les esperan, nos dijeron.

Subimos más escaleras y recorrimos otros pasillos.

—Abajo, esperen abajo, ordenó un joven comandante que ceñía el fagín azul del

Estado Mayor.

Descendimos lo subido y volvimos á sumergirnos en los profundos corredores sonoros de opaca claridad.

—Esperen fuera, mandaron en la Sección de Justicia,—esperen hasta que Su Excelencia envíe el telegrama.

Antes oí que «nos esperaban», ahora hablaban de «el telegrama». ¿De quién era y qué decía?

Nunca pude saberlo. Algunos meses después dijéronme que al principio de la causa había un despacho; pero jamás pude verlo por mucho que avizoré tantas veces como me requirió el juez.

El tiempo pasaba lento y abrumador y la noche se venía encima á toda prisa. Ya no se oía el monótono caer del agua. Sin duda había cesado la tormenta.

Más de una hora tardó en presentarse un capitán con el papel azul, motivo de mis cavilaciones. Aún transcurrió largo trecho sin que nadie nos dijese nada. Por último, se cerró la oficina y nos enviaron otra vez al Estado Mayor.

Ignoro lo que diría al jefe de la pareja el comandante, pero al momento volvimos á descender.

—¿Dónde vamos, guardia?

—Al Gobierno militar.

El Gobierno estaba al lado. Entramos en el cuerpo de guardia; un oficial me preguntó el nombre, escribió algunas palabras, y salimos á la calle.

—¿Y ahora, guardia?

—Ahora, á la Cabaña.

¡La Cabaña era mi destino! Súbitamente recordé que varias veces, en el poco tiempo que en la isla estaba, habíanme hablado de aquella fortaleza, famosa por las terríficas leyendas que la fantasía popular había maquinado dentro de sus pétreos murallones.

Doblamos la esquina del Gobierno Militar y á los pocos pasos nos encontramos en el muelle.

Allí esperaba una barca. Díme por muerto moralmente, y se me figuró que iba á cruzar la fúnebre Estigia con rumbo al Infierno. Caronte empezó á remar silencioso.

La mar estaba en calma y la barca se deslizó con suave balanceo. Volví tristemente la cabeza y vi alejarse la voluptuosa Habana iluminada de profusas luces. A mi diestra crugían ásperas cadenas marcando el compás de fantástica danza á un aprisionado bosque de gigantescos mástiles envuelto en espesas sombras. A la izquierda se distinguía confusamente la angosta entrada del Morro, donde se acumulaban en tropel las olas, como irritados cetáceos recibiendo sobre el dorso los lívidos reflejos del faro. En frente, estaba la sombría mola de la Cabaña, sepulcro de vivos, fábrica de iniquidades, iniquidad petrificada, que por óptica ilusión venía hacia mí, alta, inflexible, para aplastarme y hundirme en las turbias aguas.

La barca tocó en tierra y comenzamos la ascensión de la agria cuesta.

Inclinados los ojos hacia el suelo y abismado el pensamiento en prolijas cavilaciones, subía, subía penosamente la montaña sin darme cuenta de los sitios por donde pasaba. Un guardia me tocó en el brazo é indicando una espaciosa esplanada que á nuestra derecha se extendía, dijo:

—El Foso de los Laureles.

—Sí; bien veo que es un foso; ¿que me quiere decir con eso?

—¿Pues no lo sabe?... Es el lugar de los fusilamientos. Allí, en el muro de enfrente, ponen al que ha de morir; aquí en medio forman los soldados, y en esta pared de atrás se coloca el público.

—¿Asiste mucha gente?

—Mucha; pero como los fusilamientos son muy frecuentes ya no interesan tanto. Quien nunca falta es una joven que siempre ocupa la primera fila y ríe sarcásticamente viendo caer los condenados acribillados á balazos.

—Debe ser muy interesante esa muchacha.

—Es muy original. Dicen que tiene relaciones con un teniente.

—Que Dios se la conserve.

Continuamos la ascensión y á los pocos momentos pasamos el puente de la fortaleza. Unos cuantos escalones ocultos bajo un arco ciclópeo daban acceso al cuerpo de guardia.

El cuarto de banderas, que estaba enfrente, era una sala espaciosa, sin otros muebles que una mesa de pino y dos mecedoras ocupadas por el oficial de guardia y el de prisiones. En la mesa había una botella de ron y un vaso á medio apurar.

El de prisiones llamó al soldado llavero para que reconociese la maleta y me cachease. Luego de quitarme un lápiz y todo el papel que llevaba, trasladáronme á las oficinas del Gobierno militar de la fortaleza, donde me inscribieron en el registro de entradas.

—Vamos ahora al calabozo, dijo el oficial recogiendo un volante en el que se leía: *Incomunicado*.

Se acercaba el momento de perder la libertad amada en las negras fauces de aquel castillo abominable. Hasta entonces había acariciado fugitivas esperanzas. ¡Ni esperanzas me quedaban!

Desandamos lo andado precedidos del llavero, y nuestros pasos resonaban lúgubres bajo las bóvedas que atravesábamos. El monótono tin, tin, tin, de las llaves me daba escalofríos.

Repasamos por el cuerpo de guardia siguiendo estrecho callejón y un centinela nos abrió la puerta del rastrillo. Dentro se oía el confuso zumbir de las grandes colmenas.

A lo largo de la pared había muchas puertas y ventanas, todas de hierro. Débiles lucecillas alumbraban tenuamente aquellos antros sepulcrales repletos de hombres y sombras. Eran muchos los arrojados en estos sitios de expiación, muchos más de los que racionalmente cabían, y el calor asfixiante los obligaba á estar desnudos y

acolparse como fieras á las puertas, avaros de aire respirable. Detrás de ellos aún se entrevía á otros menos afortunados que ambulaban por el estrecho ámbito.

El soldado que marchaba delante se detuvo ante una covacha nauseabunda de fúnebre interior. Rebuscó en su gran manojó de llaves y tomando la de allí abrió la férrea puerta.

Antes de ingresar abarqué el cielo en una suprema mirada llena de angustia y de fiera desesperación; aspiré con fuerza como si nunca en vida hubiese de respirar aire puro, y entró con el pecho oprimido.

Estaba aquello tan húmedo; tan sucio y hediondo estaba, y era tan denso y enrarecido el ambiente, que tuve necesidad de apoyarme en la pared para no caer al suelo.

—Siga, que no es aquí, me dijo el oficial.

Seguíle atontado algunos pasos á la izquierda—creo que fué á la izquierda—y topé con otra puerta de hierro.

—¿No trae usted hamaca?

Entonces recordé que con los apremios de la guardia civil me la dejé olvidada.

—Pues sin hamaca ni luz, buena noche se le espera, terminó el oficial con tonillo sarcástico.

*

* *

Cerraron la puerta y quedó sumergido en densas tinieblas.

Di un paso y se me hundió el pie. Dejé la maleta en tierra y tocó un piso escurridizo y blando. Palpé las paredes y rezumaban agua. ¿Dónde me habían metido? Era aquello un calabozo de nuestros días ó un *in pace* de los siglos góticos?

Imposible que pudiese vivir algún tiempo en el seno emponzoñado de aquella atmósfera repugnante. Un olor acre, nauseabundo, indefinible mecía de tierra húmeda y animales muertos, impedíame libremente respirar y me apagaba los sentidos.

Aquel ambiente impuro me producía vahídos. Algo extraño me estremecía las carnes, me circulaba por la sangre y me subía á la cabeza, velándome los ojos, eclipsándome la luz de la razón. Caí al suelo y apoyé la cabeza en la maleta sintiendo que la muerte se acercaba envuelta en aquellas angustias invasoras.

El suelo estaba encharcado, y el frío, penetrando lentamente en el cuerpo, hizome al principio inmenso bien.

Incorporéme un poco y rendí la cabeza entre las manos. ¿Me condenarían á

permanecer mucho tiempo entre tinieblas?... El suicidio, la necesidad de vivir, el pasado, el presente, el porvenir ignoto... ¿Qué sé yo cuántas ideas velocísimas aparecían y desaparecían en loco tropel, allá dentro de la ardiente fragua cerebral. Pensar era el segundo dolor en el calabozo, porque el pensamiento me despertaba acerbos recuerdos, tiempos mejores que ya pasaron, negras dudas para lo futuro. ¡Oh, quien hubiera sido tan insensible como las inicuas piedras que me aprisionaban!

Sentí que de la frente me manaba frío sudor pastoso, y en los nervios experimenté horribles crispaduras. Los dientes empezaron á crujir y rechinar, batiéronme las sienes con fuerza desusada, y bajo la bóveda del cráneo oía titánico golpeteo.

Y otra vez la inteligencia comenzó á nublárseme. Ni sé si deliraba, ni sé si despierto estaba, pero loco ó alucinado debía estar, porque la sangre me subió exaltada á la cabeza y las manos se me abrieron en horrible tensión, cual si pretendiesen hacer presa en un cuello enemigo; y loco, desesperado, echando espuma por la boca, me lancé con los brazos extendidos en aquel espantoso antro buscando al imaginario rival que necesitaba destrozar... El choque con el muro fué tan violento, que caí de espaldas, sin sentido apenas...

Pasó algún tiempo antes de que pudiera herguirme. Desalentado, ignorando dónde me encontraba, empecé á arrastrarme dolorosamente en las sombras hasta encontrar la pared y buscar ayuda en un rincón.

¡Cómo temblaba todo mi cuerpo! Ardíame la frente cual si un hierro rojo me la taladrase; dentro del cráneo rugía un volcán intentando romperlo, y el corazón y las entrañas se me desgarraban con la violencia de la emoción ¿No sucedería la locura á semejante crisis?

Acerqué la frente al muro, y la humedad bienhechora empezó á calmarme los nervios.

¿Hasta cuándo iba á prolongarse aquél martirio? pensaba sin cesar ¿No sería preferible que me arrojase de nuevo contra la pared opuesta para destrozarme el cráneo.

¡Mas ¡ay! que aquello sólo era el principio de la crucifixión, y aún me quedaban muchos meses de lamentable agonizar, porque de allí había de salir muerto. Sí, allí, en aquél castillo, imagen de la tiranía, quedaron muertos y sepultados, carácter, sentimientos, ideas, anhelos de otros tiempos; y al salir me encontré viejo á los veinticinco años, cansado de la vida y del vivir, desencantado y escéptico. ¡Ni siquiera en la ingénita bondad humana volveré á creer!

Ignoro el tiempo que estuve en aquél ángulo del calabozo recibiendo en el rostro la frescura generosa de las piedras. Cuando pude reponerme, advertí que tenía las manos apoyadas en los bordes de un agujero practicado á la altura de la cabeza. ¡Malhaya el momento en que se me ocurrió reconocerlo!

Dentro había un cuerpo esférico, que me llenó de secreto pavor. Al removerlo sonó á hueco. Tiré de él, y no pesaba. Cogíle entre ambas manos, y experimenté como una sacudida eléctrica al presentir lo que era. Las manos se me quedaron

yertas, temblorosas de miedo; una ráfaga de locura me crispó los pelos; cerré enérgicamente los ojos para no ver en la oscuridad, y el corazón me dió un vuelco...

Cayó al suelo el cuerpo esférico, y el choque resonó lúgubre, como suelen resonar las huecas calaveras.

El grito que yo di debió ser muy lúgubre...

*

* *

—¿Has muerto?... Responde...

Volví sobresaltado la cabeza, y nada pude ver. El calabozo me pareció más negro que antes, y en la frenética crisis que me dominaba, extraños pensamientos me asaltaron. Medio loco, idiotizado, miraba alternativamente hacia el lugar de donde procedía la voz y al rincón donde había caído la calavera, como si entre voz y calavera existiese alguna misteriosa relación de ultratumba.

—Contesta... Diez veces te he llamado... ¿Qué te sucede?

Brotaban lentas las palabras, cavernosas, y la bóveda las repercutía con apagado eco.

Comencé á moverme receloso, y poco á poco fui distinguiendo la puerta del calabozo y una gran sombra opaca ante ella. Di algunos pasos más y se desvaneció la sombra.

Otra vez empezaron á herizárseme los pelos y á rechinar los clientes. ¡Otra vez dudaba de si estaría despierto ó loco! ¿Era cierto que había tocado una calavera que estaba allí dentro, á pocos pasos? ¿Me había realmente hablado un espectro fugitivo? ... ¿Me hallaba quizás entre muertos y almas de muertos?...

Sordo rumor de algo que se revuelve oí en el calabozo contiguo. Enseguida una claridad tenue que aumentó los temblores de mis carnes, comenzó á iluminar con pálidos y vacilantes reflejos el sitio donde estaba. La boca se me abría en progresivo espanto temiendo que tornase la aparición de antes... Y la luz se acercaba, silenciosa, misteriosa, más temida que las tinieblas mismas.

—¿Qué te pasa? sonó la bronca voz.

Y me encontré frente á frente de un hombre colosal, de ancho y velloso pecho^[3] desnudo, torva catadura, tremendas mandíbulas carniceras y rudos pómulos que parecían tallados á hachazos. Un pañuelo rojo ceñiale la frente á usanza aragonesa, y por encima se desbordaba la cascada de inculta cabellera gris. Aquella geta reveladora de sanguinaria ferocidad, me miraba atenta, recelosamente, casi con

miedo: tan extraña y antihumana máscara debió imprimirme en el rostro las acumuladas sensaciones de esta noche fatal.

—¿Quién es usted?

—Un preso como tú.

Y enseguida:

—Puedes tutearme desde luego, porque al entrar aquí todos somos iguales.

¡Iguales! Muchas veces oí á los presos enunciar esta palabra como quien invoca un derecho; pero pronto pude convencerme de que la igualdad, dulce como el amor, acariciadora como las ilusiones todas, ni en la común desgracia se encontraba. ¡Igualdad, invención de la democracia, qué bien protejes los labios mentidores! Ni en el mundo de los picaros, ni en la sociedad de los que se llaman honrados, te he visto realizada. ¡Si es que eres algo, eres un sueño, ó eres un fantasma hecho de bruma ideal! El fuerte humillará siempre al débil que se le resista. Cuando la fuerza de la razón le falte acudirá á las armas: el bandido de pueblos revestirá uniforme honrado para acosarlos; el que vejeta en calabozos se remangará el brazo y empuñará navaja innoble para embestir al infeliz que le niegue su dinero. ¡Igualdad, eres una ilusión irrealizable!

—¿Cuándo te han traído? preguntó á aquel hombre de faz siniestra, que continuaba ante la puerta con un farol en la mano.

—¿Pero no me viste al entrar? Pues bien cerca de mí pasaste. Verdad que ibas tan preocupado... Nada, hombre, nada; no tengas miedo, que ya te irás acostumbrando.

Dijo las últimas palabras con acento de cruel ironía, enseñando unos dientes blanquísimos, incisivos, como si quisieran morder.

Luego prosiguió contrayendo los labios hasta marcar una mueca desdeñosa.

—¿Por qué gritabas? ¿Tenías miedo de estar á oscuras?

—No, no es eso. Es que había encontrado una calavera.

El malvado lanzó una larga carcajada sarcástica.

—Vamos; es que los dedos se te han antojado huéspedes.

—Lo juro. Estaba en un agujero.

—¿Pero la has visto, acaso?

—No; pero la he tocado. Es una calavera.

Hacía estas afirmaciones con tan poca fuerza, que ni yo mismo otorgaba mucho crédito al testimonio de mis manos. ¿No habría sido una ilusión?

El otro pasó la luz por entre los hierros de la puerta, y me dijo:

—Anda, búscala y nos convenceremos.

Recorrí el húmedo recinto hasta dar con ella.

—Aquí está, no hay duda.

—Traela que la vea.

—Me da repugnancia.

—Embustero... miedoso... Todo es mentira, tío *ful*...

El bandido reía y me insultaba á grandes voces. Recogí del suelo la monda

calavera y se la entregué al miserable.

—¡Pues sí que es verdad! dijo tomándola. ¡Buena pieza! ésta no pertenece á los señoritos de la Acera del Louvre... Será de algún negro congo.

El tunante no paraba de reir mientras la reconocía. Luego empezó á golpearla con el índice.

—Está cascada... Mira, aquí encima se ve la rotura... Y este pedazo se está rompiendo...

Arrancó el trozo de maxilar, poco seguro, y estrujándolo entre sus férreos dedos espatulosos, hízolo polvo.

Me pareció lo más prudente dar cuenta al otro día del triste hallazgo.

—Calla, animal, tú no sabes lo que te dices, me contestó casi escandalizado. Deja ese hueso donde estaba, y figúrate que nada has visto. Es preciso que vayas acostumbrándote á ser un nadie, que ni ve, ni oye, ni entiende, si no quieres salir por la puerta del calabozo con los pies hacia adelante.

Hablaba en tono serio que contrastaba con sus primeras rechiflas. Picado de curiosidad, le rogué que me contase algo de aquella vida para mí desconocida.

—Bueno; pero antes dame algún dinero, si tienes, y que nos traigan aguardiente.

—¿Pero consienten la bebida en esta fortaleza? le pregunté sorprendido.

—No te preocupes, y dame dinero. Aquí todo está prohibido, y todo se tolera: se bebe, se juega, se roba, se mata... Ya verás cuántas cosas aprendes.

*

* *

Ocasional ó eficiente la embiaguez fué causa de las infinitas querellas á que asistí en la prisión. Cuando el alcohol montaba á la cabeza los motivos más fútiles ministraban ocasión de que las navajas hurgasen las entrañas; y si no había motivos, inventábanse con pretexto de una mirada, de una palabra, de celos bravios, de pependencias muchos meses olvidadas. Frecuentemente el arma que iba en busca de un pecho enemigo, desviábase de su camino, mal enderezada por la torpe mano del borracho, y solía sepultarse en el de un pacífico mediador, que intentaba aquietar los ánimos.

¿Por qué no prohibieron^[4] severamente la introducción de bebida? No lo sé. Decíase que vedada estaba, pero lenguas murmuradoras también decían que la cantina del castillo pagaba fuerte contribución y tenía que resarcirse de algún modo. Lo que sí puedo sostener es que muchas veces vi entrar, no ya botellas, sino grandes

latas llenas de horrible caña, que pasaban ante las miradas de los oficiales y centinelas.

Los presos acudían á aquellos depósitos colocados en el centro del calabozo, sumergían sus vasos, y bebían, bebían sin tasa hasta perder la cabeza. Locos de contento, enardecidos por el alcohol, cantaban estúpidamente formando gran círculo, jarro en alto, el

A beber, á beber y apurar
Las copas del licor...

Luego pasaban á otras canciones obscenas, y los gritos y el vocerío adquirían proporciones enloquecedoras. Las caras se congestionaban, centelleaban los ojos, las bocas escupían injurias y las manos cruzaban los rostros. La confusión tumultuosa que entonces sobrevenía, era tartárea. Veinte, treinta, cuarenta hombres, corrían de acá para allá, saltaban, voceaban, se buscaban, se perseguían, caían, se golpeaban, hasta que los grandes hombres, los matones, tirando de faca y plantándose en medio del calabozo, contenían con roncans anatemas aquel torbellino de locura...

—Temblaban de temor las pequeñas fierecillas excitadas por la caña, y se restablecía la paz. ¡Lúgubre paz que rendía los cuerpos en tierra, tornaba la congestión en lividez cadavérica y abría las fauces desmesuradamente para dar salida estrepitosa al líquido ingerido!

En los últimos meses de dominación española, la caña se substituyó por puro alcohol. El jefe glorioso de cada calabozo disfrutaba el privilegio de recibirlo y monopolizarlo. Mezclábalo con agua y azúcar, y luego procuraba matar lentamente á los presos vendiéndoles aquel brebaje á veinticinco céntimos la copa.

*
* *

—Ya estoy aquí, exclamó regocijadamente mi vecino, depositando dos botellas, en el suelo.

Enseguida dobló con mucho esmero su manta para sentarse á la vera de la reja.

—Toma, bebe, me dijo pasando entre los hierros una botella.

—Gracias, sólo bebo agua.

—Bebe, y no seas tonto, añadió en tono sentencioso y gruñón; bebe, que el preso

bebiendo pasa los malos ratos. Es necesario que te acostumbres á hacer buena cara al mal tiempo, porque te esperan días muy amargos.

Así lo comprendí, y para alejar negros pensamientos, alcé la botella tomando un largo trago que me abrasó las entrañas.

—¿Quieres agua? Ahí va.

Bebí ávidamente de la otra botella, y se repitió la grosera broma de la gente maleante, que gusta dar por agua el mismo líquido que acaba de beberse.

Trabajo me costó reprimir la sorda irritación que me causaba la gracia que al pícaro hacían mis gestos dolorosos. El, en cambio, tasto poniendo los ojos en blanco, y después bebió imperturbable, con delectación, como quien está acostumbrado al oficio; y luego de limpiarse con el dorso de la mano sus carnosos labios, dió comienzo á una fantástica narración, que por lo inverosímil extracto:

Dijo que á unos cien metros del sitio donde estábamos, en el fondo de otro rastrillo, había un calabozo con la entrada tapiada á cal y canto. Durante la primera guerra separatista habían descubierto una secreta trama en la que estaban complicados muchos personajes de gran suposición. Cierta noche, los agentes de la autoridad fueron sorprendiendo sigilosamente, en sus propios lechos, á los conspiradores y conducidos á la Cabaña. En el calabozo número 35 los dispusieron formando apretadas y bien ordenadas filas, hasta que no cabiendo más, tapiaron perfectamente la puerta. Desde entonces no volvió á abrirse el calabozo, ni de los presos se supo nada.

Cien veces oí repetir la misma leyenda alterada á capricho del narrador. Creíala á pies juntillas el preso, porque en su simplicidad solo reparaba en el calabozo que veía allá abajo, el único tabicado, sin alcanzársele que muy diversas causas podían haber aconsejado aquel reparo.

Como no me allanaba á creer esta conseja, y el hombre colosal parecía enojarse mostrándome sus blancos dientes de can irritado, procuré dar nuevo curso á nuestro coloquio.

—¿Me tendrán mucho tiempo en esta caverna?

—Hasta que puedan disponer del otro calabozo reservado á los que incomunican. El doctor Casuco ha sido el último que metieron ahí.

—¿De modo que aquí vienen los incomunicados?

—Y los que mueven peticiones en los otros calabozos, también los traen castigados algunos días. Antes de establecer la capilla en el cuerpo de guardia, ese era el sitio destinado á los que iban á morir.

—¿Habrás conocido á algún reo?

—¡Ya lo creo! He cenado con varios.

—¿Y se mostraban fuertes en los últimos instantes?

—Veo que tienes apego á la vida.

—Me interesa la muerte.

—¡Bah! pues á muerte me condenarán á mi.

Bebió de un trago hasta media botella, me invitó á que le imitase, y prosiguió:

—Pues sí; sólo de uno sé que haya flaqueado. Los demás pasaban la última noche bebiendo, fumando ó durmiendo. Algunos salían para el Foso de los Laureles, como quien va á fiesta, despidiéndose de todos, encendido el tabaco y dando vivas y mueras.

»Recuerdo de dos muchachos ¡valientes mozos! que merecían no haber muerto nunca. ¡Apenas tendría dieciocho años el mayor! La capilla estaba aquí fuera y ellos ahí, donde tú estás, reían y cantaban sin atender á los curas que les recordaban su fin cercano y la otra vida, ó á lo sumo replicándoles que nada malo habían hecho para temer al infierno.

»Conmigo estaba un antiguo compañero que conocí en el penal de Burgos. No sé si en San Sebastián ó en Bilbao dió algunas puñaladas á una cantante, la C***, y se vino escapado á Cuba, formando con nombre supuesto, en la recluta voluntaria. Desertó á los pocos días; atracó á un caballero, y como el sereno interviniera para que no le robase el reloj, tuvo que «endiñarle» una puñalada. Por eso le trajeron preso.

»Pues bien; aquella noche estaba conmigo, y los dos muchachos insurrectos nos invitaron á cenar... Son tantos los que fusilan que ya no quieren servir todo lo que el condenado apetece...; pero, en fin, no lo pasamos muy mal... Cuando ya estábamos tomando el café, ocuriósele decir al mayor de los cubanos que si hubiese baraja podríamos distraernos un rato, y como aquí lo único que falta es dinero, aún no había concluido de hablar y ya estaba mi compañero peinando las cartas.

»A las cuatro ó cinco manos hízose la partida muy aburrida, y uno de los reos propuso jugar algún dinero.

Al llegar aquí no pude por menos de interrumpir al narrador.

—¿Y para qué necesitaban el dinero, si las horas de vida teníanlas contadas?

—Eso mismo le pregunté yo. El muchacho dijo:

—No importa que hayamos de morir. Jugando algún dinero se animará con el interés la partida y podremos distraernos.

—Sí, sí, afirmó el otro; juguemos, pero barato, que tengo pocos cuartos. Un centavo las «veinte», dos las «cuarenta», y tres el «tute».

»Sentados ellos donde tú estás, y aquí fuera mi compañero y yo, pasando cartas y dinero entre los hierros, estuvimos hasta que á las dos se retiraron vencidos del sueño.

—¿Y durmieron?

—Hasta que, un momento antes de sonar las siete, llegó el piquete y los despertó.

—¿Y luego?...

—Luego encendieron un cigarro, despidiéronse de nosotros mientras les ponían las esposas, y marcharon indiferentes al Foso de los Laureles... El mayor murió primero, y cuando ordenaron al otro que se arrodillara al lado de su compañero para recibir los cuatro tiros, negóse á obedecer... Ordenáronle de nuevo, y tampoco se rindió...

—Que traigan una silla para atarle, dispuso el jefe del piquete. El chico miró

entonces á su compañero que yacía en un charco de sangre, arrojóse á tierra para abrazarle, y las cuatro balas le penetraron por la espalda...

Abrazado á su compañero expiró.

*

* *

—Que nos traigan más caña le dije á mí colega ofreciéndole otras dos pesetas.

Sentía, por primera vez en mi vida, los efectos de la embriaguez, que si no me devolvía el contento, en cambio abismaba mi espíritu en un sopor letárgico muy semejante al no ser.

Cuando volvió el viejo presidiario tuvo, que sacudirme para despertar.

—Toma, bebe... Tiempo tienes de dormir.

Volvió á sentarse en su puesto y se dispuso á contarme nuevas leyendas.

Yo le veía á través de los turbios ojos, y relacionaba caprichosamente su imagen con robos y asesinatos, que maquinaba mi imaginación alcohólica.

—¿Y por qué estás aquí? le dije.

—Por nada. Tuve una cuestión con el sargento de mi compañía y le di una «cortadica».

Luego supe que aquel hombre, aquella fiera remitida por la brigada disciplinaria, había salido de filas y dado al sargento tan terrible cuchillada, que á poco más le secciona el cuello.

En los calabozos era tan pendenciero, sus borracheras producían tales perturbaciones, que se vieron obligados á aislarle, mientras el consejo de guerra disponía si le fusilaban ó si le expedían á Ceuta.

—Aquí me han traído, gritaba excitado ya por las botellas de veneno, aquí me han traído para que me mate la humedad; pero no saben que yo soy fuerte como el hierro.

Y diciendo esto se golpeaba el pecho, sólido como una muralla, con aquellas dos manazas de oso enfurecido.

Nadie, que no hubiese sido él, podría resistir durante tantos meses aquella hórrida prisión jamás besada por el sol ni oreada por el aire. Y él no experimentaba ninguna molestia. Pasaba el tiempo, y su organismo maravilloso seguía ingente y retador, moviendo pendencias con los bravos que allí iban, ó insultando á los que pasaban ante el calabozo. Su sentimiento era que no se prolongase mucho tiempo aquella vida de sibarita; porque allí le daban mejor rancho que en el presidio, y percibía dos reales diarios para regalarse con caña.

—Pero, ¿y si te fusilan? le pregunté. ¿No me digiste antes que probablemente morirías en el Foso?

—Si me fusilan, mejor. Así no sufriré necesidades, contestó con impasibilidad estoica, aquel hombre sin conciencia ni remordimientos.

Y así fue. Medio año después el Consejo de guerra le condenó á muerte, y ni en los últimos instantes decayó su ánimo. Antes pareció dilatarse, rechazando el pañuelo con que iban á vendarle los ojos, y recibiendo á pecho firme las balas que le arrancaron la vida.

*

* *

La embriaguez tomó plena posesión de mí. El presidiario seguía hablando, pero sus palabras sólo las percibía como lejano rumor susurrante, mientras que en las intimidades de mi ser, se trababa cruda lucha moral provocada por el exceso de caña y el cúmulo de perdurables emociones que experimenté aquel día.

¿Qué extraño orgasmo se había posesionado de mí, sugiriéndome internas imágenes jamás representadas? ¿Qué poder maléfico sacaba á nueva vida los crueles instintos, las bárbaras pasiones de la remota animalidad, que duermen largos siglos en la conciencia del hombre civilizado? ¿Quién me infundía en las venas sangre bullidora, y me multiplicaba las fuerzas, y me estremecía con fieros arranques de rebelión?

De pronto salté como una pantera aprisionada y agarrándome á los hierros comencé á sacudirlos desesperado, intentando romperlos con rabia impotente. Al mismo tiempo obsesionábame una idea de venganza sañuda, inexorable, aunque sin saber en quién satisfacer. ¡Qué deleite haber calmado la ira impetuosa en un lago de cálida sangre!

Estos siniestros anhelos formulados con inconexas palabras y decires obscenos, alarmaron á mi compañero que se retiró prestamente de la puerta dejándome su manta.

La fría oscuridad contuvo la insania posesora; pero el calabozo empezó á moverse y luego á girar vertiginosamente alrededor de mi cabeza^[5]. Haciendo sobrehumanos esfuerzos quise herguirme para desdoblar la manta, y antes de lograrlo caí al suelo como cuerpo inerte.

Acudió otra vez el preso al oír el golpe y mientras me revolcaba en el cieno, extendió la manta protegido por la luz. Después de mucho jurar y maldecir, pudo

vencer mis resistencias á echarme en la manta, reclinando la perdida cabeza en la maleta.

El sueño descendió con gravedad de plomo sobre mis ojos. ¡Triste sueño de borracho asaltado de negras pesadillas, de ideas estrafalarias, de angustiosas imágenes fluctuantes que cambiaban sin orden ni concierto! ¡Loco poder de la imaginación calenturienta que no reconoce lógica y presta forma á lo irreal ó informe!... Todo ser animado se había extinguido en la creación, y sólo yo sobrevivía en el vasto desierto sin límites, mustio, abatido, ansiando también el eterno aniquilamiento. Por todas partes me rodeaba silenciosa inmensidad. Ni veía el firmamento, ni columbraba el suelo. El infinito espacio era un océano de brillante luz solar; pero sin astro que la difundiese ni nube que la velase. Sólo en el eterno absoluto circunstante, flotaba inmóvil sin saber dónde caer ni en qué punto apoyarme. Sólo en el vacío uniforme y triste, sudaba y trasudaba presintiendo el fastidio incurable del tiempo inmortal... Luego, en brusca transición, se apagó aquél áureo torrente difuso, y quedé sumergido en sombras densísimas, girones palpables de tules aéreos que danzaban á mi alrededor. Pasaron años y siglos de orco tenebroso, y allá muy lejos, en un punto incalculable del infinito comenzó á lucir una estrella, luego otra, enseguida otra más, y después miles y millones de soles y constelaciones que aparecían por todos los ámbitos, remontaban el firmamento y se ocultaban, por la opuesta zona, para reaparecer y eclipsarse de nuevo aumentando cada segundo en celeridad hasta formar un veloz torbellino luminoso que me producía vértigo contemplarle; pues cuanto más cerraba los ojos para evitar su influjo obsesionador con más intensidad brillaba el rodante círculo de ígneas esferas, y más atónito me dejaba en su arrebatado girar... Apagóse la visión incandescente, y me encontré rodeado de fúnebres crespones por los que corrían lívidas lucecillas que se apagaban y volvían á encenderse. Disipáronse los crespones, inundóse el espacio de tenue claridad fosfórica, y allá muy lejos, en remotísimos limbos llenos de sombras y misterios, creí ver un atento ojo que me miraba severo... Después, nada... letargo de muerte que debió durar mucho tiempo...

...El despertar fué un sobresalto horrible acompañado de tremenda bofetada... La tercera crisis nerviosa me había poseído... Al caer la mano, algo muy blando y repugnante, que exhalaba estridentes chillidos, quedó aplastado en la cara... Los dedos no abandonaron aquel cuerpo asqueroso: seguían apretando, crispados, como si todo el frenesí se hubiese concentrado en ellos... Los chillidos se prolongaban, más débiles, agonizantes... ¡Parece que los estoy oyendo ahora!... Ultimamente, retiré la mano sin soltar el palpitante cuerpo, y haciendo una suprema invocación á todas las fuerzas, á mis postreras fuerzas, despedí aquello con tan desesperada locura, que sonó en la pared como cuerpo que se aplasta...

Y volví á caer vencido, anhelante, encajada la boca, extraviados los ojos que intentaban penetrar con fija mirada la negra bóveda carcelaria, para dirigirse al alto cielo en larga é inútil súplica.

*
* *

—¿Otra vez? tono en la puerta el desdeñoso acento de mi compañero.

—Trae la luz, le imploré doliente.

—Hace tiempo que se apagó. Al notar que mi voz no procedía de donde me había dejado al retirarse, dijo:

—¿Dónde estás?... Espera que busque las cerillas.

Volvió con ellas, y encendiendo una, alargó el brazo entre los hierros para inquirir dentro.

—No te veo.

Estaba en el centro del calabozo, hundido en medio palmo de cieno, que se deslizaba viscoso entre mis dedos aún crispados.

—Espera, le dije, ya salgo.

Costábame penosos esfuerzos levantarme. Todo mi cuerpo parecía tundido. Las piernas me flaqueaban; la cabeza, vacua é insegura, giraba automáticamente hasta caer humillada y sin fuerzas sobre el pecho, y la boca, reseca y pastosa, me amargaba como si hubiese salido de prolongada enfermedad.

Lento, dando traspiés, me acerqué á la puerta.

A la trémula luz de la cerilla ví la burlona sonrisa del presidiario que me exploraba con fría mirada obsesionante.

—Bueno estás... bueno. ¿Te has revolcado por ahí dentro?

Así debió de ser mientras soñaba, porque el lodo lo tenía adherido al cabello, á la cara y á la ropa.

Concluyéronse las cerillas y me pidió dinero para que nos compraran una vela.

Cuando estuvo de regreso venía cargado con un hondo plato y un jarro humeantes.

—Ya está aquí el café.

Era el desayuno que daban á los presos.

Pasó el jarro entre los hierros y colocando la bujía en el suelo, empezó á desmenuzar en el plato un gran trozo de pan. Luego sacó de la cintura una cuchara de hierro. Era largo el mango y á fuerza de pulirlo pacientemente en las piedras había conseguido hacer de él un arma temible, parecida á sutil estilete.

—Vamos á ver ¿qué te ha ocurrido ahora? me preguntó llenándose la boca de sopa.

—Aún no he podido darme cuenta... Debe ser alguna rata... Estaba durmiendo y desperté de pronto barruntándola en la cara. ¡Es horrible!

—¡Pobre hombre! me interrumpió sin levantarla vista del plato y acentuando su perenne mueca desdeñosa.

Y luego prosiguió lentamente, como si estuviese más atento que á las palabras, á su gran plato de sopas que deglutía con avidez.

—Sí, alguna rata... hay muchas... muchas...; pero sólo hacen daño cuando se las hostiga... Hay que cuidarlas, porque son buenas compañeras... Yo me aburriría mucho si no fuese por ellas... Como estoy tanto tiempo aquí y las trato bien, ya me conocen... y á las horas del rancho,—mira si tienen inteligencia esos animales—á las horas del rancho están esperando que las llame para recibir la parte que les guardo... La primera en acudir es mi *Panchita*...: debe tener más años que Matusalén, porque de puro vieja está pelada... Son dóciles... muy dóciles...

Al llegar aquí, le hice un signo con la mano para que callara, y levanté la cabeza prestando atención... Me había parecido oír una descarga...

El presidiario alzó lentamente el plato con ambas manos, como sacerdote que oficia, y empezó á beber los restos de café, poco á poco, deseando no concluir nunca. Hundido el avaro hocico en el aromoso líquido, sus ojos me miraban atentos, socarrones, refulgentes en la penumbra.

—Otra descarga, ¿qué es eso? le interrogué.

Descendió el plato, chasqueó la lengua, y contrayendo la peluda geta hasta ofrecer sus blancos y apretados dientes de can:

—No es nada. Dos que han fusilado.

«Nada, dos fusilados» repetí mentalmente.

Quedé un momento pensativo, y recordando á la joven de que me hablaron los guardias, creí escuchar la carcajada infernal que en aquel momento saludaría la muerte de los condenados.

—¿Pero es posible que sea de día y no entre luz? le dije sorprendido.

—Naturalmente; ahí amanece á las once. A esa hora penetran^[6] algunos rayos de luz por una pequeña claraboya que hay en lo alto del calabozo, y á las tres de la tarde, cuando el sol no la bañe, habrá, comenzado la noche.

Luego cambió de tono:

—Estás asqueroso. Necesitas lavarte.

—¿Y cómo?

—Yo te ayudaré.

Trájome un pedazo de jabón, y con el plato fué vertiendo el agua en mis manos. Terminada esta primera parte, saqué nueva ropa de la maleta y terminé mi limpieza con el cambio de traje.

—Ahora, dame una peseta para comprar tabaco y media botella de caña, y yo te prestaré mi hamaca si quieres descansar.

Hicimos el trueque, y mientras rebuscaba en las paredes la argolla donde había de

atar un extremo de la hamaca, encontré los sangrientos vestigios que dejó la rata al expulsarla contra el muro. El animal yacía en tierra.

—¿Quieres caña? exclamó el preso en el momento de acostarme.

—¡No me la mientes en tu vida!...

Al poco rato dormía profundamente. Ya no me asaltaban las pesadillas lacerantes de la noche anterior. Al principio sentí dulce torpeza en todos los miembros, que aumentaba á compás del blando balanceo de la hamaca. Su ritmo suave, como el de la cuna que mece al niño, me acariciaba recónditamente. Algo fresco, calmante y aterciopelado pasaba en ondas voluptuosas rozando todas mis erectas fibras. Desmayábase la inteligencia, la imaginación se perdía en remotos países de blancos sueños y el alma se escapaba leve y trémula huyendo del caduco cuerpo aprisionado. Y no recuerdo más.

A las cuatro me despertaron.

El oficial de prisiones esperaba en la puerta.

—Vamos, dése prisa que va á mejor sitio.

Desaté la hamaca y la cerradura rechinó con aspereza. La puerta estaba franca.

—Adiós, le dije á mí compañero de un día.

—¿Te vas sin darme algunas monedas?

Le entregué una peseta, y el hombre, muy satisfecho, me dió tan fuerte apretón de manos, que ojalá no le hubiese complacido.

—Gracias, y buena suerte...

—Buena suerte...

*

* *

El calabozo número 58, que es adonde me trasladaron, estaba en una plazoleta irregular y bien ventilada. Este cambio me regocijó como el alba de un nuevo día. La húmeda cripta con su fetidez punzadura; la eterna noche poblada de larvas y visiones; la calavera; el despertar espeluznante; la faz siniestra del sarcástico bandido, todo se me representaba como algo remoto ó ilusorio, como el recuerdo triste de un mal sueño que se desvanece con la blanca aurora.

Era hermoso—hermoso, sí—el nuevo calabozo. Estaban secas las paredes, seco el suelo. Dos grandes marcos fronteros formados de gruesos palos, servían para atar la hamaca. Y lo mejor, de todo era la puerta, una soberbia reja casi tan alta como la techumbre, que me permitía ver la placeta, recibir durante un rato las doradas caricias

del sol, y contemplar entre los enhiestos paredones sombríos una franja de gloria, cuatro ó seis metros de cielo azul, que brillaba profundamente allá muy lejos y muy alto: tan lejos y tan alto como la esperanza vuela los días de honda é infinita amargura.

Estaba contento, muy contento al entrar en mi nueva mansión; pero un doloroso espectáculo turbó enseguida tanta felicidad. Era la hora del rancho y ante el calabozo comenzó á formar todo un ejército de espectros: ¡caras ancianas y amarillas; monstruos famélicos y temblorosos; cojos, mancos, ciegos y tullidos! Eran los inválidos, los hijos del pueblo que no tuvieron seis mil reales, tasa impuesta al patriotismo de los ricos. Ellos fueron arrancados á los hogares en edad florida, apaleados en los cuarteles, expoliados en los campamentos y en los hospitales. Nada tenían que ganar, y todo lo perdieron. ¡Hasta los últimos instantes fueron víctimas! Se les regateaban las medicinas, se les trataba como inservibles y molestos trastos ¡Ya habían dado todo, juventud y vida! ¿Para qué los necesitaban? ¡Cuántos de aquellos desgraciados que departían sobre España á la puerta de mi encierro mientras apuraban su rancho, comentando con sonrisa inefable que les iluminaba los cadavéricos rostros el regreso al pueblo, se los tragó el mar por no tener fuerzas para soportar el viaje! ¡Y cuántos de aquellos miserables no hubiesen llegado hasta los brazos de sus padres con mejor alimento que la bazofia infame que les dieron durante la convalecencia!

¿Mas para qué habían de vivir? ¿Que falta les hacía ya la vida? Por allí iban y venían, macilentos y cansados, estos desperdicios del ejército. Nadie les hacia caso. Estaban roídos de miseria. No les pagaban ó les pagaban tarde. Algunos carecían de camisa; otros, la mayor parte, vestían sus inútiles y podridas carnes de sucios andrajos, trajes mixtos de militar y paisano, sustentando la ruina de sus cuerpos en palos y muletas... Los mas descarados, ó quizás los que mejor presentían las tristezas infinitas que les esperaba al llegar á España, las eternas noches polares del invierno ingrato, los largos días abrasadores del estío, la trágica odisea de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, implorando un trozo de amargo pan á los que les habían enviado sin clemencia á defender lo que no les importaba, mientras ellos cumplían el que llamaban deber sagrado ofreciendo un puñado de monedas viles para mantener terrible y sangradora la matanza de hombres; en fin, los que solo contaban al llegar á su patria con el socorro que pudiera procurarles la exposición en calles, templos y paseos de sus lacerías y miembros amputados, esos ejercían la mendicidad en la Habana durante las horas que les otorgaban de paseo. Prohibiéronles este tráfico, porque parecía depresivo á la dignidad del ejército que los soldados mendigasen. ¡Vergüenza de la dignidad; ironía estúpida! ¿Y quién les aseguraba la existencia sin humillación? ¿Qué les importaba la dignidad del ejército, el honor militar, el respeto al uniforme, si después de mutilarlos, habían de arrojarlos con asco como algo que repugna y ofende?...

...Valían menos que los presos. Eran criados de los presos que los utilizaban para

hacer sus compras en la Habana, y no sufrir la rapacidad de la cantina, que les cobraba seis reales por un par de huevos...

*
* *

Contemplando estaba desde la puerta el lento desfile de estos goyescos tipos, que acudían en ordenada formación á recoger el rancho en sus hondos platos de hojalata, cuando me pareció reconocer una cara amiga que se inclinaba penosamente sobre la gran caldera para tomar su parte de mísera comida.

Pero dudaba; no podía ser él... Yo le creía en el hospital, curándose la herida que recibió en una acción... Además, él tan vivo y decididor hasta el momento mismo de tocarle la bala, ¿cómo había de ser aquél harapo taciturno, que tenía por pierna un pedazo de madera?...

—¡Sánchez!... ¡Sánchez!...

El inválido se detuvo un momento y echó una ojeada entre los soldados que poblaban en grandes corros la plazuela, inquiriendo de dónde partía la voz.

—¡Sánchez!... ¡Sánchez!...

Sánchez miró al calabozo, y al reconocermelo, se tornó lívido el pálido color de su cara.

—Es usted...

—Yo soy.

El pobre vacilaba sobre la pata de palo, temblábale el plato en su caduca mano, y el rancho se le vertía en largo chorrear.

¡Qué tristísima impresión me produjo verle acercarse lloroso, no sé si lamentando mi desgracia ó la suya! Sanos fuimos ambos á la guerra, yo le mandaba cuando recibió el balazo, yo le sostuve mientras el médico le restañó la sangre, yo le escogí los cuatro soldados que le transportaron hasta la camilla... ¡Y ahora nos encontrábamos, mutilado él y preso yo!

El centinela no permitió que nos estrechásemos las temblorosas manos.

—¡Atrás, no se puede hablar!

—Pero...

—No puede ser, está incomunicado.

Sánchez se retiró dos pasos, extendió hacia adelante la rígida pierna de madera, y apoyándose en el recio bastón que le ayudaba á soportar su vetustez ruinosa, descendió poco á poco, hasta sentarse en el suelo. Quiso trabar nuevamente

conversación, pero el centinela le impuso otra vez silencio.

Tuvimos que resignarnos. El comía su rancho con la cerviz doblada, vertiendo alguna traidora lágrima en el plato, y mirándome de cuando en cuando con ojos de insondable tristeza. Yo pensaba en aquel amigo muerto para la alegría, y rememoraba la tarde aquella para él infausta.

Nuestra compañía fué la primera en romper el fuego. Mandaba yo la tercera sección, la de mayor peligro, por ocupar el punto más eminente. A mi vera estaba el general en jefe, menudo, austero, impasible en soberbio alazán, más atento á los pausados cañonazos que rimbombaban al otro lado de la montaña, donde operaba otra columna, que al recio fuego que le venía de frente. Tendidos ó sentados, semiocultos entre altas hierbas y matajos, los soldados disparaban y hacían chistes. Nuevas compañías fueron llegando hasta formar extensa línea á lo largo del monte; pero el rojo fajín del general nos atraía lo más fuerte de las descargas. De pronto sonó el estampido desgarrado de la artillería, oculta á retaguardia, y el proyectil pasó zumbando sobre nuestras cabezas. Generalizóse el fuego, el espacio se llenó de humo y acre olor á pólvora y el estremecimiento que acompaña á la emoción guerrera se comunicó á los de natural más tímido. La granizada de invisibles proyectiles que nos enviaban de las contrarias posiciones, iba en aumento. Las balas nos envolvían de todos lados, sonoras, sibilantes, broncas unas cual moscardón que pasa, agudas otras como insistente mosquito. Las cabezas se movían instintivamente queriendo alejar el peligro ya pasado y no muy prontas en hurtar el que venía. Apenas repuestos de una sorpresa, el inmediato chasquido de alguna rama herida advertía cuán cerca circuló la muerte. A las granadas de las baterías contestaba el seco estallar de las balas explosivas. Presté atención al general fragor de la extensa línea y las descargas resonaban como inmenso y prolongado matraqueo en Semana Santa. Movíme á lo largo de la sección, y en todas partes era inminente el peligro para los que estábamos avizorando de pie. Un proyectil se clavó en el suelo, á pocas pulgadas de mí. Otro pasó rozándome la cara. Sentí su soplo cálido, y el silbido estuvo vibrándome un rato. Corrieron voces de «un herido», «un herido». Era un segundo teniente que se retiraba muy pálido en busca de la impedimenta. Del hombro derecho le fluía abundante cantidad de sangre.

—¿Es grave? preguntóle el capitán general sin alterársele un solo músculo de la cara.

El herido intentó elevar el brazo para hacer el saludo, pero tuvo que desistir con gesto de dolor.

—Creo que no, mi general.

—Primer teniente.

—Mi general: ascenderé por antigüedad dentro de dos meses.

—Cruz de María Cristina.

Dijo el comandante en jefe del ejército, y se volvió á espiar el lento cañoneo que continuaba en la opuesta falda de la sierra.

El fuego no llevaba trazas de concluir. Disparaban los soldados sin descanso; las granadas cruzaban rumorosas despacio, y de allá enfrente nos venía el irritado plomo entre siseos rápidos y secos estallidos.

De pronto alzóse del suelo Sánchez y empezó á gritar con intenciones de burla: —«¡Ay!... ¡Ay!...» «¡Pillos, granujas, que me habéis herido!»... Quiso descansar el pie derecho en tierra y tuvo que contraerlo inmediatamente; cuando estuvo á punto de caer, acudí en su ayuda.

—¿En el pie? pronunció fríamente el general.

—En la pierna, en la pierna, observó Sánchez con no mucho respeto.

Acercósele el médico del general Weyler, un coronel de poblada barba cana, y desgarrándole el pantalón, reconoció la herida.

—No tiene importancia.

Cuando la hubo vendado dispuso:

—Retírenlo, y que el médico de su batallón vuelva á reconocerle con detenimiento.

Apoyado en mi hombro y con la pierna en suspenso, Sánchez imploró socarronamente al doctor:

—Por Dios, mi coronel, cúreme usía.

—¿Por qué?

—Pues, porque ya sé lo que me ordenará el médico del batallón... Treinta y cinco centigramos de antipirina... (El coronel sonrió; el general hizo una mueca).

Era el aludido médico un pariente muy cercano del célebre Sangredo.

—¿Qué tienes? preguntaba á los soldados enfermos.

—Siento fiebre.

Volvíase al practicante y recetaba:

—Treinta centigramos de antipirina... Apunta...

—¿Y tú? ¿Qué tienes tú?

—Mi teniente, me hace mucho daño el vientre.

—Apúntale á éste treinta y cinco.

Ignoro si á Sánchez le apuntaría los treinta ó treinta y cinco del cuento; pero poco provecho debieron hacerle. El pobre se quedó sin pierna.

Para él no hubo Cruz de María Cristina. Un rojo cintajo que le pendía del pecho, fué toda su recompensa.

Cuando voy por la calle ahora y veo un mendigo que cojea, reparo en él creyendo encontrarle algún día.

*
* *

A las nueve de la siguiente mañana tuve á la puerta un centinela humano, que ofreció servirme sin interés ninguno. Era un galleguito sencillo que antes de trabar conversación estuvo mirándome largo espacio, casi compungido.

—¿Porqué me mira usted con tanta insistencia? le pregunté.

—Hombre... ya verá usted... ¡caramba!...

—Hable...

—Pues, verá usted... dicen por allí... No quisiera decírselo...

—¿Qué dicen?

—Pues dicen... ¡Pero caramba, tan joven!... ¡Es una lástima!...

—Termine, hombre... ¿Qué dicen de mí?

—Dicen que le van á matar...

—¿A mí?...

—A usted... ¿Es mentira, verdad?

—Lo supongo.

—Hombre; no sabe lo que me alegro...; porque mire usted que morir fusilado tan joven, lejos de su tierra... ¡Vamos, ya decía yo que eso no podía ser!...

Sánchez se acercó en este momento. Salía de un gran pabellón que daba á la plaza, donde habían alojado á todos los inválidos en expectativa de embarque.

El centinela le permitió que nos saludásemos.

—¿Y por qué está usted preso? me interrogó.

—No lo sé, Sánchez; aún no me lo han comunicado.

—¿Pero no lo presume?

—Algún artículo, sin duda...

—¡Bah! pues eso no será nada.

—Así lo espero.

El tenía extendido su pasaporte é iba á la Habana por última vez, porque al siguiente día embarcaba en el correo de España.

—Si quiere usted que le suba algo...

Con la venia del centinela, que no opuso ningún reparo, le di tres pesos para que me comprara tabaco y algunos libros, acordando entregármelos de cuatro á seis de la tarde, cuando el galleguito estuviese otra vez de centinela.

—De modo que no sabe la causa de su prisión, me dijo el soldado al quedarnos

solos. ¿Y juez; sabe quien es su juez?

—Tampoco; me trajeron anteanoche.

El muchacho se quedó un momento suspenso. Luego, haciendo cálculos mentales:

—Aún es pronto, ya veremos cuando pasen algunos días...

Como no le comprendiese, díjome que del tiempo invertido en el nombramiento de jueces podía apreciarse la gravedad del proceso. A los acusados de altos delitos interrogábaseles pronto, se sustanciaba la causa en cuatro ó seis meses—velocidad de relámpago entonces—y al presidio ó Foso de los Laureles, á recibir los cuatro tiros. Para los demás, la eternidad antes de ver al juez.

Y no exageraba el centinela, no, aunque puse en duda sus palabras. ¿Cómo la justicia militar, una de cuyas virtudes era ser más rápida en sus procedimientos que á ordinaria, había de perpetuar en insalubres calabozos á delincuentes de poca monta?

Y así era en verdad. Luego tuve ocasión de convencerme en los otros calabozos. Allí encontré á simples desertores, á soldados presos por hurtos ó reyertas que estaban meses incontables esperando la visita del juez. Cuando sonó la hora de que los españoles evacuasen la isla de Cuba, había presos que en cuatro años de mortal encierro no pudieron saber de qué les acusaban; otros que por nimias causas ingresaron en aquel foco de perversión, desesperados de tan larga espera, se hicieron truhanes, bebedores, matachines; cargáronse de nuevos procesos, aficionáronse á la vida maleante y se cerraron las puertas á todo porvenir honesto...

No había orden, disciplina, ni categoría en aquellas luctuosas prisiones, cien veces peores que las cárceles y los presidios. La fuerza iracunda decidía siempre en todos los cotidianos litigios, y no hay que decir quienes reinarían en los culpables antros donde andaban revueltos presidarios remitidos de Cartagena, Granada ó Burgos; penitenciarios de Melilla y Cuba, ladrones y asesinos, borrachos y tahúres, y juntamente con ellos, desertores, voluntarios y movilizados no muy instruidos en las leyes militares; chiquillos traviosos que incurrieron en alguna picardía, arrestados de quince ó treinta días por haber pernoctado una noche fuera del cuartel... y no era caso extraño en vísperas de salir cualquiera de éstos, que le moviesen pendencia, corriese la sangre, y ya no recobrarla la libertad en muchos meses, quizás en años, el que sólo fué preso por algunos días.

Por la tarde regresó Sánchez de la Habana cargado de menesteres para su viaje. Entregóme el tabaco y los libros que le pedí y siguió charlando con el centinela y conmigo.

Su mala suerte quiso que entonces llegase un oficial de prisiones.

—¿Qué haces ahí? le dijo.

Y dirigiéndose al centinela:

—¿Por qué permites que hablen con el preso?

—Mi teniente, observó tímidamente el centinela, mi teniente, es que ha venido á traerle tabaco y estaban ajustando cuentas.

El oficial se aquietó. Entonces quise confirmar las palabras del centinela.

—Es cierto, aquí está el tabaco. Y al mismo tiempo saqué de la hamaca una rueda de Susinis, teniendo buen cuidado de no tocar los libros.

Al observar el teniente que aquellos paquetes no eran semejantes á los que en la cantina vendían, dando por tabaco cualquier hoja seca, se dirigió encolerizado á Sánchez:

—¿De dónde es eso?

—De la Habana, mi teniente.

Y aún no hubo concluido la frase y ya estaba rodando, á puntapiés y bofetadas, por la plaza aquel hombre impotente que por pierna se llevaba á España un trozo de madera.

No pude contenerme:

—¡Bruto!

Retirábase ya el oficial, pero al oír mi insulto, se detuvo, miróme indeciso, y al ver que el inválido seguía en tierra haciendo lastimosos esfuerzos sin conseguir alzarse, dió media vuelta y se alejó gritando al centinela:

—Dos horas más de castigo.

A la izquierda de mi calabozo, en otro lienzo de la plaza, estaba la cocina. Apenas el teniente hubo desaparecido en el rastrillo próximo acudieron los rancheros en socorro del caído, profiriendo blasfemias y maldiciones contra el agresor y la agresión. El golpe estrepitoso y el forcejear continuo desencajaron la postiza pierna de Sánchez, y los compasivos auxiliares tuvieron que repararla antes de levantar al cojo.

Este fué el postrer recuerdo que mi mutilado amigo se llevó de Cuba.

*

* *

¡Qué día tan triste el siguiente! Había amanecido lluvioso y el lento gotear del cielo llenábame de infinito tedio. Arrimado á la puerta, miraba hacia lo alto pensando en cosas muy remotas no bien definidas en mi espíritu, y sentía vagas inquietudes como presentimientos de inminentes daños.

Dieron las nueve. Los inválidos comenzaron á formar en la encharcada plazuela bajo la pertinaz llovizna que les obligaba á desdoblar las mantas y cubrirse con los grandes trozos de hule que para resistir los furiosos aguaceros de la campaña habían comprado al llegar á Cuba. Iban á embarcar, y en sus enfermizas fisonomías leíase las

más contrapuestas emociones. Unos eran todo regocijo, sentíanse impacientes de marchar al muelle; otro parecían clavados en el suelo, mudos de dolor, como si algo esencial—juventud, vida é ilusiones—les abandonara para siempre; había quien fijaba el mirar estático en indeterminadas lejanías absorbido por secretas ideas ó remembranzas, y quien sin duda barruntaba la temprana visita de la muerte, que arrojaría sus míseros despojos en el fondo de la mar voraz.

—A formar, ordenó una voz imperativa.

Removiéronse lenta y trabajosamente los ex hombres, arrastrando los blancos sacos de lona donde llevaban sus provisiones de viaje, y poco á poco formaron en dos filas.

—Derecha.

Fué un lamentable espectáculo ver la lucha entablada entre el hábito militar y la impotencia de aquellos viejos soldados. Quisieron todos girar con precisión á un tiempo mismo; pero muy pocos lo consiguieron. Los demás moviéronse lenta é irregularmente y hubiese sido risible de no ser lastimoso observar los esfuerzos que los cojos hacían por cumplir con la ordenanza.

—De frente.

Comenzó el desfile con gran pausa. La móvil columna oscilaba, se balanceaba, se detenía para que éste cargase con el saco, para que otro recogiese con su única mano la manta que le caía...

—¡Date prisa!

—Pasa delante, Martín.

—¡Paisano... aguarda, que no puedo correr!

—¿Dónde estás, Manrique?...

Rompióse pronto la formación y los inválidos siguieron desapareciendo á la desbandada en el próximo rastrillo. Sánchez marchaba de los últimos, con tardo paso, encorvado y compungido, marcando en el lodo de la plaza las huellas de su pata de palo... Al llegar á la altura del calabozo, paró un instante, dudando si acercarse, y haciendo un supremo esfuerzo del ánimo me envió su último «adiós» profundo... Y le miré alejarse conmovido rebuscando el pañuelo en todas sus faltriqueras para contener el libre curso de las lágrimas...

...El cielo seguía llorando silencioso...

¿Y yo?... ¿Y yo?...

Hacia las cuatro de la tarde, vino á sacarme de la hamaca donde caí abismado en míseras aflicciones, el áspero sacudir de las llaves.

Levanté la cabeza, y lo primero que vieron mis ojos fué el duro brillar de dos fusiles. El oficial que malparó á Sánchez estaba ante la puerta.

—Salga; el juez le espera.

Al sexto día de prisión y tercero de castillo, me visitaba el juez. Yo era, indudablemente, de los graves...

Los soldados, arma al brazo lleváronme en medio á la Sala de Justicia. Pasamos

por el rastrillo, y en el rápido desfile ante los calabozos, solo veía caras pálidas, caras negras, caras de mulato revueltas, agolpándose á las puertas y á las rejas, para mirar curiosas los que los que por allí circulaban. Detrás se percibía confusamente nuevas caras de diversos colores, hamacas que se mecían, hombres sudorosos y desgredados que paseaban su fastidio. Unos iban en ropas interiores, viejas, sucias desbarradas; otros carecían de camisetas y mostraban colosales musculaturas y brillantes torsos de ébano labrados en las selvas africanas. En algún calabozo asomaba entre chinos, negros y mulatos, la faz delicada de algún efebo, despeinado la larga cabellera que le descendía en revueltos mechones hasta los ojos, llenos los blancos y afeminados brazos de azules tatuajes... De allí dentro procedía un vaho que lastimaba con su fetidez... temblé al pensar si algún día me internaban en aquellas zahúrdas indignas de hombres.

Llegamos á la Sala de Justicia, y los soldados se colocaron ante las dos puertas de comunicación para impedir cualquier tentativa de fuga. Solo había en el destartado salón un banco para el reo, una mesa y dos sillas ocupadas por el juez y su secretario. Era este un cabo jovencillo, perfumado, muy lleno de cosmético el cabello y su incipiente bozo rubio. En el anular izquierdo lucía un brillante. Sin duda era alguno de los muchos niños peninsulares ó insulares, que por inutilidad en el estudio, los echaron al ejército para que hiciesen pronta carrera entrando en fuegos y recibiendo heridas desde cualquier oficina.

El juez era un comandante cojo, cubano, al que le habían dado la ingrata misión de instruir los más graves procesos. Junto con otro comandante, como él cubano, compartía la dolorosa fama de ser el que más hombres fusilaba. Su nombre se enunciaba con horror, llamábanle *El comandante la Muerte*, ó *La Muerte* á solas; pero él no tenía la culpa de que unos le tuviesen miedo, y asco otros, sino la justicia militar, tan severa, tan inhumana... Cierto es que algunos presos se quejaban de coacciones ejercidas por él, de sus grandes voces, de golpes que daba con el bastón en la mesa; pero yo puedo responder que, excepto la formidable calificación que dió á mi delito, la calificación más feroz de todas, fué conmigo atento, correctísimo, por lo menos en los interrogatorios, sin que en él observase nunca intención dañada. Hasta creo que era hombre bondadoso, de manso natural, estricto cumplidor de sus deberes militares, según me dijeron todos los que con él sirvieron; y cuanto á su conducta doméstica, me aseguró un antiguo asistente suyo, que jamás hubo padre más cariñoso ni marido que con más resignación soportase las voces que su mujer le daba.

—Siéntese si gusta, me dijo al entrar.

En seguida empezaron las fórmulas de rúbrica, que me parecieron infinitamente largas por la suma impaciencia que sentía de conocer el motivo de mi aprehensión.

Llegó el momento supremo:

—¿Sabe de qué se le acusa?, me preguntó *La Muerte*.

—Usted me lo dirá, le dije emocionado.

—Pues se le acusa... se le acusa del delito de «traición».

Una descarga eléctrica, inesperada, no me hubiese producido semejante sacudida. La conmoción fué tan tremenda, que me dejó insensible.

—Repóngase usted, que de las declaraciones dependerá su suerte, dijo el juez para alentarme.

Y en seguida añadió:

—¿Reconoce usted éste artículo?

—Es mío.

—¿Y cómo ha osado usted escribirlo?

—Porque he querido.

La reacción de mi ánimo, fué tan rápida como la decadencia. Súbitamente me di cuenta del peligro gravísimo que corría. No ignoraba que á la traición iba aneja la pena de muerte, y no creía en la misericordia de los jueces. Perdida toda esperanza de salvación, cesaron los estímulos del vivir, y solo entonces pude comprender cómo se muere sereno.

El juez, que no esperaba respuesta tan extraordinaria, se desconcertó al oirla.

—Cuidado que se pierde usted, observó. Recobre la tranquilidad y procure justificar lo que ahí ha escrito.

—No tengo que justificar nada.

—Eso quiere decir que se ratifica...

—Me ratifico.

—Ahí hay graves ofensas para el Capitán General, y usted es un militar que no puede permitirse juzgar...

No le dejé concluir. Mis veintidós entusiastas años de fe apasionada se desbordaron en palabras de fuego, que ahora casi me parecen ridículas.

—Yo soy un militar por la fuerza, que desprecia el ejército y odia las guerras. Fusíleme usted si quiere; pero no fusilará mis convicciones, he escrito lo que he sentido, y prefiero faltar á los deberes militares, que no me importan, á dejar de cumplir con mi conciencia.

El juez sonrió.

—Bien, bien, dejemos eso y vamos á otra cosa.

Entonces comenzó el verdadero interrogatorio al que apenas presté atención. Fuera seguía cayendo el agua mansamente, con implacable monotonía, y yo pensaba en cosas múltiples, en insignificantes trozos de mi breve vida, sin apartar la vista del lento lloviznar... Y el juez preguntaba, preguntaba sin descanso, y mis respuestas eran quedas, concisas, somnolientas. El secretario me invitaba de cuando en cuando á repetir las.

—¿Conoce el procesado á Estrada Palma?

—No.

—¿Conoce el procesado al doctor Betances?

—No.

—¿Conoce el procesado á Rochefort?

—No.

—¿Tiene amores el procesado con alguna mujer cubana?

—No.

—¿Conoce á alguna?

—A dos ó tres.

—¿Notó en ellas tendencias separatistas?

—No, ni yo se lo diría si fuese cierto...

—¿Conoce el procesado al italiano Mario Vittorio...

—No.

—¿Conoce al catalán Juan Roig?

—Sí.

—Ese nombre es supuesto. El suyo es Mario Vittorio...

Esta inopinada identidad me produjo alguna sorpresa; pero no tanta como en cualquier otra ocasión me hubiese causado.

—No creía que fuese extranjero. Habla muy bien nuestra lengua.

—Lo sé. ¿Y qué concepto le inspira Vittorio?

—No he podido formar juicio sobre él. Miente mucho; pero me parece que deliberadamente para hacerse más impenetrable.

Y el interrogatorio se prolongó por espacio de hora y media, fastidioso, molesto...

Cuando me devolvieron al calabozo caí en la hamaca, rendido de cansancio, cual si volviese de un hiperbólico viaje por países fabulosos.

*

* *

Si es cierto que en el silencio complicida de la noche se abrían los calabozos; si es verdad, como se afirmaba con horror, que un ruin sicario, diestro en el manejo del machete, cortaba yugulares y rompía cráneos; si no es una leyenda satánica forjada por la ociosa imaginación del preso, que las víctimas descuartizadas se arrojaban desde el castillo al mar para que los tiburones devorasen todos los vestigios del crimen, seguro estoy que esta noche no hubiese sentido el terror glacial que el crudo centelleo del acero produce antes de hendir la cabeza.

Jamás podré experimentar indiferencia tan grande por la vida y por la muerte. Ni el recuerdo de mi madre, ni los mil detalles gratos que tan hondamente nos impresionan en las horas negras, podían sacarme de aquella austeridad helada.

El centinela me gritó:

—Encienda la luz. Hace más de dos horas que es de noche, y pueden castigarme si ven el calabozo á oscuras.

Satisfecha su petición, volví á caer en la hamaca. La insistente monotonía de la lluvia, el vago balanceo del aéreo lecho y la luz que me hería directa, sumiéronme en un principio de sueño hipnótico. Los recuerdos y las sensaciones se confundían y resbalaban brumosos sobre mi espíritu. Había perdido la noción del tiempo y no sé cuánto tiempo permanecí en semejante estado.

De él me sacó una voz tristísima, que no lejos de allí comenzó á modular doliente carcelera.

No amo los cantos populares; pero nunca me ha emocionado como entonces música humana.

Tin, tin, tin; tan, tan...
Ya viene la requisa,
Ya suenan las llaves,
Por eso llora mi corazoncito,
Gotitas de sangre...

Aquel «tin, tin, tin» grave, lento, lastimoso, llegábame hasta el alma y me daba escalofríos.

—¿Quién canta, centinela?

—Un preso.

—¿Dónde está?

—Aquí mismo; en el otro calabozo de la plaza.

Aún no sabía de que tan cerca hubiese presos. Las dos noches precedentes sentí confuso rumor de voces; pero como al lado estaba el pabellón de inválidos, había supuesto que eran estos los que gritaban.

Cuando terminó la melancólica canción estalló una apasionada salva de aplausos.

—Bendita sea tu mare.

—Olé los cantaores de veras.

—Tu cuerpo serrano.

—Otra, otra más.

—Venga de ahí.

El preso volvió á preludiar en tono largo y profundo, mientras se restablecía el silencio invocado con grandes siseos.

Entonces intervino una voz altanera ordenando desde la plaza.

—¡Silencio!

—¡Fuera, fuera! prorrumpió unánimemente todo el calabozo.

—¡Silencio he dicho! ¡Para algo toca silencio el corneta!

—¡Fuera! ¡fuera ese cabo guitarrón!

—Si entro allí voy á matar media humanidad.

—¡Quita el pistón... no mates más... quita el pistón!... canturrearon los presos imitando el toque de «alto el fuego.»

—¡Silencio, voto á Dios! juró el cabo encolerizado.

—Anda y date una larga por la plaza, que está bien fresca, le replicó alguien entre guasón é irritado.

—¡Por última vez!... ¿Os calláis ó llamo al oficial de guardia?...

—Toma, mamarracho, exclamó colérico el de antes.

Al mismo tiempo se oyó estrépito de vidrios rotos. El del calabozo le había tirado una botella que se hizo añicos al chocar en los hierros de la puerta.

—¡Señor oficial de guardia!...

—¡Señor oficial de guardia!... repitió el centinela que me vigilaba.

La voz siguió circulando de centinela en centinela; pero nadie acudió. El oficial dormía sin duda.

Al poco tiempo se restableció el silencio y yo volví á mis solitarias meditaciones.

Como si la escena de los presos me hubiese comunicado parte de su irritación, empecé á pasearme sombrío, recordando el delito.

—Traición, traición...

Ya empezaba á hacérseme odioso este nombre, aunque la cosa, designada me conmoviera al recordarla. ¡Cuántas infamias se cometen invocando la patria! Ella es la alcahueta de los grandes crímenes; por ella se asolan pueblos; por ella mueren los hombres; en su nombre se roba y se viola...

¡Traición! Ningún delito castiga el código con tanto rigor. Para el que lo comete no hay conmutabilidad de pena, no hay indulto. La muerte es inevitable.

Pero no me sublevaba el destino inclemente, sino la iniquidad de la justicia ciega, incapaz de leer en el fondo de los corazones. Jamás me he sentido tan digno ante la conciencia severa, como en aquellos luctuosos tiempos de martirio infinito. Yo era entonces un romántico de la virtud. Ningún móvil egoísta determinaba mis generosos actos, y no había justa causa que no me entusiasmase. Sensible á la piedad y al amor, sabía indignarme á tiempo y odiar todas las iniquidades. ¿Qué se ha hecho de aquella fe tan pura? ¿Dónde está aquella integridad de carácter, libre de toda corrupción?... Ya no soy capaz de sacrificarme por ninguna idea; ya no me entusiasmo; ya no siento las grandes indignaciones; ya no protesto... Y ahora me tienen por buen muchacho. ¡Ah, sí; he mejorado bastante! Díganlo algunos severos burgueses de mi pueblo, que me llamaban rebelde, y hereje, y me detestaban aunque no hiciese daño á nadie, ni siquiera engañar doncellas como ellos, cuando seguía la conducta rectilínea que me indicaba una conciencia honrada, y que hoy me aplauden y festejan porque he ido á misa varios domingos de aburrimiento y me han visto rezar el trisagio con solemne gravedad algunas tardes de tormenta pasadas entre lindas muchachas, que no aman á los incrédulos.

¡Qué gran cosa es la hipocresía!

*
* *

La luz agonizaba lentamente y las primeras claridades de la autora entraban por la puerta. Los rancheros comenzaron á romper astillas para disponer el desayuno de los presos, y sus golpes repercutían sordos en el vacío pabellón de inválidos. El farol de la plaza aún estaba encendido y alrededor de su pupila incandescente se acumulaban densos girones de pálidas nieblas. La corneta saludó con penetrante diana la llegada del nuevo día, y la durmiente guarnición del castillo, poco antes tácito, se puso en vela entre gran estrépito de lechos removidos, voces de mando y toses pertinaces. Entre el estruendo de las cuadras, percibíase confusamente un rumor lento, como si surgiese de subterráneas profundidades, acompañado de lenta Marcha Real. Era el puente de la fortaleza que descendía para facilitar el tránsito.

Dolíame la cabeza; el frío matinal me penetraba hasta los huesos, y el insomnio me había hinchado los párpados que comenzaban á cerrarse gravemente. Antes de echarme en la hamaca quise mirar el trozo de cielo recortado por los paredones de enfrente. En el espacio aún predominaban las tinieblas sobre la luz; pero los primeros fulgores del sol que entonces comenzaría^[7] á indicarse en el horizonte coloreaban ya los vellones de nubes que rodaban en lo alto, dándoles un matiz sombrío, cárdeno, semejante á sangre ennegrecida por el tiempo.

Entré en la hamaca y el sueño descendió vaporoso y benigno; pero la corneta impertinente no quiso que descansase mucho tiempo.—«Sección», gritaron varias voces, entre sueños. Pasó un rato y otra vez vibró la metálica lengua que llama en los cuarteles.— «Compañía», oí como una pesadilla. Luego fué la banda entera la que me abrió torpemente los ojos al toque sonoro de «Batallón». En las cuadras se revolvían presurosos los soldados, chocaban las armas, mandaban las clases. Por fin, asociáronse banda, y música para tocar «Batallón y llamada».

—¿Qué ocurre, centinela? pregunté acercándome á la puerta.

—Es que llaman á la tropa para formar el cuadro.

—¿A quién van á fusilar?

—A nadie, á un negro.

El centinela no daba más importancia á la muerte de un hombre, aunque fuese de color, que el presidiario mi vecino.

La fuerza salía del castillo. Barruntábase á lo lejos, al descender los escalones del puente, el sucesivo rastrear de pies cuando la tropa en marcha rompe la uniformidad

del paso. Volvió á restablecerse el silencio, y yo seguí pegado á la puerta, escuchando atentamente las pulsaciones de mi corazón y los rumores lejanos que de tiempo en tiempo llegaban.

La corneta dió un toque agudo; luego otros... Los instantes del condenado podían contarse... Sonaron las cuatro detonaciones que pusieron término á su vida... Volvió á restablecerse otro momento de sepulcral silencio, mientras el médico reconocía el cadáver, y en seguida música y banda rompieron en regocijado paso-doble para que la fuerza desfilase ante su víctima. ¡Un paso-doble era la oración fúnebre que á mí también me entonarían!

La tropa entró en los dormitorios con gran algazara cuando el sueño pugnaba por desalojar de mi cerebro la imagen sangrienta del fusilado.

Pero estaba escrito que aquel día no pudiese dormir.

—¡Arriba, que ya es hora, gritaron; aquí está el agua!

Todas las mañanas subía al castillo una sección de presidiarios para hacer la limpieza y distribuir el agua en los calabozos. Vestían todos de blanco y llevaban la cadena al pie, oculta con el pantalón; algunos la tenían tan bien enrollada, que solo el áspero crujir de los eslabones daba idea de aquel infamante suplicio.

El que se había detenido ante mi calabozo llevaba incipiente el bigote.

—¿Cómo permiten que se deje crecer el bigote? le pregunté soñoliento mientras acercaba á la reja mi lata de agua para que él vertiese la suya.

—Es que cumplo dentro de dos meses.

—¿Está usted mucho tiempo en presidio?

—Catorce años, señor; ya es hora de que salga, dijo suspirando.

—¡Cuánto habrá usted sufrido!

—Bastante, bastante; pero mucho peor se está en la Cabaña. El presidio es preferible.

—Basta de conversación—intervino el centinela secamente.

El presidiario recogió sus latas, y seguido del soldado que le servía de escolta, se marchó sonando los grilletes.

No fué ésta la última vez que me interrumpieron el sueño. La maldita corneta tocó asamblea y al poco rato vino el relevo de la guardia.

—Dormilón; han dado las nueve y cuarto y aún está en la hamaca. ¡Arriba, que ya es hora!

El galleguito estaba de centinela. Mi primer intento fué descargar sobre el pobre todo el peso del mal humor; pero logré reprimirme á tiempo, al ver su franco rostro bondadoso y recordar que por servirme le habían castigado.

—¿Cómo habiendo salido de guardia ayer mañana vuelve usted á entrar hoy?

—Hay muy pocos soldados para hacer servicio y la guardia es numerosa, solo podemos descansar un día.

Y en tono aflitivo me pregunto.

—¿Ya tiene usted juez, verdad?

—Ayer tarde presté la primera declaración.

—Ya lo sé... ya lo sé... Se habla mucho de usted.

—¿Sí; y qué dicen, qué dicen?... Me matarán ¿no es eso?

El soldado inclinó la cabeza no atreviéndose á contestar.

—¿Y por qué no ha respondido al juez en otra forma? Me reconvino cariñosamente.

—¿De qué modo había de responder, amigo mío? He dicho la verdad.

—Pero la verdad pierde en estos casos. A la justicia debe engañársela siempre; ¡pues bueno fuera que uno mismo se echase la tierra encima!

—Cómo ha de ser... no pude contenerme.

—El juez ha dicho que estuvo usted orgulloso, ratificándose con insolencia; pero que su atrevimiento le costará muy caro.

—Sí; ya supongo que no tendré remisión, y que mi destino será idéntico al del negro que acaba de morir... Y á propósito... ¿qué tal se ha mostrado?

—Muy bien, muy bien... Yo no sé qué tiene esa gente. Todos mueren tranquilos.

—Procuraré imitarles.

—No piense en eso, hombre... Dios sabe lo que podrá ocurrir. Si usted fuese cubano, entonces no daría ni un medio por su cabeza; pero, quién sabe, quién sabe... Tenga esperanza, que quizás no le fusilen, ni siquiera piensen en darle machete.

—¡Machete! ¿Es cierto que se da machete, como la gente dice?

—Yo así lo creo. Algunas noches, estando de centinela en los rastrillos, he oído á los presos decir aterrorizados cuando se acercaba la escolta precedida de una luz:

—«Ahí está el farol...; ya pasa... ya pasa.» Otras veces se detenía ante un calabozo y el jefe de la escolta pronunciaba un nombre.

—Pronto... dése prisa, añadía, es un momento nada más; enseguida vuelve.

Los presos salían; pero jamás les vi regresar.

Mis gestos incrédulos hicieron dudar al centinela.

—La verdad es, prosiguió, que yo no he visto machetear á nadie. Sería una calumnia si lo afirmase; mas no faltan soldados que han oído á media noche las súplicas y lamentos de los presos, ni centinelas que juran haber presenciado el lanzamiento de los cadáveres al mar.

—¿Y no pudiera ser todo eso vil patraña?

—Sí señor... Puede ser... Puede ser...

*
* *

Pasaban lentos y monótonos los días y el hastío, fiel compañero del aislamiento, había tomado plena posesión de mi espíritu. Si intentaba leer, los ojos permanecían fijos horas enteras en la misma página, en tanto que la imaginación erraba por ideales espacios. Si quería pasear el tedio, la angostura del recinto me mareaba á las dos vueltas. Si me detenía en la puerta, la ancha franja cerúlea despertábame al contemplarla secretas angustias, viejos anhelos de libertad frustrada, que aumentaban al caer de la tarde.

Los hondos pesares venían con las sombras de aquellos melancólicos anocheceres. Desde la hamaca veía la aparición de una temprana estrella, en el trozo de firmamento que empezaba á palidecer con la proximidad de la noche; nueva legión de inválidos pasaba y repasaba por la plaza, sonando sus muletas y sus toses secas ó cavernosas, y desde el calabozo vecino solían llegar tristes canciones aprendidas en la niñez y repetidas con nostalgia en el cautiverio. ¡Con qué rapidez revivía entonces los años pasados, gozando los momentos dichosos, afligiéndome los desdichados, interesándome en las disputas infantiles como si ante mí estuviesen los dos opuestos bandos de minúsculos amigos y adversarios!

De estas silenciosas evocaciones me sacó una noche el tintineo de las llaves. Oficial, llavero y escolta, se detuvieron ante la puerta. Salté sobresaltado creyendo que venían por mí, pues no eran aquellas horas de que el juez me esperase... también era muy temprano para que me trasladasen al lugar de los sacrificios, si las sospechas del galleguito tenían fundamento.

—Aquí tiene usted un compañero, me dijo el oficial de prisiones.

Entró un cubano alto, cetrino, vestido de blanca guayabera.

Cuando nos quedamos solos el hombre comenzó á gemir recordando á su mujer y á sus hijos.

—¡Qué va á ser de ellos!, decía.

Yo tan necesitado de consuelo fui el consolador del sin ventura, que pasó la noche entre lloros y sollozos. La prisión del doctor Casuco había determinado la suya, viejo servidor del famoso cirujano.

La amena conversación del cubano me distrajo algunos días. Cuando le alzaron la incomunicación pasó al calabozo del médico, donde estuvo algunos meses antes de obtener la libertad, pues parece que sobre él no pesaba responsabilidad.

Gracias á mi compañero recibí *Roma*, el último libro de Zola, comprado por el doctor Casuco, y varias novelas de Paúl de Koek, que me ofreció Sanguily; pero al quedarme otra vez solo, ya no pude tener comunicación con ellos y volvieron los días tristes de absoluta ociosidad, porque mi dinero menguaba tanto que apenas me bastaría para comer hasta fines de mes, cuando menos para comprar libros.

A los dieciseis ó diecisiete días de calabozo requirióme el juez para prestar la segunda declaración, que fué como la primera, monótona y fastidiosa.

—¿Cuándo me levantará usted la incomunicación? le pregunté al terminar.

—¿Tan mal se encuentra sólo?

—No es muy envidiable permanecer aislado semanas enteras.

—Quizás lo pase peor en otros calabozos.

—Pero podré al menos escribir á mi madre.

—¡Paciencia, paciencia! Veremos dentro de algunos días.

*

* *

Al siguiente recibí la visita de un negro, también á la hora melancólica de los recuerdos.

Ocho soldados, mandados por un sargento, escoltaban al recién llagado. Parecióme mucha guardia para un hombre sólo; pero las miradas recelosas y compasivas que la tropa me dirigía llenáronme de inexplicables inquietudes. ¿Quién era aquél sujeto?

Cerraron la puertas, y el negro, después de saludarme con un—«Güenas noches, señol», comenzó á desliar su hamaca, y luego á atarla al otro extremo de los palos mientras canturreaba perezosa guajira.

—Pues señol, cansa la cuesta, dijo sentándose y cruzando la pierna derecha sobre la izquierda.

Con el movimiento que hizo, se le remangó un poco el pantalón mostrándome agarrado al tobillo el feroz grillete del presidiario.

—¿De dónde viene usted? le interrogué.

—Del plesidio, señol.

Viendo el gesto de contrariedad que hice, observó:

—No se espante, señol; tamién estará el señol pleso por algo, y naidie puede aseguaral que algún día no arrastle glillete.

Tan á tiempo me pareció hecha su observación, que casi empecé á mirarle como

camarada.

—¿Y le falta mucho para extinguir la condena?

—No, señol. Si la faena sigue como hasta hoy, horita telminaré. Con unas cuantas ejecuciones, adiós plesidio.

—Explíquese, amigo, que no le entiendo.

—Pues qué... ¿no sabe, señol?... ¿No sabe que mañana habrá un ajustisiao en la Cabaña?

—¡No lo sabía!... ¿Y es usted quizás el condenado?...

—Señol; ¿pues no lo sabe?... Yo soy el verdugo.

Las no muy honrosas funciones de verdugo, ejercíalas en Cuba un presidiario, ordinariamente de raza negra. Los ñañigos, gente acostumbrada al asesinato, apetecían el cargo de ejecutores, porque á cada muerte que hacían en garrote vil les rebajaban una parte de la condena y les ofrecían como gratificación no sé si dieciseis ó veinte pesos.

—¿Y no siente usted repugnancia al oficio?

—¿Repugnancia?... ¡Quite allá, señol!... La plimera vez que el tolنيquete rompe los güesos, si que asusta, señol; pero todo es acostumbrarse. Ahora sí que es fásil la faena... Con una sola mano me basta para hasel así... y ¡tlas! hombre muelto... Si se resiste el condenaol le doy otra media güelta, y fuera...

Acompañado de un cabo llegó el ordenanza de la cantina á preguntarme lo que deseaba cenar.

—No se ocupe, señol, senaremos juntos —interrumpió el verdugo.

Quise excusarme, pero el insistió:

—No tenga esclúpulos. Mire el señol que no llevo los mueltos entre los dedos, y que me lavo todos los días.

Inútilmente quise dar nuevas excusas. El se obstinó algo irritado.

—Si el señol no quiere senal conmigo, que le traigan á palte la vianda; pero esta noche le convido yo.

La comida fué espléndida, digna de verdugo cubano en vísperas de ejecución. Los platos pasaban innumerables entre los hierros de la puerta vertiendo parte de la salsa: pollo, carne, pescado, jaleas, frutas en conserva... De vino solo permitieron la introducción de dos medias botellas.

El negro iba disponiendo todo en la tabla que servía de asiento y repetía á cada plato.

—Si que güele bien... mu rico... mu rico...

Cuando la carcelaria mesa estuvo aparejada, el verdugo me invitó:

—Siéntese, señol. Yo voy á lavalme pa que no me tenga asco.

Me senté abrumado en el suelo, cual si fuese el reo que había de morir á manos de aquel hombre.

Terminada su limpieza, el ejecutor de la ley se quitó la guayabera para cenar más cómodo, y vi sus hercúleos brazos pintados de tatuajes.

—¿Le gustan? me dijo al observar que los miraba; pues ahora verá éstos.

Levantóse la sutil camiseta de crepé y me mostró un pecho de lustroso ébano sobre el que se destacaban azules tatuajes, verdadera maravilla de arte presidiario. En el centro tenía grabada una beldad desnuda, de puras líneas y redondos senos, flotante la espléndida cabellera, provocadora y risueña. Encima del corazón llevaba otro atravesado por un puñal, y en distintos sitios figuras de animales é inscripciones que no pude leer.

Para retrasar lo posible la yanta con mi extraño anfitrión le pedí noticias del singular artista que tan primorosamente le había bordado la piel á punta de aguja.

—Ya verá, señol; unas figuras me las han hecho en plesidio; pero la madamita hísomela un viejo congo que entiende de blujerías.

Y haciendo brusca transición prosiguió:

—Mas coma, señol, que la vianda se enflía...

No tuve más remedio que acceder. Tomé un pedazo de pechuga y lo trasladé á mi plato.

—Yo como muy poco; me basta con esto, le dije para excusarme.

—Calle, señol, con eso horita sentirá desmayo.

Y antes de que pudiera evitarlo metió sus tiznadas manos en el plato, arrancó de un tirón los muslos y me los puso delante.

—Por Dios, le dije angustiado y devolviendo la oferta, no puedo con tanto.

—Calle, señol, ó me enfado, replicó retornándome lo devuelto. Calle y coma, señol.

Enseguida tomó dos menudos bollos de pan que ensució con sus engrasados dedos.

—Deje, amigo, no se ocupe de mí, que tengo mucha carne y la comeré sin pan.

—Consienta que yo le silva, señol, usted no comelía.

Aquella complacencia salvaje me volvía loco. Masticaba, masticaba desesperadamente, y el estómago se resistía á admitir los bocados. El sudor me manaba de la frente; y al enjugarlo depositaba en el pañuelo lo que no podía deglutir.

—Vamos, señol, un poco más; no come nada.

—Gracias, gracias... es imposible... no puedo.

—Beba, pues.

—Gracias, gracias... no bebo.

—¿Siéntese malo, señol?

—No, hombre; es que como muy poco.

—Pues vamos con este pescado, señol.

Antes de que él interviniese en el plato, servíme la mitad de uno.

—Calle, señol; todo, todo.

Y sin que pudiera impedirlo tomó de la cabeza el resto y me lo arrojó al plato.

Las angustias y trasudores continuaron hasta concluir la cena. En vano pretendía engañar el asco, discurriendo mentalmente sobre el *pigmentus* que teñía de hollín la

epidermis de mi anfitrión; inútiles eran cuantas consideraciones me hacía de que un verdugo es un hombre como otro cualquiera: mi estómago se obstinaba en no recibir los alimentos que me servían las manos asesinas de aquel sujeto.

Terminado el horrible yantar ingresé en la hamaca sintiéndome enfermo. El verdugo también se acostó ponderándolas excelencias de la cena, y como hombre satisfecho, empezó á balancearse y á canturrear indolente habanera al par que con el aire de la hamaca me enviaba el molesto tufillo de su raza.

La canción se desmayaba en sus labios, y al poco rato inició otra más sonora de ronquidos, que brotaban de su pecho, profundos unas veces, sibilantes otras, largos y estrepitosas algunas, como tela que se rasga.

Al amanecer, despertóle la escolta, para que cumpliese su ingrato y voluntario oficio.

Yo pasé casi todo el día en cama, fingiéndome enfermo—y no muy sano en realidad—para evitarme el suplicio de otra comida con el tizado ejecutor de la ley.

*
* *

¡Veintitrés días de incomunicación!

A las once del vigésimo cuarto se presentó en la puerta del calabozo el almizclado cabillo con la causa bajo el brazo.

—Firme esto, me dijo con dengoso acento.

—¿Y qué es eso?

—La diligencia decretando que cesa la incomunicación.

¡Ya era tiempo! Pasé el brazo entre los hierros y suscribí tembloroso de emoción sin leer lo que con mi firma autorizaba.

Hacia las dos de la tarde vino un oficial de prisiones á trasladarme al calabozo próximo, para comenzar una nueva etapa del largo cautiverio, que podría rotularse:

EL CALABOZO 57.

PRIMERO DE LA SERIE ROJA

EMPIEZAN LAS ESCENAS TRÁJICAS.

Mientras el llavero abría el nuevo calabozo, dirigí una curiosa mirada al interior y me estremecí al ver una honda cueva habitada de informes y hacinados seres, apenas perceptibles como malditas sombras en el siniestro agujero lleno de espesa humareda que se agolpaba en nube giratoria á la puerta buscando franca salida.

Entré y nadie respondió á mi saludo. Era la hora del sesteo y los presos dormían, fumaban ó charlaban quedo. Ninguno iba cabalmente vestido. La mayoría estaba en ropas interiores; algunos en calzoncillos; tres ó cuatro literalmente desnudos. Multitud de hamacas sujetas á grandes argollas fijas en la pared, oscilaban lentamente en el opaco recinto impidiendo el tránsito. Eran grises las paredes, negro el suelo, que rezumaba agua, y el rostro de los presos de color terroso, mate, como no se ve en las calles, como no se encuentra en ningún establecimiento penal, donde suele haber alguna higiene y no se priva á los reclusos años enteros de recibir aire y luz solar.

Tendría siete metros de longitud el calabozo y cuatro de anchura en la primera mitad. Luego formaba una depresión la pared del lado derecho y empezaba á estrecharse el espacio vacío hasta terminar en un rincón, á modo de embudo. ¡Y allí vivían cuarenta y cinco ó cincuenta hombres, durante otros tantos meses! Disponíanse las hamacas en dos apretadas filas, una alta, estirando mucho de las cuerdas; otra baja y floja, casi á ras de tierra. Frecuentemente se desprendía una argolla y los seis ú ocho hombres que sustentaba caían con estrépito y no libres de heridas ó contusiones. Aún así, era imposible que cupiesen tantos seres, y los últimos en llegar tenían que dormir en el suelo encharcado, tendiéndose á lo largo de las paredes...

La luz y la higiene estaban de allí proscritas. Una costra de suciedad, que no bajaba de dos centímetros, recubría el piso. A la entrada, sirviéndole de dique el alto umbral, hacía remanso el agua sucia que lentamente se vertía de asquerosa tina, donde el preso arrojaba las sobras del rancho y limpiaba el plato para luego extraer con él, de inmediata cuba, el agua que bebía. Con el hedor de la charca descompuesta por la alta temperatura de zahúrda, se confundían y combinaban otros varios procedentes del jabón de los «Príncipes del Congo» empleado por algunos coquetuelos pervertidos, de la amarilla grasa del rancho, del aguardiente que derramaban los borrachos, del humo del tabaco, y de la exudación del gran hacinamiento. A este indescriptible compuesto de múltiples fetideces, aún hay que añadir otro olor bien nauseabundo que brotaba de un rincón oculto por roto lienzo, donde también se vertía algo que vale más no meneado, para que con tanto olor el estomago no proteste.

El calor de hornaza y la angustia de aquel pavoroso centro, me hacían sudar y estremecer; pasaba y repasaba el pañuelo por la frente, por los ojos, para espantar la visión de aquella pesadilla importuna; pero la visión no desaparecía, tenía la constantemente delante: eran faces terrosas, ascéticas, patibularias; miradas fulgurantes, miradas torvas; ropas de colorines, camisas rotas, girones deshechos; cuerpos caducos, cabezas calvas; móviles hamacas que mecían á inocentes y á

perversos, á jovenzuelos y á hombres roídos por la podredumbre de infames vicios: humo, rumores, risas, ronquidos, choques de botellas, carcajadas, olores punzantes...

Pasaba el tiempo y yo seguía en el umbral de aquel antro sin dar un paso. ¿Y á dónde iría si todo estaba lleno y la puerta cerrada... quizás para siempre? Pero allí tampoco podía permanecer.

—¿Me permiten que pase?

Mi voz debió ser tan tenue, tan apagada por el temblor y el espanto, que probablemente no la oyeron.

—¿Se puede? repetí más alto.

Un hombre se incorporó en la hamaca.

—Pase si gusta por debajo. ¿O desea que nos levantemos á recibirle? ¡Vaya el señorito!...

Estas palabras acabaron de azorarme. Incliné el cuerpo hasta llegar á tierra, y me aventuré en aquel bosque de colgantes hamacas, arrastrando la maleta y rozando^[8] con la espalda en las cuerdas. No podía doblarme más.

—Bruto, que me tiras, gritó uno.

Contuve la marcha y asomé la cabeza entre la doble fila de durmientes. Apenas había andado, y las hileras de presos se prolongaban, se prolongaban hacia adentro en aquella región de sombras que me parecía interminable.

—¿No podrían decirme dónde me coloco?

—Busque por ahí dentro, ó cuelgue la hamaca en el techo y estará ancho...

Volví á arrastrarme tirando de la maleta.

—Ten cuidado, animal, decía uno molesto con las sacudidas que el roce de mis espaldas producían en las tirantes cuerdas.

—Bestia, si me levanto te voy á dar dos puntapiés.

Llegué por fin al centro del calabozo donde había una hamaca desocupada. Transversal á las otras y aprovechando la depresión de la pared, un preso había colgado la suya.

—Deje en este rincón la maleta, me dijo el hombre condolido.

—¿Y yo...? ¿Yo dónde podré ponerme?

—Espere á que se levanten y luego veremos; pero probablemente dormirá en el suelo. Siéntese ahora en la maleta.

El calor me ahogaba; necesitaba mucho aire para respirar, y el corazón oprimido me negaba el consuelo del libre lloro.

Enfrente de mí, sentados en mantas y formando círculo en torno de algunas botellas, estaban seis pupilos de la horca en perfecto estado de embriaguez.

Al notar mi presencia uno de ellos se levantó haciendo penosos esfuerzos y se acercó descargando tremendos puñetazos en las hamacas para abrirse paso. ¡Qué tipo tan canallesco! Las greñas, lacias como un cuerpo exhausto, le caían sobre los ojos cenicientos, ojos torvos, de mirar oblicuo, receloso y duro, que delataban al envidioso y al malvado. El bigote que le colgaba, como para ocultar la boca que escupía de

continuo alcohol y blasfemias, tenía lo recortado á fuerza de roerlo con igual insistencia que roía carcelarias reputaciones. Era el prototipo del criminal cobarde que solo mata de frente cuando el adversario está indefenso.

No podía mantenerse de pie; tenía la cara congestionada, turbios los ojos, y todo su cuerpo temblaba.

—¿De dónde vienes? me preguntó entre dos hipos.

—De ahí enfrente, del cincuenta y ocho.

—¡Ah, eres tú el que van á fusilar?

—Es posible; pero no creo que sea tanto.

—¿No has vendido á los insurrectos el fuerte donde estabas?

—Yo no he vendido ningún fuerte, ni he estado en fuerte ninguno.

—¿Pues por qué estás preso?

—Por escribir un artículo.

—¿Contra quién?

—Contra el capitán general.

—Pues si no te fusilan te machetearán cualquier noche.

—Gracias por la noticia.

—¿Y de dónde eres? siguió preguntándome.

—Soy valenciano.

—¡Che, paisá!

—¿De dónde es usted?

—*Alicanti, Lo mateix dona valensiá qu'alicanti.* Somos paisanos y puedes contar conmigo para todo; pues has de saber que aquí solo se hace lo que me da la gana. Basta que dé una voz para que todos callen, porque con un zapato soy capaz de darle un recorrido al calabozo entero.

—Mira, añadió luego enseñándome la diestra. ¿Ves este dedo que no puedo mover? Pues lo tengo así de las bofetadas que en otro calabozo del rastrillo le di a cierto sujeto que me amenazó con una faca... Ya sabes, *paisá*, no tengas miedo que aquí estoy yo. Deja la hamaca donde quieras y ya veremos dónde te colocamos á la noche para que no duermas en el suelo. Si quieres distraerte ahora, ven y tomarás un trago, que los amigos me esperan.

—Gracias, no bebo.

—Pues *adeu*.

Y se retiró gritando «¡paso, paso!» al mismo tiempo que golpeaba las hamacas.

Era día veintinueve este en que me levantaron la incomunicación, y como al siguiente salía correo para España, me senté en el suelo y escribí conmovido á mi madre participándole mi prisión.

*
* *

Llegó la hora de la limpieza. El llavero, y una pareja de soldados estaban en la puerta. La gente se levantó apresurada comenzando a recoger las hamacas. Dos presos se dirigieron al rincón donde estaba un necesario armatoste, y salieron con él para verter su contenido. Al pasar ante mí, tuve que taparme las narices. Otros dos hombres tomaron unas escobas de ramas y las pasaron someramente por el suelo. A esto se reducía toda la limpieza de aquella caverna.

Los borrachos seguían bebiendo en corro, cantando y blasfemando. Mi paisano, y protector se alzó nuevamente para preguntarme:

—¿Te ocurre algo, paisano?

—Nada, paisano.

—¿Tienes dinero?

—No; entre la fonda de Artemisa y la de aquí he gastado lo que tenía y, hasta mañana ó pasado que paguen, solo me quedan estas monedas.

—Dámelas, que me hacen falta para pedir caña.

Contra mi voluntad tuve que desprenderme de aquellos pobres recursos. ¡Algunos meses habían de pasar antes que recibiese otro dinero!

Después de la limpieza vino el rancho de la tarde. Los presos formaron larga hilera y con sus platos de hojalata se iban acercando a la puerta para recibir la ración. Luego tomaban asiento en las mantas y con la escudilla entre las piernas comían aquella pasta asquerosa, en la que más escaseaba la carne que las moscas y mosquitos.

El dueño de la hamaca, que tan compasivamente me acogió al entrar, quiso que comiera en su plato; pero me parecía, tan repugnante el rancho, que no me atrevía probarlo.

—¿Y qué comerá usted hasta que le paguen? me dijo.

—Ya veremos; comeré pan.

Los borrachos se retiraron al pie de una ventana que a la vera de la puerta había, y mientras duró el rancho note que los demás presos, inquietos y desazonados, cuchicheaban entre sí dirigiéndoles furtivas miradas.

—Observo algo extraño, murmure a mi vecino. ¿Ocurre algo anormal?

El movió tristemente la cabeza y susurró como si yo no le escuchase:

—Gracias a Dios saldré muy pronto de entre tanto bandido.

—¿Qué sucede? volví á insistir.

—Hay mar de fondo... Prepárese á presenciar una riña. Esos borrachos son los matones, gente perdida que busca ocasión de habérselas con estos dos guardias civiles que comen frente á nosotros.

—¿Y por qué desean mover pendencia?

—Pues, porque los guardias tienen dinero y no se lo gastan con ellos.

—¿Y qué haré yo cuando reciba mi paga?

—No sé; es un compromiso... Lo mejor sería que la enviase fuera.

—No conozco á nadie...

—Pues gástesela con ellos. Es el único medio de que no se la roben.

—Pero guardando el dinero en un cinto...

—Caerán sobre usted una noche, y se lo quitarán.

—¿Y si doy parte al gobernador de la fortaleza, no me atenderá?

—Se guardará usted mucho de hacerlo... El espionaje está mejor montado aquí que en el campo insurrecto... ¡Dar parte, cómo se conoce que no ha tratado usted á estos pillos! Sea prudente y gástese el dinero con ellos, si no viene dispuesto á matar ó á que le maten.

Un plato de rancho voló en aquel momento por el espacio; después otro... Ambos cayeron en medio del calabozo, entre los guardias civiles y nosotros. Habíalos arrojado un mozalbete que se debatía en el suelo poseído de furiosa crisis nerviosa. Los matones le contenían á duras penas lanzando de soslayo fieras miradas á los guardias. Uno de estos temblaba de coraje, lívido el color. El otro, más anciano, sonreía imperceptiblemente, comiendo reposado y fijando los vagos ojos de miope en el grupo de jayanes.

La gente se dio prisa en rematar el rancho para que la tormenta no le sorprendiese con el plato entre piernas.

Cuando los guardias dieron fin á la comida el más joven quiso recoger los platos para fregarlos; pero el otro se los quitó de la mano y fué con tardo paso de buey á la tina; limpiólos escrupulosamente, y tomando con uno agua clara se acercó á la ralea que murmuraba al lado.

—¿Le pasa?... dijo.

Los bravos se quedaron estupefactos. Cruzaron entre sí las iracundas miradas, y aún no se habían repuesto de la sorpresa, cuando el guardia prosiguió con paternal acento:

—¡Pobre muchacho!... ¡Eso pasará pronto echándole agua!

Enseguida sumergió la mano en el plato y sacudió algunas gotas sobre el rostro del mozalbete, que empezó á exhalar hondos suspiros.

—Ya pasa.

Y volvió en busca de su compañero, lento, pesado, sonriendo... Los enemigos le miraron alejarse.

—¿Qué pretexto invocan esos maleantes para mover hoy la zambra con sus

rivales? pregunté á mi vecino.

—Pues, que esta madrugada robó el muchacho dos pesetas y una rueda de cigarros Susinis al guardia joven, y al enterarse éste lanzó al viento algunos insultos que iban derechamente contra el rateruelo.

—¿Y los demás le defienden?

—Naturalmente; y le excitan...

Pasado el soponcio, el chiquillo, empezó á recorrer el calabozo, fosco, hostil, desabrido con un truhán que le acompañaba haciendo grotescos visajes y llevándose las manos crispadas á los raros pelillos que le brotaban del menudo cráneo.

Cuando ambos pícaros emparejaban con los guardias echábalos el jovencito fulminantes miradas de soslayo, y seguía su camino, más nervioso, seguido á duras penas del otro, que musitaba ininteligibles palabras, maldiciones y amenazas sin duda, á inferir del tormento en que ponía con fuertes tirones su exigua pelamen.

Detuviéronse ante la puerta, y á la escasa luz que entraba veíamosles gesticular con rabia durante largo espacio, hasta que el pequeño haciendo un mohín que tenía algo de afeminado y felino acarició la geta del otro, y dijo:

—¡Bendita, sea tu madre! Si te quiero es por valiente...

Al oír tan peregrino requiebro dirigí á mi compañero una mirada de sorpresa é interrogación, y él contestó con otra, afirmativa á la rápida duda que me había asaltado, pero no tuve tiempo de formular verbalmente la pregunta. Las palabras del chiquillo eran la más gentil galantería que pudiera dirigirse en público concurso á un viejo presidiario burlador de las leyes morales, y al sentirse requerido y celebrado con tanto donaire, clamó con heroica magnificencia echando hacia atrás la cabeza y extendiendo el brazo.

—¡A ese... A ese buen mozo... le corto yo la cara!...

Y sonaron con aspereza los muelles de una navaja, que se abre.

El guardia joven, que era el aludido, dió un bote de pantera.

—¿A quién le vas á cortar la cara?...

—¡Chut! Calma... calma; le aconsejó su amigo, mientras los otros jayanes coreaban al suyo, formando entre todos la batahola de una ladrante jauría irritada.

—Déjalos que griten, prosiguió el imperturbable viejo sin dejar de fumar y sonreír. Déjalos, que los conozco...

Al oír estas palabras de evidente menosprecio, bramaron los contrarios. La caña les montó del todo á la cabeza, y no se oyeron más que anatemas, patadas furiosas, navajas que se abrían, cuchillos que salían de las vainas; pero nadie se acercó á los dos hombres...

El sentencioso tiró la colilla que fumaba, calzóse las alpargatas, y poniéndose de pie sin apresuramiento, ofreció á su amigo una navaja abierta empuñando él largas tijeras de cortar el pelo.

—Veamos cuántas caras cortáis, dijo con frialdad á la cuadrilla de borrachos.

—A las dos vamos á partiros el corazón, replicó la vocecilla del muchacho.

El guardia se dirigió á su camarada:

—Anda... Te han robado y te odian más que á mí...; marcha delante, y no temas que nadie te entre por la espalda.

Los dos avanzaron hacia la turba y la turba retrocedió agitando las armas que brillaban con siniestros fulgores en la penumbra del temprano anochecer carcelario.

—No huyáis, miserables.

—No huimos, os vamos á arrancar el alma.

Pero seguían retrocediendo, gritando, saltando, amagando á distancia, como si cada cual quisieran alentar el ánimo de los otros.

El calabozo contemplaba la escena sin alentar, fija la mirada en los dos móviles grupos: el uno que arredraba poco á poco, el otro que avanzaba con cautela para reprimir cualquier asalto rápido. Cuarenta hombres hacían otros tantos votos tácitos porque la victoria fuese de los guardias.

Y vencieron en una brusca arremetida del impaciente joven que dispersó á los bravos. Unos se retiraron á la puerta, otros se acogieron á la ventana, y los demás buscaron refugio en el rincón inmediato, detrás de la tina y la cuba de agua. Allí donde todo escape era imposible, ésto significaba rendirse á discreción. Sólo quedó un momento ingente en la caída de aquel poder oligárquico, el débil muchacho que se mantenía estrujando con mano convulsa su navaja; pero al ver acercársele iracundo el mocetón, alto ya el brazo, en actitud de darle la primera puñalada, soltó el arma y quiso huir á otro rincón. El guardia dió un brinco atajándole el camino, posó la garra izquierda sobre el débil cuello que exhaló una queja, y arrojándole contra la pared alzó colérico la navaja pronunciando vigorosa blasfemia.

—¡Ay! gimió el chico cayendo al suelo.

—¡Lo ha muerto! —Resonó en todo el calabozo con acento de suprema desolación.

—Al que se mueva lo asesino, dijo el viejo recogiendo el brazo para sepultar las tijeras al primero que acudiera en ayuda del caído.

Todos temblaban y nadie osó moverse, hasta que algunos amigos de los guardias intervinieron para calmarles.

Cinco minutos después los vencidos buscaban dinero entre los demás presos para comprar caña y obsequiar á los vencedores; templaron el enojo; diéronse satisfacciones recíprocas y terminó la querrela bebiendo á la salud de todos.

El jovencito no había recibido daño. Al ver la navaja amenazándole de muerte, hízole el pánico perder el sentido y caer á tierra.

—¡Buen susto me he ganado! murmuró al recobrar la razón.

*
* *

Habíase pervertido este chico en las cárceles de España, y su mayor tormento hubiera sido obligarle á vivir perennemente entre gente honesta. Era molesto, chismoso, pendenciero, bebedor y tahúr en una pieza. Debió ser de muy lucido parecer años atrás; pero el desenfreno de las brutales pasiones habían borrado los rasgos de su nativa belleza hasta hacerle innoble y desastroso. Tenía la piel cubierta de feas placas, deformado el torso por una erótica desviación de la columna vertebral, derrengadas las caderas sobre las que se apelmazaba el mustio cuerpecillo y las piernas formaban muy abierta curvatura. La oculta podredumbre de su organismo transpirábala en hediente tufo insoportable. Era fácil asistir en aquel ser vivo, reclamado por el anfiteatro de un hospital, el claro deshacerse de la materia corrupta que circulaba por llagas y fuentes.

Manténía íntimos tratos con el tipo mas canallesco que jamás he visto: el que poco antes seguía con fidelidad de can sus pasos. Era un alma para el bien perdida, viejo presidiario de Cartagena y Burgos, que maldecía en andaluz y pateaba y robaba en jayán á los hombres tímidos, fingiendo lágrimas vivas cuando un fuerte le rendía. ¡A cuántos de estos no he conocido! Raquíitico de cuerpo y de alma, ni la presunción de los otros truhanes afectaba. Jamás le vi lavarse. Faltábanle cejas y pestañas, y sus ojitos legañosos destilaban continuo alhorre. El aguardiente y las herpes habíanle puesto como una amapola encendida la cara en todas direcciones surcadas de arrugas y cuchilladas. Era la nariz granulosa y tan gorda, que producía á distancia la ilusión de estar pegada. La trente, ruin y deprimida, parecía quererse esconder avergonzada bajo una cabeza que solo albergaba crueles, pensamientos: cabeza infame, cabeza sucia, casi calva, recubierta de costras asquerosas entre las que brotaba la mezquina vegetación de unos pelillos rojos, lacios, incultos, irregularmente diseminados en mechones. Apoyábase este repulsivo figurón carnavalesco en flacucho cuerpo que se movía á su antojo dentro de amplísima camiseta de finísimo crepé, bajo la cual se distinguía, como á través de un cedazo, las azuladas picaduras de los tatuajes destacándose sobre la blanda y rugosa piel intensamente roja. Este tosco remedo de hombre se remataba en unas piernas sutilísimas mal cubiertas con un pantalón ceñido á las caderas y muslos, y tan corto, que cometía la indiscreción de no tapar los inmundos tobillos, literalmente empavonados de suciedad, ni los sudorosos pies medio hundidos en las siempre húmedas alpargadas de indescifrable color, viejas,

desgarradas, destalonadas para imitar en marcha el rítmico golpeteo que con sus pintarrajeadas zapatillas producen los ñañigos cubanos. El más hábil dibujante no podría concebir tan burda caricatura de malhechor, ni que mejor revelase en su aspecto externo la perversión moral, como este sujeto de ruin ferocidad, insensible á toda compasión, extenuado por la embriaguez y por el más desenfrenado libertinaje que le hacía idólatra de su sexo y menospreciador del contrario, osando pecar á mediodía entre los aplausos y carcajadas de otros bellacones de su laya...

De estas bastardas parejas había muchas: de escrúpulos sexuales carecían todos los hombres enviados con poco acierto á la guerra por los presidios y penitenciarías españoles, y la mayoría de los presos militares de la Cabaña eran oriundos de aquellos establecimientos. A sus vicios asociaban pobres muchachos, voluntarios de poca edad y menos pena, abandonados inhumanamente por despótica autoridad en aquellos lugares de perdición, donde no tardaba mucho en rendirse su escasa experiencia y su sentido moral no muy disciplinado por la educación y el ejemplo. No era el juez lo más temible para aquellas juventudes en mal hora consagradas al ejército, sino la perversión del ambiente que poco á poco las envolvía, las penetraba, las conquistaba, las arrojaba para siempre en el torbellino de la vida criminal.

El primer caso de corrupción que empecé á observar fué el de un sencillo é inexperto voluntario, de diecisiete años, á quien le habían instruido expediente por pernoctar dos noches fuera del cuartel. Todo el castigo se reduciría á sufrir uno ó dos meses de arresto. ¡Y tuvieron la impiedad de echarle en aquel pudridero miserables!

La tercera noche de pasar al 57 observe que un pícaro bajaba la luz del ahumado quinqué hasta dejar el calabozo en discretísima penumbra, la necesaria para no reconocerse los bultos á dos palmos de distancia... Un rato pasó antes de percibir entre el vigoroso roncar de los durmientes el rumor de animado diálogo, sostenido no tan quedo, que algunas frases escapadas me indujesen á sospechar.

—Estáte quieto.

—¿Cómo te lo voy á decir?...

—No seas tonto... ..

—¿Pero qué te has creído?...

Transcurrió un intervalo de silencio, y estalló solemne bofetada. Algunos presos se incorporaron. Otros, los amigos de los querellantes, rieron.

—Si no fueras tú, me comía tus hígados.

—Pues déjame.

Varios días duraron entre ambos las nocturnas pendencias interrumpidas por puntapiés y puñetazos, que el bravucón recibía indiferente.

Estos indignos asedios, siempre rechazados, tuvieron término una noche de broma y algazara. Emborracharon implacablemente al joven con aquella diabólica mixtura de alcohol y azúcar que vencía á los más fuertes, y cuando cansado de bailar

y apostrofar como un loco cayó al suelo en profundo letargo, un soplo apagó la luz.

Se consumó el pecado. Al siguiente día era el más mimado y festejado del calabozo. ¡Sin ventura del que le hubiese mirado con malos ojos! Para él fueron todas las atenciones y ternuras; para él las camisetas ó zapatillas más vistosas, y la mejor comida de la cantina para él fue, mientras los presos expoliados devoraban en silencio su escudilla de rancho pestífero sazonado con moscas...

Aquel desgraciado, tan discreto cuando le metieron entre la canalla, se hizo bebedor, cizaño, jugador, pendenciero y ladrón. A los dos meses ostentaba en su carne, poco antes juvenil, las marcas del embrutecimiento bestial que la chusma presidaría le había comunicado como memorable legado de sus vicios; y otros dos meses más tarde, cuando se demostró que la deserción no estaba consumada y le pusieron en libertad, despidióse con inconsolable llanto de su amigo, marchando enseguida, no al cuartel, sino á una casa de trato ilícito, donde viviría hasta que su camarada realizase la evasión que imaginaba.

Todos los días, fingiendo prestar servicio en el batallón, subía al castillo á las horas que el paseo le dejaba libres para entregar alguna lima á su compañero y recibir dinero con que comer. Cuando se acercaba el momento de separarse, ambos se miraban con ojos bachilleres, decíanse finezas muy gentiles, y el preso rogaba al libre que se abotonase la guerrera, que diese algunos pasos, que volviese, que marchase nuevamente; y una vez satisfecho de que no llevaba tacha ni reparo en el traje, despedía hasta el otro día con mil untuosos donaires, hondos suspiros y gestos imbéciles.

El muchacho se consumía. Veíasele languidecer de un modo alarmante. ¡Experimentaba la nostalgia del calabozo humbrío! Deseaba volver, y su amigo no pudo impedir que se presentase á la autoridad militar. Antes, cuando era inocente, porque no había consumado el delito de deserción, le encerraron contra todo derecho entre irredimibles malhechores. Ahora era delincuente, desertor era, y podía volver al calabozo por propio derecho.

Dos veces durante mi cautiverio le vi salir en libertad, y otras dos le vi volver. ¿Qué habrá sido de él? Aquella desbocada carrera con rumbo á la perdición habrá parado sin duda en el hospital, en el presidio ó en la muerte sin honra.

*

* *

Las botellas sonaban en la ventana y los reconciliados adversarios departían en

animada charla. Transcurrió un rato así, y el guardia viejo se retiró á donde tenía su hamaca, que era por el centro de la prisión, dejando á su compañero con los malsines. A él siguió dando traspies mi beodo paisano.

—¿Qué tal, *paisa*? me dijo.

—Así, así...

Luego se me acercó al oído echándome el soplo de su aliento fétido, y murmuró muy quedo entre dos prolongados gruñidos:

—No hay otro como yo en la Cabaña para beber ni para dar puñaladas.

—Muy bien... muy bien... le dije sonriendo al recordar la escena de antes, en la que no demostró mucho coraje.

—¡Y que lo digas! añadió con gesto de jaque. Y si no que lo pregunten al otro, ¡vaya!

—¿Quién es el otro?

—¿Quién?... Pues el que me espera en el otro mundo.

—¿Has muerto á alguien?

—A un hombre como una torre; pues qué te figurabas, ¿que era yo un cualquiera? ... Si no me han fusilado ya lo debo á que mi familia tiene buenas influencias; pero de cadena perpetua no me libro. Figúrate si tendré apego á la vida y si me costará mucho trabajo enviar un hombre al otro mundo.

—¿Y por qué le mataste?

—Te lo contaré en cuatro palabras. Yo era del disciplinario de Melilla, y el mismo día que desembarqué en la Habana fui á un café y, como es natural, me emborraché. El vino me dió por cantar á estilo de Valencia, y á un cabo andaluz muy jacarandoso le dió por burlarse de mí y dé mis coplas, que no entendía. Le llamé á la calle; él salió; quiso sacar el sable, y como yo tenía la faca más á mano se la hundí en el corazón. De pie arrimado á la puerta, se quedó muerto. Ni Jesús pronunció.

Esto me dijo él, y otros me dijeron luego que ni le mató de frente, ni le dió una sola puñalada, sino que la fechoría fué á espaldas vueltas y con ensañamiento, hasta cebarse en el cuerpo palpitante de la víctima y dejarla sin aliento. Así el fiscal le pidió pena de muerte, y sus padres se desvivían y arruinaban en España por conmutársela.

Cuando me hubo contado su memorable hazaña, se dirigió al guardia que á la vera nuestra estaba atando su hamaca:

—¿No pudiéramos colgar la de mi paisano cerca de la suya para que no duerma en el suelo?

El buen hombre accedió.

—Muy apretados estaremos; pero vamos á probar.

Noté que á los vecinos les hacía poca gracia aquella violación de la ley tácitamente impuesta de que los últimos en llegar durmiesen en el suelo hasta que por turno les tocara un lugar vacío; pero ninguno osó protestar de ostensible manera.

—¿Y qué haremos de la maleta? pregunté al guardia cuando terminó la operación de atar la hamaca.

—Déjela en el rincón, intervino el sujeto que me acogió al ingresar en la mazmorra.

—¿Qué traes, paisano? me preguntó mi protector al darse cuenta de ella.

Y sin esperar que le contestara, la sacó hizo que la abriera y al ver la ropa, exclamó lleno de júbilo.

—¡Qué bien, paisano! me regalarás una camisa ¿verdad? Mira, sólo tengo la puesta.

—Toma la que quieras.

—Esta de color es muy bonita... ¡Calla, *che*, esta blanca parece de hilo y me durará más!... ¿Cuál escojeré?... ¡*Che!* regálame las dos y pide de mí lo que quieras...

—Llévatelas.

—Pues has de saber que calzoncillos tampoco tengo más que los puestos... ¿Cuántos traes?...

—Otros cuatro.

—Cuatro y los puestos... Son muchos... aquí solo debe tenerse la ropa indispensable... La demás pueden quitártela... Me darás un par de calzoncillos que me hacen falta para alternar con los míos...

—Tómalos.

—¿Y para qué necesitas tantos calcetines?... ¿Puedo tomar otro par, paisanete?

—Sí; coje también uno ó dos pañuelos, si quieres, y déjame en paz.

—Gracias, paisano; pañuelos tengo y voy á regalarte uno como recuerdo.

Sacó dos pares de calcetines, y la más fina de mis camisetas, y haciendo un lío con toda la ropa, se lo llevó á su saco. Mientras buscaba el pañuelo que en trueque iba á darme, le oí cuchichear con los pícaros. El guardia y el otro preso, sonrieron. Sabían que con mi ropa comprarían caña al otro día.

Al volver mi desinteresado protector y paisano me sorprendió mirando la hora.

—¿Qué hora es, *paisa*?

—Las ocho y cuarto.

—Muéstrame ese *relonche*... *Ruskopf patent* puro... Regálamelo...

—No puedo...

—Anda, hombre, regálamelo; no sabes cuánto te lo agradecería. Lo quiero de recuerdo; me lo llevaré al presidio y tendré recuerdo de un paisano...

—Recuerdo es, y por eso deseo conservarle.

Al ver mi tenacidad en negárselo, no quiso insistir más, y sentándose en la hamaca comenzó á platicar con el guardia que se había echado en la suya.

—Son unos granujas, empezó diciéndole, son unos granujas todos esos chalanes, que no tienen una mala bofetada... Han hecho ustedes bien en meterles mano...

El guardia se hizo el desentendido.

—Sí, señor; hay que dalles un par de puntapiés, y que no vuelvan á mandar más... Por supuesto, que si estoy yo en la piel de su compañero, ese niño no las

cuenta... ¿Qué había de contarlas, hombre?... A la primera puñalada, le dejo seco... ¡Yaya!...

El guardia seguía balanceándose reposadamente, sin prestar oídos á las palabras del rufián.

—¡Nada!... Si quieren ustedes... si ustedes quieren... ¡Nada! desde mañana... se acaba esto?... Lo dicho... si quieren...

—¿Qué?...

—Lo dicho... que desde mañana mismo nos hacemos los amos...

—Déjese, hombre, déjese de tonterías y vivamos todos en paz... Nosotros no tenemos ganas de peleas... mientras nadie nos provoque...

—Pero si no son ustedes, serán ellos quienes manden... Piénselo, piénselo bien y... hasta mañana.

—Es una gente imposible, me dijo el guardia en alejándose mi paisano. No se puede hacer carrera de ellos; siempre están pensando en lo mismo.

—¿Y por qué no los separan y meten á todos en un calabozo para que puedan los demás vivir tranquilos?

—¡Porqué no los separan!... Pues porque andan libres algunos malvados que debieran estar presos... Ya se irá enterando usted poco á poco.

—Y esas armas, ¿cómo no las recogen para evitar conflictos?

—Ya las verá usted recoger y al día siguiente las volverá á ver en posesión de los matones... Sea usted guapo y no le faltarán armas...

Un hombre corpulento, remangada la camiseta y torvo el gesto, vino á interrumpirnos en nuestro coloquio.

—Mañana está usted de limpieza, me comunicó.

—¿De limpieza?... le dije sorprendido.

—Sí, señor...; aquí todos somos iguales y no hay razón para que usted no limpie como los demás.

Comprendí la justicia de sus palabras ó incliné la cabeza con resignación.

—Y qué debo hacer, ¿barrer el calabozo?

—Barrerlo de mañana y tarde, y sacar el zambullo...

La primera parte de la rudimental faena no me parecía muy grave; pero la segunda me dejó corrido. El sólo pensamiento de tener que salir cargado con el infecto armatoste, seguido de dos soldados con armas, sacábame al rostro todo mi rubor de bien educado hidalguelo.

El hombre de hosca faz vino en mi ayuda.

—Puede evitarse la limpieza. Por dos reales se la hago.

Di un suspiro de satisfacción. Ni un delito perdonado hubiérame dejado tan satisfecho.

—Hágala, mi amigo, y mañana cuando cobre recibirá una peseta.

—Gracias, gracias. Si tiene alguna ropa sucia y no quiere usted lavarla, yo me cuidaré de ella... Tengo mujer ó hijos en España y necesito ganar dinero para

enviarles algún recurso.

A pesar de su siniestra catadura y brutales ademanes, era un alma buena este criado del calabozo, nacido para vivir en perpetua servidumbre. Forzado de la necesidad, perseguido de la miseria, tuvo que sentar plaza al comienzo de la guerra para darles el pan cotidiano á sus hijos. La rusticidad de sus maneras le atraieron algunas bofetadas de los superiores, y como tenía la lengua en punta, protestó á grandes voces en plena formación contra, aquél trato que le daban á sus cuarenta años. Como no poseía la excelentísima virtud del soldado, que es la mansedumbre, le metieron en prisión para que aprendiese á callar... Sus dineros de soldado, descontando el rancho, los remitía íntegros á la mujer, añadiendo algo de lo que en el calabozo se ganaba.

Durante el tiempo que estuvimos juntos hizo todas las limpiezas que me tocaron, cuidó de mi ropa y aún me regaló algunos paquetes de cigarrillos.

—¡Ya me pagará usted cuando pueda! decía siempre.

Pasaron meses y nadie se acordaba de mí. Al hombre le concedieron la libertad y al despedirse me dijo:

—No me debe usted nada... Adiós y buena suerte.

Que él la haya tenido.

*

* *

De buena mañana vino el capitán encargado del suministro y los presos ahilaron ante la puerta para recibir las sobras de la quincena: siete pesetas y media. Cuando me tocó el turno le presenté un recibo de veinticinco pesos.

—No puedo pagarlo, usted no es soldado, me dijo.

—¿Pues á quien he de reclamar^[9] mi mensualidad?

—Al habilitado de su batallón.

—¿Y, entretanto, me moriré de hambre?... Dos días estoy á pan y agua...

—Le incluiré en rancho si le conviene.

—¿Regalado?

—Pasaré el cargo á su batallón.

—Pues el mismo trabajo le costará pasarlo de seis pesos que de veinticinco.

—Sí; pero no puedo.

—Tampoco puedo yo aceptar su rancho.

Escribí al habilitado y no me contestó. Pasaron semanas y escribí á la

representación del cuerpo; pero tampoco me respondieron. Cursó instancia tras instancia por todos los conductos legales: por conducto de los oficiales de prisiones; por conducto del capitán encargado del suministro; por conducto del juez; del gobernador del Castillo; del gobernador militar de la Habana... Todo inútil... De España venían los correos... «Te envío tanto dinero» me decía mi madre; pero el dinero se esfumaba en el caminó... Mientras duró la incomunicación se me intervino la correspondencia; algunas cartas me las entregaron mutiladas; otras la mitad tachadas; pero cuando la incomunicación expiró, los sobres llegaron á mi poder intactos, aparentemente al menos. ¿Qué se hacía del dinero?

Tuve que rendirme al rancho para no fenecer de hambre; pero mi estómago repugnaba las tres cuartas partes de la ración. Aquel calducho que se solidificaba con la prontitud del yeso; aquellos garbanzos que emanaban penetrante olor á sal sosa y llagaban labios y encías; aquéllos fragmentos podridos de carne negra como el calabozo ó roja como la de un animal muerto, eran superiores á mi poder digestivo... Enflaquecía; extenuaba; la piel se me adhería á los huesos; los ojos se me hundían, adquiriendo solas^[10] grandes árcadas brillos fosforescentes de fiebre y desesperación; bajo la bóveda del cráneo sentía persistente martilleo... Las comezones, los calambres pertinaces, tumbábanme en la hamaca ó me sorprendían durmiendo en los primeros meses calamitosos.

—Váyase al hospital, me aconsejaban unos.

—Cualquier día amanece usted muerto, me auguraban otros.

No tenía un céntimo. No podía fumar. Para lavarme la ropa necesitaba implorar un poco de jabón. Perdí los antiguos escrúpulos de señorito, y cuando me tocaba la limpieza, barría el calabozo y salía con el zambullo, casi venturoso de poder respirar cinco minutos el rico aire que venía de la mar.

Llegó un punto en que la humedad de los calabozos me pudrieron las botas y quedé descalzo. La continua tosecilla seca que se me agarró al pecho, alarmaba á los circunstantes:—«Morirá muy pronto tísico»—murmuraban sin compasión; algunos con escarnio. Pasaba todo el día leyendo torpemente en la hamaca, y sólo al caer de las tardes tristes, ambulaba silencioso por el calabozo, como un espectro taciturno...

Ya no tenía más ropa que la puesta, y se deshacía de modo lastimoso. Era tan diáfano su tejido, que al través de él se veían mis carnes éticas. No admitía zurcidos ni remiendos: con la aguja se iban urdimbre y trama. Lavábala por piezas para no quedar en cueros, y lo hacía con cuidados infinitos, porque se rompía cual papel de estraza.

Un día pasó ante el calabozo el cabillo almizclado, y le supliqué:

—Dígale al juez cómo estoy.

El se fué riendo.

Otro día me dijo:

—El juez no puede hacer nada.

Como es natural, quise saber de mi causa.

—La tiene el General en Jefe... Tantas veces como vuelve de operaciones envía un volante al juez para que se la remita... Parece que se interesa mucho por usted.

Ya sabía yo que no se interesaba en mi provecho. Un superior no perdona nunca al inferior que se permite censurar sus actos.

Y pasaban semanas y meses, y escribía cartas, y cursaba instancias en papel prestado, y nadie me hacía caso. En una sepultura no hubiese yacido más olvidado.

Alguien me aconsejó que escribiese al general Ahumada, y como los enfermos que toman cuantos remedios caseros les proponen, le envié una carta; pero no en tono de lamento, sino insolente, desesperada, abominando del ejército y de los militares, en tan irrespetuosos términos concebida, que hubiese bastado para imponerme seis años de prisión. «Estoy descalzo, no tengo ropa—eran mis últimas palabras—y si el juez me llamase hoy tendría que salir del calabozo sin cubrir «lo que la honestidad, según Cervantes, exige que honestamente se cubra.»

Al siguiente día me entregaba la contestación un ordenanza de la Capitanía general.

La carta era sencilla y me decía el marqués de Ahumada que le suscribiese una instancia para expedirla al Batallón, donde tenían que informar si tenía derecho al abono de las mensualidades reclamadas.

A los seis días me entregaron otra carta, en la que leí: «Han informado favorablemente de un Batallón, y hoy mismo he dado orden al habilitado para que le pague los meses atrasados».

Con esta carta, no tuvo inconveniente el prestamista del calabozo de darme veinte pesetas para reparo de ropa, mediante la módica usura semanal de diez reales por duro.

Ocho días pasaron y el habilitado no daba señales de existir. Empecé á importunarle como al principio con frecuentes cartas, y el seguía en su mutismo de muerte. Habíamos entrado en la segunda semana del empréstito y los réditos montaban tanto como la cantidad prestada. Tuve que pedir más por no comer del rancho, y á poco de prolongarse aquella situación, el usurero devoraría todo lo que la miseria negra de seis cumplidos meses me hizo ahorrar. ¡Ay de mí, sino le pagaba hasta el último céntimo!... Escribí al marqués de Ahumada, y los días circularon angustiosos sin obtener respuesta. «Hoy quizás sea»—me decía interiormente... «De hoy no pasará...». «Esperaré á mañana...». El prestamista, me cerró su bolsa. Torné á escribir. Era una carta biliosa, de la que hoy me arrepiento por tratarse de tan humano caballero como D. Xavier Girón de Aragón. Tampoco me contestó; pero al siguiente día, entre doce y una de la tarde, cuando el calabozo seesteaba el bochorno implacable del tropical estío, sonó á la puerta el regalado estrépito del dinero tanto tiempo codiciado. Los presos me saludaron:

—¡Ya está ahí!... ¡Ya está ahí!...

El teniente esperaba, rendido de cansancio, congestionado, recogiendo en un pañolito de seda el sudor copiosísimo que le manaba de la frente y rostro. La camisa

parecía un trapo bajado y en el rayadillo se marcaban grandes tachas húmedas. El pantalón lo tenía pegado á las piernas y al taconear en el umbral, destilaba la exudación en largo gotear. Aunque me hizo tanto padecer, sentí profunda lástima de aquel hombre humillado.

—¿Por qué ha subido usted á estas horas?...

Inclinó la cabeza, y solo dijo.

—Cuenta el dinero y haga el favor de extenderme un recibo mientras descanso á la sombra.

Vertí el saco en el portal y sacando las ávidas manos las sumergí voluptuosamente en aquel montón de plata que hasta el sol codiciaba. Era una fortuna, un tesoro incalculable, que no concluía nunca de contar... ¡la miseria de siete meses!... ¡Y como me envidiaban los otros presos, arremolinados en torno mío, contemplando con celosos, insaciables ojos tanta magnificencia acumulada en el dintel de una prisión sombría...! ¡Ciento...; más de cien duros...; bastante más de dos mil reales...! Con tanto dinero ya no me fusilaban—¡vive el cielo!—era más que suficiente para comprar la evasión...

Saqué un pañuelo y recogí cuidadosamente mi caudal, atando las puntas y llevándome todo al pecho con paternal amor. Al herguirme, observé que las miradas de la canalla fosforescían fijas en mí, y yo les contesté con otra mirada de odio y reto... ¡A ver quién se atrevía á quitarme aquello!

Un pícaro me dijo:

—¡Que sea enhorabuena!... ¿Convidará, verdad?...

No, no convidaría... ¡un demonio convidaría!... Aquel dinero era para mí, para mí solo; porque eran muchos meses de sordidez lo que representaban... Hubiese convidado á los dos ó tres hombres que profesaron mi amistad desinteresadamente, hasta siéndoles yo gravoso, y esos ya no estaban conmigo: los habían llevado á presidio ó á otros calabozos... Pero á ellos, á estos otros, no les debía más que desazones; se habían burlado de mis andrajos; mirábanme como á perro sarnoso, y hasta me negaron la misericordia de un cigarrillo... ¡Para ellos no había nada!

Di el recibo, y el teniente prometió pagarme puntualmente todos los meses; liquidé con el infame prestamista, y guardando en la maleta lo que suponía mi libertad, mi vida, me eché en la hamaca, desasosegado, febril. No, mi dinero no estaba bien en la maleta, podían robármelo aquellos follones sin conciencia... Mi dinero, conmigo, conmigo... Lo saqué; lo trasladé á la hamaca; me lo puse de cabezal para oirlo removerse... ¿Y si me quedaba dormido?... ¿Y si me lo quitaban?... ¡Al pecho!... Tampoco estaba seguro... Saqué un extremo de la camisa, y envolví mi porvenir en él; así estaba más tranquilo; pero... no mucho...

—¡A ver! ¿Quién me vende un cinto?... dije con voz imperiosa.

Ofreciéronme varios y escogí el más fuerte. En él fui echando uno tras otro todos los duros, lentamente... lentamente... tén... tén... ¡Y qué ojos tan encendidos de codicia ponían los presos!... ¡Que rabiasen, que pagasen todos los desaires que me

hicieron sufrir!

Cuando no quedaron más duros en el pañuelo, cuando ya estaban abismados todos, me levanté la camisa, ceñí mis carnes con aquel dulce cilicio y apreté, apreté mucho, sin poder hacerme daño... Había visto quitar cintos los dormilones; pero que viniesen... ¡que viniesen á robarme el mío!... No dormiría, no, hasta que al otro día, domingo de visita, se llevasen mi dinero á la Habana... Y si por la noche querían arrancármelo á viva fuerza, lo defendería con rabia, desesperadamente, á coces, á mordiscos, hasta que no me quedase un palmo de piel sana sobre los huesos... ¡Y aún dicen de los avaros...! ¿Pues hay placer como el de palpar el dinero... la suma de todos los placeres máximos...?

Mientras así meditaba, enloquecido de dicha, sacudía violentamente la hamaca que ya no se mecía, sino que volaba por el espacio, conduciendo mi ser y mi fortuna: mi fortuna alheñada al cuerpo, que me acariciaba la carne cautiva, prometiéndola libertad...

¡Pero adónde bogo en tan áureos sueños, si ahora voy entrando por la doliente puerta del mes segundo!...

*
* *

Cuando el capitán se retiró, el calabozo estaba alegre porque tenía dinero. La cantina empezó á enviar grandes canastas llenas y revueltas de tabaco, platos guisados, botellas de vino, jalea de guayaba, queso, jabón, agujas, hilo de coser, papel de escribir, tinta... Los presidiarios, los inválidos, los soldados de la guardia, entraban furtivamente frascos y más frascos de caña. Se disputaba sobre lo que uno debía al otro; sobre la inversión de las siete pesetas y media; sobre la comida que dos amigos habían de tomar. En un corro se jugaba á la siete y media; más allá al cara ó cruz. Se cantaba, se gritaba, se bailaba...

El bullicio duró poco. La tribu de matones había cazado un gato fugitivo que buscó protección en un ángulo del calabozo, y luego de darle inicua muerte, se dispuso á aderezarlo con arroz, sin reparar en las molestias que produciría á cuarenta y cinco hombres, que por si solos bastaban á vivir en casi continua asfixia en tan reducido ámbito. Algunos que observaron el inconveniente de encender fuego, recibieron una mirada severa y esta ruda cominación: «Váyase á la bahía, donde estará ancho, el que no se sienta bien aquí.»

Trajeron carbón y astillas, y abriendo un hoyo en medio del calabozo,

establecieron el hogar. A los diez minutos parecía la prisión madriguera de perseguidas raposas. El humo se revolvía en pesadas nubes no encontrando suficiente deshago para salir. La atmósfera cargada de tufo y de resina se hizo irrespirable. Los rostros, terrosos y exangües, volviéronse de un rojo apoplético; lloraban de irritación los ojos, y los pechos exalaban secas y porfiadas toses. Los primeros en huir se posesionaron de la puerta y la ventana; pero los rezagados tuvieron que soportar el suplicio del humo tendiéndose á lo largo de las paredes, abanicándose con papeles, ó aplicando á las frentes los pañuelos húmedos.

Negros, sudorosos, infernales, los malhechores se ocupaban en atizar el fuego ó despedazar al difunto animal. En una gran jofaina, que hacia usos de cazuela, hervía el pestífero aceite.

—Esto ya está, dijo uno. ¿Qué debemos hacer?

—Echar algunos ajos para que el aceite se quememe.

—No, un poco de pan.

—El aceite está quemado de sobra.

—Venga el arroz.

—¡Bestia, la carne antes!

—¡El aceite se inflama!...

—¡Agua!... Traer agua.

—No, sacar la cazuela.

—¡Cristo!... que me quemó... ¡Sáquela otro!

Este amenazaba, colérico de dar una patada al fuego; el otro de tirar el gato si no le traían los aliños; el que había soplado en los carbones, tosía, pateaba, reclamaba un trago de caña para no morir ahogado... Y los demás presos proseguían tosiendo, estornudando, mojando paños de agua para ahuyentar el dolor de cabeza y contener los vahídos. Y así durante hora y media que tardaron en hacer el yantar, echando sucesivas veces agua al arroz, y revolviéndolo con la cuchara hasta reducirlo á pasta.

Cuando todo estuvo dispuesto tendieron en el suelo algunos periódicos y fueron tomando asiento en torno de la gran palangana cuantos formaban en la orden perdularia: matones, alcahuetes, espías, parásitos, que también los había...

—Trece... dijo alguien.

—Mal número, observó uno de los jefes torciendo el gesto. A ver: contar bien.

—Trece, no marra.

—Pues sobra uno, ó falta otro.

—Sobra uno... cuantos menos haya, á más parte tocaremos. Voto porque se vaya el *alicanti*.

—¡Fuera el *alicanti*!... ¡Fuera!...

—Sí; que se marche. No queremos *chotas*. Mi paisano se alzó del suelo, todo corrido, y vino á mi lado.

—¿Qué te parece, *paisá*?... Te juro que me la pagarán.

—Cálmate, hombre. No hagas caso.

—¿Qué no haga caso? Esta noche me emborracho, y cuando todos estén durmiendo, voy á ir de hamaca en hamaca hundiéndoles la navaja en el cuello.

—Vamos, no digas tonterías...

—¡*Che, paisá!* Tú no me conoces. Estoy perdido, y la horca no me importa nada... A esos los asesino yo.

El calabozo se había aclarado de humo y los presos comenzaron á formar nuevos corros para beber ó jugar. Los guapos se disputaban á cucharazos el gato. Cuando á cualquiera se le antojaba—y los antojos eran muy frecuentes—echaba un trozo de pan en la cazuela y las cucharas caían al suelo; suspendíase la comida, y nadie osaba atentar contra aquél mojón, imagen del Dios Término restaurado. Entonces circulaba el vino y á cada ronda fenecían dos botellas. A la mitad del comistraje, se agotó el tinto y hubo que sustituirlo con caña. ¡Lo mismo daba, la cuestión era beber!

Casi todos llegaron ebrios á los postres. Las cucharas empezaron á volar por el aire y las canciones obscenas acudieron á los labios. Un chiquillo alargó las piernas, las agitó en el espacio, y luego hundió los pies desnudos en la cazuela.

—¡Cochino, marrano, saca esos pies!, exclamó riendo un cabeza de bandoleros.

—¡Pues no quiero! dijo con mimosidad el muchacho.

—¡Qué gracioso es este Navarrito!

Para completar la gracia cogió la engrasada jofaina con ambos pies y la tiró á su amigo.

—Navarro, que me enfado... Toma, bebe un poco y estate quieto si puedes.

—El caso es que no puedo.

—Pues molesta á los demás, ó te pego.

Entonces comenzó el malsín á tirar migas de pan entre los que distraídamente jugaban. Si alguna vez atinaba al blanco, reía satisfecho; pero como las migas molestaban poco, las empapó en el vino vertido. Una de ellas dio á mi paisano. El hombre alzó la cabeza, y el otro le dijo:

—Es para, que no te quedes sin comer. Toma esto también...

Y le tiró la cabeza del gato, que mal enderezada, me hubiera dado en la cara, de no hurtarla á tiempo.

La broma se generalizó y todos á porfía dieron en disparar contra el calabozo mendrugos de pan, pedazos de guayaba, carbones apagados. Cuando ya no hubo qué tirar, sirviéronles de proyectiles las botellas, los zapatos, las alpargatas. El más inofensivo corrió con la tiznada jofaina repasándola por la cara de los que encontraba. ¡Qué hallazgo tan feliz para continuar la chanza! ¡A tiznar, á tiznar! Huntáronse las manos con la pringue y se echaron en persecución de los presos frotándoles la cara, el cuerpo, la cabeza... donde caía.

—Duro, duro, con el que corre.

—Detenme á ese.

—A ver éste que tanto se tapa la cara.

El entusiasmo se comunicó á todo el calabozo. Era broma y había que

continuarla. Corrían, trotaban, se apostrofaban, se disputaban la voladora palangana que iba de un lado á otro, caía, al suelo ó subía hasta el techo. ¡Mascarada estupenda; siniestro regocijo en el que la intención perversa se mostraba en las manos mientras los labios reían; saturnal deshecha que daba un rato de libertad á los esclavos! Un potente soplo de locura estremeció aquellos seres que pasaban fantásticos, vertiginosos, perseguidos y perseguidores, en inacabable torbellino. Aquí se rendía uno y veinte hombres saltaban sobre su cuerpo, tropezando y cayendo. Más allá, otro se acercaba á la pared para arrojar en revuelto chorro los líquidos y sustancias ingeridos, mientras alguien le huntaba la boca miserable en rápido pasar. Los sacos yacían destripados en el suelo; las hamacas rotas y deshechas. Las caras estaban negras; sudando pringue y fuego; los ojos arrebatados miraban centelleantes, y las cabezas sacudían la ceniza...

—¡Por Dios!... ¡Por Dios!... ¡Por Dios!...

La fuerza dolorosa de este grito, detuvo con poderoso tirón el correr frenético de la turba. La ilusión del esclavo huyó con el primer latigazo del amo. Aquel grito los dejó suspensos y helados.

—¡Por Dios!... ¡Por Dios!...

Mi paisano seguía suplicando, retrocediendo, esquivando á un alto jayán que le había acometido. Así llegó hasta la ventana sin poder retroceder más. Allí cayó de nuevo el puño airado del bandido sobre la cabeza del infeliz, que se puso de pie para preservarse de los golpes. El otro le cogió de las piernas y tiró con rabia, hasta echarle por tierra.

Entonces empezó otro delirio. La chusma se puso al lado de su amigo, alentándole con sus palabras más gratas.

—¡Duro, duro!

—¡Leña al *chota*!

—¡Matarlo por soplón!

El caído se irguió tembloroso, llorando, implorando piedad á los verdugos, Uno le cogió del cuello, otro le dió una patada en el vientre, y todos se disputaron el placer de abofetearle. Huyó de la jauría, y la jauría le siguió en todas direcciones. La carrera fué más veloz que antes. Al perseguido le prestaba alas el miedo, á los perseguidores la rabia. ¡Gritos, maldiciones, galopar sin freno! La víctima se precipitó desatinada á la puerta para solicitar el auxilio de la guardia; pero un puñetazo iracundo del espía le tiró de espaldas.

Ya no quiso huir; se rindió á discreción. La canalla seguía apostrofando y golpeando al Nazareno, que caminaba deshecho en lágrimas, sumiso como un cordero, lentamente, lentamente... Al llegar á mi vera cayó rendido.

Quise intervenir en su favor para que lo perdonasen y la partida se encrespó contra mí. Brilló un cuchillo en lo alto, y en el momento de cerrar los ojos para recibir la puñalada, vi una mano que paraba el golpe.

—¡Basta!

El guardia anciano dispersó con su gesto austero á la muchedumbre de malvados.

*

* *

Al día siguiente pasó mi paisano á otro calabozo por petición de sus apaleadores. Al salir, le dijeron:

—Anda con Dios, que buena paliza te espera. Bien recomendado vas.

Cuando se hubo alejado, le susurré al guardia:

—Amigo; ¿puesto que usted les inspira temor, por qué no impone orden y podremos vivir en paz?

Y él, con acerba sonrisa y entornando los ojos más que de ordinario:

—Bien saben que no puedo. Bastante haré si logro que me respeten. Espero la absolución, y deseo vivir libre. Para ejercer dominio aquí necesitaría chafar la cabeza de algún pillo; veríame envuelto en otro proceso, y sería otro perdido cómo ellos... ¡No hay remedio!... ¡Que hagan su voluntad, ya que no lo impiden los que debieran!

...

Y siguieron haciéndola sin que nadie osara protestar.

Sucedió que á los pocos días ingresó en el calabozo un cabo de artillería, alto, grueso, cetrino, bizco del ojo derecho y algo fiero el mirar del otro. La camarilla de bribones le contempló de hito en hito, porque el muchacho parecía arisco. Sólo llevaba la hamaca, pues según luego dijo, prestaba servicio en la Cabaña ó iba á cumplir quince días de arresto que le habían impuesto por no comparecer á dormir la noche antecedente.

Serían las siete. Los poltrones empezaron á colocar sus hamacas y el artillero preguntó en qué lugar debía poner la suya.

—En el suelo, nuestro amigo, le repuso alguien.

El hombre hizo un significativo gesto de disgusto al ver la humedad del suelo, y empezó á recorrer el calabozo en busca de sitio á propósito. La chulería expiaba esta inspección.

Cuando llegó á la última argolla, vecina del rincón inmundo, desdobló su lecho de bramante.

—¿Dónde va hombre de Dios, no ve que aquí no podemos dormir más? Acuéstese en tierra hasta que tenga sitio.

El cabo dijo que no dormía en tierra, y luego de trabar la hamaca se desnudó reposadamente.

No sé qué parlerías hubo en la ventana mientras él disputaba. Lo importante es que un bergante apagó el quinqué y al mismo tiempo se deslizaba otro bajo las hamacas, cual si alguna urgente necesidad le llevase al rincón. Sucedió largo intervalo de tinieblas y silencio hasta oírse un gran golpe opaco de cuerpo que se desploma, y en seguida la voz irritada del artillero jurando y maldiciendo.

—¡Canallas; maldita sea la madre del que me ha cortado la hamaca!... Si tiene corazón, que encienda la luz y se acerque, que voy á comérmelo... ¡Canallas, marranos!

A estas voces siguieron otras no menos iracundas de los prohombres carcelarios:

—¡Luz, luz! gritaban unos.

—¡A ver ese guapo... encender que le veamos la cara!—exclamaban otros.

—¡A él!... ¡A él!...

—¡Luz!... ¡Luz!...

Mientras proferían estrepitosos gritos para alentarse, corrían, saltaban, abrían las navajas.

La luz iluminó nuevamente el mezquino antro y pudo verse al artillero desnudo, crespo el pelo, cerrados los puños y retrocediendo paso á paso hasta el rincón, perseguido, sólo y desarmado, por toda la turbamulta amenazadora.

—¡Uno... uno solo... que se quede solo uno!—decía revolviendo en la órbita su inyector ojo, que ahora parecía más bizco.

—¡Cómo se entiende! le respondían. ¿Guapos aquí?... Aquí no hay guapos.

—Una navaja... ¿no hay quien me dé una navaja?

—Mierda.

—Cobardes.

—Aquí no hay otro valiente que el zambullo.

—¡Cobardes, cobardes y cobardes!... Así no se acosa á un hombre desarmado.

Los enemigos siguieron avanzando en perfecto orden, apostrofándole, con los brazos armados y extendidos para que no pudiera arrojar sobre ninguno.

En su lenta retirada, el cabo llegó al rincón, y tropezando en el sucio depósito estuvo á punto de caer. Al verle en esta nueva zozobra, el más formido de la cuadrilla se adelantó un poco y descargándole un formidable puñetazo en el rostro, le abatió sobre el zambullo. Irguióse rugiendo el artillero, ó intentó arremeter contra su agresor; pero seis puntas de navajas le detuvieron.

—Que se quede uno... darme un arma, grito llorando de rabia.

—El coraje hay que dejarlo en la puerta cuando aquí se entra, le replicaron.

El antes primero en pegarle guardó su navaja y remangándose la camiseta, empezó á abofetear al acosado, mientras los demás le amenazaban al vientre para que no opusiera resistencia.

El apaleador impune se cegaba en la víctima descargándole puñetazos en la cara, en el pecho, en la cabeza. El paciente seguía jurando y los canallas repitiendo su frase ritual:

—¡Duro, duro con él!... ¡Duro!...

Cuando el primero se cansó de pegar, dió un paso atrás y abrió la navaja mientras le sustituía otro que reduplicó los golpes.

El artillero ya no juraba, jadeaba. A cada puntapié ó puñetazo su pecho gemía cansado, como si le costase poderoso trabajo seguir aguantando.

—¡Por qué no me dáis una puñalada! dijo una vez.

Al segundo sucedió el tercero, y á éste el cuarto.

—¡No me peguéis más!

Al cuarto siguió el quinto.

—¡Por Dios os lo pido!... ¡No puedo más! ¡Matarme!...

Seguía la rabia, maldiciendo, y después del quinto vino el sexto...

—¡Me desangro!... dijo con voz desfalleciente.

Y al sexto reemplazó el último, y el estallido de las bofetadas resonaban sin cesar, y los puños caían sobre cuerpo ya insensible. El artillero vertía sangre por ojos, nariz y boca. Sangrientas é hinchadas estaban las manos de los verdugos, cansados de tanto pegar.

Los presos permanecían mudos, helados, amedrentados. El horror los había petrificado en una misma actitud, adhiriéndolos á la pared, con los ojos muy abiertos fijos en el lugar del suplicio. Yo estaba debajo del quinqué, apretando con mano convulsa un libro abierto veinte minutos por el mismo sitio y sin poder volver la página. Me parecía que en ella estaba escrita esta sentencia obsesionante que oí á mi compañero la primera noche:

Es necesario que te acostumbres á presenciar abusos y hasta crímenes sin protestar, ó no tardarán en coserte á puñaladas.

Al lado tenía á los guardias: el joven, trémulo de pasión; el viejo, impasible y cachazudo.

El más vigoroso de la turba asesina levantó el cuerpo del artillero y lo puso á mi vera para examinarlo á la luz del quinqué. Luego, cuando hubo recobrado el sentido, prodigóle todo linaje de consuelos; hízole paternales advertencias sobre la conducta que debía observar mientras durase su arresto, y le ofreció amistad y protección incondicionales. En seguida lavó escrupulosamente la cara del malparado manchada de sangre; púsole paños empapados de caña en el ojo derecho, que lo tenía á punto de reventar; ofrecióle chocolate y después café; dispuso con imperio soberano que la hamaca del herido se colocase vecina de la suya, y á la postre recomendó al paciente que nada de lo pasado denunciase al médico.

El doctor se dio por satisfecho cuando al, otro día le dijo el artillero que se le había roto una cuerda de la hamaca, y que al caer se golpeó la cara.

*
* *

¡Cuántas fechorías como la narrada no presencié en aquel tiempo de dolor y de muerte!

¡Aún no se había borrado en mi ánimo la emoción de aquella noche cruel, cuando asistí á otra escena desgarradora, que hasta el recuerdo me punza al rememorarla en estos plácidos días de relativa felicidad!

Acababan de ingresar en el hediondo calabozo un sargento y cinco soldados. Eran movilizados cubanos, de edad proveyta casi todos. La reconcentración habíales forzado á retirarse del campo; el hambre les obligó á ingresar en una guerrilla para que sus hijos no muriesen de indigencia, como tantas otras víctimas de la inexorable orden weyleriana. Ni aún exponiendo sus caducas vidas, les fué posible mitigar el hambre crónica. El teniente de la guerrilla se había jugado los haberes de algunos meses, y se negaba á pagarles por no tener de qué. Dieron parte de lo ocurrido estos seis hombres que eran los más necesitados; juró el oficial que se habían confabulado para perderle miserablemente, y los perdidos por ignorancia de las severas leyes militares fueron los cándidos guerrilleros. No sabían que en el ejército se condenan las quejas colectivas—¡oh sabia previsión armada que destruyes todo lazo de solidaridad entre los humildes!—y, acusados de sedición, fueron abismados en las negruras de la Cabaña.

Seis camaradas íntimamente unidos por los vínculos de la común desgracia, podían ser en el correr del tiempo grave obstáculo á las continuas é irritantes extorsiones de la malvada pandilla, que comprendiéndolo así con fino olfato, se dispuso á reducirlos desde el primer momento á incondicional obediencia.

Ni diez minutos hacía que los guerrilleros estaban allí. Aún no se habían repuesto de la sorpresa que en todos los recién entrados producía el tétrico agujero repleto de extraños personajes que se movían impasibles en indecorosa desnudez, cuando ya habían caído en las redes que los bandidos les tendieron.

Un joven empezó á hurgar en el saco de lona donde traía su ropa el sargento, que protestó indignado al advertir tanta audacia. El joven se hirguió para responderle con una bofetada. Quiso el sargento replicar en igual forma, y entonces cayó sobre el mísero un turbión de puñetazos y puntapiés. Acercóse á la puerta para reclamar la ayuda de la guardia, y otro puñetazo del espía le selló la boca. Sus viejos compañeros que acudieron temblando á prestarle auxilio, viéronse contenidos por los cuchillos y

navajas que les salieron al paso.

Entonces empezó la misma paliza que días anteriores con el artillero. Las bofetadas estallaban sin interrupción. Los ancianos pasaban de mano en mano en inacabable girar, plañendo, rogando misericordia á aquellos pechos de bronce.

—Ténganse los señores... déjense de pegar... que ningún daño les hemos hecho...

—¡Duro!... ¡Duro!...

—¿Pero no hay caridad, señores?...

—¡Duro!... ¡Duro!...

—¿No hay nadie que nos socorra?...

Nadie. El primero en caer fué el más viejo, un sexagenario de nevada cabeza, hambriento y devorado por la fiebre que contrajo operando en la Ciénaga de Zapala. Una fiera escapada del presidio granadino, se cebó en el débil anciano asestándole brutales patadas, que le arrancaban gritos estridentes, súplicas desgarradoras que se perdían en el fragor de las bofetadas, juramentos y maldiciones de la cuadrilla que golpeaba á los demás soldados, infundiendo pavor por el calabozo. En los surcos de aquellas pecadoras frentes, en la dilatación de las enloquecidas pupilas y en el borbolar de los labios infames, había algo de satánico: quizás la embriaguez del mal que sólo se templa con el cansancio. ¿Gozaban?

Era de tarde y el oficial pudo acudir con toda la guardia... A la media hora. ¡Inútil viaje! Cuando la puerta se abrió reinaba dentro solemne placidez. Nadie osó denunciar el castigo de los voluntarios. Hasta el mismo sargento malparado confesó que todo fué broma y zalagarda de algunos presos.

Siempre sucedía lo mismo. Al vapuleo de entrada para que el preso novel aprendiera en qué lugar estaba y entre qué gente moraba, sobreveníá la amistad que se confirmaba bebiendo hasta embriagarse juntos, cual si fuesen antiguos camaradas, separados por aventuras de la vida y reunidos más tarde en un calabozo, infierno expiatorio para algunos, mansión de goces llena para otros.

He visto á muchos deplorar su salida, del calabozo, como si los rigores de la fatalidad les obligase á dejar sus dulces hogares para hacer un largo viaje por países de misterio. ¡Cuán preferible les era el infecto antro, donde quedaban sus amigos dichosos, sus recuerdos, sus amores, sus pependencias; que la libertad, la luz y el aire oxigenado, las mujeres y los campos!... ¡Y cuántos no volvieron al poco tiempo, á los pocos días, porque la vida civilizada les parecía monótona, insípida y provocadora de mortal hastío! La luz del medio día les cegaba, les daba vahídos; la penumbra de las húmedas bóvedas, atraíales con irresistible encanto. Las exigencias de la ciudad les obligaba á ir ceñidos en trajes incómodos y á esquivar las miradas policíacas que les observaba en todos los lados, porque á kilómetro trascendían sus picardías de galera. Arriba, en la Cabaña, se encontraban mejor, más bellos y más libres. Allí podían ostentar gentileza con sus zapatillas bordadas, sus calcetines de colores, sus calzoncillos listados de fina holanda, sus camisetas de crepé ó de seda... Y si querían

lucirse, ¿quién como ellos? Entonces se lavaban con oloroso jabón, huntábanse sus largos panitorios de cosmético; y en seguida se ponían flamantes botas amarillas de alto tacón; pantalón bien abotinado, bien ceñido á las caderas para marcar la exuberancia de las formas; ancha faja encamada sin arrugas; pañuelo de vistosos colorines al cuello; uno ó dos sortijones muy grandes y muy viejos, y cuando el llavero abría la puerta para hacer la limpieza, cogían entre dos el vil, pero necesario armatoste que desde el rincón presidía como imperturbable ídolo y emblema en aquella corte de rufianes, y por el rastrillo marchaban erguidos, lentos, orgullosos, sabiendo que despertarían curiosidades y envidias. Al pasar ante los otros calabozos hacían á los amigos muy gentiles reverencias con la cabeza, dispensando al mismo tiempo delicadas sonrisas á los preferidos ó frunciendo el duro ceño y apretando los dientes cuando percibían á un rival. La gente acudía picada de celos á las puertas y ventanas para aplaudir ó censurar un gesto, el corte del pantalón, el gusto en la elección de pañuelo, ó el total continente de los que circulaban, esperando impacientes su vuelta de verter el depósito. Mientras el llavero acudía, dejaban en la puerta el hueco cono de madera y se acercaban á los otros calabozos para cambiar un cariñoso apretón de manos, ó cruzar una mirada eléctrica, una frase aguda de doble sentido enderezada contra algún adversario. Frecuentemente contestaban los de adentro con un botellazo; la blasfemia manchaba los labios y las uñas se trababan entre las rejas, hasta que la escolta intercedía separándolos á culatazos. ¡Oh, con cuanto orgullo entraban otra vez en el calabozo, pequeño dominio donde eran reyes absolutos, señores opulentos, mimados, envidiados, aclamados por una corte que los adoraba, porque diariamente recibía pruebas de su magnificencia, compartiendo con ella lo que robaban á sus dóciles súbditos! ¿Para qué habían de pensar en aquél otro mundo frívolo y bullanguero que comenzaba más allá de los robustos murallones, al otro lado de la bahía, que era á modo de natural límite entre ambos Estados?

Juzgando de los sentimientos ajenos por los míos, creía que el mayor suplicio era vivir privado de libertad. ¡Ilusión! Algunas veces exhorté á los más inteligentes para que abandonasen aquel vivir ingrato. Quise recordarles la familia, la moral, la libertad, el amor... Escucháronme atentos, como los salvajes suelen escuchar á los misioneros que les hablan de civilización; pero en la inmovilidad de sus fisonomías leí que no entendían, ó que les era indiferente el significado de mis palabras. De fijo que si no corto muy á tiempo aquellas pláticas, me hubiese hecho molesto y enojoso.

¡Familia! Sus verdaderas familias vivían con ellos, fuertemente ligados por la comunidad de hábitos, alegrías y rencores. Las de afuera nada les importaba. Unos eran engendro lamentable de ilícitos amores, almas con el nacer dañadas. Los otros, habían perdido sus primitivos sentimientos, y sólo enojo recibían con los intempestivos consejos que los suyos les daban de tarde en tarde llamándoles á mejor camino.

¡La moral! Era sencillísima y fácil de aprender. Conteníase en un solo precepto, en uno solo, que recomendaban con ahinco á los que allí entraban: observar fielmente

santo silencio, si en hablando podía recibir daño ó molestia cualquier compañero. Catón era el que con fiera arrogancia callaba al juez el nombre del que en una reyerta le había herido. Y si le quedaban pocas horas de vida, ¡qué noble mutismo!

¡La libertad! Anhelábanla por cuatro días. Querían ir á la calle para que sus dignos émulos hablasen de la fuga. Luego volvían ufanos á recoger los aplausos de su valor temerario. ¿Hay nada que tanto halague á los héroes como sentir las caricias del aura popular, que trasciende á gloria?

¡El amor! ¿Por qué habían de buscarlo fuera? Teníanlo allí mismo. Amores pecadores de raíces profundísimas, inspiradores de locas pasiones, de celos ardientes: amores «fuertes con la muerte»... ¡Amores que matan!

*
* *

Dudo que en ninguna parte se irrite la suspicacia como en la prisión, ni que los celos tengan explosiones tan violentas.

Mirar recelosamente á un joven ambiguo, equivale á sufrir una paliza; tratarle con simpatía, exponerse á suscitar los celos bravios del matón. Si el barbilindo pide dinero prestado, no es posible negárselo. Si se le presta no es lícito reclamárselo. Si se embriaga, y os insulta, ver lo que hacéis, miserables de vosotros: ¿Sonréis complacientes? Pensará que os burláis. ¿Permanecéis serios? Creerá que le retáis. Si le sois antipático, buscará pretexto para daros una bofetada: ¿Calláis? Pues os dará otra. ¿Le pegáis? Toda la turba insolente os perseguirá hasta tundiros á golpes.

Entre aquellos chismosillos ninguno tan felón, intrigante ni excitador á la pelea, como el que cayó bajo la garra del guardia joven la primera noche que pasé en el 57. La identidad de vicios habíale unido al monstruo de cara roja y pantalones cortos. En éste residía la fuerza ignara y asesina; en el muchacho la voluntad de imperio y la intención perversa. Era uno complemento cabal del otro.

—¡Bendita sea tu madre! decía siempre el chico cuando su amigo formulaba la sempiterna sentencia de «cortarle la cara» á un *chota*.

—Todo lo que dices es *ful*. Pégale ó no cuentas conmigo en el resto de tus días, exclamaba enojado otras veces, si el viejo se contentaba amenazando.

Y el viejo pegaba por darle gusto.

Figurilla tan peligrosa en sus provocaciones necesariamente había de disgustar á quien no fuese su amigo íntimo.

Sucedió que la miseria y los males venéreos obligaron al soez rufián á pasar más

de un mes en el hospital, y durante su ausencia el más guapo de los guapos, el primero siempre en romper las solidarias palizas que se daban á los presos peligrosos, contuvo dentro de racionales límites los abusos del insolente mocito, prohibiéndole que de un modo sistemático abusara de los presos.

Un día le dijo con pesadumbre el pervertido efebo:

—Me maltratas porque el otro está en el hospital... Si estuviese aquí ya veríamos.

La réplica fué un magnífico puntapié en la parte pecadora que le hizo besar el suelo.

Desde aquel día todos presentimos que algo siniestro sucedería cualquier noche.

Volvió el enfermo del hospital y su primer saludo fué para el ofensor del niño. Días pasaron y también semanas comiendo juntos y haciendo la ordinaria vida de saquear y gozar, sin que dieran indicios al arisco mozo de aparente agravio. Sólo de tarde en tarde solían dirigirle alguna palabra acrimaniosa, á manera de amigable reconvención por su añeja falta. Pero la idea de una venganza por cumplir, persistía en aquellos corazones irreconciliables.

Todas las noches, mientras el ofensor dormía, los dos agraviados maquinaban en cuclillas al lado de las hamacas para que tomasen parte en su conjura tres antiguos compañeros que conocieron en la cárcel.

Larga fué la espera; pero llegó el momento. Habían pagado las sobras por la mañana, y el dinero era abundante. Las botellas de veneno pasaban sin intermisión de los centinelas á los espías, y de éstos á los presos. Los presidiarios que acarreaban el agua en grandes latas de petróleo, trajeron una de caña, apurada entre todo el calabozo invitado á gozar.

—Buena «curda» vais á tomar, dijo el centinela sonriendo, mientras los matachines aparaban en otra lata la que desde afuera vertían.

Por la noche congregóse la partida en el chanco poyo de la ventana, para cantar y beber. A las once habían consumido dieciocho botellas; á las doce les trajeron cuatro, y poco después entraron media, docena, más. Ya no cantaban, ladraban; ya no hablaban, gruñían de amores, evasiones y peleas.

Sentados bajo el quinqué estábamos los guardias y yo, esperando que se acostasen los beodos. Deseábamos leer y no podíamos: si los ojos miraban las letras la atención estaba fija en la ventana.

El calabozo ofrecía un aspecto imponente, funeral, hasta producirme escalofríos. La luz taciturna parecía alumbrar un depósito de alineados cadáveres envueltos en blancos sudarios: que muertos semejaban los presos tendidos en sus largas y estrechas hamacas. La atmósfera viscosa é irrespirable hacía más ténue el rojizo fulgor del quinqué, formando en torno suyo densa aureola blanquecina, en la que se veían flotar innumerables corpúsculos impalpables, cual si fueran átomos sólo á la luz perceptibles de tantos vicios allí concentrados y en el ambiente disueltos para infundirse en el sér y la sustancia de cada prisionero.

Aquella doble hilera de durmientes presentía que algo trágico flotaba sobre sus

cabezas. ¡Tantas veces me he abismado en nocturnas cavilaciones, que he adquirido el hábito de estudiar en el sueño de los grandes rebaños humanos el estado anímico que los domina! En las cuadras de los cuarteles, en los campamentos de Melilla y en los barracones de Cuba, mientras pensaba desvelado en la suerte que el destino tendría reservada á aquellas largas filas paralelas de hombres educados para matar, he observado el sueño tranquilo del veterano; el pesado del recluta rendido por la automática instrucción diurna, y á la vez receloso, asaltado de pesadillas, temiendo que tocasen diana y el cabo le despertara á palos para asistir á la lista. En los días rojos he notado el contraste entre los soldados que se quedaban y los que al día siguiente iban á embarcar, tal vez para no volver nunca: los primeros de apacible dormir; los otros insomnes, revolviéndose en burdo jergón, fija en la mente calenturienta la idea del hogar desamparado ó despertando súbitamente como si les persiguiese un espectro.

Esta potencia observadora llegó á tan alto grado en la prisión, que sin preguntar á nadie me revelaron en sueño muchos la gravedad luego confirmada de su delito, aunque en estado de vigilia afectasen no atribuirle importancia. En el silencio de la noche los perdidos proferían interjecciones de jaque; los presos novicios daban suspiros solemnes y comprimidos sollozos; unos mentaban nombres de mujeres causantes de sus desgracias; otros referían fragmentos deshilados de antiguas aventuras; los sonámbulos creyéndose en presencia del juez barbotaban inconexas respuestas á imaginarias interrogaciones. A veces, cuando había condenados en capilla, la imagen de la muerte rondadora se mostraba á los acusados de grave delitos en crueles pesadillas. Los he visto incorporarse en la hamaca, erectos de pavor los pelos, trémulos, mirando con dilatadas pupilas remoto fantasma, y al querer huir de la sombra vengadora, caer á tierra lanzando lúgubre alarido, para disiparse con el golpe la visión aterradora.

Jamás como en esta noche del cuento he observado que á tantos hombres dominase un mismo estado de conciencia. Las dos eran y aunque dormían todos, todos revelaban poderosa emoción interna. ¡Qué sueño tan agitado! ¡Qué zozobra tan fatigosa! ¡Qué desazón en el cambiar de postura! ¡Parecían presos segunda vez aprisionados en el angosto recinto de las hamacas! Hasta los despreocupados que con el estruendo de sus pechos cavernosos eran desesperación de insomnes, los emitían hoy breves y entrecortados.

Un bellacón henchido de caña, pasó vomitando bajo las hamacas en derechura al zambullo. Era el ofensor del muchacho. Los demás trapisondistas discutieron precipitadamente el modo de consumir la venganza.

*
* *

Cuando la presunta víctima se reunió al grupo, el joven le preguntó en alta voz:

—¿Te acuerdas del puntapié que me diste?...

Algo receló el buen mozo, porque tomando una botella de caña para recobrar los espíritus perdidos en el rincón, dejola exánime con solo un tiento y luego, adoptando actitud jucarandosa, dijo con donaire:

—Me acuerdo, ¿y qué?...

—Que salgas aquí en medio si tienes corazón, porque voy á partírtelo de una puñalada.

Esto dijo el píllete con una energía que nadie le hubiera supuesto, aún sabiendo que sus amigos le preservaban las espaldas. Lanzado el reto brilló la navaja en su mano.

—¡Fuera hamacas! ¡Fuera hamacas! gritaba.

Y acompañando á la palabra la acción violenta, de cada tajo tumbaba una, y con ella al hombre que sostenía. Ante mí pasó el muchacho como una exhalación, y la punta de su arma casi me rozó el pecho al dar un corte.

En dos momentos veinte hamacas cayeron al suelo. Los hombres, revueltos elevaron gritos de dolor y de sobresalto al recibir el golpe y despertar de manera tan desusada. La sorpresa y el trastorno crecieron al ver que los borrachos tropezaban y caían sobre ellos con peligro de herirlos.

En este primer instante de confusión vi al guapo perseguido levantar el brazo formidable armado de largo cuchillo y hundirlo, creyendo que era enemigo, en la espalda de un pobre preso que estaba atontado por el golpe recibido al caer de la hamaca. El infeliz apenas supo qué le pasaba... Gimió desmayadamente, y cayó sin sentido.

El vértigo invadió rápidamente el calabozo. El griterío era horrendo, las súplicas alternaban con las amenazas. Aquí tropezaba uno; allí caía otro. Las hamacas saltaban á puñaladas. En un rincón se refugiaron diez ó doce hombres. Hacia ellos fué un borracho, cuchillo en alto, haciéndoles huir como bandada de empavorecidos pájaros. Un zapato con harto tino disparado tumbó el fúnebre quinqué y el calabozo se quedó en tinieblas. ¡Así se hacía en presidio para dar alevés puñaladas!

Con la luz se extinguieron las voces. Solo se oyó un correr sin freno, chocar de cuerpos y caer de algunos. Luego silencio absoluto... Yo no sé cómo me encontré en

el rincón más hondo, detrás del zambullo infecto, estrujado por inmensa mole de carne humana. ¿Quién me había llevado allí para morir de asfixia y aplastamiento? ¿Fué la ola inconsciente y tumultuosa del terror pánico, que nos arrojó en revuelta confusión al estrecho embudo? Quise gritar y sólo exhalé un vagido quejumbroso. Empujé con tanta desesperación que pude conmover el cerco; pero en seguida empezó á estrecharse. En aquel terrible impulso cayeron algunos hombres que coronaban la muralla, y desde abajo los oí reptar por la espalda de los otros para conquistar de nuevo sus perdidas posiciones. Por la mente me pasó como un lampo la idea de la carnicería que los majos pudieran hacer, si daban en asestar puñaladas tan en seguro como allí. Golpes sonaban fuera, ¿eran de arma ó de los últimos en llegar al embudo, que buscaban puesto seguro á puñetazo limpio? No podía pensar en ello. El calor me ahogaba; aplastado moría sin remisión. Grité, y mi grito no pasó de queja semiarticulada. ¡O el maldito zambullo era mi póstrer salvador, ó fenecía miserablemente! Concentré mis fuerzas, añadí las que la suprema exaltación de vivir me daba, y afiancé las manos sin reparar dónde las posaba. Apreté... apreté... más aún... El humano alud cedía... mis fuerzas aumentaban:—¿De dónde surgía tesoro tan ignorado?—Seguí apretando... mucho más... Mi espalda resbalaba pared abajo. ¡Es lo que deseaba!... Me senté en el suelo. ¡Ya era palanca! Con las piernas contenía ante mí el zambullo que me limitaba de la columna sitiadora. No podría resistir mucho tiempo en aquella actitud; pero la columna comenzaba á oscilar, se rompía, y ya se hubiese roto, si alguien, miedo, instinto de conservación ó gente rezagada, no la contuviera en su caída. Empezaron á oirse lamentos, sordas blasfemias, tímidas voces de «luz... luz»... «Que nos morimos». A través de mis opresores vi el ténue fulgor de dos cerillas que se apagaron en seguida. ¡Fué bastante y era hora, pues ya no podía resistir más! Con el movimiento que hizo la masa de hombres al ver la luz, perdió el equilibrio el que estaba en la alto y descendió sobre mí... Al mismo tiempo que caía, yo lograba deslizarme á rastras como una salamandra. ¡Las puñaladas de los pícaros eran hipotéticas en libertad, y la muerte segura por muy guardado allí dentro!

Respiré. Respiré y oí la voz enronquecida del centinela que gritaba alternativamente^[11]:

—Encender la luz... encender la luz...

—Oficial de guardia, que se matan.

Y otras voces más remotas que repetían coléricas:

—¡Que se maten!

Al mismo tiempo juraba y perjuraba en medio del calabozo el perseguido convertido en perseguidor:

—¡Canallas!... ¡Cobardes, que me habéis herido á traición!... ¡Salir!... ¡Encender la luz y no os escondáis entre la gente!... ¡Queréis matarme por la espalda! ¡Cobardes!

Los injuriados no contestaban.

—¡Luz! ¡Encender una luz que os vea!

El cabo de guardia amenazó desde la puerta:

—¡Pronto!... ¡Enciendan pronto el quinqué ó disparo!

—¡Luz, luz! Clamaron al unísono todos los presos amedrentados.

Uno de los pacíficos se atrevió á encender y aventurarse tímidamente en el calabozo.

El que se había quedado dueño del terreno le tranquilizó:

—No tengas miedo que se te acerquen, busca el quinqué y enciéndelo para que pueda ver la cara á esos cochinos.

Con la luz empezó á restablecerse la calma. Acabé de salir del maldito rincón, y lo primero que vi fué á los cinco miserables revueltos en el montón y arrimados á la pared, con un cabezal en la izquierda, y la diestra armada. A la primera inspección me pareció que algunos estaban heridos. Sólo el mozalvete afectaba tranquilidad, y en su mirada atenta y agresiva se leía deseo de acometer. Los demás estaban pálidos y descompuestos. La borrachera habíase disipado.

En medio del calabozo quedaron dos hamacas colgadas. Durante la pelea tropezó en ellas el agredido, y comprendiendo que si pasaba adelante moriría irremisiblemente en la estrechura del embudo, se detuvo ante ellas para que le sirvieran de barrera. Al encender el quinqué apareció recogido en actitud felina, sujetas las hamacas con la mano y apercebido el cuchillo; tenía en la frente larga herida y la sangre le cegaba el ojo izquierdo y le corría por la cara en abundante chorro. También en el pecho llevaba tachas rojas.

Momentos antes, cuando á punto de perecer ví fugitivo resplandor de cerrillas, aún tenía la frente sana. Un antiguo presidiario, hábil en nocturnas lides, encendió una cerilla, que apagó inmediatamente. Aquella luz fugaz le bastó á orientarse, apreciando la distancia y posición del enemigo, para calcular el mejor modo de darle alevosa puñalada. Hecho ese previo reconocimiento, avanzó con cautela de chacal, agachado y descalzo, presta otra cerilla para que se apagase apenas inflamada. Al sentir el jadeo de su víctima encendió, dando simultáneamente un alto para preservar el cuerpo. El que esperaba tras la hamaca bramó de dolor y coraje, apuñaló en el espacio, rayó con el cuchillo el suelo hasta, arrancarle chispas. El astuto enemigo había escapado luego de herirle al mismo tiempo de encender el fósforo.

Aprovechando el poco influjo que sobre el herido ejercía por haberle escrito algunas instancias, me aproximé poco á poco para calmarle, y sin saber cómo empezár le dije estúpidamente:

—¿Quiere usted un cigarrillo?

No me acordé que vivía en plena miseria y que hasta el tabaco me faltaba.

—Muchas gracias, me contestó apacible.

Alentado del tono afectuoso, saqué el pañuelo y me aproximé todavía más.

La cuchillada era tremenda. Empezaba en el nacimiento del pelo y cruzaba la frente en sentido oblicuo rematando en la ceja, que la tenía partida. Por la profundidad como por los grandes labios que formaban los bordes de la herida, era

fácil inferir que la hicieron con navaja de afeitar, y esa quizá fué su suerte, pues de tener punta el arma, es seguro que le saltara el ojo.

No pudiendo lavarle la herida, me limité á vendársela con el pañuelo. Luego le recomendé que se echara, porque el centinela seguía llamando y no podrían tardar en abrir la puerta.

¡En mal hora se me ocurrió mentarle la guardia! Pensando racionalmente el herido que le trasladarían al hospital ó á otro calabozo, contratiempo que diferiría indefinidamente la ocasión de vengarse, montó prontamente en cólera avanzando hacia los otros, que se apercibieron á recibirle con navaja en mano y cabezal al brazo.

Sólo un tajo pudo tirar al más próximo, rayándole el pecho de arriba abajo; pero no pasó de rasguño el largo corte. En seguida tuvo que retroceder de dos saltos hasta ganar la hamaca; pues los conjurados intentaron rodearle en la angostura, al tiempo que otro zapato caía sobre el quinqué, dejándonos de nuevo á oscuras.

*

* *

Me encontré sin saberlo en el sitio de mayor peligro. La gente se arremolinaba otra vez en el rincón y no me atrevía a correr el riesgo de antes. Tampoco era posible retroceder, porque el matón aguardaba parapetado en las hamacas. A mi alrededor se removían los demás pendencieros.

Una mano invisible me atrajo vigorosamente hacia la pared. Antes de que saliese de mi sorpresa, el guardia viejo dijo á media voz:

—Aquí estamos los guardias... nadie se acerque, ó muere.

También ellos estaban armados. Con el cabezal de broquel esperaban que alguno se acercase para hundirle la navaja.

Al oír su voz serena el grupo se alejó en busca de la pared frontera.

Desde su refugio proseguía el herido desafiando á sus rivales con voces estentóreas, y por si eran las hamacas el obstáculo que los detenía, hizólas trizas dándoles infinitas cuchilladas.

—Ya no hay barrera... Está franco el paso... Salir, cobardes, salir, que aquí os espero.

Nadie respondió.

El centinela reduplicaba los gritos; el cabo amenazaba con hacer fuego.

—¡Oficial de guardia!...

—Encender la luz.

El retador les contestaba con insultos. Luego se volvía hacia los adversarios para dirigirles estupendos denuestos. Al muchacho le espetaba agudas ironías; llamábale con nombres de amante; ó con acento nervioso y sonrisilla burlona afeaba sus vicios inmundos. De iguales artificios usaba para excitar á los otros. Cansado de esperar, desesperado porque no respondían á sus retos, loco, llorando de rabia, rechinando los dientes, cebábase en las paredes y en el suelo, pasando y repasando el cuchillo formidable con tan fiero ahincamiento, que mientras no demuelan el castillo asesino, allí perdurarán las señales de su bien templada hoja.

—Noche toledana, murmuré á los guardias.

—Tendremos que encender, dijo el viejo.

El joven rascó una cerilla y fue en busca del quinqué. Cuando lo hubo encontrado, rogó velando mal la irritación.

—¡Hagan el favor de no apagarlo!

¿Quién es capaz de apreciar lo que duró aquella escena? Tan suspensos estaban los ánimos; era tanta la tensión de los nervios, y tal la absorción de todas las potencias y facultades por aquel espectáculo desolador, á muy altas horas de la noche, que la noción del tiempo ó no existía, ó en siglos se trocaban los minutos. ¡En el Infierno dantesco falta un círculo, un calabozo apenas perceptible al moribundo resplandor humoso de viejo quinqué sin tubo que dibuja extraños fantasmas en el confuso techo, mientras abajo se agitan temerosas sombras pálidas, sombras ensangrentadas, figuras borrosas, ropas desgarradas, negras fauces vomitantes; presidiendo aquel habitáculo de condenados, otro condenado que traza siniestras firmas con brillantes chispas de fuego que arranca del suelo al esgrimir su temida faca.

El oficial llegó á la puerta.

—¿Qué sucede? dijo severo.

Y el vencedor de la jornada repuso con irritada insolencia:

—Aquí no sucede nada.

—¡Que soy el oficial de guardia!

—¡Ah! ¿Es usted oficial? Pues monte en bicicleta y váyase á tomar el fresco, que aquí no le necesitamos.

—¡Insolente! ¡Desvergonzado!

—Tío cochino.

—Acérquese á la puerta que le conozca.

—¡No me da la gana, ranchero!

—Se lo mando á usted.

—Allá voy... espéreme.

Acercóse el bribón y sacando el brazo entre los hierros asestó tan terrible puñalada, que á no hurtar el cuerpo con presteza, quizás no lo contara el oficial.

En seguida dió comienzo una alternativa serie de puñaladas y sablazos sin deplorables consecuencias; pues mientras el preso retiraba el brazo luego de dar su

golpe en vago, el militar se acercaba para descargar el suyo.

Cansado de tan inútil como porfiada brega, el teniente envainó el sable y marchó por la guardia.

El borracho quedó más enfurecido que antes: fuego le echaban los ojos; la cara tenía la roja, las venas del cuello querían rompersele, y los músculos del brazo parecían tensas cuerdas de guitarra. Al preso herido que en esta sazón volvió en sí y daba lastimeros ayes de hombre que se desangra, le dijo levantándole el cuchillo en actitud de volver á herir:

—¡Silencio, ó te hago picadillo!

—¡Me muero!

—Cuanto antes, mejor... Siento que no te acompañe al otro mundo alguno de esos cobardes...

Y como si fuese un poseído que viera genios para los demás invisibles, comenzó á dar puñaladas en el aire, luego en las ya desgarradas hamacas, en las paredes, en las ventanas, en los hierros de la puerta. Con los ojos arrebatados por el delirio, hacía gestos diabólicos, reía con risa estridente, aullaba emitiendo roncós gritos guturales, saltaba y caía. Ya iba la fiera á lanzarse sobre el rebaño, cuando le contuvieron voces imperativas de afuera.

*

* *

—Alto... Al.

—Armen... Armas.

—Carguen... Armas.

—¡Boca abajo todo el mundo!

Mientras el llavero abría la puerta, la voz de mando volvió á ordenar:

—Oído... Si alguien se mueve, hacer fuego.

Uno imploró desde el rincón.

—¡Que vamos á morir todos!

—¡Si alguien se mueve, fuego! insistió el oficial montando el revólver.

Fué un momento pavoroso. Los Maüssers apuntaban al interior del calabozo. El rincón estaba enfrente y desde él, cuarenta hombres tendidos, amontonados, percibían el duro reflejo de los bruñidos machetes. Una descarga, y todas las balas harían blanco.

Con ser de angustias mortales el instante, aún lo fué más el que sucedió. El bravo,

siempre de pie sin respetar la orden conminatoria del teniente, se quedó suspenso, indeciso, mirando alternativamente al grupo de presos y al rincón de la ventana donde estaba su hamaca... Dudaba evidentemente; no sabía si esconderse ó arrojarse en el embudo para dar puñaladas á su sabor.

Rechinó la llave en la cerradura, gimió el cerrojo, y abrióse la puerta con estrépito.

—¡Apunten!

Los percutores crugieron ásperamente y los fusiles subieron á la altura del hombro. Un momento fué de indescriptible angustia. El soplo helado de la muerte se comunicó á los presos paralizándoles la sangre. Las carnes se estremecían; chocaban los dientes en el silencio aterrador que reinaba. Si á un soldado nervioso se le dispara el arma —el caso era muy fácil— la descarga hubiese sonado cerrada.

Al oír el resuelto «apunten» el bravucón huyó á esconderse.

Hubo un momento de tregua y como nadie se moviese, el jefe de la guardia mandó formar. Un hondo suspiro de satisfacción salió de cada pecho aliviado de temores. La gente se levantó solícita para formar en dos filas. Los oficiales entraron primero con el sable desenvainado y el revólver amartillado. Detrás siguió la guardia.

—Que salgan los de la riña.

Todos permanecieron inmóviles.

El teniente preguntó mirando por las filas:

—¿Dónde está el que llevaba la frente vendada? El silencio fue absoluto.

—Numerarse.

Había veintitrés sin cubrir, esto es, cuarenta y cinco hombres. Faltaba uno.

—¿Dónde está el que falta?

Tampoco ahora contestó nadie.

El oficial se puso á recorrer el calabozo en busca del herido. Con el sable pinchaba los montones de hamacas, que las navajas tumbaron, por si entre ellas estaba oculto el preso. Al fin, le halló tendido en el rincón de la ventana mirándole con inyectado ojo de tigre y sin dejar la faca.

—Suelte ese cuchillo ó le mato de un sablazo, le dijo el oficial en son de amenaza decisiva.

Por segunda vez tuvo que repetir la intimación para que dejase el arma; pero se empeñó en no levantarse por muchos puntapiés que el oficial le daba, hasta que exasperado éste, volvió á montar el revólver apoyándole el cañón en la cabeza para rompérsela de un balazo.

No le costó menos trabajo saber quiénes habían intervenido en la riña; porque nadie osaba revelar sus nombres, temeroso de las consecuencias. El que en el suelo yacía herido, tampoco supo nada. Cuando los soldados sacaron del calabozo al vencedor, uno de los vencidos reveló el nombre de cuantos habían tomado parte en la refriega.

—Nosotros nada hicimos—dijo—para mover pendencia. Nos limitamos á

defendernos, hasta que conquistando el rincón pudimos escondernos entre los demás presos. Eramos cinco contra uno, y poco trabajo nos hubiese costado matarle; pero no queríamos peleas. El solo ha tenido la culpa...

En terminando su mentiroso relato, volvióse á las filas descaradamente:

—¿Ha sucedido así, ó no?

Todo el calabozo tuvo que asentir. Los amigos del que había salido, fueron los primeros en corroborarlo afirmado por el embustero.

Mientras esto sucedía con el oficial de guardia, el otro comunicaba instrucciones para que en una camilla trasladaran el malherido al cuarto de banderas hasta que en abriendo el castillo pudiera conducírsele al hospital. Los demás continuaron en el calabozo, pues como sus heridas eran de poca cuenta, procuraron ocultarlas formando en segunda fila.

Cuando la paz se hubo restablecido en el calabozo, inicióse otra escena en la placeta. Habíase levantado media guarnición de la fortaleza, desvelada por los gritos de presos y centinelas, y en medio de los soldados que acudieron el oficial apaleaba al vencedor de la pasada batalla. En el silencio ambiente oíanse con precisión las bofetadas sucediendo á los cintarazos y los puntapiés siguiendo a las bofetadas.

—Basta ya, le dijo al golpeador su compañero de prisiones, pretendiendo calmarle.

—No, déjeme usted. No le soltaré mientras le quede vida.

El preso caía, se levantaba y volvía á caer. Los golpes resonaban más temeroso.

—Vamos... déjele ya, tornó á interceder el de antes.

—No le suelto, dijo el teniente profiriendo una blasfemia. He jurado matarle á golpes.

Y prosiguió el lento martirio de los palos. El oficial se había identificado con los miserables, no era superior á ellos. Los instintos perversos que yacen en los bajos fondos del ser, renacían ahora con ímpetu sólo comparable al de los salvajes. El oficial sentía el voluptuoso placer de la crueldad.

El sable caía indistintamente sobre la cabeza, la cara ó la espalda. El cuitado sintió que la sangre le corría.

—¡Por Dios, mi teniente, que me hiera!

Al oír por primera vez la voz suplicante de su ofensor, el teniente arreció en los golpes, y sus blasfemias^[12] brotaron más innobles é irritadas. Cayó el paciente al suelo, y el representante de la fuerza montó sobre él comenzando vertiginosa pateadura.

—¡Por Dios!... ¡Por Dios!...

—¡Muere, ladrón!... ¡Muere como un perro!...

—¡Por Dios!...

—¡Muere!...

El estruendo llegó hasta la capilla donde dos prisioneros de guerra esperaban el próximo amanecer para morir. Movidos de piedad, olvidando el propio infortunio por

el infortunio ageno, rogaron á los frailes que les asistían en su última noche, que acudiesen á socorrer al que con tanto dolor gritaba. La llegada de los franciscanos salvó al delincuente.

La voz severa de los religiosos se oyó en la plaza.

—Basta... ese castigo es inhumano.

—Hasta que muera...

—Señor oficial: le prohibimos que en nuestra presencia aplique ese trato indigno de caballeros.

El oficial empezó á dudar; pero siguió pegando.

—Por última vez: ó nos obedece ó vamos en busca del general.

Muy á pesar suyo tuvo el oficial que ceder, y la víctima, molida y chorreando sangre, entró en un calabozo del rastrillo hasta que al abrirse las puertas lo remitieron al hospital, bien atadas las manos y vendada la frente, al lado de la camilla que conducía semiexánime al inocente preso que él apuñaló.

Al pasar por el Foso de los Laureles, díjome luego que vió formado el cuadro que había de dar muerte á sus compasivos salvadores.

*

* *

Bien entrada la mañana sacaron del calabozo á cuantos intervinieron en la pelea; pero nada ganamos los demás, porque á sustituirles vinieron otros peores.

Entre los recién llegados había uno que, si no por el valor, por su astucia y superior talento sojuzgó inmediatamente á toda la canalla, haciéndose árbitro indiscutible del calabozo.

Era bello como un dios; distinguido en sus palabras y maneras; pulcro en el vestir; amable en el trato y en el decir ocurrente; de cabeza hermosa no afeada por los desgñados panitorios, sino realzada por sencillo peinado que mostraba al descubierto incipiente calvicie como natural prolongación de bella frente, blanca, espaciosa y tersa: frente de olímpica serenidad nunca turbada por los inicuos pensamientos que dentro bullían.

¡Lástima grande que aquel hombre fuese la flor del vicio! Quizás algún aristócrata le transmitió en herencia la delicadeza y la gracia de sus apolíneas formas pero él no conoció padres y tuvo por hermanos á los que la miseria precipita en el lodo y después sepulta en el presidio. Hubiérase criado entre honradas gentes; hubieronle comunicado educación y cultura, y quién sabe si su memoria no pasara á

la posteridad entre nimbos de gloria. Aun refiriendo á innata perversión sus malos atributos, siempre hubiese sido un político ó un diplomático—sin conciencia, lo concedo—pero de extraordinaria perspicacia. Viéndole intrigar con sutiles artes, muchas veces pensé que en la política estaba su natural centro, y que en ella hubiérase labrado rápida carrera. Doctor en picardías, ni siquiera para pícaro había nacido. Erró desde el nacer su camino.

Es muy cierto que carecía de sentido moral; que el dolor ajeno le era indiferente; que por algunas pesetas se confabularía con otros para apuñalar á cualquiera; ¿pero qué iba á hacer, si desde pequeño era su vida rodar por cárceles, y la suma de sus causas múltiples no arrojaría en su daño menos de ochenta años de presidio? Era cobarde, muy cobarde, y como en los calabozos el sumo saber consiste en dominar—¿no sucederá lo mismo en el mundo?—suplía la falta de intrépido corazón asociándose cualquier desalmado, brazo ejecutor de sus perversos designios. Era éste un monstruo mitad hombre y mitad fiera; de menuda é irregular cabeza; pelos hirsutos y negros como las tormentas de su alma; grandes hocicos sensuales y tremendos pómulos de viejo ídolo azteca. Can de pelea, miraba atentamente^[13] con sus ojillos microscópicos á los grandes ojos rientes de su amo, esperando que le hiciesen el signo de acometer.

Para todo y para todos tenía sobrados recursos la lúcida inteligencia de aquel preso de verbo amable y gesto aristocrático. Con rapidez pasmosa concebía planes originalísimos, para los demás absurdos, hasta que él llevaba la persuasión á los ánimos más recalcitrantes con su elocuencia cálida y sugestionadora. Observador perspicacísimo, nadie podía ocultar sus intenciones á ojo tan infalible. Conocía las debilidades de cada preso y explotábalas en beneficio propio, sin que el mismo explotado lo advirtiera. Al entrar en algún calabozo, como el trastorno y la intriga entraban con él, recibíanle siempre á puntapiés y puñadas, que sufría resignado y vertiendo mansas lágrimas; pero en llegando la hora de comer todos los ruines se disputaban el gusto de tenerle á su vera obligados por las patrañas alhagadoras de aquel demonio hermosa que tan pronto les cautivara. Sabiendo que mentía deseaban engañarse por el placer de oír la música susurradora de sus labios lisonjeros.

Ni sus prisiones tenían número ni sus fugas tampoco. España entera había recorrido de cárcel en cárcel. Seis ó siete causas le instruían en la Cabaña. ¿Pero qué le importaban los procesos? ¿No se evadió tres veces en Cuba? ¿No había concebido fugas ariesgadas que solo él podía imaginar? Era su mansión el hospital ó el calabozo, y en el calabozo ó en el hospital quería morir.

Y él viviría poco, muy poco ¡ya lo creo! Estaba tísico; arruinado tenía él pecho; á voluntad expulsaba sangre por la boca cuando cansado de la prisión quería repararse en el hospital: un pequeño esfuerzo era suficiente... Fué una noche cuando perforando el techo, ascendió por una cuerda. Tenía ya medio cuerpo fuera; ya la brisa de la noche le oreaba la frente sudorosa, y de pronto sintióse en vago y una extraña conmoción le nubló los ojos. Al despertar se vió en una cama de hospital,

molido, sumido el pecho, vendado todo el cuerpo. El desprendimiento de media bóveda le había otra vez arrojado al calabozo, sepultándole entre escombros que con su pesadumbre le impedían jadear. Sus días estaban contados desde aquél; pero la vecindad de la muerte no importunaba al que tan cobarde era.

No le importunaba, y el breve resto de su vida quería pasar en alegre y fastuosa jácara, adueñándose el dinero ajeno para comer ricas conservas y ostentar relojes y sortijas y bordadas zapatillas, mientras su fantasía exhuberante combinaba peregrinos planes de evasión que le permitieran holgarse tres ó cuatro días en la ciudad, en tanto que sus zafios émulos rabiaban de envidia en la Cabaña oyendo ponderar su raro ingenio.

Suya fué la culpa de que el cabecilla Coloma muriese fusilado; pues aunque pena capital le habían impuesto, todos confiaban en su indulto. ¿Por qué había de ser el único insurrecto de su posición que sucumbiera en el *Foso de los Laureles*?

Ladrón y cabecilla, conociéronse en el hospital, y el primero propuso al cubano evadirse mediante la percepción de algunos centeres. Hubo sus dares y tomares; pero intervinieron otros enfermos y quedó concertado el precio y día de la huida. Llegada que fué la hora, el inventor del plan no quiso escapar, y Coloma se arriesgó^[14] valerosamente; mas como era inexperto en tales trances y trabajos, procedió con sobrada lentitud y tuvo que fracasar en su empeño. A contar de esta sazón fueron, estériles cuantas gestiones hicieron para que le conmutasen la pena.

Tan buen modo y traza se dio en llegando al 57, que á la inedia hora se había señoreado del calabozo, y sus palabras y promesas fueron tan dulcíferas, que los poseedores de dinero se lo entregaron muy contentos y halagados de ser sus protegidos; pues les garantizó con frases que eran juramentos incontrastables, que nadie les tocaría á un tanto así de la ropa mientras él viviera. Además; les devolvería religiosamente ¡ya lo creo! cuanto le prestaran. Lo devolvería muy pronto, el domingo mismo por la tarde, apenas fuera á visitarle su amante, una señora muy rica que estaba por él perdida. Y si por razones de enfermedad ú otro motivo imprevisto la dulce tórtola no acudía, en el próximo correo de España esperaba una libranza para pagar con creces á sus amigos; porque—¡eso sí, lo decía muy alto!—á él nadie podría echarle en cara que debiese un solo centavo á nadie. Con tales pretextos el lindo preso dejó más limpio el calabozo, que jamás desde su fundación lo estuvo.

Llegó el domingo, y media hora antes de recibir las visitas, el mozo dijo con acento oratorio:

—Señores: arriba las hamacas, y háganme la merced de vestirse todos, que muy pronto llegará mi... mi... ¿cómo lo diré?... Vaya, que llegarán señoras, y no es decente que los presos pasen desnudos. ¡Ante todo las buenas formas!

En seguida, pidió prestada la mejor ropa interior que en el calabozo hubiera; vistióse flamante traje de hilo que otro guardaba y que ni pintiparado podía sentarle mejor; y para no desentonar, rogó que le dejaran durante la visita un reloj y dos ó tres sortijones de viejo oro, que en el calabozo había. Bien lavado; bien untadas de jabón

á falta de cosmético las finas guías del blondo bigotillo; muy ceñido el planchado traje de immaculada blancura, el mozo estaba soberbio. Era muy humano que por tan señoril mancebo sintiera trastornos cualquier arrogante dama, y que deponiendo por el amor su orgullo subiese á la Cabaña crugiendo sedas y difundiendo aromas.

Pero aún le faltaba algo. Era necesario que la dea comprendiese que él, rico niño escapado de los paternos lares y marchado á la guerra por achaques de amor, no carecía de nada en su esquivo encierro. Era preciso que llevase algún dinero en el bolsillo para sonarlo discretamente al hablar con ella, fingiendo que no había de menester el que le entregase. Y aún pudo rebañar de los anémicos bolsos diez ó doce pesetas.

La gente estaba ansiosa de ver ante la triste reja, la figura hermosa de la enamorada hembra; pero el tiempo pasaba; el cautivo galán se entristecía, y de su pobre pecho se escapaban comprimidos suspiros de ánimo quebrantado. Y pasó la tarde y el siguiente día y una semana y otra, sin que la tórtola acudiera. Y pasó un correo y luego otro y muchos más sin recibir carta ni libranza.

¡Dinero, prendas y alhajas ya no volvieron á poder de sus dueños!

Cuando los presos conocieron al bribón era ya tarde para evitar sus desmanes^[15]; pues al cuarto día el muy astuto tenía montada su «camarilla» de espías, ladrones y asesinos.

*

* *

Las palabras melíficas, la elocuencia y las artes de su ingenio las reservó en adelante para los presos noveles. Para los viejos previno el robo nocturno y el atraco brutal.

A las tres de la madrugada, cuando el calabozo yacía en profundo sueño, la camarilla velaba.

—¿Tienes hambre? preguntaba con voz mimosa al muchacho que tenía al lado.

Y comunicaba instrucciones, excepto al Cancerbero que nunca se movía. Un sabueso de fino olfato repasaba los sacos colgados de la pared para extraer el pan y cuanta comida hubiera. Otro, un perdido timador catalán de saturnina catadura y aplastado cráneo, que había sido antiguo cabo de vara en *La Garduña* de Barcelona, sujeto de tan largas y agudas uñas como romo entendimiento, solía ser el explorador de hamacas. Este golfo repugnante, de torpes palabras y ademanes soeces, era una especialidad en robar el dinero de los durmientes. Cuando su jefe se lo ordenaba, y á

veces sin ordenárselo, deslizábase cual serpiente astuta entre el bosque de hamacas palpando con sumo tino.

¿Tocaba algo? Dinero era y por él iba. ¿Pero cómo sacarlo si el tesoro estaba oculto y bien apretado á la cintura del dueño? Los dedos muy recios, pero muy ágiles del timador, tentaban con inagotable paciencia, se colaban dulcemente por la ropa, levantaban la camiseta, desabrochaban los calzoncillos^[16], despasaban las hebillas del cinturón, y poco á poco, con exquisito pulso, cinturón y dinero iban saliendo de la hamaca. Si el dormido daba el más leve indicio de despertar, sintiendo no el trabajo admirable de los dedos; pero sí el cosquilleo del cinto al rozarle las carnes, el hábil timador que no había cesado de observarle atentamente durante su prolija faena, le imponía una mano sobre el corazón que con la pesadumbre apenas latía, y hasta que la otra mano sacaba triunfante el codiciado bolsillo, el pobre corazón cautivo no se libraba del peso que le oprimía.

Poco después se oía por las primeras hamacas chocar de mandíbulas hambrientas, remover de monedas robadas y hasta el estallido de besos gozosos, porque al otro día se regalarían con espléndido festín.

Dos ó tres veces por semana encendían leña dentro del calabozo, y ¡ay, del que no resistiera con altiva mudez el calor de hornaza y la picazón de ojos, porque sobre él caería una lluvia de zapatos é improperios!

A la crueldad de los primeros dominadores añadieron éstos el desenfado y el cinismo. Gozar era su destino, mientras la mayoría del calabozo gemía en irredimible servidumbre.

El lanzamiento de los mondos huesos sobre los tristes que arrimados á la pared vaciaban sus abolladas escudillas con improvisadas cucharas de corteza iniciaba la broma, y apenas rebañada la panzuda cazuela comenzaba el cante hondo y los grotescos tangos y la nueva invasión de pecadoras botadas. Si el dinero se agotaba, pedían más; y si alguien lo tenía y no lo entregaba cordialmente, arracábanselo navaja en mano.

Sucedió un día que en medio de la fiesta se encontraron con que nadie en el calabozo tenía un centavo. Desesperaban ya de proseguir la broma, cuando vieron llegar á la puerta un preso de faz congestionada y ojos sanguinolentos, que á todas luces estaba borracho; pero iba vestido con tan buenos arreos, que indudablemente debía traer blancas.

—Señores: dijo el jefe, vamos á formar y batir marcha, que éste vendrá bien provisto de cuartos y podremos continuar el «guateque.»

Los presos formaron en dos filas á la vera de la puerta para rendir honores al beodo compañero.

Cuando el cerrojo rechinó, el matón en jefe dijo con voz estentórea:

—¡Atención!... ¡Firmes!

Todos los presos se cuadraron.

En el momento de entrar el recién llegado, el de antes volvió á ordenar:

—¡Presenten... armas!

El calabozo rompió en lenta y sonora Marcha Real; pero el borracho, afectando tomarlo en serio, lejos de inmutarse, empezó á marcar solemnemente el paso, con la mano alzada á la altura del sombrero; y en llegando al término de la doble hilera, volvióse dignamente al que mandaba la improvisada tropa, y con gravedad de Capitán General dispuso:

—¡Que rompan filas!

Rompieron filas y la chusma lo rodeó en seguida.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!... ¡Bravo!... ¿Cómo te llamas?

—¡López Domínguez!

—Tu verdadero nombre.

—¡López Domínguez!

—Vamos, hombre; no lo tomes tan en serio... Dinos tu nombre.

—¡López Domínguez!

—¿Traes dinero?

—¡Dinero... ja, ja, ja!... ¿Dinerito, eh?... ¡A López Domínguez con dinero!... ¿Tenéis tabaco?

—Aquí tienes un cigarro; pero di si traes algunos reales para comprar una botella de caña.

—¿Caña?... ¿Dónde está?...

—Saca el dinero y la compraremos.

—¡Dinero!... Dinero á López Do—mín—guez... Di—...

No terminó. Había echado la manta en el suelo, y ya estaba roncando.

Los bravos se quedaron con un palmo de narices.

—¡No cabe mayor deshago! dijo uno.

—Está loco.

—Borracho es lo que está.

Otro pícaro cansado de recorrer cárceles intervino:

—Le conozco, le conozco. ¡Vaya un punto filipino!

—¿Dónde le has conocido?

—En la Cárcel Modelo de Madrid, en la de Barcelona, en la de Cádiz...

—¿Y qué tal sujeto es?

—Una malva; pero más fino que el hambre. Trabajo le doy al juez; pues apenas se descuide un poco de fijo que le recusa.

—¿Y su nombre?

—Ni él debe saberlo. Yo en cada sitio le he conocido con uno distinto.

El jefe de la tribu puso término al diálogo.

—Vamos á registrarle.

Los bolsillos se los volvieron del revés; pero ni de muestra encontraron una perra chica.

—¡Valiente chasco; después de formarle con honores de Capitán General!

—Dejémosle dormir...

—Pues conmigo no juega éste, dijo el director de la turba.

Y sentándose al lado del borracho empezó á quitarle las botas.

—¡Buena idea! exclamaron los otros disponiéndose á ayudarle.

Después de las botas le sacaron la chaqueta y luego los pantalones, sin que el satisfecho durmiente dejara de roncar.

—¡La camisa ahora; la camisa!

Despojado de la camisa, vieron que la camiseta era buena.

—¡Fuera la camiseta! Siempre darán seis^[17] ó siete perrillas.

El borracho entreabrió los ojos mientras se la sacaban, acometióle un golpe de tos, y arrojando un salivazo de alcohol al que le desnudaba, dobló la cabeza reanudando su interrumpido roncar.

—¡Cochino! pronunció el bribón salpicado. Por cochino te condeno á perder los calzoncillos.

—No; dijo otro interviniendo. No; dejáse los, que están muy sucios.

—Pero son de hilo. Dos reales darán seguramente.

El primero de los bribones quiso pasar adelante:

—Ya que hemos hecho el santo, hagamos la limosna. Recogerle la manta y que vaya todo á los calabozos del rastrillo á ver quién lo compra.

El muchacho amigo del truhán se opuso á esta última disposición, porque el borracho no traía hamaca, y era inhumano que durmiese en cueros sobre el mojado pavimento. Su compañero accedió por no desazonarle.

*

* *

Al conocer las tretas de que la camarilla se valía para apoderarse de lo ajeno, ya no hubo preso que ahorrara nada. Al mediar la quincena, todo era en el calabozo miseria negra, y los bribones se daban al demonio ó inventaban groseras chanzas para que el tiempo se deslizara menos aburrido. La entrada de un huésped convertíase en fausto acontecimiento, porque casi siempre solía llevar algún dinero para beber.

Cierto día, mientras devoraban los últimos despojos del calabozo, vieron llegar la escolta conduciendo á un mozo de buen porte.

—¡Sortijas trae! dijeron llenos de júbilo.

—¡A formar en seguida! dispuso el jefe.

El infeliz preso que no estaba avezado á la vida de las cárceles como el anterior,

circuló corrido, asustado entre la doble fila que le recibía con inarmónica Marcha Real. En seguida lo tomaron en hombros paseándole triunfal y estrepitosamente por el calabozo; depositáronle en la ventana, y le dieron al punto de beber para que repusiera el ánimo. Sin saberlo, habían adivinado el flaco del pobre hombre; pues su defecto físico era el excesivo amor á los espíritus. De vuelta en España dijéronme que había muerto de una borrachera.

Apenas hubo catado la caña, echó fuera la timidez y el recelo volviéndose tan locuaz, que entre grandes risotadas del concurso, pues era de muy donosa parla, narró su historia sin que nadie se lo pidiera.

Era casado. Dos hijos tenía de la mujer y uno de la criada. Encontrándose cierta tarde en el Grao, beodo y sin dinero, dióle la ventolera de sentar plaza, porque un vil reclutador acudió en su ayuda ofreciéndole algunos duros para continuar la orgía. Cuando el sueño le hubo disipado los malos vapores de la cabeza, ni siquiera recordaba el desaguisado que hizo alistándose de voluntario; pero era ya tarde para reparar el daño, y lo único que pudo obtener fueron buenas recomendaciones, para no operar en campaña.

Gracias á ellas le concedieron un destino productivo, el de practicante, cerca de la Habana, y vendiendo las drogas destinadas á los enfermos militares, podía remitir á España modestas sumas para que su familia viviera.

Justamente tres días antes de éste en que le pusieron á buen recaudo, pensaba enviar cincuenta duros á su mujer; pero el enemigo malo le tentó de tal punto, que tornando en temeridad su cobardía nativa, le hizo coger un fusil y salir al campo muy decidido á batirse sólo contra todas las partidas insurrectas que encontrara. El decía: «La borrachera que cogí fué de padre y muy señor mío.» Y en el campo enemigo topara resueltamente, si unos exploradores no le reducen á prisión creyéndole desertor con armas.

Los primeros días de encierro fueron adorables para el impenitente beodo, pues por algo era objeto de los mayores halagos. En justa reciprocidad, él compraba sendas latas de conserva añadiendo algún dinero al cacique máximo para que acorriera las necesidades de su entrañable amigo, el dulce barbilindo que por entonces había salido en libertad.

Llegó un momento en que el pródigo galeote observó atemorizado que su bien repleto cinto se quedaba exhausto con aquella sangría desatada, y quiso contener el derrame á toda prisa. ¡Estúpida resolución que le costó más cara!

Al despertar una mañana notó la ausencia del reloj. Fué en queja al chulo, y éste juró, pateó, amenazó de dar muerte al canalla que lo hubiese robado. Pero el reloj ya no volvió á poder de su dueño.

Algunas noches después el calabozo estaba en tinieblas, y mi hombre tuvo que llegar á tuestas hasta el rincón donde la urgencia del apurado trance le requería. Al regresar erró el camino, y en vez de caer en su hamaca dió de bruces en otra que, sin duda por ser demasiado chico el recinto para alojar tanto hombre, había albergado á

dos. La pareja cayó rodando. Oyéronse bramidos de rabia, y el más fuerte de los caídos la emprendió á golpes con el importuno. Sus puñetazos é ínterjecciones fueron toque de somatén que puso en vela á los otros guapos, y todos acudieron para generalizar la paliza.

—¡Duro, duro con él!

—¡Leña; siempre será algún granuja!

—¡Algún ratero, que iría rebuscando en las hamacas!

Cuando encendieron luz cesó el vapuleo fingiendo no haberle reconocido. Diéronse recíprocas explicaciones, y cada cual volvió á su hamaca; pero el paciente no pudo decir que mientras le pegaban alguien le extrajo nueve duros del bolsillo.

Mayores quebrantos le reservaban aquellos pícaros. Suponiendo muy atinadamente que de no sacar fuera el resto del caudal á su mujer no llegaría una peseta, quiso entregarlo al oficial de prisiones. Algún secreto espía á quien comunicó su intención debió trasladarla á oídos del cacique, pues aprovechando un momento en que el tacaño se ocultaba tras el sórdido pingajo desimulador de las más premiosas necesidades, arremetieron á él armados é intimándole con rendir el cinto ó perder la vida.

Sobresaltado con tan inopinada exigencia, el del dinero perdió el equilibrio y cayó dentro del zambullo. Rogó, por Dios, que no le hiciesen daño; invocó á su mujer, á sus hijos, que necesitaban para comer del dinero que guardaba. Pero no hubo conmiseración: inflexibles los bandidos, siguieron reclamando el dinero.

Cuando el desdichado sintió los escalofríos que las afiladas puntas de los cuchillos le causaban hurgándole el pecho, empezó á plañir y otra vez á implorar por sus pobrecitos hijos que necesitaban de él.

—¡No me matéis! ¡Os daré diez duros!...

—Cuanto tengas has de soltar, ó mueres sin remisión.

—¡Partiremos lo que llevo!

—¡A concluir pronto, que estás apestando!

Y sin dejarle salir del zambullo levantáronle la camiseta y de un tirón le arrancaron el cinto.

—Quítate, ahora esas sortijas.

—¡Por Dios, que una es recuerdo de mi madre y la otra del día que me casé!

—Vengan pronto las sortijas, dijo exasperado el jefe de la turba, pegándole una bofetada y arrimando al mismo tiempo la punta del cuchillo al vientre.

Temblando y revolviéndose impotente en aquel depósito miserable de humana inmundicias; llorando lágrimas vivas que no ablandaron el duro pecho de los malvados, tuvo que despojarse de sus dos recuerdos queridos, contra los que nunca osó atentar en los momentos de más deshecha embriaguez.

Exigiéronle después la cartera por si contenía algo de importancia; pero solo encontraron papeles insignificantes y los retratos de tres preciosas criaturas, que fueron á parar al fondo asqueroso de donde el padre acababa de salir.

Apenas consumada la iniquidad, los ladrones se dieron prisa en adquirir por cinco duros una lata de caña para que el esquilmo calabozo se refocilara.

Como de costumbre, se estableció la lata en el centro para que todos bebieran. La prodigalidad de los ladrones hizo olvidar la escena precedente. Hubo general borrachera, escándalos á granel, insultos á vigilantes y centinelas. La mitad por lo menos del calabozo durmió, ahíta de libaciones, en las mantas que los pocos serenos les tendimos.

A las siete de la noche la huraña prisión era un manicomio de locos por atar. Este, con gesto imbécil, reía sin saber de qué; el otro, con el cuerpo desmadejado y arrojando el hombro á la pared, vociferaba roncas é ininteligibles coplas; aquel se debatía en el suelo como si fuese un epiléptico, sacudidos violentamente todos los miembros por el ataque alcohólico; el que jamás había matado un mosquito, se acercaba tambaleándose á un guapo para decirle en soez algarabía que tema unas cosas que le arrastraban, y era capaz de darle una puñalada al sol del Mediodía si le ofendiese. Hasta el mismo robado, no pudiéndose sustraer al influjo de aquella fantástica bacanal ni á la pasión que por el alcohol sentía, hundió un jarro en el gran recipiente y se retiró á su puesto para sollozar y gemir entre trago y trago.

Pasado este primer período de borrachera delirante, sucedió la reacción. Unos caían al suelo como masas inanimadas; otros se revolcaban gruñendo; éstos rechinaban los dientes con muecas nerviosas; aquéllos roncaban; esotros lanzaban el torrente de sus náuseas sobre los que á su vera yacían aletargados.

Ni las voces ni las amenazas del oficial de servicio que al toque de diana entró á contar los presos, pudieron sacar de su aletargamiento al rebaño embrutecido por la borrachera. Fué necesario que tomando un palo les sacudiera recio para que los beodos se alzasen del suelo, y, dando traspiés, acudieran á formar, desencajados, legañosos, haciendo ridículos visajes.

Luego hubo precisión de inundar el calabozo de agua y valdearlo con escobas para limpiar tanta inmundicia, y que se alejase la peste insoportable de las^[18] revueltas vomitaduras.

*

* *

Tenía por entonces mi hamaca á lo largo del calabozo, aprovechando la depresión del muro, y en ella pasaba las semanas y los meses sin moverme más que lo preciso para desentumecer los miembros cuando la tarde caía y las sombras protectoras

podrían velar mis desnudeces. Viviendo entre cuarenta y cinco hombres era tan grande mi aislamiento, que sólo departía con los libros de un músico mayor, que su asistente me prestaba. Y en faltándome aquellos discretos amigos me abismaba en tristeza tan honda y sombría, que todo, presidio y muerte, eran benignos castigos comparados con la prolongación de aquella tragedia espiritual.

A veces se me acercaban los borrachos con el vaso en alto y,

—Tome, beba y no esté tan triste, me decían.

—Gracias, no me gusta, les contestaba dulcificando cuanto podía el tono; pero tan impasible de gesto que, mirándome con aire extraño, se alejaban sin insistir.

Otras veces cataba apenas por no desairarles, y satisfechos de la deferencia, querían anudar conversación; pero entonces abría el libro ó fingía sueño, pronunciaba dos monosílabas, y se marchaban.

Teníanme por un «chiflado»; pero como no prestaba atención á los chismes de nadie, y si algunos oficiales me requerían para delatar cualquier abuso, me limitaba á encogerme de hombros, dejáronme con mis cavilaciones, siendo una de las rarísimas clases del ejército que no recibió palos... aunque dos veces me amenazaran de muerte.

La noche que siguió á la del robo también fué de profunda turbación. ¿Como olvidarla? Serían las dos cuando desperté sobresaltado al barruntar que alguien se metía bajo mi hamaca. La luz estaba apagada; en el calabozo reinaba silenciosa confusión, y las sombras pasaban rápidas, se detenían y volvían á circular. De tiempo en tiempo se oía el hueco caer de algún cuerpo, chocar de varias sombras, recio alentar de mudos seres.

—¿Qué ocurre: se matan? pregunté muy quedo.

Y el que se había ocultado, dijo sollozando:

—¡Calle por Dios, y déjeme estar aquí!

Las corridas prosiguieron á intervalos, y tres ó cuatro hombres rodearon mi hamaca acobardados.

—¿Pero, se puede saber qué pasa? volví á interrogar.

El que estaba debajo me imploró segunda vez, entrechocando los dientes:

—¡No hable... no hable...! á usted le respetan y aquí estaremos seguros.

Acudieron más hombres buscando protección alrededor mío, y era tanto lo que el miedo les hacía achuchar, que casi me estrujaban contra la pared. Aquellos cuerpos temblaban^[19] azogados, como si acabaran de correr inminente riesgo. Por más que seguí preguntando el motivo del espanto, nadie osó responderme temiendo atraer el peligro de que huía.

Las sombras pasaban en tropel; pero no tantas como al principio. Repuesto un poco, presté atención y oí á los guapos cuchichear y reír en sus hamacas, gozándose del apuro que los demás corrían. Una hora lo menos duró esta muda escena. Ya nadie huía, sólo de cuando en cuando oíase un penoso vomitar entre rechinamiento^[20] de dientes.

Comprendiendo los matones que la broma había pasado, se levantó uno á encender el quinqué.

Eché una ojeada entre los diez ó doce hombres que rodeaban mi hamaca, y comprendí súbitamente que el peligro no fue de riña, pero sí de algo peor. Algunos presos se habían retirado á los ángulos del calabozo; mas la mayor parte estaban tendidos en el suelo, muy arrimados á la pared. Excepto las hamacas de la cuadrilla, las demás se hallaban desocupadas, unas con las cuerdas rotas, otras desgarradas á navajazos. También había algunos presos ligeramente heridos...

Encorvado en medio del calabozo, horrorosamente en cueros, exasperado y con la navaja abierta en la temblorosa mano, desencajada la boca y expulsando á duras penas la bebida entre rugidos de dolor y crueles contorsiones que le sacudían todo el cuerpo, estaba el hercúleo verdugo que el jefe excitaba para consumir sus atracos y maldades. Habíase embriagado deliberadamente para ejercer violencia en un joven voluntario, que por desertar lo habían preso dos días antes, y cuando comunicó su intento á la camarilla^[21], esta la aplaudió y alentó; porque así tendría ocasión de divertirse un rato. Esperaron la hora de que todo el calabozo durmiera, y dando un soplo á la luz, soltaron la fiera al lado de la víctima predestinada. El perseguidor le tapó la boca... forcejearon^[22]... hasta que el muchacho pudo escapar, pero el borracho, excitado, poseído de grosera insania, se revolvió, fué de hamaca en hamaca anhelando indistintamente otra presa que lograr...

¡Es lástima que sobre aquellas bestias y sobre las autoridades que conociendo sus vicios no las aislaron, el cielo se olvidase de enviar el fuego que consumió á Sodoma y Gomorra!

*
* *

Este brutal atentado y el robo á mano armada del día precedente, aceleraron la fuga que desde tiempo atrás maquinaba el bello preso, auxiliado ahora por su dulce amigo que cada tarde subía con alguna lima por no encontrar los conocidos pelos de acero, que tan eficaces les hubiera sido.

Una semana duró el trabajo preparatorio. Después de anochecer congregábase toda la cuadrilla á la puerta del calabozo para trabajar. Atraídos por la caña y la alegría, otros presos coreaban á los que pretendían fugarse.

Mientras uno limaba el barroto, los demás erigían hasta las nubes desapacibles

cantares para que el centinela no oyese el áspero ruido de la lima. A una canción báquica, seguía una sarcástica plegaria á la Virgen; á la *Marcha de Cádiz*, el *Hijo del pueblo te oprimen cadenas*, del himno anarquista; y aun no se había extinguido los últimos desacordados acentos de una copla alusiva á los mambises, y ya algunos preludiaban un tango chulapón acompañado de fuerte batir de palmas y furioso patear.

Cuando las bocas se desencajaban de tanto bramido, recurrían á los platos y cucharas, á la lata de basura y á la tina del agua sucia, golpeándolos con tan desesperado entusiasmo, que el calabozo parecía mansión de incurables orates.

El estrépito cesaba á las diez. La corneta plañía por todos los ámbitos del memorable castillo el primer punto de silencio, largo, grave, quejumbroso, que expiraba como tristísimo lamento, invitando á dormir y morir en paz. Con ceniza de cigarro y saliva hacían una pasta oscura muy semejante al color del barro y cegaban las heridas que la lima, mucho mas fuerte que el hierro enemigo había lentamente abierto con sus mordeduras implacables.

Durante el día ataban á la reja una prenda cualquiera recién lavada, y esta sencilla treta disimulaba mejor aun que la pasta de ceniza la mutilación del hierro.

¿Cómo no se me ocurrió inquirir la causa de tan continuados escándalos? En el aislamiento que vivía solo yo ignoraba el proyecto. ¿Ni como se me había de ocurrir que intentaran nada menos que fugarse de la Cabaña, cerrada la puerta, con cuatro centinelas y un vigilante custodiando la plazuela? ¿Cabía mayor absurdo que semejante evasión? No ignoraba la sentencia del lindo delincuente: «habiendo una sola posibilidad de huir contra noventa y nueve en contra, el preso debe intentar marcharse.» ¿Pero dónde estaba esa posibilidad? Aún logrando vencer á los cuatro centinelas de la plaza, ¿por dónde irían que no encontrasen muchos más?

Llegó la noche designada para la evasión, víspera de un día festivo. Yo estaba malo. Había recibido carta de mi madre diciéndome que por segunda vez le comunicaron la noticia de que me habían fusilado ó que me fusilarían muy pronto. En sus frases entrecortadas leí las congojas de mi madre. Otra carta con evidentes señales de fractura me persuadió de que existía algún incógnito enemigo, con resuelto empeño de que la miseria me royese, pues en aquella carta habían incluido una libranza que, como otras anteriores, no llegó á mis manos.

Antes que de costumbre se disolvió aquella noche la reunión de la puerta: los presos entraron en sus hamacas, y los matones, con sólo tres ó cuatro amigos, siguieron de consejo, apagada la luz.

Como me sentía febril y la atmósfera enrarecida aumentaba mi mal, tomé asiento en la ventana queriendo respirar con libertad. La frente me ardía; las emociones de varios meses se me renovaron pensando en aquéllas dos caídas, y con las manos apretaba la cabeza temiendo que se me abriera del dolor. Más inminente que los primeros días de reclusión me pareció esta noche la locura. En medio de aquel torbellino de crueles temores y emociones, me pareció oír palabras rabiosas. ¿Pero

cómo iba á presumir la maldad que los de la puerta pudieran fraguar?

Fraguaban mi muerte.

Uno de los que acompañaban á los bandidos se me acercó y entre receloso y tímido:

—¿No se acuesta usted? me dijo.

—No; estoy bien aquí.

Otro que, sin pertenecer á la cuadrilla la había ayudado, cogióme enérgicamente del brazo, me arrancó de la ventana, y reparando lo violento de la acción con lo afectuoso del tono, dijo:

—Vamos á dormir.

Seguíle bajo el bosque de lechos colgantes, y muy quedo me susurró el oído:

—¡De buena se ha librado usted!

—¡Yo!... ¿Porqué?

—¿Por qué había de ser, hombre de Dios? Pues porque estorbaba. ¿No sabe que se marchan esta noche?

—¿Quién se marcha?

El me miró con asombro y se fué á su sitio.

¿Qué había sucedido?

Como la fuga no era ningún secreto para nadie, ni siquiera para los dos sujetos que ingresaron aquella misma tarde, los conjurados suponían que también yo sería sabedor de lo que proyectaban. Viéndome, pues, perseverar obstinadamente en la ventana, recelaron que mi propósito era descubrir la trama al centinela.

—Hay que matarlo para que no hable, propuso uno.

—Es imposible que intente denunciarnos. Nunca se ha metido á dar «soplos»; dijo otro.

El jefe de la turba resolvió en ultima instancia:

—¡Por lo que sea, voy á cerrarle el pico!

Tiró de faca y acercándose con recato, ya iba á hundirme el cuchillo en la cerviz, inclinada profundamente mientras pensaba en cosas muy recónditas, cuando mi salvador le detuvo.

—Yo me encargo de acostarle, prometió al asesino.

Era el sargento de voluntarios que al entrar con sus cinco camaradas, recibió tan colosal paliza de la anterior camarilla.

*
* *

El abatimiento corporal de la modorra me postró en la hamaca; pero mi inquieto y alterado espíritu seguía percibiendo confusamente externas y deshiladas sensaciones. Oía voces comprimidas, fragmentarios diálogos, maldiciones y risas, tácito correr de hombres descalzos. Creo que entreabriendo los ojos, vi dos barrosas figuras disputando sobre la posesión de algo, ropa ó zapatos.

Hacia las dos de la madrugada me despertó un fuerte crujido del hierro limado. Faltábales cortar un pedazo, pero les había roto la última lima, y por impaciencias de salir aquella noche, no quisieron esperar al siguiente. Y rompieron á tirones el barrote.

Conseguido esto, retiráronse prestamente de la puerta, creyendo que el centinela ó el vigilante acudiría al sentir el seco ruido del hierro quebrado, pero ambos siguieron roncando en un banco que frente al calabozo había.

Dos horas aún pasaron y los tunos seguían revolviendo los sacos y las hamacas del calabozo para extraer lo que hubiera de provecho: ropas nuevas, botas ajustadas y sombreros de jipijapa.

Mientras los otros se vestían lo mejor que encontraban, el astuto concebidor de aquella fuga registraba con diabólica sonrisa los bolsillos de sus colegas para apropiarse las armas. Así podría separarse de ellos apenas consumada la evasión, y cargar impunemente con el dinero y las alhajas del robado.

Cuando ya se disponían á partir, el sanguinario esclavo del primoroso jefe, tuvo una peregrina ocurrencia, que hubiese cumplido graciosamente si los demás le dejan. Había tenido semanas há sus dimes y diretes, pero sin grave importancia, con un pobre diablo que limpiaba los platos de la cuadrilla en cambio de algunas rebañaduras que le dejaban, y antes de marcharse quería apuñalarle, como lo hubiera hecho seguramente de entregarle su amo la navaja; pues también por frívolo pretexto se comió en otra ocasión la oreja de un rival, quien andando el tiempo había de vengarse dándole una puñalada en mitad del pecho.

Con los robos y querellas se habían harto descuidado. En la próxima cocina sonaban los golpes persistentes de un ranchero partiendo madera para hacer el café.

—Nos hemos perdido, dijo uno.

El promotor^[23] de la escapatória arrugó el entrecejo, tuvo un momento de dubitación y,

—¡Tonto! le dijo, ¡tú qué sabes! Cambiaré de plan.

Dió un soplo al agonizante quinqué y se dirigió á la puerta.

—¡Vamos pronto...! Los centinelas están en la ranchería, y aún es de noche.

—Sal delante, le dijeron.

—¡No; yo no! Que salga otro.

Y empezaron las dudas y vacilaciones, pues nadie osaba sacar el cuerpo por el estrecho boquete, temeroso de que algún centinela observara al atrevido y le espantase de un balazo.

A punto estaban de cejar en su arriesgado empeño, que tantos sudores y afanes les había costado, cuando el menos culpable de todos, un pobre muchacho que ellos pervirtieron, avanzó resueltamente, metió la cabeza por la apertura, en seguida el brazo izquierdo, escurrió el cuerpo, y sacando últimamente las piernas desapareció en las sombras.

Su ejemplo fué observado por los demás, siendo el zagüero en salir nuestro gallardo rufián, que ahiló muy bien puesto y perfumado, luciendo en las bocamangas los dorados galones que robó un rato antes al sargento de voluntarios, amigo suyo y salvador mío.

El calabozo respiró de satisfacción como aliviado de pertinaz pesadilla. Con el triunfo de los dominadores triunfaban los esclavos.

Pero el éxito de la primera tentativa no bastaba. Los evasores aún proseguían dentro del castillo y era muy fácil que reingresaran en su encierro.

El primitivo proyecto imaginado por el listo organizador de la fuga consistía en refugiarse dentro del próximo pabellón de inválidos, y fingiéndose tales, ir saliendo uno tras otro como quien va al retrete que estaba á la vera de la muralla, y una vez reunidos atar algunas cuerdas de hamacas á la boca del cañón más próximo y descolgarse monte abajo; pero el alba traidora venía á toda prisa y no quedaba tiempo para tanto. La fértil imaginación del preso aristocrático encontró súbitamente camino más llano y de menos riesgos.

Pasarían ante los centinelas de la plaza y del rastrillo; darían su último adiós en el cuerpo de guardia, y saliendo por la misma puerta de la Fortaleza, descenderían la cuesta para tomar la lancha del Estado, que no les cobraría nada por trasladarles al muelle de la Habana. ¿No era esto más pintoresco que descender por la muralla como cualquier evasor vulgar, exponiéndose á rodar montaña abajo de un balazo? ¡Y que no iban á rabiarse sus émulos á quienes de nada les aprovechó vivir años y más años en cárceles y presidios para hacer artístico el oficio!

En el calabozo reinaba impaciencia de ver qué hacían los evasores. Los centinelas charlaban en la cocina tragando sendos panecillos mojados en el caté, dispuesto ya en grandes calderas humeantes para distribuirlo entre presos y soldados.

Comenzaba, á amanecer. Las primeras luces de la aurora se confundían con las sombras de la noche aclarándolas lentamente. El corneta tocó retozona diana y en el pabellón de inválidos y en los distantes pabellones ocupados por la tropa, empezó á

oírse la zalagarda que mueve la muchedumbre cuartelada al ponerse en vela. Entre los lentos acordes de la Marcha Real también llegó hasta la plaza el profundo rumor del puente que bajaba. ¡La puerta de la Cabaña estaba franca!

Los cuatro bribones salieron de la negra bóveda, alegres como aquel amanecer hermoso que les oreaba el rostro y les henchía de aire puro los pulmones acostumbrados al ambiente letal del fétido calabozo. ¿Quién les creyera prófugos al verlos tan satisfechos y lozanos?

El jefe de la camarilla se acercó á la reja, y golpeándola con el bastón de un inválido que había cogido en el dormitorio, exclamó:

—¿Queréis algo para la Habana, muchachos?

—¡Adiós! ¡Adiós!

Cruzaron la plaza moviendo gran algarabía, y saludaron á los centinelas y rancheros, que les miraban invidiosos creyéndoles soldados madrugadores que tan limpios y endomingados irían á pasar alegremente el día en la Habana.

Ningún obstáculo encontraron en el rastrillo ni ante el cuerpo de guardia. Las figuras se destacaban borrosas todavía, y los soldados que pudieran reconocerles aún andaban por los largos dormitorios.

Descendieron los escalones ocultos bajo el arco ciclópeo que daba acceso á la Fortaleza; recorrieron anchos fosos, y á los tres minutos estaban en plena libertad, á orillas de la bahía azul, serena como el cielo que allá muy lejos empezaba á colorearse de grana con los primeros rayos del nuevo sol.

La barca que hacía el servicio del castillo los trasladó al otro lado.

*

* *

Al poco rato llegaron los rancheros con el café, y era cosa de oír los chistes que se les ocurría contemplando el boquete abierto por la lima. Los rancheros dieron la voz de alarma á los centinelas; los centinelas al cabo; el cabo al oficial de guardia; el oficial al Mayor de la fortaleza, y el Mayor acudió temblando al lecho del General Gobernador para despertarle con tan desapacible nueva. Como si la hubiese comunicado una onda eléctrica, la evasión circuló por todo el castillo, penetrando en la cuadra del soldado, en el pabellón del oficial, en el calabozo del preso; suscitando temores, discusiones y aplausos. ¡Cabía fuga más sencilla ni audaz, ni ingenio más peregrino del que la había ideado!

Cuando todos creíamos que el capitán de semana entraría como un basilisco para

hacer el ordinario recuento, el pobre señor apareció llorando, presintiendo que en el expediente que se instruyera podría tocarle alguna responsabilidad por la fuga. ¡Negligencia en el servicio! ¿Quién sabe? lodo pudiera, depender de que al juez instructor se le ocurriese.

Inútilmente pretendió inquirir de qué modo se practicó la huida. Los presos estuvieron sordos y ciegos; y cuando los pájaros volaron todos dormían mortal sueño.

El calabozo carecía de seguridad, y fué necesario que bien entrado el día nos distribuyesen por los demás calabozos del rastrillo. ¡Tal es el alma humana, que en habituándose á cualquier cosa hasta de las que le inspiran enojo siente separarse! Casi todos sintieron que les echaran de aquel infame agujero, asiento de toda infamia, y donde tantas desazones habían sufrido. Quizás yo sólo, cansado del vivir indigno, insensible temporalmente al bien y al mal, sin afecto por ningún compañero y renegando de haberlos conocido por una imprudencia temeraria, salí indiferente del mísero habitáculo.

Formamos en la plaza, y rodeados de una sección con bayoneta calada, marchamos por el primer rastrillo en derechura al siguiente. Todos los presos llevaban á cuestras su hatillo: sólo yo que no tenía nada—la hamaca y gracias—iba aliviada de carga, mas caminando penosamente porque el sol hería mis ojos acostumbrados á la penumbra y las piedras del camino se me clavaban en los pies desnudos. Como iba á la zaga, me tocó el último calabozo habitado. El número **34**. Mientras abrían me fijé en el **33**, y la puerta estaba tapiada como me dijo la primera noche mi compañero de reclusión. ¿Sería verdad ó sería leyenda lo demás de su fúnebre cuento?

La llegada de los nuevos vecinos suscitó malhumorados rumores entre los viejos huéspedes, porque la vida era ya materialmente^[24] imposible en aquel hormiguero, más pequeño aún que el **57**. Las hamacas sujetas á largos palos horizontales, estaban amontonadas; hacinados los hombres, y perpetuamente tenían que dormir diez ó doce en el suelo. Pero aquí era imposible echarse como en la plaza arrimados á la pared, pues todo estaba ocupado. Había que tenderse en medio del calabozo, entre las hamacas raseras al suelo, y en riesgo inminente de morir aplastado si algún palo se rompía.

Era asfixiante el calor y jamás sentí mayor dificultad para respirar. ¡A quien consentía que así vivieran los hombres, yo le hubiese impuesto de pena morar una semana entre ellos!

Nadie reparó en mi llegada. Al entrar ví un gran círculo de doce ó quince presos agrupados en el suelo, rodeando un pedazo de manta vieja, que servía de mesa para tallar. Todos miraban con atentos ojos la baraja que un tahúr tenía en las manos. Algunos estaban desnudos; y había un viejo que por respeto pudibundo á sus lustros llevaba ceñido á manera de protector faldellin ancho pañolón de yerbas.

Sin duda era el de la baraja habilísimo fullero, porque el juego se interrumpía con frecuencia para llamarle tramposo, embustero, estafador, faramallosos; y él contestaba

con los epítetos de sinvergüenzas, morrales, mala sombras y otros de tal guisa. Después de mucho discutir y no poco insultar, cuando los ojos relampagueaban^[25] y temblaban las manos y los dientes se alargaban prontos á morder, acercábase un ridículo tipejo perdido en amplísima camiseta colgante, é intervenía:

—Haya paz, señores. Al que no le convenga jugar «así», puede retirarse, que nadie le obliga á perder su dinero.

Enmudecían los puntos, el tahúr peinaba las cartas, y en estilo de charlatán declamaba:

—¡Váyanse acercando! ¡Váyanse acercando!... ¡Acudan los ratones que aquí está el queso!

Y los jugadores:

—Un real á la sota.

—Dos al rey.

—Una peseta al tres.

—Juego...

—Venga...

—¡Pillo, granuja, fullero!...

—Protesto...

—Tenía que venir la sota... La estaba perando.

—Ha echado el pego.

—Y no hay contraria que no la salte.

—Cochino, ladrón.

—Eso no es licito; que devuelva el dinero.

Y el hombrecillo intervenía calmoso.

—¡Haya paz, señores! Al que no le convenga jugar «así» puede retirarse, que nadie le obliga á perder su dinero.

¿Quién era el hombrecillo? El único bravo de pura ley que en la Cabaña había. Dos fueron las altas pruebas que dio de su valor, y no fué preciso más. Si entraba en un calabozo erigíase al punto árbitro indiscutible, y su autoridad, aunque omnímota, nada tenía de dura.

Pechábanle los jugadores, y prescindiendo de este trafico, no tenía tacha desde que el puro amor comenzó á dignificarle.

Había muerto su padre años há en el presidio de Ceuta; vino al pícaro mundo regentando su madre una casa de pecadoras, y tan pecadoras como su madre fueron sus hermanas. A los siete de edad sufrió la primera quincena en la cárcel malagueña. La cárcel y el hampa tuvieronle desde allí de huésped y aventajado discípulo. No hubo rival que andando el tiempo se le comparara en destreza para dar un timo, y si se trataba de atrevido escalo nadie como él trepando por cuerdas y paredes. Robó mucho y dió más puñaladas; pero rostro á rostro, con altanería, atacado á veces por dos y más enemigos. Dada su concepción de la vida, éste podría dar lecciones de pundonor á los que hacen de la negra honrilla motivo de lances personales. Era un

Bayardo maleante. No podrán decir lo mismo todos los que visitan las salas de esgrima.

Sentado en un banquillo, recostado en la pared y con una pierna sobre otra, canturreaba distraídamente una malagueña, arrojando de tiempo en tiempo lentas y largas bocanadas de humo hacia el techo. Trabajo me costó creer que aquel tipo de ridícula facha, canijo, envejecido, de grandes orejas y menudos ojillos ocultos bajo rojos párpados despestañados, de voz chillona y cuerpo enano, fuera el mozo bravío que infundiese espanto á los más arrogantes y lenguaraces. Y no había duda: sentado ante mí estaba en el banco, encogidos los miembros como muchacho tímido. Un regular puñetazo le hubiese deshecho.

Pero, ¡ay! de quien osara dárselo; porque aquel cuerpecico ruin y enfermizo sabía erguirse á tiempo. Las piernecillas delgadas y temblorosas botaban como pelotas; los brazos, sutiles como alambres, paraban con rara presteza y arte los golpes, y las nerviosas manos acartonadas eran máquinas incansables repartiendo bofetadas.

Dos, solo dos, he dicho, fueron las pendencies que en el castillo tuvo. La primera al volver cierto día del hospital y entrar en un calabozo para él desconocido. El matón que allí ejercía imperio le odiaba cordialmente desde que en la brigada disciplinaria le propinó descomunal paliza por sorprenderle con fullerías jugando. Al ver el guapo que iba á entrar en su dominio, llamó á la camarilla para tañerle una tanda digna de yangüeses.

Como viniendo del hospital no podía tener armas, pues se las hubieran quitado en el cacheo, la turba sacó cuchillos y navajas para amedrentarle; pero él, sin sufrir mutaciones del ánimo, se acercó á la pared y enrollándose al brazo hamaca y manta, esperó el primer embite con el puño derecho bien cerrado.

—¡Vas á morir! sentenció su rival.

—¡Acércate!

La faca homicida se clavó en la pared; pues el cuerpo enemigo había esquivado el peligro de un brinco muy oportuno, y antes de que el otro pudiera reponerse recibió en pleno rostro un puñetazo que le tiró de espaldas.

Frustrada esta primera tentativa, los que auxiliaban al caído razonaron prudentemente cejar un poco, viendo que mientras el amigo se levantaba, el adversario se apercibía quitándose un zapato de alto y duro tacón, grave maza cuando sabe emplearse bien.

—¡He de beber de tu sangre! rugía el de la cara maltratada.

Y la voz chillona del contrario respondía en son de zumba:

—Ves chupando la que te sale.

Temblando de rabia, mas también de impotencia al reconocer su inferioridad, el primero dudaba, quería saltar y herir; pero el zapato suspenso sobre su cabeza le daba miedo. Aquel tacón era muy capaz de abollarle el cráneo, si otra vez erraba el golpe.

—¡He de matarte!

—Bueno; pues acércate.

—¡Cobarde!

—¿Yo?...

Tiró la manta y la hamaca, se calzó la bota y cruzándose de brazos, le retó varonil y arrogante:

—¿A que así tampoco te atreves?

Tampoco se atrevió. Aquel mirar sereno; aquella sangre fría sin ejemplo; dábale más miedo que el zapato. Avanzó un poco el bravo y retrocedió otro el del cuchillo.

—No seas cobarde y haz cuando menos intención de herirme, si no quieres recibir la mayor paliza que en tu vida has imaginado.

En vez de herir, el guapo dió otro paso atrás.

Este signo de evidente miedo transformó al poco antes de gesto imperturbable. Como chacal exasperado, brincó sobre el que huía; arrancóle la faca de un tirón y luego de romperla, le golpeó, le mordió, le pateó. Rabioso de ira, el enanillo cogía de un pie al vencido y le arrastraba como á saco viejo por el calabozo; poníale derecho y se daba el gusto de tumbarle á puñetazos para subirle otra vez encima y recomenzar la danza de patadas. Si no fuera por los grandes gritos de dolor que profería el cuitado, hubiérasele creído una gran masa de carne que se la maceraba impunemente.

Un su amigo que compasivo osó interceder, tuvo que escapar á toda prisa para no recibir más puntapiés, y otro que también se interpuso huyó al primer puñetazo con la nariz torcida.

Cuando acudió la guardia los acobardados jaques imploraron que sacasen aquel hombre capaz de matar á medio calabozo. Entonces le trasladaron al número 34, donde tuvo la segunda y última reyerta.

*

* *

Fué el lance con un cabo de artillería, bravo mozo si los hay, arriscado y campechano, que estaba sufriendo arresto no sé por qué dulce achaque de amores.

Para matar el tedio de la prisión y hacer más breve el tiempo ocioso dió en la manía de jugar al monte. Apenas observó el hombre la primer fullería del banquero, alzóse riendo del suelo, cogió por las cuatro puntas el pedazo de manta que servía de tapete, y manta, banquero, naipes y dinero los sumergió en la sucia tina de fregar los platos.

Intervino como es natural el guapo que salvó del naufragio al mísero tahúr, y cuando todos creían inevitable un inminente choque entre matón y cabo, diéronse

ambos por conformes echándose al rostro algunas recriminaciones: al uno por encubridor de ilícitas artimañas; al otro por demasiado vivo en el obrar.

Bastantes días pasaron sin que ningún adversario diese aparentes muestras de gran enojo; pero llegó una noche de broma y zalagarda en que el ron inflamó demasiado las cabezas, y como es entre borrachos tan fácil el tránsito de la risa al duelo, y nada hay tan eficaz recordador de las ofensas pretéritas como la excitación alcohólica, el pincho se levantó súbitamente de su asiento respondiendo á fija obsesión y enderezando sus torpes pasos á la hamaca donde el cabo reposaba, le dijo afectando la mayor tranquilidad:

—¿Te acuerdas de las palabras que cruzamos...?

—¿El día que sepulté á tu amigo...?

—Justo.

—Sí me acuerdo.

—Pues conviene que aquélla, cuestión la ventilemos para que los demás no crean que nos tenemos miedo.

—Voy á levantarme.

—No te muevas; duerme esta noche, que por la mañana reñiremos. Estoy borracho ahora, y pensarán que no soy yo, sino el espíritu del vino quien se pelea.

Dió media vuelta el cabo para anudar su interrumpido sueño y el terne siguió en sus cantatas y libaciones.

Nadie recordó por la mañana la riña concertada la noche antes. Era muy común entre presos ebrios emplazar sus lances personales para el amanecer del otro día; pero en disipándose con el sueño los malos vapores de la cabeza también se disipaba el ardor agresivo que los hacía provocadores y pendencieros. Por eso creyeron todos, y todos se engañaron, que ya no habría sangrientas justas entre ambos rivales.

Después de distribirse el café, el cabo tomó asiento en un banco, su jarro humeante al lado, y ya se disponía á liar un cigarrillo, cuando el andaluz se le acercó y,

—¿Recuerdas de lo que anoche te dije?... ¡Supongo que no lo tomarías á chanza!

—Estoy á tus órdenes.

—¿Quieres que peleemos?

—¡Psch! me es igual; como tú gustes.

—Está bien. Toma el café, y cuando hayas fumado haz el favor de avisarme.

Así lo hizo el cabo. Sin darse prisa, fumando y bostezando, pasó largo rato hasta consumir sorbo á sorbo su jarro de café y apurar el cigarrillo. Luego se lavó la cara; hizo un último menester, y dijo al contrario:

—Cuando quieras...

—¿Tienes navaja?

—De afeitar la tengo.

—Escojeré otra semejante.

Y dirigiéndose á los demás presos aconsejó solícito:

—Arrímaos á la pared, y que nadie se interponga, si estima en algo no quedar tendido.

La liza se vió libre de importunos.

La inalterable sangre fría de ambos adversarios aumentaba la emoción de los espectadores que los miraban tender dos mantas en el suelo, quitarse los zapatos sosegadamente y requerir las lucientes hojas de las navajas barberas.

—¿Estamos? pronunció el cabo.

—Sí; tírate cuando quieras, contestó el guapo.

—Espera; tus ojos están malos. Ponte en mi lado para que no recibas la luz de frente.

El calabozo estalló en aplauso unánime; pero un silencio de muerte sucedió al aplauso cuando los dos rivales se atacaron con igual bravura. Si las piernas recias del sólido artillero avanzaba con segura precisión, las nerviosas piernecillas del contrario brincaban con soltura de ágil gamo; y si al reponerse éste blandía la fina y ancha lámina con mano firme, el cabo hurtaba el golpe con serena distinción de ejercitado atleta... Un momento se detuvieron para alentar... El calabozo también necesitaba de aquella tregua para emitir en general suspiro la intensísima emoción de algunos minutos seculares... El viejo presidario atisbaba con sus lacrimosos y entornados ojitos de miope al fuerte mozo, que con mirar sereno le contemplaba de en hito en hito expiando su enemiga intención.

Recomenzó la brega con mayor ímpetu que antes. Tan pronto adelantaba uno como tenía que retroceder presto acosado por el otro. Centelleaban las armas; los músculos se contraían y dilataban en rápidos juegos; el sudor copioso inundaba aquellas frentes arrugadas por una idea persistente y violenta; los pechos resoplantes expelían el ardor que á los dos gladiadores sobraba... De pronto, el hercúleo artillero dió una patada en el suelo, haciendo soberano llamamiento á todas sus fuerzas juntas, hendió el polvo y el aire con la navaja inflamada y rasgó de arriba abajo al otro... Quiso volver á la guardia, pero resbalando en la manta cayó de espaldas.

El calabozo había dado un grito máximo de sorpresa y terror creyendo que la puñalada del cabo hubiese destrozado al contrincante^[26]; pero casi simultáneamente pudo ver con pasmo de admiración que éste tiraba la navaja y cayendo de hinojos al lado del artillero le preguntaba diligente si la herida era grave.

—Me parece que no.

El guapo le ayudó á levantarse, y echándole en su propia hamaca le reconoció la herida.

Del pecho le fluía sangre pródiga; pero la brecha, aunque de bastante longitud, tenía poca profundidad. El mismo herido explicó el suceso. Cuando su navaja cayó rajando nada más que la camiseta del adversario, sintió el frío acero de éste abriéndole las carnes.

Alguien quiso llamar al médico, pero el herido se opuso obstinadamente, porque al reconocimiento hubiese sucedido el parte oficial de la reyerta y con él una segunda

causa al vencedor del torneo. Curáronle, pues, con el único bálsamo maravilloso que allí había: la caña, de igual eficacia para todos los males: calenturas y puñaladas; dolores de cabeza y dolores de muelas cuando alguna salía de quicio por algún trompazo. Laváronle cuidadosamente la herida, vertieron con profusión el líquido en la boca del paciente, que estimaba en mucho la virtud de este interno enjuague, y esperaron que el bribón del practicante pasara por el rastrillo para comprarle medicinas y que nadie se enterase de lo ocurrido...

Mientras duró el arresto del bravo artillero su amistad con el menudo presidario, fue cordialísima. Juntos comieron siempre, y de ambos era lo que cada cual tenía.

*
* *

Las pependencias homicidas cesaron en el 34 mientras el andaluz estuvo preso; pero las costumbres eran más depravadas que en los demás calabozos. La educación que desde su infancia había recibido el antiguo chulo, no era muy propia para sentir morales escrúpulos, y la más alta concepción que de la dignidad pudo adquirir aquel pobre cerebro rudimentario, era tender generosamente su diestra ensangrentada para alzar del suelo al hombre que un segundo antes cayó vencido. ¡Bastante nobleza revelaba sintiendo comiseración por los demás el que nunca la inspiró á nadie! El acogía paternal al desertor astroso ó al soldado que procedente del campo llegaba cubierto de miseria; él le compraba una lata de agua para que se bañase, y le prestaba ropa hasta que en cobrando la quincena se la pagara ó devolviera por adquisición de otra.

Mas por lo mismo de que la pendencia y la intriga que dominaban en los demás calabozos, habían huido de éste, el ocio infinito, no teniendo aquellos principales motivos en que ejercitarse, recaía en un objeto único: el deleite vicioso... El clima cubano excitador del sensualismo; la convivencia de tantos hombres en recinto limitadísimo; los incalculables meses de enervadora holganza; el espectáculo de tersas carnes juveniles despertadoras de apetitos sádicos; las perennes conversaciones lascivas; el fuego de las tardes caniculares que aplomaba los cuerpos en las móviles hamacas, cuyos vagarosos balanceos los sumía en ondas voluptuosas, mientras la cálida fantasía daba corporeidad á imágenes de amor, enardeciendo la sangre y haciendo latir de deseo el corazón... Todas estas causas asociadas daban violento impulso á una sola pasión, ya que solo ella podía estallar donde las demás estaban reprimidas por la autoridad de un hombre fuerte.

Yo envidio el sabio arte de velar discretamente las más grandes abominaciones, no con reticencias fáciles, sino con sutiles giros y tropos variadísimos que no ofendan el respeto que al lector se debe; pero como no he de obtener por mucho que me esfuerce habilidad tan excelsa, ruego que salte los siguientes párrafos quien pueda vencer las curiosidades insanas que á gustar de lo prohibido incitan. Yo no puedo callar lo que voy á escribir en seguida, porque dejaría incompletos mis recuerdos del tiempo adverso. Si las autoridades presentes hubiesen sido tan buenas como las que condenaron á Silvio Pellico, y como á él me hubiesen dado un calabozo para mí sólo, no tendría que contar tantas obscenas maldades; pues para plañir y recomendar la lectura de la Biblia, bueno es el libro del italiano.

...La luz del quinqué se extinguía muy temprano en este calabozo, y era frecuente oír en un rincón disputas y bofetadas. Era aquello tan natural, que nadie se indignaba; y si las voces sonaban más alteradas, los demás reían, reían, y esta risa sino corregía, bastaba á calmar la disputa. ¿Por qué reñían? Porque semejaban los otros mercaderes disputándose compradores de averiados género.

Aquel comercio que por ilegal se realizaba en la sombra encubridora era muy caro, por más que fuera de contrabando y existiese la concurrencia que abarata la mercancía. Muchos jugaban al monte y á la carleta por el sórdido afán de ganar y satisfacer el inmoderado deseo de comprar el pecado, y había dos ó tres que guardaban con celo de avaro el producto de las sobras hasta reunir las diez pesetas que les exigían por no dormir cuando los demás dormían.

Aquel boquirrubio perfumado, de ensortijada cabellera, sedosísimas mejillas y bien pulidas manos, tan untuoso y correcto en su diurno porte, era en tinieblas émulo por sus audaces atrevimientos de los héroes degradados que Petronio pinta. ¡Qué digo émulo! Superior á ellos; pues el romano escritor esteta no les concede algunas livianas trazas de que las lenguas fementidas hablan mucho en estos nuestros modernos tiempos que han superado en decadentes costumbres á los antiguos. Competía en eróticos embelecocos con el citado mozo un voluntario, hijo de cierto capitán tramposo que le envió al Ejército en busca de fortuna, la cual como es hembra arisca no gusta de yacer con los que padecen perversiones sexuales. Ambos ostentaban en los torpes labios las huellas gangrenosas de su inmundo tráfico.

¿Y aquél?... ¿Quién es aquél de terso y menudo cráneo rematado en punta, que nunca sale del rincón? Por lo caduco parece muy viejo, y es tal su apergaminada geta, que se han estampado en ella la satiriasis y el embrutecimiento. Gruñe siempre y siempre se está retorciendo entre dolores agudos. Detesta á los dos linderos que hacen comercio en las tinieblas, y su odio es más cordial porque no puede separarse de ellos. La crápula que arruinó su organismo tiene más voluntad que él, y le condena á sufrir al pie del vicio el doloroso placer de ser vicioso, estimulado con lo que oye y presiente. La consunción de la médula le ha encorvado como vetusta rama seca, y bastaría poco esfuerzo para troncharle. ¡Hay algo de poderosamente trágico y desgarrador en aquella ruina de una existencia humana cuando sale del rincón

oscilando sobre las piernas entecas, inanimadas las cenicientas pupilas, trémulas las manos descarnadas, momificadas, que se levantan patéticas al cielo, porque aún no han encontrado él sostén de la pared y su cuerpo que el viento arrastraría en todas direcciones, vacile y cae

«come corpo morto cade!»

Nadie le acorre mientras se debate y muje semiexpirante. Nadie le respeta y todos le ultrajan, porque ensucia con babas y malos hedores los bancos donde se sienta, y no admite reprensiones ni acepta consejos tocante al vicio que ha de matarle muy pronto. Ni el guapo se atreve a tenderle su mano para levantarlo del suelo, porque teme ensuciarse con la mano del sátiro. Su cara rugosa que tiene amarillez de cirio, empieza á transformarse de un verde hórrido con el esfuerzo máximo que le cuesta ponerse de rodillas para rastrear hasta la pared y llegar lentamente, lentamente, á la tina del agua. ¡Oh, no le digáis, no le digáis que vaya al Hospital, donde hace falta para morir! No os matará, porque le faltan fuerzas; pero de la caverna espantosa de su boca desdentada saldrán temblando obscenidades sin cuento. Al Camposanto sí; pero al Hospital jamás, que allí le ataron las manos, porque en atárselas estaba su curación.

El contacto de aquellas manos lo sentí de improviso una vez que iba á caer. Si encima se me posa un reptil asquerosísimo, no hubiese dado mayor salto ni torcido el gesto en mueca más espeluznante, como al experimentar la sensación trigidísima de aquella diestra, viscosa y yerta, rozándome la cara.

*

* *

Contemplados desde afuera al caer la tarde, los calabozos del rastrillo ofrecían el vistosísimo espectáculo de innumerables lunecillas que temblequeaban dentro. ¡Ingenioso artificio que inventó la mente ociosa de un preso, eran aquellos fuegos que ardían seis minutos casi á ras de tierra!

Luego de comer el rancho empezaban á moler todos los ingenios. Llamábase «ingenio», por relación de semejanza con los que en Cuba muelen la caña, al peregrino aparato de hacer el café, que en brevedad de tiempo y coste módico aventajaba al reverbero. En un jarro de hojalata suspenso con un cordel, depositábase el agua. Después se envolvía una vela en largo trozo de tela, sacado ordinariamente de trajes viejos, y atándolo con una hilacha se humedecía para que al encenderlo no se corriese demasiado. Cada vela así dispuesta daba á basto para hacer seis chocolates

ú ocho cafés. Había un sujeto que por sus muchos cuidados lograba hacer hasta diez; pues su afición era tanta, que se pasaba el día sorbiendo el aromoso líquido.

Creo que debo decir algunas palabras sobre este hombre, porque á él se refiere un suceso que durante varios días monopolizó las conversaciones de la Habana y tuvo sensacionales repercusiones en la prensa madrileña y de todo el orbe. Sí; á él atribuyeron el proyecto de volar la Capitanía General de Cuba, mientras el marqués de Tenerife estuviera dentro.

Cuando me lo presentaron en el calabozo, quedé admirado de su arrogante planta, en la que los rigores de la prisión no pudieron dejar ninguna traza. Era cetrino; firme su correcta nariz aquilina; persistente la atención de su mirada dura y audaz; su pelo espesísimo y largo tenía reflejos azulados de puro negro, y el mostacho á la borgoñona, trepaba insolente hasta las cejas. El mentón se prolongaba arrogantemente hacia fuera con lengua perilla inquieta que prestaba fiero continente marcial á su dueño. Llevaba siempre camiseta de marino que mostraba la espalda hundida en atrevida curva, mientras el nacimiento del pecho sobresalía atlético mucho más de lo indicado por una línea vertical imaginaria trazada sobre el perfil de su rostro. No había obesidad en aquel cuerpo de puro corte varonil, y los calzoncillos que siempre los llevaba remangados por encima de las rodillas^[27], mostraban al descubierto las piernas tan vigorosas como ágiles. Alcibiades con perilla, pensé muchas veces viéndolo.

Era hermético en su conducta é intenciones; pero tampoco importunaba á nadie preguntándole nombre, edad, procedencia, motivo de su proceso: cuantas indiscreciones á los demás sugería la curiosidad. Y si algún osado le preguntaba:

—Dime, B***, este apellido no es español; ¿naciste en España?

El se acariciaba lentamente la perilla, entornaba los ojos y sin parar de sonreír socarronamente, decía:

—No; no soy español.

—¿Eres francés?... Dicen que has sido capitán del ejército francés, y tu aspecto es de militar.

—No; tampoco soy francés, aunque haya servido en su ejército.

—Vamos; serás inglés, porque lo hablas...

—Pues tampoco soy inglés.

—¿Ni alemán, ni italiano?

—Tampoco, tampoco.

—¿En qué tierra naciste?

—En ninguna. Aunque no fuese anarquista podría decir que carezco de patria.

—Pues entonces naciste en el agua ó en el aire.

—Es posible.

—¿Y dónde fué?

—Fue, fue... A los 38° 3' 14" de latitud Norte, y á los 37° 14' 31" de longitud Este del meridiano... ¡Tente lengua que el meridiano no puedo decirlo!

—Pues me quedo sin entender una palabra. Dime al menos en que país te criaste.

—Hasta los siete años en uno; luego me trasladaron á otro, y á los diecinueve levanté el vuelo y no he parado hasta entrar aquí.

—¡Luego, has visto muchos pueblos!

—Algunos.

—¿Como cuantos?

—Solo me falta pisar Siberia y Patagonia.

—¿Y deseas ir?

—Mis huesos no descansarían en paz si no estuviesen en Siberia, en Patagonia... y en la Revolución Social.

—¿Y si te fusilan por dinamitero?

—A mí no pueden fusilarme.

—¿Que no? Pues aseguran que vas al *Foso de los Laureles*.

—No mientras me queden uñas para arrancarme una vena, ó haya paredes donde aplastar la cabeza.

Y como el interrogatorio se hacía enojoso, encendía un número de *La Lucha*, y recorriendo a grandes pasos el calabozo con la improvisada tea flameante, cantaba á grito herido,

Hijo del pueblo te oprimen cadenas,
esta injusticia no puede seguir
si tu existencia es un mundo de penas,
antes que esclavo prefiere morir.

El calabozo le coreaba unánime, y cuando arrojaba el resto del periódico parodiando con un ¡bum! final el estallido de la bomba, todos los presos repetían con estrepitoso estruendo el ¡bum! ¡bum! En seguida subía el anarquista al banco inmediato y pronunciaba un discurso caliginoso con gesto y entonación tales, que de haberle visto y oído alguno de nuestros más conspicuos políticos, ya hubiese intentado imitarle reproduciendo ante el espejo la gracia y energía que á su oración comunicaba aquel demagogo. Otras veces ascendía trepidante de gusto á lo alto de los palos que sustentaban las hamacas y rememorando sus pasados tiempos de vida errática, empezaba á declamar en charlatanesco estilo su elíxir de maravilloso empleo contra el dolor de muelas; su unguento compuesto de cien grasas distintas extraídas de osos, leopardos y serpientes; sus estupendas yerbas medicinales procedentes de las más opuestas zonas, según rezaba textualmente el grave charlatán en rauda enumeración y con acento sibilante, nasal, gutural, y en prolija permutación de palabras castellanas, francesas é inglesas entremezcladas de algún americanismo; terminando siempre la perorata ofreciéndose á sacar sin dolor las muelas del absorto auditorio.

Cuando tuve confianza, le sorprendí un día de buen humor con esta, pregunta:

—Amigo B***; usted ha sido charlatán.

El se repuso en seguida, sonrió y dijo contando por los dedos:

—Charlatán, y marinero, y pintor, y profesor de lenguas, y militar, y cochero, y peón de albañil, y carpintero, y titiritero y mendigo... ¿Le parecen á usted muchas profesiones?

—¡Bastantes son!

—Pues aún son pocas para andar por el mundo; que con tanto oficio, han sido innumerables los días que no he tenido bocado de pan que llevarme á la boca.

—¿Y por qué hace usted esa vida aventurera? ...

—Es mi sino; yo soy un «Autónomo,» no puedo soportar ninguna disciplina, y mi pasión es correr, correr de un hemisferio al otro.

—¿Ese género de existencia le habrá costado mucho dinero?

—Muy poco; casi ninguno. Cuando quiero ir de América á Europa; ó de Europa al Extremo Oriente, me alisto en cualquier barco de vela que se dé á la mar, y como mis papeles los tengo siempre en regla y no pido soldada, los patrones me llevan gustosos prestándole servicios de un hombre por solo la comida.

—¿Y le gusta á usted viajar así?

—¡Mucho, mucho! Mis padres fueron armadores y yo nací en una fragata, y el mar me atrae con tanta fuerza, que si en tierra no hubiese también peligros que correr, pasaría mi vida navegando.

—¿Siendo así, usted preferirá el barco de vela como los viejos lobos marinos?

—¡No cabe duda! Como soy partidario del progreso no reniego del vapor. Es más rápido y más seguro. Para el viajero que va en persecución de un negocio el vapor es cómodo; las comidas son excelentes. Pero el verdadero marino despreciará siempre á esos pilotos y capitanes muy puestos de levita y guantes que ofrecen el brazo á las elegantes viajeras. Del mar sólo puede gustarse cuando uno se embarca en cualquier goleta y se arroja Océano adentro sacudido por equinocios y tifones tirando de cuerdas, subiendo por los palos que casi tocan á cada bandazo en las olas irritadas. Hay que oír cómo cruje el maderamen, cómo una ráfaga del ciclón se lleva la obra muerta; como el oleaje rugiente que entra por la proa barre de un escobazo á los hombres que trabajan con la bomba en extraer el agua que hace el barco desmantelado y á punto de naufragar, para comprender el alborozo que se siente cuando el tiempo amaina y el peligro desaparece.

—¿Y en tierra?... ¿De que tretas se sirve usted para viajar por tierra?

—Cuando he corrido riesgo de caer en manos de la policía, nunca ha faltado compañero que me recogiese en algún tren de mercancías. Antes se encontraba la verdadera solidaridad en la masonería. Hoy solo existe entre los anarquistas de acción.

—¿Pero no siempre habrá viajado oculto?

—Es verdad, sólo en casos excepcionales. Como tengo sólidas piernas, lo frecuente es que me convierta en *arpenteur de rute*.

—No entiendo ese modismo francés... *Arpenteur*, creo que significa agrimensor... ¡Vamos, ya sé!...

—Que viaje á pie; ó como en España se dice «caballero sobre la cruz de los calzones.»

—¿Y cómo vive usted?

—Como todos los *arpenteur de rute* llevo siempre mi marmita y cojo de lo que encuentro en el camino, fruta y hortaliza casi siempre, que me sirven para hacer gígotos nunca vistos. No deja de tener encantos esa vida bohemia.

—¿Y en las ciudades?

—En las ciudades, suelo encontrar pronto ocupación. El oficio de sacamuelas, que exige poca ciencia^[28] y menos peso, es muy socorrido en el mundo... Se lo recomiendo... Hay ocasiones que reúno dinero y me instalo en una fonda. No sabe usted los imbéciles que acuden en busca de las yerbas milagrosas y de las pomadas infalibles.

—¿No le han prohibido nunca los médicos el ejercicio de tan lucrativa y fácil profesión?

—Muchas.

—¡...!

—¡Con la música á otra parte!... Me disfrazo de payaso si no hay compañía de acróbatas que me contrate en la ciudad, y voy de pueblo en pueblo dando volteretas al aire... y haciendo propoganda anarquista.

—¿También eso?

—¡Siempre! Mis correrías no tienen más objeto que ese, y satisfacer mis anhelos de plena libertad. Ya lo he dicho: yo soy un «Autónomo.»

—Tiene gracia la denominación.

—No es mía, sino de un médico francés que les dijo á mis padres: «No se causen, es inútil que deseen retenerle en la vida sedentaria: su hijo es un AUTÓNOMO.»

*

* *

Estos rasgos de cordial expansión sólo de tarde en tarde los tenía. Después de pasados, se tornaba silencioso, indiferente á todo, y yo le reputé de egoísta al ver que á nadie ofrecía un cigarrillo ó un sorbo de café, hasta que tuve ocasión de observar que café, paquetes de tabaco picado, papelones de azúcar, panes, medios panes,

zoquetes duros, dinero, cuanto á él sobraba, lo remitía jueves y domingos con cualquier visitante, á los calabozos donde yacían en extrema indigencia los veinticinco ó treinta hombres complicados de anarquismo en su proceso.

Su posición habitual era sentado en el suelo á usanza árabe, con el jarrillo del café posado en la tabla que á modo de banco sostenía á dos palmos de tierra el gran marco de madera, en cuyo palo superior se ataban las hamacas.

En tal guisa pasábase el anarquista horas enteras absorto no sé en qué misteriosas cavilaciones. Con los dedos perdidos en la negra y enmarañada selva de su opulenta cabellera, apoyado el codo en la tabla, debía de soñar en cosas ideales, porque si su rostro varonil adquiría una impasibilidad que le imprimía mayor dureza y su color cetrino se tornaba verduzco cual las viejas ovas de los muertos estanques, su mirar osado se dulcificaba bajo los entornados párpados y parecía prolongarse acariciador hacia el azur infinito donde entre mares de esmerada presentía la Ciudad Ideal que soñaba.

Un día salió de su abstracción sacudido por un ramalazo de odio. Temblábale la perilla y el fosco mostacho; por los ojos le pasaban fulgores de centella.

—¿Concibe usted la venganza? me preguntó.

—Algunas veces.

—¿La venganza implacable, inexorable?...

—Ahora sí.

—¿El ensañamiento; el descuartizamiento; las puñaladas frente á frente ó por la espalda; el envenenamiento; las cien vidas sacrificadas si cien veces renaciese el muerto?...

—Todo eso me explico algunos ratos.

Entonces pareció calmarse.

—¡Nada... nada!... Usted tiene pasión.

Y más quedo no sé qué sentencia formuló.

—¿Y á qué viene todo eso?

—Porque si usted no comprendía lo que es la venganza sañuda, yo se lo hubiese explicado; pero no basta la explicación, sería preciso que tuviera, en mi presencia, al causante de este asqueroso proceso para ejecutar todo lo que he dicho: hacerlo pedazos, mascarlos, escupirlos, patearlos y echarlos al zambullo revueltos con la Cruz y el empleo que desea obtener perpetrando esta infamia que nos costará la vida á varios hombres; que enviará á Ceuta otros muchos; que ha producido la ruina de veinte familias; el fallecimiento en el hospital de un preso; la locura de otro; la desesperación de muchas madres; la prostitución de algunas hijas, porque la prostitución es lo único en estos tiempos de guerra que produce algo.

—Pero esa voladura del Palacio General; esas bombas que les han encontrado, y esos papeles comprometedores...

—¡Todo eso es patraña! Ni yo he intentado volar al general Weyler, ni esas bombas las han fabricado los anarquistas.

—¿Pero existen?

—Es cierto que existen, y ya le obligaría yo á confesar de dónde han salido y cuánto le han costado, al inventor de esta, sangrienta bufonada.

—Posible es que la pasión le ciegue, amigo B*** , y exagere usted la intervención que su jefe ha tenido en el proceso.

—No exagero; no exagero. ¡El me delató, el ha forjado toda la trama que aparece en el proceso, porque le concediesen el empleo inmediato!

—¿Pero usted no hacía propaganda anarquista en su escuadrón?

—No lo niego.

—¿No me ha dicho algunas veces que cuando iban en marcha llegaron los soldados á corearle su «Hijo del pueblo te oprimen cadenas»?

—Es verdad.

—¿Y que su jefe llegó á cobrarle miedo, porque hasta sus propias orejas llegaban las apologías que usted peroraba de las bombas que estallan?

—Naturalmente que aquello era pura broma; deseo de *epatar al burgués*, y mi jete lo es de rabo á cabo; pero, en fin, todo eso es cierto.

—¿Y qué más razón quiere para que por sospechoso le pusieran á buen recaudo?

—Muy bien que por imprudente y temerario me hubiesen reducido á prisión pero eso no justifica esa absurda invención de querer volar la Capitanía General.

—Ya sabe usted que los procesos se parecen á las cerezas en que las inducciones se traban y complican, una sospecha engendra otra, y una mala declaración arrastra en pos de un preso á otros muchos.

—Nada de eso ocurre conmigo. Al autor de esta maquinación le consta que yo no perpetraba ningún atentado.

—Es posible que así sea; pero es más posible que algo temiese de usted; porque su conducta es bastante oscura para que un hombre pueda responder de sus intenciones. Ese aire de misterio que rodea su nacimiento y vida; las leyendas fabulosas que de usted refieren; la exaltación de los ideales anarquistas que en todas partes predica, le comprometen.

—Todo eso lo comprendo; pero no justifica la prisión de treinta hombres.

—Además; si usted gusta de la vida aventurera, cualquiera, hasta su mismo jefe, por muy español y patriota que sea, había de suponer que su puesto propio estaba en el campo de enfrente, en las filas insurrectas. ¿Por qué ingresó usted en el ejército español donde la disciplina es por necesidad más severa y solo podía aspirar al empleo de cabo que disfruta ó cuando más al de sargento? Dados sus antecedentes militares, en la insurrección hubiese obtenido buen grado. ¿Qué oculto móvil pudo inducirle á defender España?

—El juez lo sabe: librar á mi hermano, preso también en la Cabaña. Mi primer propósito era batirme en las filas de la insurrección.

—¡Siempre el misterio rodeándole!

—El misterio, no; la aventura, el deseo de correr peligros. En Tampa estuve dos

meses instruyendo un escuadrón insurrecto compuesto de emigrados y gente de antiguo conocida. Quería educarla á mi gusto, y ya estábamos dispuestos á embarcar cuando recibí carta de mi hermano, condenado por diez años en el presidio de Granada, diciéndome que venía á operar en la brigada disciplinaria. Entonces dejé mi escuadrón, fui á España y me alisté en el ejército para preparar mejor la evasión de mi hermano.

—¡...!

—Es muy sencillo. Como tengo tantos amigos en la marinería, escribí al patrón de un bergantín; comuniqué á mi hermano el día que había de desertar y la casa de la Habana, donde podría ocultarse, hasta que en llegando el barco desertase yo también y nos marcháramos de la isla. Si esperan una semana más, llegan tarde para encontrarnos. A esto se reducen todos los planes é intrigas que me trajeron á Cuba.

Dicho esto sacó varios números atrasados de *La Lucha*, y mostrándomelos, prosiguió:

—Lo que llaman misterio en el hombre suele ser una farsa teatral urdida por la imbecilidad de las gentes. Todos los espiritáis andariegos que damos en recorrer mundo, somos misteriosos. Echese usted á pasear pueblos exóticos con poco dinero, y verá que cuando miente á la China y California, á Moscou y Tegucijalpa, la gente se hace cruces tomándole por un judío errante, que en París viste levita y descarga carbón en los muelles de Nueva York. Las circunstancias concurren de vez en cuando á tejer la leyenda dándole interés con sus previstos incidentes. Vea usted estos periódicos y se convencerá.

El primero era el de más reciente fecha y relatava con prolijos detalles la detención de B***, y de los propósitos que le atribuían.

—Pues lea este otro número que es más viejo.

Marcada con lápiz azul había una noticia entre otras muchas de la guerra, diciendo que el insurrecto B***, después de muerto el caballo y herido él en una pierna había caído en poder de la columna española contra la que se batió valientemente mandando un escuadrón enemigo. El prisionero era alto, moreno, de arrogante planta, llevaba perilla y había servido en el ejército francés. Según sus propias declaraciones embarcó en Tampa, donde estuvo instruyendo á los separatistas que le acompañaron en la expedición.

—La identidad de nombre, tipo y circunstancias del lugar es perfecta. Parece que se trata de usted, le dije al concluir la lectura.

—Pues vea usted este otro que recibí en París, cuando aún no pensaba ingresar en el ejército español ni en el insurrecto.

El periódico estaba ya amarillento. Correspondía á los primeros tiempos de la guerra, y decía que en un vivo fuego sostenido con el ejército había muerto el cabecilla B***. Después de herido, rodeáronle varios soldados para que se rindiera; pero él siguió esgrimiendo el machete y haciendo fuego con el revólver, hasta que un disparo de Maüsser le atravesó el pecho dejándole muerto, recostado en la palmera

que le defendía la espalda. Entre los documentos que le encontraron había algunas cartas de significados anarquistas europeos.

—Es verdaderamente extraño que un mismo hombre muera y renazca luego para caer herido y prisionero, y al poco tiempo le detengan por anarquista. ¿Y cómo se explica eso?

—Alguien tomó mi nombre cuando dejé el escuadrón para entrar en las filas del ejército. No puedo explicarme de otro modo aquel suceso.

—¿Pero y el B*** muerto?

—Le diré á usted. Mucho antes de estallar la guerra estuve algún tiempo en la Habana, contribuyendo eficazmente con mi propaganda á fomentar el movimiento anarquista que tanto preocupó á las autoridades. Por aquella sazón surgió la huelga de tabaqueros en Tampa, y los trabajadores más significados solicitaron mi opinión sobre lo que debían hacer.—«Puesto que son las fábricas lo que os estórba—les contesté—quemad las fábricas.»—«Eso se dice muy fácilmente desde la Habana»—me replicaron.

Al día siguiente tomé el vapor que hace el servicio de Tampa, presentándome al anochecer en ésta población. —«¿A que vienes?» me dijeron.—«A quemar las fábricas» les contesté. Ellos se opusieron atemorizados; hubo quien dió aviso á la policía y tuve que salir precipitadamente dejando la maleta con toda mi documentación. Alguien se aprovechó de ella.

*

* *

Durante algunos días ví á B*** muy ocupado en la lectura de viejos librotos llenos de símbolos y extrañas fórmulas, que retenían largo espacio su atención, como si quisiera penetrar en el sentido oculto que entrañaban. De cuando en cuando, sus labios sonreían en involuntario descuido.

—¿Qué lee usted? le pregunté.

—Me preparo para mago.

—Es un oficio que falta en el catálogo de los que profesa.

—Y el más eficaz de todos para vivir bien en los momentos de apuro.

—¿Quién le ha sugerido la idea de estudiar magia?

—Un preso, Suárez, que es una especialidad en el cartomancismo.

—Pero Suárez es un muchacho muy listo para creer y menos aún practicar la cartomancia.

—Tiene fe profunda en ella. Asegura que todos los sucesos prósperos y adversos de su vida, se los ha revelado la magia blanca.

—¿Y usted también cree?...

—¡Indudablemente! ¿Cómo no he de creer si me predice bienandanzas infinitas... cuando salga de presidio?

—¿A muchos años le condenan las cartas?

—A dieciocho: tengo treinta y tres; de modo que á los cincuenta y uno seré feliz.

Suárez era un mallorquín establecido en la República Argentina, espíritu algo atrabiliario, emprendedor y dueño según decía de holgada fortuna. Como otros muchos españoles residentes en la América latina, Suárez sintió el herizamiento patriótico al estallar la guerra, y se alistó como voluntario para templar el frío pertinaz que le entraba por la espalda al muy regalado calorcillo de la pólvora y las balas.

No necesitó tanto para calmarlo, pues dizque á las pocas horas de embarcado, un sargento le obsequió con media docena de más que regulares bofetadas por no quererse poner el traje de rayadillo; y como él protestara á grandes voces de que era inhumano tratar con tanto despego á los que inflados de patriotismo volaban á la guerra dejando el bienestar, mujer é hijo, el comandante encargado de la expedición le midió con una cuerda la espalda en tantas direcciones y con tanto ardor que bastó este sencillo trato á curarle de escalofríos patrióticos. Apenas arribaron á Cuba, el primer cuidado de Suarez, aún no bien repuesto de la paliza, fué colocarse á honesta distancia de donde pudieran chamuscarle el pelo; pero á las pocas semanas dieron con él, declaro que era desertor, y si antes perdió su hogar por exaltado patriotismo, ahora perdió la libertad por curarse de él en demasía. Tres años llevaba preso en la Cabaña entreteniendo el largo hastío haciendo mágicos círculos con los naipes, que aun no le habían dicho á punto fijo cuándo saldría del calabozo. Su sentimiento mayor era que con lo aturdido que le dejó la dicha de ir á Cuba para luchar por su patria, se dejó olvidada en casa la piedra-iman que le hubiera aclarado con su virtud secreta las brumas que le ocultaban el destino futuro.

Naturalmente que á mi también me echó las cartas.

—Corte, me dijo un día, presentándome una baraja francesa.

En seguida empezó á disponer en círculo las cartas. Parecía dudar y turbarse... ¡Quizás presentía la invasión del espíritu pitónico...! Pasó la mano por la frente, y luego de considerar buen rato los montones de naipes, tomó uno, en seguida otro, el tercero después...

—Aquí dice que saldrá usted en libertad muy pronto.

—Una sibila no sería más vaga al pronunciar su oráculo. Como todo es relativo, amigo Suárez, *muy pronto*, puede ser dentro de unos sesenta ó setenta meses; y si no, dígame: ¿que es el mes si no un momento fugacísimo, un segundo apenas, en la lenta, infinita y siempre uniforme eternidad de la justicia militar española? Yo que he sido secretario de causas ¡oh, amigo mío! yo que he sido el primer secretario que con gran

espanto del juez—¡asómbrese de mi atrevimiento!—he redactado diligencias y declaraciones sin copiar *ad pedem literæ* el enojoso y mal escrito formulario del Sr. Ugarte (¡quién iba á pensar que este respetable señor mío había de ser ministro!); yo que he dado vale y raya á los mejores defensores militares escribiendo defensas coruscantes en las que citaba autoridades tan eximias en achaques de hurtos y reyertas como Goethe y Leopardi, defensas notabilísimas que me estropeaba un capitán leyéndolas con acento andaluz tan desaborido, que rompía el lirismo de las cláusulas y quebrantaba la seriedad del respetable tribunal; yo, en fin, hubiese tenido bastante con tres días no cabales para instruirle muy cabalmente su expediente por deserción; y ya está usted viendo, cerca de tres años llevan plumeando, ó haciendo como que plumean su digno juez y su no menos digno secretario...

—¡Y lo que te rondaré, serrana! Pero aquí no se trata de ese tiempo inmortal. Las cartas rezan que solo durará su prisión dos meses.

—¿Dos meses?... Compulse, compulse y rectifique, pues la cuenta debe estar errada.

—Las combinaré en otra forma... Una, dos, tres, cuatro y cinco... Una, dos, tres, cuatro y cinco... Una y dos... Una y dos... ¡Justo, dos meses!

—¡No me conformo! Tiene que ser más.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—¡Mal día!... Esperaremos á la media noche del sábado.

—¿Es que tiene alguna relación la cartomancia con las brujas?

—Ninguna; pues la magia que yo practico es la blanca; pero como en esta ciencia intervienen potestades superiores, parece que sienten preferencia por los sábados. Si tuviese aquí mi piedra-imán no necesitaríamos aguardar.

Alumbrados el sábado con una lamparilla que al anarquista servía para trazar sus signos cabalísticos mientras estudiaba de noche, esperamos reloj en mano que diera la hora señalada. Tres ó cuatro presos insomnes nos rodeaban con supersticioso silencio. El mago empezó sus círculos de naipes, y á formar luego montones de cartas entrecogidas. Tomó uno y dijo:

—No hay duda; dentro de dos meses recobrará usted la libertad.

—¡No me conformo! le respondí.

—Si piensa usted burlarse, recojo las cartas. ¡Esto es muy serio para tomarlo en broma!

—¡Si no me burlo!... Pero me parece imposible verme tan pronto en la calle, cuando aún no han elevado mi causa á plenario.

—¿Y lo imprevisto, amigo? Un indulto, por ejemplo...

—Es verdad... Me conformo con el fallo que las cartas pronuncian. ¿Dos meses justos?

—Tres ó cuatro días más, tres ó cuatro días menos.

Pasaron los dos meses y otros dos luego y la libertad no venía. Sin duda la cuenta

estaba errada, porque tres ó cuatro meses más, tres ó cuatro meses menos, fue á los dos años cuando me echaron á la calle.

—Adelante, amigo Suárez.

—Leo que en el próximo correo de España viene una carta anunciándole desgracias de familia.

En efecto; á los pocos días supe que estaba enfermo un primo, de cuyo nombre no recordaba.

—¡Hola, hola!... ¿Y tan callado lo tenía?...

—¿Sí?... ¿De qué picardía se trata?

—No sabíamos que tuviera usted amores.

—Ni yo tampoco lo sabía.

—Pues las cartas rezan que hay dos mujeres, una rubia y otra morena, que se lo disputan.

—¿A mí?

—A usted. Y aún cuentan más... Dicen que la morena reúne más probabilidades de vencer.

—¡Que buena pro le haga!

Sin duda la lucha prosigue muy encarnizada entre ambas, pues no obstante los seis años transcurridos aún estoy á disposición de rubias y morenas.

—Dice este círculo que sufrirá usted otra prisión, pero muy corta y con ganancia de dinero.

—¿Alguna estafa?...

—No dice el por qué... Sigue inmediatamente su casamiento; graves disgustos domésticos, y muchos hijos.

—¡¡La mar!!

—Eso viene... Viaje largo por mar, que le tendrá separado bastante tiempo de la familia.

—Mire si son las pependencias con mi mujer las que me obligan á huir desesperado.

—Está muy oscuro el significado de las cartas y no veo bien. Conténtese en saber lo que ellas buenamente revelan y no quiera forzar las puertas del destino.

—Adelante, amigo Suárez. ¡Me someto al destino!

—Dará muchos tumbos por el mundo...

—(¡Ay de mí, cuántos estoy dando!)

—Soberbio porvenir...

—¡Loado sea Dios, que me dice algo bueno!

—Vivirá setenta años.

—Eso mismo me dijo una gitana.

—Y en fin; morirá de un accidente.

—¡El Señor me coja confesado!

Suárez reunió con plácida sonrisa las dispersas cartas y luego de barajar ensimismado largo rato, me dijo:

—Si tiene deseo de saber algo, ahora está usted á tiempo de preguntar.

—Hombre, sí; hoy, precisamente, he dirigido una carta tremebunda al general Ahumada. Vea si me pagarán pronto.

El mago hizo nuevos círculos y nuevos montones de naipes y torciendo el gesto, murmuró:

—¡Tenga paciencia!... ¡Tenga paciencia!...

Y sin dar las buenas noches me tumbe malhumorado en la hamaca.

*

* *

La tarde siguiente^[29] vino á hacernos compañía el perverso Apolo que imaginó la fuga del 57. Cuatro semanas estuvo holgando en la Habana.

Apenas cerrada la puerta tomóle de su cuenta el guapo del calabozo y con severo tono le previno:

—Te dejo estar aquí porque espero la libertad de un momento á otro; pero mira mucho lo que haces, pues al menor desliz^[30] te arranco la piel.

Después de prometerle vasallaje, el bello presidiario soltó la hamaca en un rincón y vino á saludarme.

—¿Usted por aquí?... ¿Cómo va su causa?

—No sé nada... ¿Se ha divertido mucho en la Habana?

—Regular; pero ya me cansaba.

—¿Le han detenido?

—No; me he presentado.

—¿Y por qué?

—Pues, por eso... empezaba á aburrirme. Además, se me había concluido el dinero... ¿Han hablado mucho de mi fuga?

—Así, así.

—Lo suponía. También en la Habana se comentó mucho.

—Ya sé que sus compañeros volvieron pronto al calabozo.

—Sí; dijéronme que á uno le detuvieron al siguiente día, y que los demás se presentaron en la misma semana.

—En este rastrillo es menos fácil la evasión. Supongo que renunciará á ella.

—¡No lo crea; es mucho mas fácil!... Solo habría necesidad de matar á un centinela para huir impunemente... Y es muy fácil matarle.

—¡Duro es el recurso!

—Nunca es duro matar á un enemigo, y el centinela es el enemigo natural del preso. Si no fuese por esos alanos que rodean las prisiones, las puertas y los cerrojos serían fáciles de vencer... Sin necesidad de apelar á esos extremos, yo me iré cuando se me antoje.

—¿De la Cabaña?

—No; aquí siempre hay peligro que correr... Voy á darle dos remedios casi infalibles^[31].

—Vengan, que quizás necesite aprovecharlos algún día.

—¿Si le condenan á muerte?

—¡Justo!

—No espere á tanto... ¿Tiene dinero?

—Ni un céntimo.

—Le hacen falta algunos pesos.

—Confío recibirlos pronto.

—Por cuatro centenes le garantizo^[32] la fuga con un doble golpe.

—¡Diez le daré si no marra!

—Escuche, pues la cosa es fácil. En un mismo día yo expulso sangre y usted se finge enfermo. Basta para ello con que se meta en la hamaca media hora antes de llegar el médico y echarse encima seis ú ocho mantas. Le pulsará, el termómetro marcará 39° de aparente fiebre, y al hospital en seguida.

—He visto emplear eficazmente este recurso á otros presos. ¿Pero, y si no diese resultado?

—Dará, no se apure. En último extremo, por tres ó cuatro pesos le extenderá la baja el practicante.

—¿Y después?

—Por la tarde vendrán un cabo y dos soldados á conducirnos. Nos maniarán, como es natural; pero apenas salgamos del castillo yo me encargo de que nos quiten los cordeles por muy receloso que sea el cabo. Al llegar á la bahía tomaremos unas copas de ron Bacardí, las necesarias para que pierdan el miedo; les ofrecemos tabacos Caranchos, porque ¡caramba, es un momento de expansión que tenemos los pobrecitos presos! Usted enseña un par de centenes que le estorban, y que es preciso gastar en el camino. ¿Entiende?

—Adelante, adelante...

—Al desembarcaren el muelle echamos otras copas sobre las cuatro ó cinco anteriores, y de pronto le entra á usted gana de comer; á mí también; y como el rancho no puede ser obstáculo para tomar algo más agradable, ellos se avendrán gustosos á entrar en cualquier fonda de las muchas que por allí hay. Además; nada pueden temer porque hay mucha concurrencia de militares, policías y paisanos que nos detendrían al primer ¡ataja! que dieran. ¿Ya usted entendiende?...

—Todo va bien hasta aquí.

—Pues lo restante es más fácil.

—Hable, hable, que me interesa.

—Comemos, y sobre todo, damos á la escolta mucho y buen vino. Yo animaré la cosa, puesto que usted es muy fúnebre, y hasta saldré por peteneras, proponiendo para terminar la fiesta ir en coche para más seguridad á una casa de broma que yo conozco. Ellos, animados por la bebida y el jaleo, no se opondrán, y si se oponen, un centén y todo el gasto pagado sobraré á inducirlos...

—¿Y la salida?

—La dueña es amiga mía, y la casa tiene dos puertas.

—¡Magnífico!... ¿Pero no pudiera ocurrir que á pesar de todo fracasáramos?

—Con mi cabeza respondería del triunfo... Tantas veces como he ido al hospital, he hecho todo lo dicho con muy poco dinero... ¡Si hubiese^[33] querido escapar!...

—No obstante, insisto en que cualquier eventualidad podría dar al traste con tan bonito proyecto.

—Ya le dije al principio que el golpe era doble. En el caso improbable de no lograr nuestro intento llegaríamos al hospital de San Ambrosio.

—¿Y en él consumiríamos la fuga?

—¡Indudablemente!

—¿En la sala de presos, reforzada de precauciones desde que el cabecilla Coloma intentó marcharse?

—En la sala de presos moveremos un escándalo monumental. El médico de guardia dispondrá que nos bajen á los calabozos de castigo, cuyas ventanas dan á un pasillo que comunica con el dormitorio de los sanatorios.

—¿Pero las ventanas tendrán reja?

—La tienen, y hasta es posible que nos lleven á calabozos distintos; pues como son de castigo, solo hay en ellos camastro para un preso.

—Entonces...

—Como en mi viaje á la Habana me he provisto de palos de acero—mírelos ocultos bajo el topacio de esta sortija—se los entregaré á usted y trabaja por la noche en limar un hierro tapando luego el corte con ceniza.

—Y después...

—Espera un momento oportuno para huir. La fuga tiene que ser de día.

—¿De día?...

—¡Naturalmente! á la hora de comer no hay ningún sanitario en el dormitorio. Quita usted el hierro, salta al pasillo desierto y penetra en aquél.

—¿Y no habrá obstáculo?

—Las ventanas están siempre abiertas y la calle á un metro de altura.

—Tiene usted una fantasía prodigiosa.

—¡Psch!...

—¿De modo que las evasiones no tienen dificultad para usted?

—Ninguna; y me admira que los demás no las conciban... Ya ve usted si serán

tontos esos centenares de presos insurrectos, que no pudiendo responder ninguno de su vida, aún no se han arriesgado á tomar la Cabaña.

—¡La Cabaña en poder de los presos!... Usted está loco.

¡Que he de estarlo, hombre de Dios, si es la cosa más fácil del mundo! Y el caso es que he indicado mi plan á varios; pero son tan estúpidos, que les parece fantástico.

—¿Y á quién no lo parecerá?... ¡Los presos dueños de la fortaleza!

—Y lo que es más gracioso... los defensores prisioneros.

—Sería una obra maestra.

—Que yo realizaría si fuese insurrecto y los demás me secundasen.

—¿Y dice usted que no es difícil?

—Muy fácil. Todo se reduce á correr algún riesgo, y bien pueden afrontarlo nombres que lo corren de muerte. ¡Valiente golpe pudieran dar, que resonara en todo el mundo! ¡Si yo estuviera entre ellos pronto los decidiría!

—Si puede revelarme el secreto, que sea pronto; pues me tiene impaciente.

—¡No es secreto! Preste atención.

—Veamos.

—¿No ha notado usted que la guarniciones tan insuficiente que los soldados se quejan del mucho servicio, y que para relevar las guardias tienen que recurrir muchos días á los músicos?

—Todos lo sabemos.

—Luego los defensores son escasos.

—Sin duda.

—También estamos viendo que las armas son malas: Remigthons inservibles, de puro deshecho, que tienen atadas cuerdas de esparto haciendo uso de portafusiles. Las bayonetas están tomadas de orín y adheridas al cañón, de modo que ni siquiera pueden extraerse.

—Es verdad.

—Y los percutores casi ninguno funciona; las municiones apenas sirven, y difícilmente podrían alojarse en el ánima oxidada del cañón. ¿No ha oído á los mismos centinelas burlarse de esos inútiles chirimbolos?

—Así es.

—Luego las armas ni pinchan, ni cortan.

—Son la carabina de Ambrosio.

—Bueno; dejemos este cabo y tomemos otro. Ya lo andaremos.

—Escucho al Sócrates carcelario.

—¿Quién es ese Sócrates?

—Un hombre á quien mató la justicia por mucho hablar.

—Pues si á mí me dejan hablar no hay justicia que me mate.

—Prosiga.

—También habrá notado la abundancia de armas que hay entre los presos.

—¡Más de las convenientes!

—Y que los insurrectos tienen más facilidad de recibirlas; porque los hombres y mujeres se agolpan como moscas á la puerta de sus calabozos los días de visita.

—Pero los registran al entrar.

—Sí; las cestas y paquetes; pero el cacheo de las personas es muy superficial... Sobre todo el de las mujeres.

—No lo sabía.

—¡Pero yo lo observo todo! Un jueves ó un domingo sería suficiente para armar á los quinientos insurrectos que próximamente habrá presos.

—Pero es muy peligroso.

—Peligroso no; imprudente sí; pues un «soplón» podría irse de la lengua y desbaratar mi plan.

—Así me parece.

—Por esa razón yo solo armaría de revólvers dos calabozos, el 42 y 43, que están á la vera del puente.

—¿Los de la gente rica y más comprometida?

—Y que no me haría traición si la juramentase.

—Es posible.

—Entre ambos calabozos bien habrá 60 á 70 hombres.

—Los menos.

—Con buenas armas que oponer á las malas del castillo.

—Falta que se encuentren frente á frente.

—Se encontrarán.

—¿A ver como las dispone usted en línea de batalla?

—Cada tres meses hay revista de presos.

—¡¡Ah!!... ¡Ya voy comprendiendo! Usted bien vale por un Maquiavelo.

—¿Si; y quién es Maquiavelo?

—Un hombre muy listo que ya murió... Prosiga que aún no veo bien la solución.

—Ese día se saca á los presos por calabozos para que en el Cuarto de Banderas expongan ante el General las quejas que tengan.

—¡Conozco esa pantomima!... Dos veces he expuesto las mías infructuosamente.

—Lo mismo sucede á los demás... Calabozo tras calabozo le llegará su turno al 42, el primero de los armados.

—Y cuando éste entre en el Cuarto de Banderas sacarán al 43, según costumbre, para que espere á la puerta. ¿No quiere decir eso?

—Me ha comprendido.

—A ver cómo prepara usted el golpe decisivo.

—Casi toda, la guardia, es decir la guarnición, se dispone este día para custodiar á los presos, conducidos en dos Alas, de modo que á cada preso, viene á corresponder un soldado.

—Ya voy viendo claro.

—A una señal convenida, y ninguna mejor ni más á tiempo para que la oigan los

de adentro, como la voz de ¡alto! que da el oficial en llegando al Cuarto de Banderas. Cada preso pone el cañón del revólver en la cabeza del soldado que tiene inmediato, y los que están dentro sorprenden al General con todo el séquito de auditores y jueces instructores que le acompaña.

—¿Pero no cuenta usted que puede haber lucha?

—Peor para los militares, que mal armados y sorprendidos por lo rápido de la acción tendrían que rendirse.

—¿Ha concluido?

—Aún no. Inmediatamente hay que tomar las llaves, abrir los calabozos sucesivos y distribuir las armas de los vencidos. En seguida bajar el puente, que está á dos pasos, para impedir que lleguen refuerzos de la Habana.

—¡Adelante, adelante; que aún hay algo por vencer!

—Si; á los soldados dispersos, algunos artilleros y los oficiales que viven en la Cabaña. Esto es lo de menos.

—¿Y qué más haría usted?

—¡No sé!... Lo cierto es que daría un soberbio golpe, y que la Cabaña pertenecería á la insurrección... ¿Quién sabe?... Si yo fuera un desesperado como ellos, es muy posible que enfilara las baterías hacia la Habana... ¿Y quién sabe, quién sabe?

—Considerado en detalle no me parece difícil lo que me ha dicho; pero visto en conjunto y en sus consecuencias, el plan se me antoja fantástico, irrealizable.

—Pues todo consiste en atreverse. Del resultado respondería yo con la cabeza... Sobre todo, un preso amenazado de muerte como los insurrectos, no debe pararse en dificultades: con una sola probabilidad que le abone debe de cerrar los ojos á las noventa y nueve contrarias, y echarse resueltamente por el camino arriesgado que á la salvación conduce.

*

* *

Quizás la temeridad que la empresa suponía diese apariencias de irrealizable al plan que expuesto queda; pero yo no hubiese tenido inconveniente de secundar al bribón, cuando vi poco después con cuanta sencillez y naturalidad recomendaba á otro preso una evasión, felizmente realizada en pleno día.

Andaba por la Habana un pícaro manirroto á quien nadie conocía, especie de Nabab silencioso siempre y taciturno á ratos. A las dos más hermosas mujeres de la

capital habíalas puesto casa suntuosa y elegante coche, y fingiendo amores castos ante los papas, dió al traste con algunas doncellas. Una de las víctimas burladas no pudo ocultar la derrota del honor, y su padre, personaje de bastante influjo, exigió del galán que reparase el daño ocasionado, uniéndose en matrimonio á ella. El ofensor quiso escurrir el cuerpo, pero la policía intervino y deteniéndole una tarde le condujo al cuartelillo. Cincuenta centenes le costó la fuga, y durante dos meses vivió en la Habana, perseguido contantemente por el padre de la mujer burlada y tolerado por los agentes policíacos á quienes trataba con gran liberalidad.

Las gestiones perseverantes del ofendido remataron en saber que el espléndido mozo era desertor del ejército. Entonces intervino la justicia militar, que le condujo con las manos atadas y cerrando á cal y canto las orejas para no oír las cifras de centenes que le prometía á la escolta, si fingiendo descuido le dejaba huir.

Acosado por el juez reveló que era efectivamente desertor del ejército, y dijo su nombre, pueblo de origen y batallón de que procedía; pero todas las gestiones que el instructor practicó para identificar su persona fueron infructuosas. Sabiendo que al buen callar llaman Sancho, cuantas veces le interrogaban, otras tantas respondía uniformemente con el mismo nombre, idéntico pueblo, y batallón igual. A los presos les contestaba de semejante manera, aunque acompañando la repuesta con una sonrisa enigmática. Llamóle á su despacho el General Gobernador de la fortaleza interesado por el padre de la joven seducida, y aún esta misma subió en cinta á suplicarle que fuese franco al declarar, porque todo, hasta el proceso se arreglaría gracias á poderosas influencias; pero el seductor se obstinó en decir que su nombre, pueblo y batallón eran los manifestados en sus declaraciones.

Pasaron meses, el general Blanco ordenó que le llevaran á su presencia; hablóle en tono amistoso; le rogó; ofrecióle benevolencia; hasta próxima libertad con tal de que le prometiera casarse con la ofendida. El General en Jefe llegó á la súplica; pasó luego por la amenaza; insistió pacientemente en todos los tonos, volvió á insistir, y cansado ya de tanta obstinación, tocando el timbre dijo á un ayudante:

—¡Llévese á ese hombre; porque se me ha agotado la paciencia y no respondo de lo que pueda hacer si continúa en mi presencia!

Cuando los españoles evacuaron la isla de Cuba trajéronle aquí y nadie ha podido darme noticia de él. Supongo que seguirá repitiendo la misma cantata del nombre, pueblo y batallón.

Durante las primeras semanas de su aprehensión túvole castigado el juez en el calabozo número 55 para obligarle á declarar^[34], pero sabedor del procedimiento que el bello presidario había empleado para huir quiso imitarle, y confabulándose con un soldado que le surtió de limas sordas pasó algunos días en cortar la parte inferior de un barrote: torpe recurso, pues desde la primera fuga el llavero reconocía diariamente las puertas golpeándolas con un recio hierro, y al notar el quebrantado, llamó al oficial de semana propinando entre ambos regular paliza al osado.

Cuando le alzaron la incomunicación, trasladáronle al 34, donde el malandrín

imaginador de fugas, le dijo riendo:

—¿Pero no comprendías, animal, que el de la requisita iba á descubrirte?

—¡No pensé en ello!

—En vez de pagar al soldado que te subió las limas, tenías que haber conquistado al llavero á fuerza de centenes, ya que tantos tienes.

En seguida contrajo el ceño asaltado de rápida idea y prosiguió:

—¡Vamos á ver!... ¿Cuánto me das y te preparo la fuga?

El otro tembló de sorpresa; pero reponiéndose pronto, arrugó también el entrecejo y mirando recelosamente á su interlocutor que sonreía con el rostro iluminado de gozo, guardó silencio.

—¡Contesta!... ¿Cuánto me das?...

—¿Me aseguras la fuga?

—¿Tienes sangre fría?

—Bastante.

—Pues en el caso de que no logres huir, nada pierdes: te devolveré el dinero.

—¿Cuánto quieres?...

—Diez centenes.

—Aceptado.

—La empresa es muy sencilla, y sin riesgo.

—Habla. Te daré los diez centenes el domingo, y si quedo bien prometo enviarte otros tantos.

—Pues oye. Encarga al mismo soldado de las limas que espere en el retrete con una guayabera, de rayadillo y un sombrero de jipijapa. La tarde que desees marcharte cojes el zambullo y vienes de limpieza conmigo. Yo lo vaciaré y saldré á la puerta para entretener á la escolta mientras tú, que has venido del calabozo en camiseta y pantalón, te pones el sombrero y la guayabera y te alejas por la otra puerta, como cualquier soldado que ha ido á hacer algún menester.

—¿Y si alguien me reconoce?

—Te detendrán; y luego de propinarle buena paliza, volverás al calabozo, donde prepararemos otra evasión.

—¿Y si nadie repara en mí?

—Pues á buen paso, pero sin aceleramiento, subes hasta la rancharía, descienes por el rastrillo de los insurrectos, y como aún es hora de paseo, tomas la puerta y sales del castillo.

—¿Tendré tiempo de hacer todo eso?

—No te faltaré. Yo diré á la escolta que una necesidad urgente te ha retenido en el retrete; le daré conversación, y cuando comprenda que ya estás en la puerta de la fortaleza, te llamo; tú no contestas; insisto y, como es natural, la escolta mirará dentro y no viéndote se alarmará; no sabrá que hacer; querrá buscarte por los alrededores; pero como no puede abandonarme, es muy posible que pida auxilio aumentando la confusión con la gente que llegue. Unos perderán el tiempo discutiendo; otros

mirarán por los orificios del retrete á ver si has caído al fondo; los más perspicaces rebuscarán por los pabellones y dormitorios, y cuando sospechen que has podido salir de la Cabaña, ya estarás en la bahía.

—¿Y si interrogan al soldado que me llevó la guayabera?

—Eso no te importa. El tendrá buen cuidado de entrarla oculta. ¿Te decides?

—¡Decidido!

Algunos días después se comentaba en la Cabaña fuga tan sencilla como primorosa. Sorprendido el evasor á las pocas semanas, trajéronle al calabozo y nuevamente volvió á fugarse con su consejero utilizando el proyecto del hospital que éste me había recomendado; pero por tercera vez le aprehendiera y ya no tuvo ocasión de huir.

*

* *

A la derecha del calabozo y recortando casi todo el ángulo, se erigía un alto muro perforado^[35] en su parte media para que entrase alguna luz á través de pequeña reja que daba al rastrillo. Esta ventana, mejor designada con el nombre de hondo agujero, era como un segundo calabozo dentro del primero, y en él habitaba meses há un perdonavidas reducido á la impotencia por el jefe del **34**. Estaba enfermo, muy enfermo, según decía suspirando broncamente; pero su mal debía ser la nostalgia de no poder realizar fechorías. Llevaba luenga barba^[36] entrecana, crecida por la desidia, y la frente anudada con grasiento pañuelo de yerbas. Al verle por primera vez me pareció el preso que tan gran susto me produjo la noche del **55**; pues su rostro de grandes pómulos, su boca enorme de gruesos labios exangües, el pecho recubierto de cerdosa pelambreira y sus ojos grises y escondidos bajo ceñudas arcadas, revelaban idéntica ferocidad; solo que éste no hacía empleo de la sátira, al hablar, y sus más significativos medios de expresión eran el bufido y el gruñido.

Si alguien osaba trepar á su manida tenía que hacerlo con mil atenciones, echándole algún cigarro desde abajo, invitándole á jugar algún tute, ó diciendo que iba á contarle chismes de otros calabozos. Si así no se hacía era difícil asaltar el agujero, porque apenas el Cancerbero oteaba las manos del rampante, revolvíase en su guarida, gruñía sordamente y apenas asomaba la cabeza del osado le soltaba la blasfemia, si antes no había encontrado algún zapato que arrojar.

Para sacarle de la cotana era preciso que el tahúr, tendiendo el trozo de manta

vieja, modulase su uniforme y socarrona cantinela.

—¡Acudan los ratones, que ya está el queso!...

Y él acudía en seguida, lamentando imaginarios males que le arrancaban del alma quejas dolorosos y adúlteros suspiros. Sus dolencias se curaban radicalmente tan pronto como el banquero, cruzándose de piernas, tomaba asiento en el suelo y comenzaba á peinar los naipes. Toda su vida concentrábase entonces en los ojos grises que seguían con profunda atención el curso de las cartas.

—¡Tres centavos á la sota!... ¡Cinco al rey!...

—¡Juego!

Mientras el banquero volvía la baraja y echaba cartas, al punto le temblaba el insulto en los labios, esperando la ocasión de que saliese la contraria para escandalizar.

—¡Cochino, embustero, tramposo! Era el rey quien venía; ¡maldita sea tu estampa! Has echado el pega; ¡indecente, marrano! Devuélveme mi dinero ó te saco los ojos.

El de la timba replicábale en términos no más pulcros, y cuando la disputa tomaba mal siniestro intercedía bonachonamente el guapo que cobraba los gajes del juego:

—¡Haya paz, señores, al que no le convenga jugar «así,» que se retire!

Pero no se retiraba el oso jugador. Mientras tenía dinero continuaba allí, gruñendo, ladrando, sudando y tosiendo la rabia que le ahogaba. Y cuando había perdido hasta el ultimo centavo, levantábase ronco del suelo, y lentamente, acosado de los agudos males que ya habían retornado, se hundía en su agujero á desfogar el malhumor con los presos rivales de otros calabozos, que se asomaban á las rejas para devolverle los improperios.

¡Había que oírle entonces! Tendido á lo largo de la ventana, su cuerpo voluminoso se retorció de impotencia y los ultrajes más bastardos brotaban encendidos y detonantes de su boca, mientras las manos sacudían iracundas la reja para forzarla y precipitarse en busca de sus adversarios, que de los calabozos fronteros le dardeaban con otros tantos insultos y miradas inyectas, relampagueantes de odio. De nada servía la intervención de los centinelas, si no era para recibir un turbión de ofensas... La riña se contagiaba frecuentemente de calabozo en calabozo, y el clamoreo era estupendo y ensordecedor. Cincuenta bocas rabiosas escupían maldiciones y amenazas inverosímiles; todo el vocabulario chabacano de la gente infame revoloteaba airado por el rastrillo, y los brazos salían temblorosos entre las rejas para que el juego de las manos crispadas comunicase mayor vehemencia á las palabras. No satisfechos^[37] con apostrofarse invisibles, acudían en ayuda de los espejos, que sacaban entre los hierros, para que de unos en otros se reflejase la imagen del oculto enemigo, y poderle dirigir mejor el bravio apostrofe. Y era tan grande la rabia, que trocando en realidad la ilusoria figura retratada, contra ella arremetían á veces rompiendo el inofensivo cristal de una puñada, si antes no lo había roto el culatazo del centinela próximo.

Solo la llegada de los oficiales, ó el cansancio podía fijar término á este fantástico escaramuceo; pero como la irritación perseveraba interiormente, exteriorizábanla en cartas tremebundas, compuestas de frases breves, recortadas, formidables, concertando desafíos tan absurdamente sañudos, que apenas templados los ánimos reconocían la imposibilidad de consumarlos.

En una de esas locas disputas propuso el tigre mi vecino salir por la tarde á verter las inmundicias, y en el camino dirimir la cuestión á puñaladas. Su adversario aceptó. Llegada la hora, ambos cumplieron su palabra; pero no pudiendo encontrarse en el gran retrete de la muralla, fué en el rastrillo donde un hombre quedó expirante. Mientras el llavero abría y cerraba las puertas inmediatas, los enemigos abandonaron sus depósitos, y requiriendo las facas, el del **34** hundió la suya, en pleno pecho enemigo antes de que los soldados pudieran evitarlo.

Este alto ejemplo cundió entre otros más tibios, que durante algunos días no se dieron tregua en trastejar innumerables carteles de desafío; aunque sin pasar de ahí, excepto dos bravucones que acordaron matarse irremisiblemente aprovechando también la ocasión de la limpieza; pero menos rápidos que el maestro en asestar el golpe mortal, interpusiéronse escoltas y centinelas que les signaron y santiguaron á mano llena y pleno rostro, mientras que algunos de peor genio les sumían las costillas á culatazos.

Bien molidos y calientes fueron al calabozo de castigo, y para que no viniesen^[38] á las manos metieron á uno en la cripta interior, donde yo pasé la primera noche, dejando al otro con el preso del **34** que aún estaba purgando la soberbia puñalada del rastrillo. Apenas cerrada la reja medianera, los dos rivales comenzaron á increparse y en seguida á cambiar coces, bofetadas y arañazos á través de los hierros. Pero todo esto era nada para desahogar su concentrada cólera: necesitaban más, mucho más: darse de puñaladas, destrozarse^[39], hacerse picadillo...

Mi compañero les azuzaba, y viéndose libre de la poderosa mano que en el **34** le tenía reducido á servidumbre, quiso gozar de un buen día satisfaciendo los impulsos sanguinarios de los contrincantes.

—¿Queréis que os traigan dos navajas?

—¡Si, sí; pídelas!

La rabia les impulsó á concertar un lance espantoso. ¡Nada de mentiras!... ¡Aquello estaba oscuro, negro como una noche sin estrellas, y cualquiera de los dos podría protegerse en el quicio ó tumbarse en el suelo para acechar el momento de arrimarse el otro á la reja! El duelo tenía que ser en condiciones iguales. ¡A ver quien tenía más corazón!...

—No hay más que hablar, dispuso el tercero en discordia, el jayán que los azuzaba. ¡Os ataré á la reja, y os matáis!

—¡Está dicho!

Lleváronles de los otros calabozos dos navajas de afeitar. El protector de la riña les invitó á ponerse frente á frente, y con la faja los fué anudando por la cintura para

que no pudieran separarse de la reja. Mientras esta operación duraba, los adversarios se dirigían groseros apostrofes al rostro confundiendo sus alientos tempestuosos:

—¡Ahora, las navajas!

Puso el valedor una en la diestra de cada rival é hizo la señal de agredirse.

—¡Tira!

—¡Tira tú!

—¡Te consiento que seas el primero!

—¡Muchas gracias; pega duro!

—¡Pega tú, cobarde!

—¡Aquí tienes mi pecho!

—¡Tírame al cuello si quieres!

—¿A que no te atreves, morral?

—¡Mamarracho, que me tienes miedo!

—¡Asqueroso, gindama!

—¡Tío *Ful!*

El intermediario les dijo:

—No quede la cosa por tan poco. Ya os daré la señal de arremeter al mismo tiempo. ¡Oído:—A la una!... ¡A las dos!... ¡Y á las tres!...

«Paf, paf; paf, paf.»

No resonaban las puñaladas sino los cachetes que el osuno preso daba á los atados.

—Pillos, «fulastres,» ¿para eso me habéis hecho traer las navajas?

«Paf, paf.»

—¿Creíais que os até por gusto?

«Paf, paf.»

—Hombre, ya está bien; no pegues mas.

«Paf, paf.»

—Cochinos, sinvergüenzas; de mi no se ríe nadie.

«Paf, paf.»

—¡Basta, hombre; que choco en los hierros y tengo la frente llena de chichones!

«Paf, paf.»

—Por Dios; que me rompes la cabeza!

«Paf, paf, paf»...

*
* *

Pasado el período de castigo, el malvado reingresó en el **34**. Estaba el enanillo en vísperas de obtener la libertad, y nadie pudo dudar en quién recaería la sucesión del poder. La paz relativa que los espíritus gozaban en este calabozo, empezó á turbase con el sólo presentimiento de los días luctuosos que no tardarían en llegar la horrible tiranía de aquel monstruo, en cuyas hondas pupilas grises fosforecía la fiebre del mal pensando en la proximidad de su total imperio.

El bello maquinador de fugas había hecho pacto con él, y juntos pasaban en el agujero luengas horas de amena charla. ¿Qué satánicos proyectos, qué criminales ideas no sugeriría el mozo al viejo, que trocando su hosquedad perenne en estrepitoso regocijo, se despeñaba de la alta manida en hueca carcajada sarcástica que daba escalofríos?

Mis ojos tuvieron el consuelo de no presenciar las maldades y sinrazones que incubaban en su alto albergue. Había quedado vacuo el **42** y allí nos llevaron al anarquista y á mí, juntamente con otros presos entresacados de los restantes calabozos.

Al tercer día de ingresar en el nuevo alojamiento, despertáronme muy temprano las grandes voces que desde la puerta daba el jefe del **34**.

—¡Adiós, adiós!... Salgo en libertad.

—¿No volverá por aquí?

Se dirigió á los demás calabozos y haciendo el signo de la cruz, repuso:

—No; me despido de esta vida para siempre. Treinta años, desde los siete de edad, llevo en ella, y no quiero por más tiempo ser un perdido. ¡Estoy cansado!

—¿De qué procede esa mudanza?

—Hace algunos meses supe que había enviudado una mujer á quien amé de joven, y hemos concertado casarnos apenas termine la guerra y me indulten el resto de la condena.

—¿Tendrá que reingresar en filas?

—Naturalmente. Desde mañana operaré en la brigada disciplinaria.

—¿Y qué va á suceder en el **34**?

—¡No me hable de eso!... ¡Pobres de los que allí se quedan!

Pocas horas fueron necesarias para que el castillo entero notase la ausencia del valeroso andaluz. Escenas mortales habían ocurrido muchas; pero ninguna tan infame

ni desoladora como la que se avecinaba.

Las dos de la tarde serían, y los presos seesteaban abrumados por el bochorno tropical, cuando en el mudo rastrillo resonó espantoso un alarido rasgado, que puso en sobresaltada vela á todos los durmientes.

—¿Qué ocurre? nos interrogamos con la mirada.

Inmediatamente se oyó otro alarido más formidable que el primero; golpes sordos; comprimido bromar de boca obturada que intenta pedir socorro; y como poderoso estallido, el desgarramiento de gritos locos, dolorosos, vehementísimos, de mortal desesperación... El centinela del 34 aumentó la zozobra con sus voces alteradas y temblorosas...—«¡Pronto; pronto!...» «¡La guardia... las llaves!...» «¡Quietos ó hago fuego!...» «¡Las llaves pronto...; oficial de guardia...; oficial de prisiones...; llavero!...» Nadie acudía; y los gritos seguían aleteando, trémulos de sufrimiento, rastrillo abajo... Los presos se miraban entre sí, preguntándose con petrificado gesto de angustia, qué espantosa tragedia estaría realizando el genio del mal... Los centinelas se agitaban pálidos y convulsos repitiendo las llamadas y maldiciones al oficial de guardia que no acudía, y excitando á su compañero para que hiciese fuego sobre el calabozo.

Como última invocación, el centinela enunció por su nombre propio el crimen asqueroso que se estaba consumando, y una rabia indescriptible se apoderó de todos. Al oír la palabra infame un vocerío inmenso se alzó potente al cielo. Gritaban y pateaban los centinelas. Cada calabozo era una boca gigantesca en dirigir monstruosos y revueltos insultos al llavero, á los oficiales, al general de la fortaleza que por su culpa se realizaba el crimen. Al mismo tiempo, abrióse con estrépito la puerta del rastrillo y los soldados se precipitaron á la desbandada, lívidos de coraje, gritando y cargando los fusiles, pero el llavero y los tenientes seguían sordos, sin acudir con diligencia al llamamiento de quinientas roncadas voces que con su fragoroso estruendo aún no podían totalmente ahogar los agudos bramidos de la víctima que declinaban á veces en prolongado estertor para renacer enseguida angustiosos y escalofriantes.

Corridos y avergonzados bajo una tempestad de insultos, pasaron los que por obligación debieron acudir antes. Cuando el llavero abrió la puerta, habían cesado los patéticos lamentos. La víctima yacía en tierra sin sentido.

Al poco rato sacaron á los autores de la abominación para conducirlos al calabozo de castigo. Iban rojos y sudorosos, arañada la cara, y sólo la presencia de los oficiales pudo librarlos de la guardia iracunda que intentaban lincharlos.

No necesito decir quiénes eran las dos bestias. A los ocho días de 55, el oficial de prisiones los devolvió á su calabozo, donde aún continuaba el joven que martirizaron. ¡Ni por elemental prudencia lo habían trasladado! ¿Para qué?... En los presidios todavía es algo el preso: es un número. En aquella fortaleza infame, ni siquiera eso. ¿Qué digo? Había distinciones para los jayanes malvados que tenían bien repleto el cinto de pesos y centenes, robados á los demás. Con ellos mantenían algunos oficiales

largas pláticas en las que los grandes habanos ofrecidos por los matachines ó solicitados por ellos era lo de menos... Lo demás era el unto... Cuando se armaba una sangrienta gresca, ya era sabido que el calabozo tenía^[40] que formar en el rastrillo con todo el hato para sufrir minucioso espurgo. En cada cacheo de estos recogíase una cuchillería entera: facas grandes y pequeñas según la teoría maleante que en el arte de dar puñaladas profesara el matón; navajas de estrepitosos muelles, podadoras, cuchicuernos, largas, cortas, anchas ó sutiles; chavos, tablas rotas y punzantes; latas de conserva; fragmentos de botellas con agudas aristas, arma formidable si se esgrime bien... Todo esto iba fuera; pero yo no sé por qué extraña simpatía ó por qué invisible artificio, cuchillos y navajas volvían en seguida á poder de los perdonavidas, que no se recataban de mostrarlos apenas recobrados para que ningún adversario osara alzarse en rebeldía con parte del calabozo.

*
* *

A los pocos días de pasar al **42** subió el habilitado á pagarme los meses atrasados. ¡Dios mío, cuántos bienes lleva aparejados la abundancia! La primera semana fué encantadora; apenas sentía la ausencia de la libertad. La canalla me sonreía porque tenía dinero; me compré ropa nueva bien planchada; gorrilla de seda muy sandunguera; arrojé con asco la escudilla del rancho y toleré que me robara la cantina, trocando voluntariamente este nombre por el prosopopéyico de fonda. Hasta ponderaba al cocinero por el exquisito arte que ponía en aderezar los gatos.

En este nuevo calabozo encontré al valenciano alcoholizado, á quien los bandidos del **57** despojaron de dinero y familiares reliquias. El hombre había cambiado mucho, pero no de amor al espíritu. Antes por satisfacerlo dio al través con sus hábitos de señorito y se allanó á servir de criado baratando las limpiezas por media botella de caña.

Además de criado era bufón, y en verdad que no lo pasaba de mal año con sus chanzas humorísticas y sus tretas picarescas, que aumentaban según los grados de borrachera, porque no había cosa que no catara ni plato que no lamiese. El llevaba el alta y baja de lo que se comía y bebía en el calabozo, y era mas fácil resolver la cuadratura del círculo ó que la prisión se transformase por arte mágica en dorado alcázar, que entrar un frasco de ron sin que su privilegiado olfato lo advirtiese.

Sucedía con sobrada frecuencia que á muy altas horas de la noche, cuando el calabozo dormía profundo sueño, rendido de murmurar y maldecir, alguien

aprovechaba el relevo de centinelas para que cautelosamente le trajeran de beber. Recogía el hombre su botella y tumbábase satisfecho en la hamaca creyendo que nadie había atisbado el alijo; pero antes de llevarse el frasco á los labios, asomaba el alcoholizado su menuda y rugosa carita de viejo prematuro, y decía con voz cascada^[41]:

—¿Qué, ha llegado ya el convoy?

Y no había más remedio que permitirle tomar el pulso á la botella; pero una vez tan solo, pues al segundo toque hubiérala dejado exánime. Cuando ya no había de qué, marchábase hueco y pomposo á su hamaca, murmurando chocarrerías.

Por muy duro de corazón que el rápido tránsito de la indigencia á la prosperidad me hizo, no pude resistir muchos días la influencia ablandativa de sus decires y cuquerías. Unas veces me sorprendía con ladridos sabiamente imitados; otras hincaba la cabeza en el suelo y daba dos pataletas al aire; quitábame el libro donde leía, calábase mi lentes, y repasando un párrafo al azar, discurría en doctorales explicaciones mezcladas de lemosín y bárbaro romance; en fin, si semejantes taimerías no le granjeaban ninguna albricia, rascábase la nuca y postrándose de hinojos me rogaba en amoroso tono de niño suplicante:

—*¡Che, paisanet! Pa una copeta no mes... Donam pa una copeta, que tine molta set...*

Con sus artes y socaliñas arrumbó el plato de rancho, y una rebañadura de éste, una mojadica del otro, y un trago á todas horas, fué suficiente para tenerle bien nutrido, dicharachero y curda.

Pero el tiempo de las vacas gordas no llegó para él hasta entrar en prisión un habanero orondo, perfumado, tan rico en lágrimas como en centenes. No bien echado en la hamaca para llorar á moco tendido, el ruido del dinero le atrajo desbocado al vejete dispuesto á prestarle todo linaje de consuelo:

—Che, che; no plore hombre. ¿Vosté es hombre? ¡Vinga, tórquese las llágrimas!

—¡Ay, Dios mío!... ¿Usted es valenciano?

—Para servirle á usted.

—¡Ji, ji!... Yo he estado en Valencia.

—Che, che, m'alegro mucho... Pero tórquese y no plore.

—¡Ay, señor; y qué va á ser de mi mujer! ¡Ji, ji!

—Deixela estar, hombre, alcése de ahí y paseche.

—¡Déjeme, amigo; quiero morirme!

—¡Tócali el rogle!... Déme unas aguiletas para caña, y verá cómo li pasa eso.

—No, caña, no; que traigan ron.

—¡Justo; millor que millor!

Desde aquel día, el borracho casi nos miraba altanero á los demás, sin perjuicio de hacer un guiño truhanesco y decir:—«¡Bona cosecha; bona cosecha!» Cuando el habanero no le oía.

Al siguiente día, que lo era de visita, llegó afligida y conturbada la esposa del

preso, y á poco más cae de pasmo al suelo viendo el miserable agujero donde habían metido á su marido. Aún no se habían limpiado las primeras lágrimas los dos amantes esposos, cuando llegó la criada transportando abundancia de excelentes tabacos, latas de conserva, latas de leche condensada, azúcar, café, cafetera, un reverbero, alcohol; en fin, dos ó tres papelones con pastas, y algo que por lo lardeado de la envoltura debía ser cosa de gran regalo.

Apenas entrevista la dulce carga por el borracho, hizo dos cabriolas en medio del calabozo, y se fué á la reja con la pía intención de consolar á los que sufrían.

—¡Che, cuántas cosas!... ¡Vinga, no plore: ya está bien! ¿Cómo está usted, señora?

La pobre dama le saludó gimoteando, y él acordándose entonces de su mujer, fingió deshecho lloro.

—¿Está usted casado? le preguntó ella.

—Sí, señora. ¡Más valiera que el Señor me hubiese recogido, antes de haser penar á una dona como la mía!...

En seguida empezó á contarles la historia cien veces repetida de la espantosa «tormenta» que había cogido en el Grao; el compromiso de ir á la guerra; su propósito de batirse solo contra la primera partida insurrecta que se topara, y últimamente, sus aventuras de preso y el riesgo de morir á manos de unos «lladres» que le quitaron todo el dinero.

Los trances más donosos del relato amansaron el lloro del matrimonio que terminó riendo estrepitosamente. Mientras el borracho hablaba, todo era huronear por los papelones desparramados en la ventena; pero sin prestarles atención, como que dos veces tomó en los paquetes de cigarrillos, ofreció uno de éstos al cubano y se guardó las cajetillas distraídamente.

Al terminar su cuento paseó la mirada como buscando algo:

—¡Che; que seca tiñe la gola!

Echó mano á la botella del espíritu y antes de empinarla le contuvo la dama.

—¡Pero hombre de Dios!...

—¡No tinga miedo, dona! Solo es tastarlo por no beber agua sola.

—Espere, espere; la chica trae escondido un poco de ron. Como sé que á mi esposo le gusta...

—¡Sí que li agrada lo bueno, sí!...

Ofreciéronle el frasco de claro Bacardí, y volviéndose hacia el calabozo hizo un gesto de malicia, dando en seguida tan largo beso á la botella, que la dejó poco más de la mitad.

—*Superieure.*

Se acercaba la hora de salida.

El alcoholizado, que había recogido el cargamento de víveres dando un segundo asalto al ron y otro al espíritu de vino, dijo á la conturbada señora que entre grandes suspiros se despedía:

—Repare bien en su marido... ¿Lo ve?... Una arroba ha perdido desde ayer...

—¡Pobrecito; ya veo lo desmejorado que está!

—Li se muere.

—¡Por Dios, no me diga usted eso!

—No come cap... Traigalí buenas cosas.

—Sí, sí; cuídemelo mucho... también me acordaré de usted.

—Vaiga tranquila, que yo lo cuidaré; pero acórdese, acórdese de mí que bona falta me hace.

Durante algún tiempo no hubo día de visita sin que la señora del preso le llevase, amén de otras frioleras, algún «animalet,» como el valenciano decía.

—Vinga, séntese que ya está aparechá la taula.

El habanero se comía la espléndida ración que el tunante le servía; pero en llegando el momento del «animalet» solo recibía los alones y algún muslo. Protestaba el amo, enojábase graciosamente el escudero, y había risa para rato.

—¿Pero sólo me da ésto?

—¡Che; quin hombre mes tragón!...

—Es muy poco, sírvame más...

—Tome el otro musle y calle, ploraor.

—¿Pero se va á comer la pechuga entera?

—¡Che, quin avarisioso!... ¿No ve que la pechuga es esparto y no tiene cap de sostansia?

—¡Bueno; deme un poco de ella!

—¡Ménchesela tota, non quiero res! ¡Che, quin hombre tragando!... ¿Vol de postre una poqueta de palla?...

Así terminaban siempre las comidas. El borracho servía el café, sacaba de la maleta dos puros, y entregando el peor á su amo se echaba en la hamaca para mecerse y canturrear desacordadas canciones valencianas.

—¡Pero, hombre, recoja ésto y limpie los platos! le decía el cubano.

—¡Calle, amotinaor! ¡Che, quin hombre!... Ni siquiera deja descansar á uno...

Creía formalmente el rico preso que á los cuatro ó seis días recobraría la libertad. Yo le dije que trocase los días en meses y que se diera por muy conforme. Alegó él sus potísimas influencias, y le repliqué que teniéndolas en cuenta, no hice de los días años. Luego se convenció de cuán acertado estuve.

Como era mucho el gasto y el ingreso ninguno, tuvo que apretar la bolsa y poner freno á los excesos de la gula. Protestaba el valenciano de la tacañería de su amo; pero éste más sordo cada día, ni siquiera le permitía tomar el pulso al frasco de ron á horas desusadas.

El pobre borracho se daba á todos los demonios. Durante la noche levantábase de la hamaca cuando todos parecían muertos y de un trago dejaba seco el reverbero. ¡Dios mío, que indignaciones tan grandes las suyas cuando por la mañana iba á disponer el café y se encontraba con la mecha enjuta!

—¡Che, recontraredeu! ¿Quién se había bebido el alcohol?

Tirábase de los pelos, echaba juramentos bilingües, y despertaba al cubano para traer alcohol de la cantina.

Al siguiente día se reproducía el sainete.

—¡Che; esto no puede pasar!... ¡Esto es molt abusar!... Pero, ojo, que ya penso, ya penso en quin será... y como pille una nit á la llechusa, hai de quemarle los morros!...

Sospechando todos, y el cubano primero, que el autor de estas nocturnas sustracciones era el impenitente alcoholizado, pidió alcanfor, y advirtiendo previamente lo que hacía, lo resolvió en el espíritu.

A la siguiente mañana el depósito estaba seco.

*

* *

Mientras el cubano y el borracho estuvieron presos, la existencia fué medianamente llevadera; pero la libertad de ambos coincidió en una misma semana, y el fastidio y la maledicencia reinaron algún tiempo en el calabozo.

A romper la monotonía del uniforme vivir vino un sargentucho de mala estampa y aviesas intenciones, beodo peligroso que un día de bacanal cerró sable en mano contra varios oficiales.

Su primer acto de rebeldía y principio de dominación, fué negarse á hacer limpiezas.

—Pagúemelas y yo se las haré, dijo el encargado de suplirlas.

—Tampoco quiero pagarlas.

—¿Y por qué? Todos somos iguales.

—¡Chitón! Ya he dicho que no hago limpiezas.

Algunos intervinieron amostazados:

—¡Pues tendrá que hacerlas, ó daremos parte al oficial de prisiones!

El sargento replicó soliviantado, maldijo, amenazó, y exaltándose con sus propias maldiciones, ó quizás deseoso de aprovechar la ocasión que la disputa le deparaba para alzarse con el mando del calabozo, abrió la navaja y avanzando hacia los protestantes aterrados, les increpó:

—¿Quién va á dar parte?... ¿Quién es el *chota*?... ¡A ver, salga el que sea!... Aquí no hay más amo que yo...

—Aquí no se admiten amos, dijeron á su espalda.

El sargento giró sobre sus talones como si le hubiesen ordenado media vuelta y se encontró al anarquista, acostado en la hamaca y restregándose los ojos.

—¿Qué dice usted?

—¡Aaah!... Que no hacen falta amos.

—Pues le digo que falta uno, y ese soy yo.

—¡Aaah!

—No abra la boca que se la voy á cerrar de un puñetazo... ¿Oye?... ¿Oye usted?

...

Un leve ronquido le hizo comprender que el anarquista no le oía. Tanta frescura le dejó indeciso, con la palabra cortada.

Como el único entretenimiento del calabozo era los naipes, el hombre se pasaba doce horas del días jugando ó haciendo solitarios.

—Una peseta y planto, decía en las siete y media.

—No puede ser; ya sabe que más de un real no se admite.

—¡Voto á Dios; hago lo que quiero! Si la pierdo mejor.

El de la baraja transigía por miedo; pero apenas le echaba otro siete, el sargento aumentaba la postura.

—Un peso, y planto.

—No puede ser...

—Pues no se juega más...

—Tanto mejor.

—Pero esta carta no la pierdo. Pida usted ó plántese.

—Retire el peso y juegue un real.

—No me da la gana.

—Pues no le pago.

—¿Cómo que no me paga?... ¡Ahora verá!...

Y se iba por la navaja para cobrar á la fuerza.

Cuando nadie quiso jugar con él se dió á todos los demonios amenazando de matar una noche á medio calabozo. Varias veces intentó formar camarilla para explotar á los otros presos que le teníamos en perpetuo aislamiento; pero el espíritu templado y conciliador de los hombres á que comunicaba sus proyectos, le hicieron fracasar siempre.

Estos continuos desdenes le volvían más desabrido é insolente, y su despecho estallaba en trémulas interjecciones de reto los días de visita, cuando tenía que compartir su menguado peculio con una amante que iba á verle.

¡Dios mío! ¿Será verdad todos aquellos embelecocos de pócimas, jicarazos, güiritos y hechizos de toda especie que las hembras cubanas dicen que dan á los hombres? Alguna secreta industria debía existir para que el bribón del sargento se prendarse tan locamente de aquella sílfide vagabunda, chata, mellada y bizca, que fumaba tacos como el brazo y escupía por la mella. Sea de ello lo que quiera, el galán se consumía. Ya no buscaba á los demás presos. Recorría el calabozo á grandes zancadas, sólo,

taciturno, gesticulando, hasta romper de pronto en alguna copla indecente:—«Efectos del «güirito», se murmuraba quedamente. Un día suplicó al capitán de suministro que le incluyese en rancho; dejó de fumar para no hacer gasto y cuando llegó la ninfa le entregó todo el dinero.

Ingresaron por entonces en la hosca mazmorra dos sanitarios con los cintos bien sonantes por haber trasladado á ellos los pesos que en los suyos habían ahorrado los pobres soldados muertos en el hospital. El sargento les invitó á jugar y desde aquel momento se le desarrugó el entrecejo. Durante varias noches se les veía descolgar el quinqué y meterse en un rincón para jugar hasta muy altas horas. Ganaba copiosos centenes el taciturno preso. ¡Ya reía; ya se iba haciendo bueno! Pero en una de aquellas nocturnas partidas se le torció la mano, aprovecharon los sanitarios la racha de próspera suerte y arreciando en las posturas desbancaron al follón, dejándole más limpio que estómago ayuno. Cuando se disponían los dos camaradas á meterse en la hamaca, el otro les dijo:

—Prestadme diez pesos.

Los sanitarios, que le habían ganado más de ciento cincuenta, no tuvieron inconveniente en cedérselos.

—¡Bueno; sigamos jugando!

—¡No, eso no: pudieras ganarnos con nuestro propio dinero!

—Este os lo devolveré: ahora es como mío y puedo gastarlo á mi antojo. ¡Vamos á jugar!

—¡Que no!

—¡Que sí!... Habéis de jugar.

Atemorizados los puntos recomenzaron la partida, y á los pocos instantes ya habían recobrado el dinero prestado.

—Dejadme otros diez duros, dijo el banquero...

—Te los regalaremos; pero á condición de no jugar más.

—¿Y por qué?

—¡Pero hombre, no ves que es tarde!

—No importa; sigamos jugando.

—¡Que no!

—¡Que sí!... Vengan los diez duros.

—Tómalos.

—Vamos á jugar.

—No jugamos.

—Pues entregadme pronto lo ganado.

Sonaron los muelles de la navaja, y los sanitarios, dando gritos, se resistieron á devolver el dinero.

Todos saltamos de las hamacas para ver en qué paraba la porfía. Uno quiso intervenir; pero el anarquista le contuvo diciéndole mientras se acostaba otra vez: —«¡Estése quieto! ¿Porqué juegan con ese tipo?»

En el rincón proseguían las suplicas y amenazas.

—El dinero pronto ú os asesino.

—Te daremos el que tenías antes de jugar.

—No; quiero el que me habéis ganado esta noche.

—¡Pero si era nuestro casi todo!

—¡Vamos, en seguida, ú os mato!

Poseídos de pánico se desciñeron los cintos, y en mitad de la liquidación les interrumpió el sargento:

—¡Basta; no contéis más!

—¿Te conformas?...

—Es que necesito todo ese dinero.

—¡Eso no; eso no!...

Crugieron otra vez los muelles de la navaja; pero los sanitarios habían escapado deslizándose entre las hamacas. Salió tras ellos el rufián profiriendo anatemas y dando tajos á las cuerdas para despejar de estorbos el calabozo, y en una de las vueltas chocó con el anarquista expulsándole de la hamaca. Juró en francés el caído, dió un salto digno de titiritero, y sacando un grueso palo que aprevención ocultaba bajo el cabezal, saltó de otro bote seis hamacas tocando en el suelo al mismo tiempo que la estaca en las costillas del matón. Hizo el paciente un guiño doloroso, y al intentar revolverse le arredró segundo golpe que por desviar á tiempo la cabeza lo recibió en el hombro. El palo se escurrió de la mano que lo retenía, rebotando en la pared.

Al ver desarmado á su moledor el sargento quiso tomar la ofensiva.

—¡Ganas tenía de cogerte! ¡Vas á pagármelas!

Y le tiró formidable cuchillada sin más daño que rajar una hamaca, pues el titiritero eludió el cuerpo de un salto, y antes de que el perdido se repusiera le descargó un puñetazo en la cabeza. Durante cinco minutos sólo se vió al anarquista girar sobre los talones, según el sitio por donde era acometido, y asestar duros golpes al sargento. Cuando le tuvo rendido, yo no sé que extraña pirueta hizo. Volvió la espalda al matón, y en un abrir y cerrar de ojos, dejóse caer sobre las manos, y alzando las piernas sacudió tremenda coz en el pecho del contrario tendiéndole cuan largo era.

(Luego me dijo que esto era una combinación del boxeo francés é inglés.)

Levantóse el rufo magullado, pero tan colérico, que sin acordarse de la navaja se arrojó sobre el anarquista. ¿En dónde hizo presa la zarpa de éste? La camiseta era demasiado inconsistente para soportar el peso de un hombre. Sea de donde quiera, el brazo del antiguo saltimbanquis se levantó á la altura de la cabeza suspendiendo á su enemigo, describió un movimiento de rotación y allá fué contra la pared la poderosa carga hecha un lío.

Molido, acardenalado y con dos dientes rotos, llevaron por la mañana al guapo en derechura á otro calabozo, donde apenas hablaba, sumido en la idea persistente de

reunirse á su amante de cualquier manera. Una tarde se oyeron sucesivas detonaciones por el lado del gran retrete. El taciturno preso había ido de limpieza y sin reparar alturas ni peligros se arrojó por la muralla buscando la bahía. Detonaron los fusiles de centinelas y escoltas. Las balas rebotaron monte abajo poniendo en alarma á las gentes del mar, hasta que un proyectil hizo blanco en la pierna derecha del que locamente rodaba hacia el abismo. Una roca le detuvo en su descenso rápido y de ella le recogieron en una camilla desangrándose, medio muerto, destrozada á pierna, hendida la cabeza y roto un brazo; pero sin proferir ninguna queja.

*
* *

Volvieron los días de infinito hastío en informe y angustiosa sucesión. Ya no había pependencias que distrajesen el ánimo con sus fuertes emociones que hacían mas apetecible y bella la esperanza de la libertad frustrada. Hasta el sentimiento augusto de ésta, basta su ideal aspiración, sentía mortiguada desde que el tedio reinaba omnipotente é inexorable en mi espíritu. Los días pasaban con lentitud mortal, las semanas sucedían á los días y á las semanas los meses, cual si estuviera condenado á presenciar el desfile inacabable del tiempo.

Tormento análogo debían sufrir mis compañeros cuando caían enervados horas enteras en las hamacas y en el suelo para bostezar ó dormir en penoso letargo, lacios bajo la elevada temperatura. Al declinar de la tarde, agrupábanse ásperos y desabridos ante la puerta en busca de frescura confortadora, y para distraer el aburrimiento, trababan rabiosas disputas sobre cosas insustanciales, ya que no había cosa de más alta cuenta en que ejercitar la lengua ociosa.

Una mañana dijo el oficial de prisiones que nos preparásemos para ir al **50**.

Desde el nuevo calabozo, y através del dormitorio de la tropa, percibíase un trozo recortado de mar; pero su azul irisado no llegó á interesarme como en las primeras semanas de prisión la ancha franja, cerúlea, que tantas rememoraciones de melancólica poesía me despertaba. Al barruntar vacía el alma y muerto el sentimiento, quise indignarme contra mí mismo; pero hasta la fuente de las antiguas pasiones sentí agotada. Deseos larvados, ansias incoherentes, vagas aspiraciones: á esto se reducía toda mi vida psíquica.

A las cuatro ó cinco semanas nos devolvieron al **42**. Coincidiendo con esta nueva mutación elevaron mi causa á plenario, y tuve que nombrar defensor. Como no tenía fe en ninguno designé al primero que vi en lista: un segundo teniente de la escala de

reserva. Su edad unos cuarenta y cinco años. Acerté; pues aquel hombre tenía más tálento que casi todos nuestros generales.

A los pocos días de retornar á la vieja mansión introdujo el anarquista una novedad en el monótono vivir. Sus ojos estaban muy malos: grave afección amenazaba dejarle ciego. Llevaba gafas ahumadas, y el pobre ya no podía trazar círculos cabalísticos. Sentado en el suelo, rígido é impasible como un fakir, pasaba las horas absorto en la pura visión de su ideal triunfante. Para saludar tal vez el próximo estallido de la revolución compró una flauta vieja y dió en la tema de ensayar el himno que tantas desazones le había costado. Hoy me alegro de aquella chifladura, porque á ella debo la dicha de arrancarme al *spleen* y devolverme á la vida: que vida era para mí sentir arrebatos de cólera y dolores agudísimos de cabeza.

Sentado en el suelo y cruzadas las piernas á usanza mora, el anarquista soplaba, soplaba en el orificio de la flauta, y la lengua perilla marcábale regularmente el compás del himno; pero las notas salían indóciles, agudas, trémulas ó rastreras: burlonas y caprichosas siempre. Quinientas, mil veces recomenzaba al día la tonada, y quinientas, mil veces era vencida su intención: quien no sufría derrota ni cansancio eran sus pulmones omnipotentes. Los presos le decíamos irritados:

—Por Dios, B***; haz el favor de callar.

La cara de B***, seguía austera é inmutable; pero su perilla insolente subía y bajaba más enérgica marcando el compás del himno, y las notas de la vieja flauta seguían brotando burlonas, estridentes ó cascadas.

A los diez días de soplar aún no había adelantado cosa. Los presos nos llevábamos las manos á la cabeza para contener el dolor; pateábamos; queríamos aturdirnos platicando sobre cosas impertinentes, que no venían á cuento, pero los flautazos—¡terrible pesadilla!—sonaban desacordes sacándonos de quicio.

—¡Pero B***!... ¿Cuándo te mueres?

Había vencido la primera parte, y aún teníamos que sobrellevar el calvario de la segunda, mucho más dolorosa; pues aquélla se cantaba en un tono medio y en ésta era preciso elevar el grito de protesta guerrera hasta el almo cielo para que la oyesen los santos, esos poltrones burgueses de ultratumba.

«No mas sufrir...»

rezaba la letra y pretendía cantarla flauta; pero las notas se escapaban tan destempladas é indómitas, que los pelos se ponían de punta.

Quien más rabiaba con los impertinentes flautazos era un Fígaro montañés, que por mucho meditar á la luz de la luna solía dormir mañana y tarde. Recordando que en mejores tiempos fué aventajado tañedor de vihuela, demandó que le trajesen una, y cuando el enemigo de su sueño concedía tregua al soplar, acomodábase al pie de la hamaca para darle serenata.

—¡Eramos pocos y parió mi abuela! gritaba á los porfiados músicos un viejo maestro de trompetas.

Cuando el anarquista hubo vencido las rebeldías de la flauta hizo paces con el

Fígaro y juntos tocaron el himno, empezando en seguida á ensayar la Carmañola. Furioso el maestro de trompetas cogió un cartón, y enrollándolo hasta formar bocina, dirigióles con voz estentórea una gentil sarta de insultos y blasfemias.

Razón tuvo el primero en decir que la mayor parte de los grandes inventos son obra de la casualidad. Aquella rústica bocina en mal hora inspirada, fué principio y causa de original é improvisada orquesta. Después de los insultos, el inventor preludió la más graciosa de sus retretas, y como Dios en el acto de la creación, vió que su obra era buena... para fastidiar á la humanidad.

A las pocas horas el calabozo era taller de instrumentos músicos. Fabricáronse flautas, flautines, cornetas, saxofones; hasta las trompetas que los ángeles del Señor tocaron ante los muros de Jericó. ¡Milagro fué que con tan obstinado trompeteo no cayesen los muros del calabozo!

Pero aquella algazara tartárea no podía continuar. Era indispensable para bien de todos poner orden en el desorden y que el ruido surgiese apacible y regalada música, como del caos informe la luz inmortal. El maestro hizo acertada selección de instrumentos, confirmó en los suyos al anarquista y al Fígaro, y distribuyó los demás teniendo en cuenta las aptitudes de cada músico.

*

* *

La improvisada orquesta pasó las primeras semanas ensayando prolijo repertorio de toques marciales, tangos y guajiras. Ocupación que en mejores situaciones de la vida hubiera enojado al punto, servía, en ésta de placentero entretenimiento á treinta hombres, para quienes el hilo del tiempo se deslizaba imperceptible y callado. ¡Ah, que no pueda afirmar yo lo mismo! El trompeteo sonaba noche y día, y no pudiendo leer ni siquiera abismarme en los recuerdos, contaba los minutos y hasta les segundos que en su circular—para mí lentísimo—me acercaban al Consejo de Guerra.

Pasado el infernal período de aprendizaje el maestro reunía su banda á la puerta del calabozo para repasar lo aprendido, y desde la hora suave del crepúsculo hasta que la corneta de la guardia suspiraba entre las sombras de la noche su postrer aviso melancólico recomendando silencio, las tocatas carcelarias se sucedían sin intermitencia. ¿Y dice La Rochefoucauld que él no sentía los impulsos vigorosos de la cólera? Hubiera estado allí y es seguro que cuando el maestro decía á sus discípulos: «Oído... tocar *A degüello!*», saltara desatinado de la hamaca, para recorrer conmigo el calabozo dando á compás del bizarro toque tajos y mandobles á

imaginarios enemigos, puesto que era imposible ejecutarlo á lo vivo en aquellos belitres que le sacarían de quicio, por mucho que fuera su aguante.

Requerido por la música vino un capitán andaluz de luenga y sedosa barba negra que estaba purgando con seis meses de arresto no sé qué desaguisado. El, de continente tan lozano y apuesto siempre, nada tenía de marcial esta noche. ¡Líbreme el cielo y el gran respeto que sus largas barbas me inspiraban de suponer que estuviera borracho ó que frisara en la borrachera! Si aparecía lastimosamente encorvado tal vez fuera por el peso de alguna gran desventura, y quizás para anegar las penas en el Océano del olvido traía bajo el brazo hasta cuatro botellas de aquel bálsamo clementísimo denominado Ron Bacardí que tantas amargas lágrimas ha enjuto.

—¿Quién vive? preguntó en llegando á la puerta.

—¡España! le respondieron desde una hamaca.

—¿Qué gente?

—¡Pelayo!

—¡Vive Dios!... ¡Yo soy de Pelayo!...

—Usted es el capitán Zambrano.

—¿Y usted?

—El maestro de trompetas.

—¿El Don Juan del regimiento?... ¡No me diga más, maestro!... Por amores está usted preso.

—¡A mucha honra!... Y usted por alguna riña.

—¡Y que lo diga!... Venga y cate de este licorcillo, que es gloria embotellada.

—¡Siempre á sus órdenes, mi capitán!

Trago va y trago viene, dando cargas de caballería y rememorando soldadescas aventuras, llegaron á la media noche y al fondo de las botellas.

—¡Ordenanza, ve á la cantina y tráete de lo bueno!

Renovada la sustancia, el sargento preguntó á su interlocutor:

—¿Supongo, mi capitán, que con el arresto le habrán quitado el mando del escuadrón?

El capitán dió un penoso suspiro, y entre irritado y sentimental le respondió:

—¡Me lo han quitado, maestro! ¡No saben el daño que me hacen; porque yo sólo puedo amar á los soldados de mi escuadrón, á los que vinieron de España conmigo!... ¿Qué me importan los demás?... Me cambiarán de regimiento; mandaré otro escuadrón; pero sus soldados no serán más que hijastros míos, maestro, hijastros míos nada más... Mis verdaderos hijos, los auténticos, los que yo he criado á mis propios pechos, esos son los de Pelayo... ¡Los de Pelayo, maestro, por quienes daría hasta la última gota de mi sangre!... ¡Déme la botella, maestro, y no hablemos de cosas tristes!

—¿Quiere usted que se levanten los músicos?

—¡Fuera penas, maestro!... ¡Que se levanten los músicos!... ¡Y viva la bulla!

Mientras la banda se acomodaba en la puerta, el capitán previno:

—Mucho cuidado, que yo tengo el oído fino, y al que desentone le condeno á no beber... ¡Ordenanza, más ron! Antes de que los músicos hubiesen terminado una elegante diana, llegó el oficial de guardia arrastrando el sable y frotándose los ojos, llenos de sueño:

—¡Por Dios, capitán, es la una de la noche y si el General se entera de este escándalo me caigo con todo el equipo!

Las voces del capitán debieron oirse en la Habana.

—¡Teniente «ful»!... ¡Teniente embustero!... ¡Yo no temo á los generales!... ¡Oficial de préstamo!... ¡Militar de alquiler!... ¡Váyase á la guardia ó le envío de un puntapié al café cantante!... ¡¡Al trote!!... ¡¡Marr-chen!!

Pertenecía este pobre teniente á las fuerzas movilizadas, tropa organizada de cualquier modo y recogida en cualquier parte; sin hábitos militares ni autoridad moral: burla y escarnio del verdadero ejército. Bastaba llevar corbata para ser oficial en los batallones movilizadas. El que esta noche mandaba la guardia había sido un mal tenor de zarzuela que para mitigar el hambre tuvo que cantar y bailar en los cafés alegres de la Habana.

Para atajar el enojo de aquel capitán, siempre dispuesto á mover pendencia, el movilizado le dijo humilde:

—¡No se altere, capitán! Yo también tengo ganas de broma; pero hacemos mucho ruido... Mire usted; que acompañe la guitarra y nos bailaremos unos tanguitos... ¿Qué tal?...

—¡Ni una palabra mas!... ¡Baile y beba!... ¡Ordenanza, más ron!

Hasta el alba se prolongó la fiesta. No aseguro que el capitán de luengas barbas llegase al calabozo ebrio, pero que se retiró de él en perfecto^[42] estado de embriaguez, es indudable. El teniente bailarín quizás no estaría borracho, pero le bailaban las piernas; y de los músicos solo puedo decir que á media tarde aún duraba el sonoro concierto de sus solemnes ronquidos.

*

* *

Las noches sucesivas no faltaron el capitán de las bellidas barbas ni el oficial de café cantante. Jamás antes del amanecer pusieron punto al holgorio. Se tocaba, se cantaba, se bailaba, se molestaba al prójimo.

Había entre los músicos un joven de muy lindo parecer, demasiado lindo para

hombre. Eran ondulantes y felinos sus movimientos, afeminados los rasgos todos de su pálido rostro y grácil talle, y si es verdad que para formar unas manos de duquesa se necesitan varias generaciones de duquesas, tan eximio abolengo debieron tener aquellas manos que las de una diosa envidiaran. Como era este joven muy hábil bailarín ocurriósele un día afeitarse el incipiente bozo, y con dos mantas bien dispuestas, haciendo de falda una y de mantón la otra, simular de bailarina. Burdo era el atavío, pero en tal guisa ataviado, más parecía hembra de rompe y rasga, que varón de cuño auténtico. No fué más pronto verle el capitán, que perder los estribos su juicio y salir desbocados de su boca chicoleos y donaires de cien clases y colores. Ella tras la reja y ante la reja él, pasaron buena parte de la nocturna sesión enviándose requiebros y bailando tangos acompañados con entusiastas rasgueos de guitarra, coplas del teniente, palmas y ¡oles! del concurso.

Por la tarde del siguiente día presentóse el capitán cargado de femeninos embelecos: pelo postizo, falda almidonada, enaguas rumorosas, camisa de sutil muselina, medias, corsé... Para que nada faltara también traía polvos y pomadas rosáceas. Cuantos aliños las mujeres han menester para ser hermosas y las hermosas para realzar su encanto, había pedido el capitán á la esposa de un su compañero que tenía pabellón en el castillo. Tan bien sentaban los nuevos arreos al joven y tan á sus anchas iba en ellos, que no hubo modo de que se los despojara en todo el día.

Con las lenguas entusiastas que capitán y teniente se hicieron ponderando la belleza y elegancia del preso revestido de hábitos ajenos á su sexo, cayeron en tentación de verle no pocas jóvenes que en la fortaleza había. Llegó á decirse que hasta el General asistiría á una de aquellas fiestas.

—Es necesario adornar el calabozo, aconsejó el capitán, y hacer un programa de la función que se celebrará pasado mañana, sábado. Yo traeré paquetes de bugías y papeles de colores para que hagan banderolas y farolillos.

—No se olvide también de renovarme la ropa y buscar un pañuelo de Manila, le recomendó la barbiana.

Viernes y sábado fueron muy atareados en colgar vistosamente el calabozo. Retiráronse las hamacas, y se fingió^[43] con mantas un pequeño escenario donde la maja bailarí y cantarí malagueñas el maestro de trompetas, que era la mejor voz... y el más descarado.

A la hora de retreta todo estaba en su punto. El próximo rastrillo se abrió de par en par y hasta el calabozo llegaron—nuncios de amable cortejo—alegre rumor de faldas y turbadoras exhalaciones de penetrantes esencias. Las bellas fueron acomodándose en la triple fila de sillas que un soldado había dispuesto ante la puerta, y los caballeros, jefes y oficiales, se ordenaron de pie sirviéndoles de galante escolta.

—¡Y *ella!*... ¿Dónde está *ella*? preguntaba quedamente el público femenino picado de curiosidad.

(*Ella* estaba en su *boudoir* dándose la última mano de afeites. Excepto el maestro que le había servido de doncella, nadie la había visto.)

Mientras que los músicos rezagados se colocaban lo mejor posible para no impedir la vista del calabozo, los ingeniosos instrumentos de cartón pasaban de mano en mano y de boca en boca mereciendo plácemes de damas y galanes. El anarquista, que estaba en primer término, impasible como un sajón y con la vieja llanta entre las piernas, elevóla hasta la boca y empezó á soplar su «Hijo del pueblo te oprimen cadenas». Una carcajada general acogió los imprevistos flautazos. Solo él permaneció imperturbable, mirando á través de sus cristales ahumados.

—¿Por qué esta usted preso? le preguntó una indiscreta joven.

—Por anarquista, contestó él acariciándose la perilla.

—¡Qué miedo!... ¿Y de qué le acusan?

—¡De nada!... De querer volar la Capitanía con el general Weyler dentro.

—¡Ay, Dios mío!... ¿Y á eso le llama, nada?...

El capitán interrumpió el diálogo:

—¡Atención!... Primer número del programa... «Diana» con banda y música.

El maestro, de pie en medio de sus discípulos y apercebida la corneta, empezó á dirigir.

—¡A la una!... ¡A las dos!... ¡Duro con la diana!...

Los treinta músicos rompieron á la par, sin que una sola nota discorde alterase el general concierto. El de Pelayo marcaba el compás con los pies soplando al mismo tiempo.

—¡Es el maestro de mi regimiento! gritaba enardecido el capitán. ¡No hay otro que se le compare en tocar... ni enamorar!

—¿Y por qué está preso el pobrecito? volvió á preguntar la curiosa de antes.

—Pues por eso... ¡Es el maestro de los tristes destinos!

La diana mereció calurosos aplausos y lo mismo las demás piezas que componían la primera parte de la función.

—¿Y ella?... ¿Y ella? volvieron á preguntar ellas.

—Ella saldrá en la última parte; ahora va á cantarnos unas malagueñas el maestro.

—Bueno; pero que sea breve.

La impaciencia era tan grande por ver á la barbiana que el cantaor no se atrevió á agotar todo su repertorio de coplas.

El capitán leyó el programa:

—Tercera parte... «¡Tangos bailados por la bella Corina!»

—¡Vamos á verla! ¡Vamos á verla!

Descorrieron la manta que servía de telón y apareció Corina, magnífica, arrebolada, sonriendo y saludando graciosa y desenvueltamente al respetable público. En el rastrillo se oyeron murmullos aprobatorios de las damas y aplausos de los caballeros. Hasta los músicos aplaudieron. De fijo que las mujeres juzgaron inferior su belleza á la postiza de Corina, que en un supremo rasgo de sabia coquetería bajó púdicamente sus ojos de azabache y semiextendió los brazos para contener los

aplausos, pero en realidad para que admirasen sus manos admirables realizadas con las sortijas que el capitán le había llevado.

—¡Viva tu cuerpo serrano! exclamó el maestro. ¡Venga de guitarra y á ver como nos movemos!

El Fígaro punteó un tango y el trompeta de Pelayo fué subrayándolo con palmas y ¡olés! Corina irguió la cabeza y clavando sus radiantes ojos en el público empezó á moverse, lentamente al principio, sin elevarse apenas del suelo. Poco á poco, fueron más ágiles y desenvueltos sus movimientos; revolaba gentilmente la falda dejando presentir bajo las crujientes enaguas un pie microscópico, y el mantón de Manila mostraba al entreabrirse una cintura inverosímil. El guitarrista se destrozaba los dedos rascando, el maestro las manos, y el capitán andaluz, creyéndose en Triana, piropeaba con tanto fuego que hacía reír al sexo bello. A medida que se inspiraba perdía Corina la cabeza. Retorcíase su cuerpo como una culebra, se inclinaba, vibraba, é imprimiéndole vigorosos movimientos de rotación, el hueco ropaje flotaba pomposamente dejando al descubierto hasta más de media pierna.

—¡Basta!... ¡Basta ya! Gritaron riendo las mujeres mientras los hombres aplaudían rabiosamente.

—¡Que venga! ¡Que venga!... Queremos verla de cerca, exclamaron ellas.

El maestro se dirigió hacia mí, que desde una ventana presenciaba el espectáculo, y me dijo con sorna:

—Vaya y ofrézcale el brazo á Corina.

—¡Un demonio, maestro! Ofrézcale el suyo si gusta.

—¡Usted, usted!

—¡Antes me suicido!... Que vaya cualquiera.

—No; los demás tocaremos entretanto.

Una jamona (Dios la perdone) me obligó con su cruel ironía:

—¡Vamos, hombre!... ¡Sea usted cortés!

Una nube opaca me veló los ojos y las pobres carnes me temblaron azogadas. Me levanté de la ventana corrido, y como un autómeta fui tropezando hasta Corina, perseguido por las risitas y siseos del respetable Senado. Con la turbación ni siquiera le ofrecí el brazo, fué ella quien lo tomó.

Una voz:

—¡Qué poco galante!

Para afectar galantería me incline hacia la dama y le dije:

—¡Mal rayo te parta, mamarracho!

Corina soltó la carcajada y el alegre publiquito, comprendiendo sin duda por el gesto, que le había dicho alguna barbaridad, rió también á mandíbula batiente. Tan trastornado me puso la general rechifla, que conteniendo un poco el paso, me entraron comezones de emprenderla á cachetes y puntapiés con la bailarina; pero ella, aferrada á mi brazo, seguía tirando, hasta el punto de que en lugar de conducirla yo, era ella quien á remolque me conducía.

Y así llegamos hasta la reja... Sé que llegamos por habernos detenido, pues yo no la veía. Veía sólo ojos muy negros irradiando malicia sobre mí; abanicos desplegados que oscilaban y cubrían rostros picarescos; dientes blancos que mordían los abanicos; labios encendidos comprimiendo sonrisas, que aún forzadas en su cárcel de coral y rosa eran asesinas... Hasta me pareció percibir á través de la turbación al capitán que socarronamente se escarmenaba á diez dedos aquellas barbas de bandido calabrés.

Mientras mi cara pasaba del blanco lívido de la ira, el amarillo de la cólera y de éste al rojo subido de la vergüenza, la risueña Corina poniendo en juego las más adorables artes de la femenil coquetería hablaba con volubilidad, recogíase graciosamente los pliegues del vestido, ó apoyaba su cabeza en mi hombro con rozamientos de gata mimosa... ¡Y aquella charla ociosa no terminaba nunca!—¿Qué tal el mantón?—¿Y los zapatos?—¿Pues aún podría ceñirme más el corsé!—¿Cómo estoy por detrás?... Y con sus rápidas vueltas de chiquilla alocada, zarandeábame de un modo lastimoso aumentando la hilaridad de la gente. ¡Jamás se verá tan expuesto á la vergüenza pública este nuevo Caballero de la Triste Figura!

Terminado el reconocimiento volvimos al escenario; pero ahora era yo quien la arrastraba, anhelando terminar pronto, mientras que ella se resistía, á seguirme queriendo marchar despacio para no destruir la armonía de los movimientos. Las carcajadas y siseos del concurso me perseguían como latigazos y la influencia magnética de aquellos ojos socarrones la sentía como saetas con puntas de fuego que se me clavasen en la espalda...

Por la mañana rogué al oficial de prisiones que me trasladase á otro calabozo.

*

* *

—Piénselo bien, que aún es tiempo.

—Lo he pensado.

—Mire usted que en ningún calabozo estará mejor que en éste.

—No importa.

—Pues vamos al **40**.

La verdad es que estaba casi arrepentido de haber solicitado el cambio. En el **42** reinaba la anarquía; pero los disgustos nunca se tradujeron más que en bofetadas oportunamente interrumpidas con la intervención de amigables componedores. Sobre todo, no había ladrones ni asesinos. Voluntariamente iba á reingresar en el foco de las grandes corrupciones.

Mi arrepentimiento fué mayor cuando al abrir la puerta del nuevo calabozo ví caras hoscas, desconocidas, mirándome con el rencor que siempre inspiraba el recién llegado y había que cederle parte del exiguo alojamiento.

Algunos presos, sucios y desgarrados—alcahuetes sin duda—me rodearon apenas dejé el hato.

—¿Quién eres?

—Un preso viejo.

—¿De dónde vienes?

—Del 42.

—Dame un real para beber...

—¿Traes tabaco? Dame un cigarro, que estoy sin dinero.

Una sombra macilenta, un doloroso espectro, vino hacia mí con tardo paso y la cabeza inclinada. Todos los sufrimientos habían desfilado en larga teoría por su frente dejando en ella huellas crueles de su paso. En su boca se había estampado para siempre la mueca de la desesperación incurable.

—¿Cómo estás *paisa*? me dijo con voz sombría.

—¡Ah, eres el *Alicanti*!... ¡Qué cambiado le encuentro!

—Van á fusilarme.

—No desconfíes...

—No hay salvación para mí. ¡Estoy perdido!

Su alma había caído en el abismo dé las negruras infernales donde no llegan las caricias luminosas de la esperanza. Ni razones ni consejos podían alentarle. Su consuelo único era el olvido, y para anegarse en él, bebía sin tasa de aquel alcohol aguado que el matón despachaba á real la copa. Con humildad en el tono y extravío en la mirada, pedíame dinero para embriagarse.

—¡Ni siquiera el consuelo de que me fusilen!... ¡Moriré en el patíbulo, paisá!... Dame una peseta que me emborrache.

—Mejor es que la gastes en comida.

—¡No, no!... Aguardiente, aguardiente: quiero emborracharme; quiero estar borracho siempre.

Ni aún borracho lograba atenuar la desesperación. A los fantasmas de la vigilia seguían otros más espantosos forjados por su imaginación alcohólica. Ensueños espectrales le asaltaban en los largos ratos de sopor beodo, y más de una vez me confesó babeando aguardiente y crispando los puños, que se le había arraigado la idea fija de matar una noche á los cuarenta y tantos presos del calabozo. Y yo miraba espantado aquella cara en la que se pintaba la infinita desolación de un alma perdida.

No era vanos designios los suyos. ¡Ojalá lo fueran! Botella va, botella viene, porfiaba una noche con el matón del calabozo, sentados ambos en la ventana. Discutían sobre el valor de cada cual, y como el jaque le recordase las muchas palizas que por enredador le habían propinado en la Cabaña, el *Alicanti* rugió:

—¡Ya es hora de que sepan quien soy yo!

Y sacando un largo y afilado cuchillo se lo clavó hasta el puño á su interlocutor. La sangre manando en cálidos borbotones bañó la mano del asesino... Sus ojos se revolvieron fosforescentes en las órbitas. Crujieron las mandíbulas y un grito de maldición y exterminio se escapó de entre sus dientes rechinantes... La pupila impávida de un farol ahumado, alumbraba tristemente aquel cuadro de muerte. Los hombres se movían como sombras fantásticas buscando refugio en los rincones... El asesino avanzaba, abiertos los brazos, extraviado el mirar, goteando sangre el cuchillo homicida que temblaba en su mano de borracho. El arma volvió á hundirse en la espalda de otro hombre, que cayó al suelo dando alaridos... Y siguió avanzando el asesino... Su cabeza temblaba convulsa. Los brazos abiertos le ayudaban á guardar el equilibrio. Flaqueábanle las piernas... Por tercera vez bajó el puño armado y por tercera vez la acerada lámina tocó á la víctima... El asesino siguió avanzando... Estaba ya bajo el farol y su luz mortecina dábale semejanzas de rencoroso espectro... El cuchillo seguía brillando siniestro en alto... De pronto, de entre la gran masa humana, se destacó una figura delgada, casi desnuda, que de un bote se colocó ante la fiera. En la diestra llevaba un cortaplumas... El puñal descendió sobre él, y él se precipitó sobre el adversario, y ambos cayeron al suelo... El vengador profirió una blasfemia; el asesino un grito estridente de suprema angustia...

Cuando todo hubo terminado me acerqué al implacable borracho que estaba agonizando. Tenía el vientre abierto de una puñalada y en su rostro cadavérico se leía no sé qué cosa de indescriptible y antihumana. De la boca, encajada en feroz torcedura, brotaba sucia espuma mezclada con rojo hilo de sangre al que se unía otro que manaba de sus narices dilatadas y palpitantes. Sobre la frente arrugada y contraída parece que pesaban lívidas maldiciones. Tenía la cabeza crespada como si el huracán de la muerte se la hubiese revuelto y atormentado, y sus ojos sin vida, cenicientos, estaban fijos en lo alto, dirigiendo al cielo inclemente que le había abandonado su última execración.

Media hora después desfilaban por la puerta las camillas de la Fortaleza cubiertas de fúnebre hule... Y el hospital de San Ambrosio enterró al siguiente día dos cadáveres.

*
* *

Durante una semana sintió el calabozo la pesadilla obsesionante de esta formidable escena; pero acontecimientos sensacionales de muy diverso orden

solicitaron inmediatamente la preocupación de todos.

Eran los últimos días de dominación española en Cuba. La guerra, tanto tiempo prevista, se había declarado entre nuestra nación y los Estados Unidos, y la prensa nos comunicaba á los presos en extensas informaciones hasta la más leve palpitación del sentir popular.

Los americanos iban á bloquear la isla. El gobernador general previno que tres cañonazos anunciarían la presencia de los barcos enemigos.

Circulaban rumores absurdos, que la esperanza tornaba verosímiles. Decíase que Cánovas, presintiendo antes de morir la inminencia de la guerra, había comprado sigilosamente á Italia diez ó doce barcos magníficos. Las revistas de la capital cubana reproducían fotografías y grabados de las escuadras yanki y española, y en los cafés y en los paseos discutíase la superior excelencia de una ú otra, dando origen á incidentes tragi-cómicos. Un súbdito americano que en el muelle discutía apasionadamente con un capitán de movilizados calmó su ardor en las aguas de la bahía arrojado de cabeza á ella por su adversario. Otro ponderaba en la acera del Louvre la superioridad de la artillería yanki con gestos admirativos:—¡Oh, si ustedes viesan el *Brooklin*, qué corazas tiene! ¿Y el *Iowa*? ¡Pues si oyesen los cañonazos del *New York*!

—¿Y ha oído usted los del Pelayo?, le interrumpió un español.

—Yo no.

—Pues suenan así.

Y le dió tan soberbia bofetada, que aún debe zumbarle en los oídos.

La ciudad había tomado el carácter solemne que precede á los grandes acontecimientos trágicos. El temor y la esperanza eran la preocupación constante de todos los espíritus. A medida que se acercaba el momento en que debían presentarse los acorazados enemigos, aumentaba la ansiedad, que se pintaba en los semblantes. En los lugares públicos se cruzaban torvas las miradas rivales.

¿Qué era, entretanto, de los barcos españoles? Decíase imprecisamente que una escuadrilla de torpederos había salido de las Canarias. Se murmuraba de una división naval, vanguardia de poderosa escuadra, que estaba ya en la mitad del camino. Hasta se fantaseaba sobre un ejército de cien mil hombres mandado por Weyler, que iba á desembarcar en los Estados Unidos y entrar á sangre y fuego como horda tártara en Nueva York, y pulverizar á cañonazos sus fábricas colosales, sus casas de diez pisos, todos los monumentos de su civilización material y utilitaria... Y desde las terrazas y desde la playa, el pueblo exploraba el horizonte...

Tres cañonazos huecos, lentos, sin repercusión apenas, sacudieron los espíritus. Había llegado la hora solemne. Un soplo heroico sacudió todas las fibras helando hasta la raíz del cabello. Los ojos se volvieron anhelantes hacia el lugar de donde habían partido las roncadas detonaciones de alarma. Coronando el Morro, entre mar y cielo, decía la prensa que se veía una blanca nubecilla de pólvora, inmóvil y dormida en el espacio caliginoso. Las miradas exploraron ansiosas la línea azul del horizonte.

Nada se descubría. La masa líquida estaba en perfecta calma, silenciosa y pesada como un lago de líquido estaño. La única nota variada y pintoresca en aquel cuadro de bochorno dábala los millares de almas que avizorando á lo largo de la playa formaban vistosa y ondulante orla.

Empezó á circular el grito de *¡ahí están! ¡ahí están!* Allá muy lejos, se adivinaba mejor que se veía ligera neblina que ascendía, se condensaba, se aproximaba. Luego comenzó á insinuarse otro girón vaporoso. En la línea del horizonte se destacó, por fin, un punto negro, móvil, que aumentaba de volumen á medida que se aproximaba resbalando sobre la tersa superficie opalina. Los corazones comenzaron á pulsar acelerados presintiendo que aquel bulto negro era lo desconocido, el destino misterioso é inexorable que iba á decidir de sus suertes...

Por la comba que el mar formaba iban surgiendo sucesivos puntos negros, coronados de humo, que se agigantaban paulatinamente como fantasmas de un mal sueño... Después de un barco, aparecía otro, y otro, y otro más... Guardaban distancias simétricas cual si respondiesen á tácito convenio... No eran bajeles que alegran la mar somnolienta con sus blancas velas, sino largos féretros silenciosos y sombríos deslizándose sobre inanimada Stigia portadores de la muerte... Sin interrumpirlo ordenado del cortejo llegaron frente á la Habana. Sus contornos se destacaban rígidos, duros como el acero de sus corazas... De pronto viraron todos á la par obedeciendo á órdenes é impulsos secretos, y aquellas enormes masas dirigieron hacia la capital sus proas amenazadoras, quedando enseguida inmóviles.

Estaban fuera de tiro. En los sucesivos días, se presentaron menos barcos. Si alguno más audaz se acercaba, presto lo auventaban las baterías de la costa.

Un día se dijo que había llegado á Santiago de Cuba la división naval mandada por el almirante Cervera. La escuadra llegaría luego. Los ánimos recelosos y abatidos con tan larga espera, recobraron coraje á tan feliz anuncio. ¡Y volvieron á renacer los entusiasmos y á forjarse nuevas quimeras! Otra escuadra española iba en socorro de Filipinas y apenas derrotase á la que mandaba Dewey seguiría adelante para bombardear las costas de California, y recobrada aquella ciudad de San Francisco que nos perteneció en otra época.

El tiempo pasaba, los espíritus comenzaban otra vez á decaer y la poderosa escuadra no aparecía. ¿Qué pensaba el gobierno? Santiago de Cuba estaba bloqueado por mar y sitiado por tierra. ¿Es que España no tenía barcos, como decían sus enemigos, y los de Cervera iban á pudrirse en la bahía de Santiago?

Una mañana circuló como una centella la noticia loca de que Cervera había roto el bloqueo, destrozado varios acorazados enemigos, y que se dirigía á toda máquina con rumbo á la Habana. Iba á entrar glorioso, como los héroes de Roma. Todo se dispuso para recibirle. Los barcos anclados en el puerto se empavesaron como en las grandes solemnidades, preparáronse las comisiones que debían saludar al vencedor y las músicas recibieron orden de estar prevenidas para batir Marcha Real cuando la escuadra asomase en la boca del Morro...

Aquella alegría insólita, trocóse en mortal tristeza al otro día: á la esperanza sucedió el desmayo de las ilusiones idas. Los vencedores fueron los vencidos; los barcos, unos habían ardido, otros eran astillas, y sus tripulantes sombras lívidas que flotaban sobre el trájico lugar de la catástrofe.

Ya, no había salvación. Cuba estaba perdida para España. Los que por ella habían sacrificado familia y hacienda, lloraban de impotente coraje; otros crispaban los puños, y por todas partes sonaban,

parole di dolore, accenti d'ira,

como en el Infierno dantesco. Hasta los enemigos de la dominación española sentían barruntos de tristeza, porque también nos cuesta pena separarnos de la desgracia cuando ha sido nuestra fiel compañera de muchos años.

... Y mientras que en la capital de Cuba se lloraba á los muertos, en la capital de España se aplaudía á un torero...

*

* *

¡Veinte meses de negra incertidumbre! Duraba aun el bloqueo cuando me pusieron á disposición de un Consejo de Guerra reunido en la Habana.

Era lunes... Creo que era lunes, pues mi memoria, bastante fiel casi siempre, es muy flaca para retener lo enojoso... Un cabo y dos soldados vinieron por mí á las siete de la mañana. Desde las cinco estaba aguardándolos, vestidos los mejores trapillos, y acariciando los ciento veinte pesos de ahorro que ocultamente me entregó el depositario la tarde antes. ¡Mis cuentas las tenía bien echadas: si el Fiscal me pedía la pena de muerte, ó los soldados me acribillaban en la calle ó desaparecía!

Salimos del Castillo y apenas llegados frente á la explanada de los fusilamientos tuve que sentarme en una piedra. Temblábanme las piernas, los ojos se me nublaban y oía zumbar el cráneo. Era aquello la protesta de los veinte meses de penumbra y aire enrarecido en húmedos calabozos contra la luz radiante que bajaba del cielo y la pura brisa que subía de la mar.

Cuando descendimos la cuesta el bote estaba en la opuesta orilla, y mientras venía á recogernos comencé á poner en práctica el consejo del bello preso, regalando á la escolta. Tiré de cartera, y mostrando los billetes al mismo tiempo que sacaba uno para abonar en el kiosko, les dije:

—Cien pesos vamos á gastarnos si el Consejo me absuelve. (Bien sabía yo que mi sentencia no la conocería tan pronto.)

—¿De que le acusan?

—¡De tonterías!... No valen los veinte meses que llevo de prisión el artículo que escribí.

—¡Bah!... Pues no se preocupe... Estoy tranquilo... ¡Vamos á tomar unas copas!

—Sentémonos en una mesa mientras viene la lancha.

—¡A ver, ciudadano! Una botella de ron Bacardi... Y un mazo de Carunchos... ¿Y comer, no comerían ustedes algo? Este vientecillo abre el apetito y cuando volvamos á la Cabaña tendrán el rancho hecho engrudo.

El cabo dijo:

—Aquí es todo malo y lo cobran caro. Comeremos en el muelle si á usted le parece. Son las siete y cuarto y hasta las ocho y media no se reunirá el Consejo de Guerra. Tenemos tiempo sobrado.

Mi plan empezaba á cumplirse sin contratiempo. Si de improviso no surgía alguno la salvación era segura.

Entramos en la fonda de mejor parecer que en el muelle había, y un camarero se nos acercó lento y sosegado, con ese sosiego peculiar de los camareros cubanos que tantas veces me había irritado.

—¿Qué hay? le dije.

—Café, señor.

—¡De comer!...

—Nada, señor. Hasta las once no estará el almuerzo.

—¿Y qué podrán hacernos?

—Podrán hacerles, señor... Pues huevos... Riñones fritos... Carne entomatada...

—Bueno; excepto la carne entomatada, que hagan de lo que tengan... Pero, pronto ¡eh!...

—Sí, señor.

—¿Oiga?...

—¡Señor!...

—Mientras viene lo demás, sírvanos un poco de salchichón y vino... ¿Que vino tiene, campeche?...

—Hay de lo bueno, señor... Valdepeñas, Rioja...

—Venga Rioja; pero pronto...

—Está bien, señor.

Sin que la actividad le rindiese el camarero nos sirvió lo pedido, y los soldados arremetieron denodadamente al salchichón y al vino. Sobre todo al vino. Yo les alentaba.

—Vamos con él, que éste pasa bien y no marea.

—Mejor es que el del cuartel, decía el cabo paladeándolo... Pero, ¿usted no bebe?

...

—Soy poco aficionado.

—Beba y no sea tonto. El vino le dará valor...

Fenecieron las dos primeras botellas y tres más con los huevos y riñones. Los ojos de la escolta me miraban húmedos y agradecidos.

—¿Hay algo más? le dije al camarero.

—¿Qué desea, señor?

—¡Venga jamón y otras dos botellas de Rioja.

—¡Que nos vamos á marear! observó un soldado que ya lo estaba.

Y el cabo:

—¡Viva el guateque! Este vino es bueno y no marea; si fuese el del cuartel...

El camarero se acercó:

—¿Desean algo más, señores?...

—Sí, postres: pastas, dulces, lo que tenga... ¡Espere, camarero!... ¿Quieren ustedes aguardiente ó ron?...

—¿Y si nos hace daño?

—No hagan caso... Con el dulce sienta bien y no se corre peligro.

—Pues venga aguardiente de España, que ya no recordamos de cómo sabe.

Al aguardiente siguió el café y enseguida tres copitas de coñac saboreadas entre el humo perfumado de los elegantes Carunchos. Los fusiles descansaban inofensivos apoyados en la pared; los soldados se relamían de gusto catando el rico licorcillo, y el cabo no cesaba de musitar balanceando el cuerpo:

—¡Buen principio de guateque!... ¡Vaya una juerguecita que vamos á correr! ¿Verdad, amigo?

Y yo le animaba:

—¡Cien pesos llevo para gastar!

Terminado el festín se me acercó al oído el jefe de la escolta para depositar en él una palabra que no soy capaz de escribir... ¡El cabo estaba borracho!... ¿Si estuviera en su cabal juicio, cómo no le alarmó aquella insólita alegría que á mi rostro debió transfigurar, ni el fulgor de mis ojos que brillarían á través de los lentes como dos astros en mitad de la noche?... ¡El cabo estaba borracho, porque segunda vez me repitió la frase que no soy capaz de escribir: la frase que me abría de par en par las divinas puertas de la salvación!

Le dije zozobrando entre el temor y la esperanza:

—¡No!... ¡Sí, vamos!... ¡No, ahora no!... A la vuelta; podríamos llegar tarde ante el Consejo de Guerra...

El cabo miró al reloj.

—Es verdad... Son las ocho y cuarto... A la vuelta ¿eh?...

—Sí, entonces...

Los soldados se colgaron los Maüssers del hombro. Yo les reconvine:

—No, como si me llevaran preso. Las armas afianzadas.

—Entre nosotros no cabe recelos.

—Pero pudieran amonestarle.

*
* *

Perdón, lector, si en llegando aquí te desoriento, pues también yo me desorienté al salir de la fonda. En confianza. Yo bebí poco; pero mi cabeza es tan débil que el vinillo la tomó por asalto. No quiero decir que estuviera como la escolta. ¡Por Dios, no tanto! Tampoco faltaré á la verdad diciendo que estaba alegre, pues has de saber que cuanto más alzo el codo más triste me vuelvo... Estaba... A medias luces, en ese bello crepúsculo que sólo se ve entre Pinto y Valdemoro. Dígote, para terminar, que no sé donde se celebró el Consejo de Guerra. Debió de ser como á unos cien pasos de la fonda y no lejos del Gobierno Militar.

La sala de Justicia era una habitación modestísima, y allí esperaban ya mi defensor y seis capitanes que salieron á recibirme. Había uno todo valor, corrección é inteligencia. De otros conocía yo tales picardihuelas que al preguntarles afable: —«¿Son ustedes los encargados de juzgarme?» y contestar—«¡Sí, señor!», le dije á mi sayo:—¿Y á éstos jueces quién los juzgará?

Apenas terminados los saludos y hecha esta última reflexión llegó un Teniente Coronel de franco y bondadoso rostro para presidir el Consejo. Solo faltaban el Juez y el Fiscal.

¡Pero, chitón, aquí están! *La Muerte* viene como siempre, con la pata coja y los lentes rotos. Chupa el primer cigarro de los cinco que su mujer le compra cada día... ¿Pero quién le sigue?... ¿Parece otro Comandante de Caballería?... Alto... Rollizo... ¡Estoy perdido! Es el émulo de *La Muerte*, el que comparte su triste gloria de fusilar hombres... ¡Mísero Ciges!... Te han dado de Juez y de Fiscal á dos sacerdotes implacables de la sanguinaria Hécate... ¿Hécate tenía sacerdotes ó sacerdotisas?... Bueno; en la duda abstente... Pongamos. Weyler en fuga de Hécate.

El tribunal está reunido y mi Juez empieza á leer los autos. Su voz es fuerte, segura, bien timbrada. Recuerda la estentórea que tanto agradaba á los soldados mandando el escuadrón. Si *La Muerte* ha de pasar á la posteridad será por su voz de trueno y su arte en instruir procesos.

El comandante lee, lee... ¡Hombre formidable! No se cansa de leer con su voz fuerte, segura, bien timbrada, las diligencias cien mil veces releídas, porque todas están calcadas en el mal escrito formulario del Sr. Ugarte. Mientras el Juez lee sin cansancio, yo que estoy aburrido, voy á dirigir una súplica al Altísimo.

«¡Señor: Tú que todo lo puedes, oye mi ruego! ¡Permite, Señor, que de este pobre

librejo mío hagan las prensas tantas copias como del *Manual* escrito por el señor Ugarte hacen los jueces militares! ¡Como verás, Dios mío, el milagro es pequeño para Tú Omnipotencia y grande para mi pequeñez! ¡Hazlo y me librarás por siempre jamás de miserias y tribulaciones! ¡Señor: ya que en el naufragio de mi fe solo se ha salvado la creencia en Tí, en el genio de Unamuno, y en la formalidad de Romero Robledo, atiende mi súplica!»

El Juez ha concluido de leer diligencias, declaraciones y exhortes calcados en el *Manual* de Ugarte, y empieza á repasar mis antecedentes. Todos son inmejorables. Allí está la hoja de castigos limpia de borrones. Mientras *La Muerte* despacha, yo quiero emborronar esa hoja, pues un alto sentido de justicia me impide pasar por buen soldado.

Doy de mano al aseo y policía que tanto se estima en los cuarteles, porque si mi abandono pasaba de la raya, también es verdad que yo fui víctima constante de la soldadesca... Hilo, cepillos, betún, todo me lo quitaban. ¿Faltaba un botón? Lo arrancaban de mi capote. ¿Había una mochila mala? Cargaban con la mía. ¿Necesitaban buen cinturón? Pues el mío estaba allí á merced del primero en cogerlo. ¿Cómo castigar á un pobre hombre que al vestirse para ir de guardia se encuentra con que le han robado el pantalón?

Si mi falta de aseo merecía disculpa mi falta de respeto era digna de castigo. Y me castigó un capitán á dos días de calabozo. ¿Por qué no figuraba aquella pena en la inmaculada hoja? Voy á decirlo. El capitán no me quería bien y se sirvió de una estratajema para que el primer jefe recargase el tiempo de arresto. En lugar de mi falta puso otra más grave, y al verla yo en el parte del oficial de guardia pedí papel y pluma para redactar otro parte recordando un artículo de las Ordenanzas referente á los oficiales que comunican informes falsos. No fué más pronto entregarlo, que abrirme el capitán la puerta rogándome de paso que rompiese el parte.

Tampoco en subordinación calzaba muchos puntos, y entre varios casos dignos de que me instruyesen sumaria, recordaré el más leve.

Había un sargento á quien le presté dos pesetas, y al reclamárselas un día me las devolvió así: «¡Pam, pam!...» Su mano izquierda caía en mi mejilla derecha y su diestra mano en mi mejilla izquierda... «¡Pam, pam!...» ¡Seis bofetadas que valían seis doblones!... Era mucho, y yo, que si no soy subordinado me precio de buen pagador, prometí devolverle el préstamo... Pasaron meses; fuimos á Melilla y un día que le vi sólo en su tienda de campaña entré y «¡pam, pam!», mi mano izquierda caía en su mejilla derecha, y mi diestra mano en su mejilla izquierda: «¡Pam, pam!» ¡Doce bofetadas como doce soles peruanos!... Cuenta y réditos.

Durante esta digresión *La Muerte* ha rematado la lectura y empieza el Fiscal.

Su voz es melosa y aflautada, sin inflexiones... ¡Jesús, qué hombre tan antipático! ... ¡Y qué cursi es la acusación!... ¡Y qué pedestremente escrita!... ¡Uf, vaya un gallo que ha soltado!...

Me aburro, me aburro, y como no tengo ganas de referir aventuras de mi vida

militar, me distraigo mirando los soldados que van y vienen por un patio que se ve allá enfrente... De este patio colijo que el Consejo se había reunido en algún cuartel ó dependencia militar...

¿Pero qué oigo?... ¿Qué dice ese hombre?... ¿Pues no está modificando la formidable calificación de mi delito?... ¡Que no soy traidor!... ¡Que, que...! Indudablemente, este buen señor no es tan malo como dicen... ¡Flojo bajón que ha dado! Desde la pena de muerte hasta doce años de presidio, me parece que hay alguna diferencia; porque ahora solo me acusa de haber ofendido al General en Jefe. Mi cabeza la tengo asegurada y me entran deseos de gritar:

—¡Señores: la vida es bella, y Weyler guapo, elegante y pródigo!

Pero me contengo por no perder palabra; pues el Fiscal sigue quitando hierro con atenuantes. Yo le miro cariñoso—ahora me parece muy simpático—y le digo mentalmente:—Sigue, sigue por ahí, hasta llegar á la prisión mayor en su grado mínimo: seis años y un día.

En efecto; tal fué la pena que en nombre del rey pidió para mí:—«¡Muchas gracias!» le dije con los ojos.—«No hay de qué» me respondió con una sonrisa. ¡Indudablemente, á este hombre le habían calumniado sus enemigos!

Pero es tan mudable y descontentadiza esta picara naturaleza humana, que nunca se conforma con el bien que posee. ¡Seis años y un día!... Era mucho... ¿Si me rebajasen el día?... Entonces ya no sería prisión mayor, sino correccional. El alivio bastante; porque me abonarían la mitad de la preventiva sufrida, y como ya se hablaba de un amplio indulto apenas terminase la guerra, pronto recobraría la libertad sin recurrir á la fuga. La prisión mayor era más agria, porque ni me abonarían nada ni el indulto podría pasar de media condena. Y francamente, tres años á la sombra en la Penitenciaría de Mahón me desagradaba. ¡Palabra de preso que equivale á la de caballero!

Todo esto y mucho más le comunique al defensor en una mirada tan lánguida, que me respondió con otra significativa de «¡ahora veremos; ahora veremos!»

Y empezó su defensa escrita en estilo conciso y claro, tan claro y conciso que á la vigésima palabra ya había dicho que yo era un degenerado... ¡Voto á bríos!... ¡Valiente Camprodón me ha salido á ultima hora!... El hombre estaba bien empollado en la moderna escuela italiana; pero todo aquello era pura jerigonza para el Tribunal que solo sacaría en limpio las frases que implicaban ofensa: que yo era un desequilibrado, que las lecturas mal digeridas me hicieron daño... ¡No, vive el cielo, eso no!...El pasto intelectual lo digiero bien; el material ¡ay! es del que no digiero bastante.

Vencido este mal paso el segundo teniente entró en consideraciones más asequibles al Consejo, y con cuatro pases en redondo dados oportunamente al riscal, remató la faena pidiendo mi absolucíon... Yo me froté de gusto las manos murmurando al mismo tiempo:—Muy bien; muy bien! ¡Este anciano promete!

Cuando los jueces se quedaron solos, el defensor me dijo:

—Los ánimos están bien predispuestos en favor de usted, y si no le absuelven será insignificante la pena.

El cabo que le oyó vino á felicitar-me.

—¡Que sea enhorabuena!... ¡Vaya una juerguecita que vamos á correr!... ¿Verdad, amigo?...

Yo le repliqué:

—Nada de juergas; pudiéramos tardar y que le castigasen al volver. Entremos en un café para tomar lo que gusten, y al Castillo enseguida.

Cerca de una hora duraron las libaciones. Cabo y soldados eran corambres henchidas cuando tomamos la lancha, y para poder ascender la empinada cuesta de la Cabaña, tuve que cargar con sus fusiles.

Al vernos llegar el oficial de prisiones puso los brazos en jarras, y dirigiéndose á la escolta, exclamó:

—¡Bonitos vienen!... ¡Esa mona vale por tres!

—¡Mi teniente... mi teniente!... es lo único que pudo balbucear el cabo.

—¡Silencio! Al calabozo á dormirla.

Yo les justifiqué:

—Ha sido mía la culpa. Como llevaba dinero y tengo muchas probabilidades de que me absuelvan, les invité á beber.

Y añadiendo á esta razón un mazo de buenos vegueros, el teniente les envió al dormitorio.

*

* *

Pasaron dos meses y aún esperaba la notificación de la sentencia. ¡Oh, augusta justicia militar española! ¿Quién habrá que por diligente no te ensalce? Los americanos eran dueños de Cuba y las tropas españolas empezaron á evacuar la isla. Los calabozos iban aclarándose paulatinamente con los presos que salían para incorporarse á sus cuerpos.

Un día se le antojó al general discurrir por los rastrillos y preguntar viendo tantos hombres encarcelados:

—¿A qué hora pasean los reclusos?

—A ninguna, mi general, le respondieron.

—¿Pero no salen nunca?

—Nunca, mi general.

—¡Eso es horrible!... Desde mañana que paseen una hora.

(A buena hora...)

Reforzada la guardia del rastrillo, abrieron las puertas á la siete de la siguiente mañana. No habían salido los últimos presos cuando ya dos rivales se estaban apuñalando fieramente. Para conjurar estas pendencies dispusieron que en lo sucesivo se compartiese la hora de recreo en dos turnos de calabozos. ¡Nadie dudará que esta providencia era muy sabia; pues si en el rastrillo había cien hombres menos, es evidente que cien eran las probabilidades de que no se alterase el orden!

Durante la gresca requirió poderosamente mi atención un hombre singular que recostado en la pared miraba frío é indiferente á los que blandían la faca con peligro de herirle. ¿Era aquel hombre Napoleón redivivo?... Llevaba como el Conquistador afeitado el rostro y como él impresa la máscara helada de su inmutabilidad. Era grande y severa la frente, recios los pómulos, cuadrados los hombros. Su mirada, atenta, sajante, como la del propio Bonaparte...

No paseaba nunca. Cuando abrían los calabozos recostábase en el quicio del suyo, cruzaba los brazos, y clavando la mirada en el cielo como si pretendiera escrutar sus arcanos, pasaba así la media hora. ¿Quién era aquél hombre? Algunos sujetos le habían conocido no recuerdo en que presidio, donde expiaba seis años de cadena por hurto ó robo; pero nadie supo por qué causa estaba en la Cabaña.

De creer á los matones que le tenían miedo, era un escéntrico peligroso; pero nunca intervino en cuestiones. Sabían que tenía cuchillo: un cuchillo oxidado que no ocultaba. Allí en su saco estaba para que los guapos se lo quitasen cualquier noche; pero inspiraba sobrado respeto su dueño para que no se propasaran á tanto. ¡Milagro de la sugestión ó del temor que se manifestaba incontrastable y palmario cuando á la hora del rancho dábale el naípe por tirar el pan en medio del calabozo y defenderlo con un «¡deja eso!», preciso y glacial, que paralizaba la acción del que iba á cogerlo!

Era más parco de palabras que un lacedemón, y si alguna vez hablaba hacía lo esbozando un remedo de sonrisa, por recordar siempre aquellos felices días de la niñez, en que inventaba cien tretas para tomarle á su madre dinero, golosinas, hasta la carne del cocido que sacaba rompiendo el puchero y echando la culpa al gato. De sus antecedentes deducíase que era un cleptómano; ¿pero era un cleptómano genial? ¿No hemos convenido en llamar ladrón al que hurta menudencias y conquistador al que hurta reinos enteros? ¿Existía esencial diferencia entre Napoleón vencedor y el preso vencido, ó sólo diferencia de grado? ¿Sin la Revolución francesa, no hubiese muerto aquél de oscuro comandante ó coronel? ¿Necesitaba éste otro para ser un Masaniello que alguna borrasca popular sacudiese sus incontrastables energías aletargadas? ¿Quién era aquel hombre de rostro helado y mirada ardiente?

Quizás en su cerebro pululaban ideas de gloria comprimadas por un medio adverso; quizás el brillo hipnótico de su atenta mirada fuera el resplandor de genial inteligencia... ¿Quién podría penetrar en su alma hermética?... Pero tal vez en aquella frente augusta no aleteaba ninguna ideal mariposa; posible es que sus ojos de

mirar profundo sólo fuesen frío talco donde se refractaba la pura luz de los cielos...

¡Quién sabe!... He conocido á un trasunto de nuestro admirable caballero andante; Era como él avellanado y enjuto, alto y quebradizo, larga, la nariz y la barba en punta. Don Quijote le llamaban por su apostura, y también se merecía el nombre por sus pensamientos, hidalgos cual los pudiera inspirar el hidalgo manchego. Nunca á sabiendas hizo agravio á la verdad; resistía dignamente contratiempos y trabajos, y su idea del deber poníala tan por encima de todo, que jamás la alcanzara ni el imperativo kantiano. Jamás soldado demostró tan ardiente amor en servir á su Patria, y por eso la profesión de las armas no tenía para él otra que se le igualara. Si estaba de centinela su fusil era lo que el niño en brazos de la madre, y si entraba de cuarto, el mismo Don Quijote no veló sus armas en el corral de la venta con más diligencia y celo que su émulo las de la guardia sentado el pie de ellas. Nadie le oyó proferir una queja aunque le abrumara el cansancio, y todo lo daba por bien empleado con tal de servir á su Patria.

Porque la Patria era su Dulcinea, la musa que inspiraba sus más fogosos discursos. ¡Qué apologías las que de ella hizo al estallar la insurrección! ¡Qué baldones contra los insurrectos! ¡Qué ingenuas soflamas contra los lenguaraces y malos patriotas que por mil quinientas pesetas se quedaban en casa! Chicos y grandes, pobres y ricos, cuantos gozasen de juventud y salud, tenían la obligación de ir á Cuba para defender á la pobre Patria en peligro de sufrir merma... ¡Y él iría; ninguna ocasión tan propicia de exponer su pecho generoso!...

Y fué Don Quijote; pero asociando á lo bueno lo útil... ¡Fué por dos mil reales!...

*

* *

Era veinte de diciembre cuando un sargento y cuatro soldados fueron á recogerme. El batallón se había alojado en los grandes almacenes de Regla para embarcar al siguiente día.

—¿Qué se dice de mí entre la gente? pregunté á mi compañero.

—Que está usted loco.

—¿Nada más?

—Que de buenas se ha librado.

—¿Pero qué se sabe de mi causa?

—Nada cierto. Rumores de que le han impuesto dos años de prisión correccional, según algunos; que le han absuelto, según otros.

El oficial de la guardia, antiguo compañero mío, sólo pudo decirme que los miembros del Consejo habían guardado discreta reserva y que al reclamarme el Jefe del Batallón para embarcar, habíanle comunicado del Gobierno Militar instrucciones secretas.

Fundándome entonces en inverosímiles especies que propagó la prensa yanqui

durante el mando de Weyler, empecé á gritar, rojo de coraje:

—¡Ordenes secretas!... ¿Pero es que aun persiste la época del terror? ¡Cuatro meses que comparecí ante el Tribunal de Guerra, é ignorar todavía cuál es mi suerte! ... ¿Cabe mayor vergüenza?... Con que ordenes secretas ¿eh?... Querrán echarme de cabeza al mar como á los prisioneros de guerra.

El oficial me contuvo:

—¡Tan colérico y violento como antes de ponerle á la sombra!... ¡Calle, que hay jefes por ahí!... Con razón nos alegramos de que estuviera preso mientras han durado los desórdenes de la Habana.

—¡Muchas gracias!... Dígame ahora dónde me coloco.

—Mientras anden por aquí los jefes del batallón en este mismo sitio, que es el de la guardia. Cuando se marchen, donde usted quiera.

—Pero la guardia no está aquí. ¿Quién me vigilará?

—Que le vigilen los macutos; no creo que se me escape... Hasta luego.

Cuando me aburrí de pasear solo, tendime en el suelo con un saco de cabezal, y al poco rato me durmió el suave murmullo del oleaje que se infiltraba entre las piedras próximas. Al despertar era ya de noche. Las estrellas brillaban en lo alto con esa nitidez propia de las zonas tropicales y las aguas tranquilas de la bahía reflejaban como sereno espejo sus perezosas titilaciones. El amplio almacén ofrecía un aspecto fantástico con las innumerables fogatas encendidas para disponer el rancho. Los soldados iban y venían como sombras^[44] confusas en todas direcciones; sentábanse en el suelo formando grandes corros, y cantaban ó jugaban al resplandor de las hogueras.

El oficial de guardia vino en mi busca.

—¿Hay apetito?

—Bastante.

—¿Quiere cenar conmigo?

—No me queda otro remedio... Mejor cenaría en una fonda de Regla.

—Yo no puedo acompañarle; pero márchese si le place.

—¿Pero preso como estoy?

—¡Qué importa!... Váyase y pasee.

No necesitó insistir. Cogí el sombrero y me lancé á la ventura en las calles de Regla.

Aunque de diciembre éra la noche tan dulce y tibia como las nuestras de junio. Todo tenía para mí el encanto de lo nuevo: el cielo, el lugar, la magia de las sombras que envolvían las calles tranquilas. Era dichoso como no lo he sido nunca. Sentía arderme el pecho en sed de vida esplendorosa, y hubiese querido detener á los que circulaban por mi lado, ofrecerles la mano amiga, abrazarlos en cordial transporte... Ni deseaba recordar el pasado ni mirar al porvenir, temeroso de nublar la felicidad del momento presente. ¡Oh libertad, es menester perderte para saberte amar!

Cielo y tierra difundían sacra apacibilidad que ennoblecía y exaltaba el espíritu.

Forzado á vivir dos años entre hombres y cosas infames, en continua tribulación el alma, sentíame ahora penetrado de suaves efluvios. Hasta los sentidos laxos despertaban á nueva vida acariciados por el aura de la noche y las odoríferas estelas que tras sí dejaban las mujeres cubanas, prodigas en derramar esencias.

Al llegar á una esquina detuve el paso para orientarme. Enfrente había una casa como de prócer ó millonario; pero no fué la casa abierta á los cuatro vientos y adormida de plantas tropicales lo que me cautivó, sino una pareja que embebida en dulce coloquio no había notado mi proximidad. Entre las sombras de la noche destacábase el amplio traje blanco de ella y su deshecha cabellera rodando por la espalda y hombros. Aquella mujer se me apareció como una hada, sonriendo indolente al galán que de pie ante ella la contemplaba enamorado.

No sé cuánto tiempo me hubiera retenido allí la envidia, si la pareja, no observa mi presencia. Entonces avancé lentamente mirando alucinado cómo los negros ojos de la criolla se agrandaban á medida que me acercaba. Ni siquiera reparé en él. ¿Que me importaba él? Saludé humilde, y sin desviar los ojos de los ojos de ella, que me atraían con poderosa fuerza magnética, díjele vergonzoso como mendigo implorante que desconocía el lugar y necesitaba ir á una fonda.

Y ella me respondió con voz tan dulce que se me antoja estarla oyendo ahora:

—Siga adelante, que al término de la calle encontrará una plaza y en ella, lo que busca.

—Seguí el camino indicado. En mi turbación veía los ojos de ella que me precedían brillando como dos luceros errantes. Entré en una fonda, pasé luego á un café, y cuando la media noche acechaba emprendí el regreso hacia los almacenes.

La pareja seguía en amoroso coloquio y los ojos de la criolla lucían en las sombras más intensos que antes. Entonces volví á la realidad. ¡Aquella escena idílica era puro ensueño mío del que solo soñando podía gustar! Dentro de cinco minutos volvería á ser el preso desconocedor de su suerte, amenazado de que el Auditor de Guerra ó el Capitán General juzgasen leve la pena impuesta y le remitiesen á más alto fallo, al del Supremo Tribunal de Guerra y Marina. ¡Qué largo camino en perspectiva!... ¡Veía eslabonados fétidos calabozos por recorrer; las galeras de Melilla y Ceuta allá más lejos; el lugar de los suplicios cruentos en último término!... ¡Y los ojos de la criolla brillaban como luciérnagas atrayendo mi alma negra de condenado!... ¿No estaba en libertad? ¿Por qué perderla? Tenía dinero. Protección me sobraba para ocultarme mientras las tropas españolas estuvieran en Cuba. Federico Bacallao, el Ayudante de Maceo y compañero mío de prisión, me había invitado á vivir en la isla y ofrecido sitio donde recatarme. ¿Por qué no huir del peligro?...

—Perdone usted, señor. ¿Es que desconoce el camino?

—No estoy muy seguro...

La pareja tomó la indecisión de mis pensamientos por extravío en el lugar, y el joven acudió á orientarme.

—Gracias, gracias; ya no me perderé.

Continué la marcha; pero deteniéndome cada cuatro pasos. ¿Qué hacer?... ¿Me quedo, ó me entrego?... Si escapo procesarán al oficial... ¡Procesarlo por mi culpa cuando vuelve á España; al lado de sus padres!... ¡Y por ser tolerante, bueno conmigo!... Pero ¿y mi libertad?... ¿Por qué no he de sacrificar á un hombre?... ¿Seré yo el primero?...

...Los ojos seguían mirándome; pero ya no erraban ante mí... Se habían quedado detrás, brillando como dos luceros melancólicos en la oscuridad de la noche serena...

*
* *

El barco ha levado anclas y vira lentamente para enfilear por la boca del Morro. No tocan las alegres charangas, ni estalla la ruidosa cohetería, ni sobre cubierta se dan entusiastas vivas como al venir de España. La retirada de los vencidos es siempre triste y silenciosa.

Al pasar frente á la Cabaña huyo á la opuesta banda por no verla, y me distraigo mirando un acorazado yanki, donde los soldados se mueven automática y regularmente respondiendo á toques periódicos^[45] de corneta. De aquella gente había dicho la prensa que eran vagabundos reclutados por algunos dollars y que carecían de disciplina y hábitos militares. ¡Cómo engaña la prensa!

El oficial de guardia se me acercó:

—¿Es usted el preso?

—Yo soy.

—Pues no se mueva del entrepuente. Ya sabe que va bajo la vigilancia de la guardia.

—¿Y cuando estemos en alta mar?

—Mientras no rectifiquen la orden su sitio es el de la guardia.

—Está bien; pero supongo que no dormiré á la intemperie todo el viaje.

—Se le dará un camarote de primera...

—O pueden llevarme á la barra, é iré más seguro.

—Todo se andará si me replica mucho á otros.

—Peores sitios he visitado por replicarle á otros.

—¡No tengo ganas de hablar!

—Ni yo tampoco.

A la hora del rancho se reprodujo la querella, por negarme á comer con la guardia.

—¿Pero se ha propuesto usted darme la lata, me dijo agriado el oficial.

—Sólo me propongo que me den de comer.

—Pues coma rancho.

—¡Para Comillas!... A mí me corresponde otra cosa.

—Sabe usted que es bastante descarado?...

—Lo necesario para entrar en el camarote del general y quejarme de usted, si no me permite ir al comedor ó que me traigan aquí la comida.

La intervención de un antiguo compañero mío puso término á la disputa, y gracias á él su colega me dijo:

—Vaya á comer y regrese aquí apenas termine.

Aquella noche y la siguiente dormí sobre cubierta, revuelto con los sacos de la guardia. El Océano estaba en calma y el airé puro parecía dilatarme los pulmones acostumbrados al ambiente enrarecido de los calabozos.

El tercer día de viaje amaneció con el mar picado; las aguas se volvieron de color ajenjoso, formando grandes y redondas protuberancias que venían á romperse contra el casco del barco. A medida que avanzaba la mañana el cielo se cubría de todos lados y el trasatlántico cabeceaba con más obstinación.

La tempestad se desencadenó con imponente magnificencia á media tarde. Rugía de soberbia el mar; el viento pasaba entre el cordaje silbando amenazas, y las ráfagas huracanadas descargaban su cólera en las aguas levantando olas lívidas, que como ordenados escuadrones caían sobre el buque cubriéndolo de sucio é hirviente espumarajo. Los oficiales huyeron á sus camarotes al recibir la primer descarga del ciclón; los soldados se sumieron por las escotillas, y solo quedé yo sobre cubierta, levantado en vilo por cada ola que entraba bramadora, y afianzado á un cable para no caer en el abismo cuando los violentos bandazos hacían tocar las bordas en el espumeante é iracundo Océano...

El cielo plomizo nos envió una noche prematura... El ciclón fué amainando en violencia poco á poco; pero el trueno todavía conmovía la negra bóveda en prolongado rimbombar, y los vividos relámpagos iluminaban las ingentes olas que se revolvían fosforescentes.

Perseguidos de la atmósfera caliginosa y húmeda de los sollados, asomáronse algunos hombres por las escotillas y al ver la poca seguridad que donde yo estaba había, subieron al puente. Yo les seguí en busca de lugar más cómodo; pero al poco rato de permanecer allí se presentó el contraamaestre acompañado de tres marineros para echarnos fuera.

—No se puede estar aquí. Abajo enseguida.

Descendimos la escalera y los soldados intentaron quedarse en el entrepuente; pero el contraamaestre volvió á ordenar con tono perentorio:

—Abajo inmediatamente. Es preciso cerrar las escotillas.

—Déjenos aquí, imploró la tropa. En el sollado hace un calor inaguantable.

—No puede ser; abajo enseguida. Es orden terminante del capitán.

Picado de curiosidad resolví quedarme. El contramaestre me dijo con rudo acento:

—¿Y usted, qué espera?... Baje pronto.

—Yo no puedo bajar. Mi sitio es este.

—Hay orden de que nadie este sobre cubierta.

—Está bien. Vaya en busca del oficial de guardia á ver si autoriza que me retire de aquí. Yo voy preso y no puedo moverme de donde me han ordenado.

Los marineros no quisieron porfiar y se alejaron balanceando el cuerpo para no perder el equilibrio.

Una hora paso sin que notase nada anormal en el barco. El mar se iba encalmado y los truenos retumbaban cada vez más lejos. Tendido sobre los sacos y macutos de guardia, empapados como yo de agua, empezaba á descender el sueño sobre mis ojos cuando sentí acercarse quedo rumor de voces.

Cinco oficiales pasaron ante mí dialogando:

—La tempestad se aleja...

—Así cenarán los tiburones más tranquilos.

—No podrán quejarse ahora. Los barcos les dejan en todo el camino abundante provisión de carne fresca.

—¿Y desde donde es el lanzamiento?

—Desde arriba.

—Pues subamos, que ya están aquí.

El contramaestre venía delante y detrás seguía larga fila de forzudos marineros sosteniendo rígidos bultos, que me dieron escalofríos.

—Cuidado con no resbalar, que el piso está malo, decía el primero á los que le seguían.

Los bultos eran tres, y al llegar ante la escalera del puente hicieron alto los hombres que los transportaban.

—¿Están bien cosidos los sacos? pregunto el jefe de la marinería.

—Están.

—Pues pónganlos de pie y carguen á cuestras con ellos. Así será más fácil la subida.

Un soldado que acompañaba al fúnebre cortejo—practicante ó quizás amigo de algún muerto y encargado de velarlo en sus últimos instantes—intervino con voz emocionada:

—Mejor es que los suban entre dos, no sea que se les caiga.

El contramaestre le replicó sarcástico:

—¡Pero si son manojos de huesos y entre los tres no pesarán seis onzas, hombre de Dios! ¿No ve que todos están héticos?

Los marineros cogieron los sacos por un extremo y echándoselos al hombro subieron lentamente la empinada escala. Poco después la gente iba y venía silenciosa por el puente, alzóse lento murmullo de graves preces y los tres sacos oscilaron en el

espacio hasta tocar en las olas turbulentas que se abrieron para tragarlos por siempre en su seno tenebroso...

El lanzamiento de repatriados continuó durante el largo viaje á través del Atlántico. Los últimos días ni siquiera se curaba la marinería de cerrar las escotillas, y los soldados rezaban de cara al mar por sus amigos y compañeros viéndolos caer en el vasto é inquieto imperio de los monstruos marinos convertido en insaciable tumba...

*
* *

Recorro veloz cuatro meses.

Las prisiones militares de Barcelona, que es donde me encerraron al desembarcar en España, parécenme refugio de paz y consolación cuando pienso en las borras del castillo asesino. Las puertas se abren bien de mañana, y hasta que el frío de la tarde nos invita á reingresar en los calabozos, paseamos tranquilos por un gran patio caldeado al sol. Allí vemos diariamente caras humanas, llorosas ó resignadas, que acuden á visitar sus presos.

Ningún sensacional recuerdo han dejado en mi cansada memoria estos postreros meses, y así paso tan de ligero por ellos. Dos ó tres presos había que gustaban del escándalo y el vino; pero el ardiente anhelo de obtener pronto la libertad estimulaba su prudencia. Pudiera escribir largo de un hombre que allí conocí; pero su vida tempestuosa; sus prosperidades y decadencias; su indomable orgullo; su alma extraordinaria que se remontaba audaz sobre las mezquindades humanas para caer luego —triste Belerofonte— en el limo amasado por todos los vicios, quizás me sirva andando el tiempo de materia suficiente para escribir otro libro.

Al expirar el cuarto mes —¡octavo desde que se celebró el Consejo de Guerra; vigésimo octavo de cautiverio!— designaron á un comandante para que me comunicase la sentencia. ¡Ya era hora! El Tribunal me había condenado á sufrir dos años, cuatro meses y un día de prisión. El mismo tiempo exactamente que llevaba de preventiva; pero de ésta sólo me abonaban la mitad. ¡Aún tenía que soportar catorce meses en las galeras de una Penitenciaría!

Todo lo tenía dispuesto para marchar á la de Mahón, cuando el amplio indulto que de tiempo atrás se hablaba me concedió la libertad.

FIN



MANUEL CIGES APARICIO (1873–1936). Escritor y periodista. Huérfano de padre se trasladó con su madre a Azuaga (Badajoz). Estudió segunda enseñanza en Badajoz. Regresó a Enguera y sentó plaza como soldado en marzo de 1893. Su primer destino fue Cataluña y posteriormente Cuba.

El 1 de enero de 1896 publicó con el seudónimo “Escipión” un artículo en *El País* reclamando la autonomía para Cuba. Una vez en la isla comenzó a remitir correspondencias a Henri Rochefort para *L’Intransigeant* criticando las operaciones militares y la política de Weyler. Interceptadas sus cartas fue acusado de alta traición, siendo encarcelado en la fortaleza de La Cabaña hasta mediados de 1899.

De regreso a España trabajó en las redacciones de *El Pueblo* (Valencia), *Vida Nueva* (Madrid), *El País* (Madrid), *El Progreso* (Zaragoza, 1903-1904) y militó en el republicanismo. Entre 1903 y 1910 publicó cuatro libros autobiográficos: *El libro de la vida trágica: del cautiverio* (1903) relata su estancia en la prisión colonial y fue un auténtico éxito, de forma que se reimprimió cuatro veces más; con él inició la serie, compuesta además por *El libro de la vida doliente: del hospital* (1906); *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra* (1906) y *El libro de la decadencia: del periodismo y la política* (1907); y dos de denuncia social en la serie “Las luchas de nuestros días”: *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910).

Ingresó en el Partido Socialista Obrero Español en noviembre de 1909, poco antes de abandonar España rumbo a París, perseguido por la ley de Jurisdicciones. En la capital francesa perteneció al Grupo Socialista Español y allí recibió la visita de

Pablo Iglesias en 1910 cuando éste iba camino de Copenhague para participar en el Congreso de la Segunda Internacional. Recorrió el norte de Africa como enviado especial de El Pueblo y poco a poco se fue alejando del socialismo. En 1916 visitó al rey Alfonso XIII en el Palacio para hacer gestiones favorables a los presos en poder de las potencias germánicas lo que le valió ser dado de baja en el Grupo Socialista Español de París en enero de 1917. Ese mismo año regresó a Madrid para incorporarse a la plantilla de El Imparcial como analista de política internacional, puesto que ocupó hasta 1925.

En 1928 y 1929 fue director de La Voz de Aragón (Zaragoza). Políticamente se aproximó al republicanismo y, en concreto, a Manuel Azaña. Fue Gobernador civil de Baleares desde el 16 de febrero de 1933 al 21 de diciembre de 1935. Colaborador de El Liberal y El Mercantil Valenciano y creador de Política, diario de Izquierda Republicana. Tras el triunfo del Frente Popular fue nombrado Gobernador civil de Santander (22 de febrero a 3 de junio de 1936), Lugo (3 de junio a 5 de julio de 1936) y de Avila desde esa fecha, donde le sorprendió la rebelión militar del 18 de julio de 1936.

Detenido, fue fusilado en Avila el 5 de agosto junto a Licinio Avila, concejal y fundador del socialismo en dicha ciudad y Manuel Alonso Zapata, diputado socialista por Madrid en 1933.

Notas

[a] En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1903, a partir de la cual se ha realizado esta. (N. del E. D.). <<

[1] *Auque* en el original. (N. del E. D.). <<

[2] *genido* en el original. (N. del E. D.). <<

[3] *pecho cho* en el original. (N. del E. D.). <<

[4] *prohieron* en el original. (N. del E. D.). <<

[5] *cababeza* en el original. (N. del E. D.). <<

[6] *penerán* en el original. (N. del E. D.). <<

[7] *comezaría* en el original. (N. del E. D.). <<

[8] *rozan* en el original. (N. del E. D.). <<

[9] *reclamar* en el original. (N. del E. D.). <<

[10] *so las* en el original. (N. del E. D.). <<

[11] *alternativamente* en el original. (N. del E. D.). <<

[12] *blasfemias* en el original. (N. del E. D.). <<

[13] *atentamente* en el original. (N. del E. D.). <<

[14] *arrisgó* en el original. (N. del E. D.). <<

[15] *demanes* en el original. (N. del E. D.). <<

[16] *cazoncillos* en el original. (N. del E. D.). <<

[17] *sies* en el original. (N. del E. D.). <<

[18] *la* en el original. (N. del E. D.). <<

[19] *temblanban* en el original. (N. del E. D.). <<

[20] *rechanamiento* en el original. (N. del E. D.). <<

[21] *camarrilla* en el original. (N. del E. D.). <<

[22] *frocejearon* en el original. (N. del E. D.). <<

[23] *protofautor* en el original. (N. del E. D.). <<

[24] *mateterialmente* en el original. (N. del E. D.). <<

[25] *relampagueban* en el original. (N. del E. D.). <<

[26] *contricante* en el original. (N. del E. D.). <<

[27] *rodidillas* en el original. (N. del E. D.). <<

[28] *cieneia* en el original. (N. del E. D.). <<

[29] *singiente* en el original. (N. del E. D.). <<

[30] *deliz* en el original. (N. del E. D.). <<

[31] *infaibles* en el original. (N. del E. D.). <<

[32] *garatizo* en el original. (N. del E. D.). <<

[33] *huese* en el original. (N. del E. D.). <<

[34] *declar* en el original. (N. del E. D.). <<

[35] *perferado* en el original. (N. del E. D.). <<

[36] *luega barga* en el original. (N. del E. D.). <<

[37] *satifechos* en el original. (N. del E. D.). <<

[38] *vieniesen* en el original. (N. del E. D.). <<

[39] *destrizarse* en el original. (N. del E. D.). <<

[40] *temía* en el original. (N. del E. D.). <<

[41] *cacada* en el original. (N. del E. D.). <<

[42] *pefecto* en el original. (N. del E. D.). <<

[43] *figió* en el original. (N. del E. D.). <<

[44] *sobras* en el original. (N. del E. D.). <<

[45] *periódicos* en el original. (N. del E. D.). <<